

CONSIGUE UN TRAJE ESPACIAL: VIAJARÁS



Robert. A. Heinlein



Robert A. Heinlein

Título original: Have space-suit will travel

Traducción: José María Cruz

© 1958 By Robert A. Heinlein

© 1990 Ediciones Tridente S. L.

Pujos 108 - Barcelona

ISBN: 84-87698-02-6

Edición digital: Carlos Palazón

Revisión: man prost

R6 10/02

CAPÍTULO 1

Pues verán ustedes, yo tenía este traje espacial.

Esto ocurrió de la siguiente manera:

-Papá -dije-, quiero ir a la Luna.

-Desde luego -me contestó y continuó leyendo su libro. Se trataba de los Tres hombres en una barca de Jerome K. Jerome, que ya debía saberse de memoria.

Insistí:

-¡Papá, por favor! Estoy hablando en serio.

Esta vez casi cerró el libro dejando dentro un dedo y dijo apaciblemente:

-Ya te he dicho que me parecía bien. Puedes ponerte en marcha.

-Sí pero...¿Cómo?

-¿Eh? -pareció ligeramente sorprendido-. Pues éste es tu problema, Clifford.

Papá era así. Una vez le dije que quería comprar una bicicleta y dijo sin levantar siquiera la vista:

-Pues adelante.

Eché un vistazo al cesto para el dinero que había en el comedor con la intención de sacar lo suficiente para comprar la bicicleta. Pero no había más que once dólares y cuarenta y tres centavos, por lo que después de cortar aproximadamente un millar de kilómetros de césped, me compré la bicicleta. No le había dicho nada más a mi padre porque si el dinero no estaba en el cesto, no estaba en otra parte; mi padre no se molestaba en tratar con los bancos: sólo tenía el cesto del dinero y otro al lado de éste que estaba marcado TÍO SAM, cuyo contenido apilaba y remitía por correo al gobierno una vez al año. Esto produjo más de una vez dolores de cabeza considerables al Servicio de Impuestos, y en una ocasión mandaron a un individuo para reconvenirle.

Al principio el fulano exigió, luego suplicó:

-Pero, Dr. Russell, tenemos sus antecedentes. No tiene usted excusa alguna para no llevar una contabilidad correcta.

-Pero sí la llevo -le dijo papá -. Aquí dentro -se dio un ligero golpe en la frente.

-La ley exige anotaciones escritas.

-Repásela de nuevo -le aconsejó papá-. La ley ni tan solo puede exigir a un hombre que sepa leer o escribir. ¿Le apetece más café?

El hombre intentó conseguir que papá pagara mediante cheque o transferencia bancaria. Papá le leyó la letra menuda que hay en un billete de dólar, donde dice que es «una moneda legal para pagar todas las deudas, tanto públicas como privadas».

Con un esfuerzo desesperado para conseguir algo de su viaje, pidió por favor que no rellenara con «ESPÍA» la casilla marcada con «ocupación».

-¿Por qué no?

-¿Qué? Pues porque usted no lo es, y esto trastorna al personal.

-¿Ha pedido usted confirmación al F.B.I.?

-¿Eh? No.

-Es muy probable que no le contesten. Pero ha sido usted muy educado. De ahora en adelante pondré «ESPÍA EN PARO». ¿Le parece bien?

El hombre de los impuestos casi olvidó su maletín. Nada arredraba a mi padre. Quería decir exactamente aquello. No lo discutiría ni cedería. Por este motivo, cuando me dijo que podía ir a la Luna, pero que los medios para hacerlo dependían de mí, quería decir exactamente esto. Podía ir mañana mismo, siempre que pudiera procurarme un pasaje en una nave espacial.

Pero añadió meditativamente:

-Hijo, debe haber varias maneras de ir a la Luna. Será mejor que las estudies todas. Esto me recuerda el pasaje que estoy leyendo. Intentan abrir un bote de piña y Harris se ha olvidado el abrelatas en Londres. Intentan varios procedimientos. Empezó a leer en voz alta y me di el piro. Ya había oído aquel pasaje unas quinientas veces, bueno, vamos a dejarlo en trescientas.

Me fui a mi taller en el garaje y me dediqué a pensar en las maneras posibles de hacerlo. Una de ellas era ir a la Academia del Aire de Colorado Springs: si conseguía plaza, si me graduaba allí y si me las arreglaba para resultar escogido por el Cuerpo Espacial de la Federación, cabía la posibilidad de que algún día pudiera ser destinado a la Base Lunar, o al menos a alguna de las estaciones satélites.

Otra posibilidad era estudiar Ingeniería, conseguir un empleo en el Laboratorio de Propulsión a Chorro, y lograr un puesto que me permitiera ser destinado a la Luna. Algunas docenas, tal vez centenares, de ingenieros habían sido destinados a la Luna, y tal vez siguieran allí todavía, destinados a toda suerte de trabajos: electrónica, criogenia, metalurgia, cerámica, acondicionamiento de aire, a la vez que a la ingeniería de cohetes.

¡Oh sí! De entre un millón de ingenieros, un puñado de ellos podían resultar elegidos para ir a la Luna. Maldita sea, a mi me escogían en muy pocas ocasiones ni tan sólo para el juego del «cartero».

También era posible que uno fuera Doctor en Medicina, o Abogado, o Geólogo, o Fabricante de herramientas y dar por fin en la Luna con un sueldazo (siempre en el supuesto de que le escogieran a él y no a otro). Me preocupaba poco lo del salario, pero ¿cómo se las puede arreglar uno para llegar a ser el número uno en su especialidad?

Y además había el sistema más rápido: arrastrar penosamente una carretilla cargada de dinero y comprar un billete.

Esto jamás iba a lograrlo (en aquel momento tenía ochenta y siete centavos) pero aquello me había hecho pensar continuamente en ello. De todos los chicos de mi escuela, la mitad habían admitido que querían ir al espacio, entre la otra mitad estaban los que pretendían no preocuparse por ello, puesto que sabían las pocas probabilidades que tenían de conseguirlo, y además del puñado de cobardicas que no abandonarían la Tierra por ningún motivo. Pero hablábamos de ello y algunos de nosotros estábamos decididos a ir. No me entraron las prisas hasta que el American Express, y Thos. Cook & Son anunciaron sus viajes turísticos.

Pude leer sus anuncios en el National Geographic mientras estaba en la sala de espera del dentista, donde había acudido para que me hiciera una limpieza de dientes. A partir de aquel momento ya no volví a ser el mismo.

La idea de que cualquier hombre rico, podía dejar sencillamente su dinero sobre un mostrador y partir hacia allí, era más de lo que yo podía resistir. Ya no tenía más remedio que ir. Jamás estaría en condiciones de pagar por hacerlo, o por lo menos esto quedaba en un futuro tan remoto, que no valía la pena pensar en ello. ¿Entonces, qué podía hacer yo para que me enviaran allí?

Podemos leer historias que se refieren a muchachos, pobres pero sin embargo honestos, que alcanzaron la cima porque fueron más listos que cualquier otro del condado, o tal vez del estado. Pero estas historias no se referían a mí. Yo estaba en la cuarta parte, por arriba, en mi clase de graduación, pero ésta no es causa suficiente para que concedan becas para el M.I.T., por lo menos no las dan si se procede de La Escuela Superior de Centerville. Sólo hago constar un hecho: nuestra escuela superior no es demasiado buena. Es una gran cosa el poder ir allí: somos los campeones de la Liga de Baloncesto, nuestro cuadro de baile cada vez está más arriba en la clasificación del Estado y tenemos unas reuniones de boxeo todos los miércoles que cada vez son más interesantes. Cantidades inmensas de espíritu de escuela.

Pero no demasiado estudio.

El énfasis está colocado mucho más en lo que nuestro director, el señor Hanley, llama «preparación para la vida» que en la trigonometría. Tal vez esto te prepara para la vida, pero lo que es absolutamente cierto es que no te prepara para el ingreso en el Instituto Técnico de California.

No descubrí esto yo solo. Cuando era estudiante de segundo año llevé a mi casa un cuestionario preparado por nuestro grupo de estudios sociales para el proyecto «Viviendo en familia». Una de las preguntas era: «¿Cómo está organizado vuestro Consejo de Familia?»

En la mesa dije:

-Papá, ¿cómo está organizado nuestro Consejo de Familia?

Mamá dijo:

-Querido, no molestes a tu padre.

Papá dijo:

-¿Eh? Déjame ver esto.

Lo leyó, y luego me dijo que le dejara mis libros de texto. No los había llevado a casa, por lo que me ordenó que los fuera a buscar a la escuela. Afortunadamente el edificio estaba abierto debido a los ensayos para la fiesta de la comilona de otoño. Papá daba órdenes en muy pocas ocasiones, pero cuando lo hacía, esperaba que se cumpliesen.

Aquel semestre tuve un curso muy apretado: ciencias sociales, aritmética comercial, inglés aplicado (la clase había escogido «redacción de slogans», lo que resultó divertido), trabajos manuales (construíamos juegos para la fiesta de la comilona), y gimnasia, que para mi representaba practicar el baloncesto. No era lo bastante alto como para jugar en el primer equipo, pero un suplente en quien se pudiera confiar conseguía su carta de pase a la universidad al terminar su último curso. En resumidas cuentas, llevaba buena marcha en la escuela y lo sabía.

Aquella noche mi padre leyó todos mis libros de texto: era un lector muy rápido. En el estudio de sociales hice constar que mi familia era una democracia informal; pasó. La clase estaba discutiendo si un abuelo que viviera en el hogar podía ser o no elegible. Decidimos que un abuelo era un miembro pero que no podía ser elegido presidente, luego formamos un comité encargado de redactar una constitución para la organización de la familia ideal, y que podríamos presentar a nuestras familias como las conclusiones del proyecto.

Durante los días siguientes mi padre anduvo mucho por la escuela, lo que me preocupó ya que cuando los padres demuestran una actividad mayor de lo común es que se traen algo entre manos.

En la tarde del siguiente sábado mi padre me llamó a su estudio. Tenía un montón de libros sobre la mesa y un folleto con las asignaturas y materias que se impartían en la Escuela Superior de Centerville, que iban desde los Bailes Folklóricos Americanos hasta las Ciencias de la Vida. En él estaba marcado mi curso, no sólo en lo referente a aquel semestre sino también para el primer y segundo curso, tal como mi tutor de la facultad y yo mismo habíamos planeado.

Mi padre me miró fijamente como si fuera un pequeño saltamontes y dijo con dulzura:

-Chico, ¿pretendes ingresar en el colegio universitario?

-¿Uh? ¡Claro que sí, desde luego, Papá!

-¿Y, con qué?

Dudé. Sabía que aquello costaba dinero. Mientras había habido tiempos en que los billetes de dólar rebosaban del cesto y caían al suelo, por lo general no nos ocupaba mucho tiempo contar lo que había en él.

-Uh. Tal vez pueda conseguir una beca. O podré trabajar para pagármelo.

Asintió.

-Sin lugar a dudas... si quieres hacerlo. Los problemas de dinero siempre se pueden resolver si no te asustas por ellos. Pero cuando he preguntado «¿Con qué?» hablaba de aquí arriba -se golpeó el cráneo.

Sólo pude mirarle fijamente.

-¿Por qué? Lograré la graduación en la escuela superior, Papá. Y esto me permitirá entrar en el colegio universitario.

-Y así será. Entrarás en la Universidad del Estado, o la Agencia Estatal, o la Normal Estatal. Pero, Kip, ¿sabes que suspende el cuarenta por ciento de las clases de ingreso?

-¡Yo no suspendería!

-Tal vez no. Pero suspenderías si se tratara de asignaturas serias, como ingeniería, ciencia o premédica. Lo harías, hay que decirlo, si tu preparación se apoyara en esto -hizo un gesto con la mano en dirección al plan de estudios.

Me sentí ofendido.

-¿Por qué, Papá? La escuela de Center es estupenda -recordé algunas cosas que nos habían explicado en la P.T.A. Auxiliar-. Está dirigida de acuerdo con los más recientes sistemas científicos, aprobados por los psicólogos, y...

...donde se pagan unos salarios excelentes -me interrumpió-. A una plantilla concedora en grado sumo de la moderna pedagogía. El estudio de los proyectos pone énfasis en los problemas humanos prácticos para orientar al muchacho hacia una manera democrática de vida social, para hacerle encajar en las pruebas significativas y vitales de la vida adulta en nuestra compleja cultura moderna. Perdona, hijo. He hablado con el señor Hanley. El señor Hanley es sincero. Y para conseguir tan noble propósito estamos gastando por cada estudiante más que en cualquier otro estado, si exceptuamos California y Nueva York.

-Bien... ¿y qué hay de malo en esto?

-¿Qué es un participio gerundio?

No contesté y él prosiguió.

-¿Por qué Van Buren fracasó en su reelección? ¿Cómo se extrae la raíz cúbica de ochenta y siete?

Van Buren había sido un Presidente; era todo lo que podía recordar. Pero podía responder a la otra pregunta:

-Si quieres obtener una raíz cúbica, no tienes más que oprimir unas teclitas en una calculadora.

Papá suspiró.

-Chico, ¿crees que estas calculadoras las bajaron del cielo unos arcángeles? -Sacudió amargamente la cabeza-. Es culpa mía y no tuya. Debería haberme ocupado de esto hace años, pero había supuesto, simplemente porque te gustaba leer, eras rápido en los cálculos y tenías habilidad manual, que te estaban dando una educación.

-¿Y crees que no?

-Sé que no. Hijo, la Superior de Centerville es un sitio estupendo, bien equipado, eficientemente administrado y exquisitamente cuidado. No es una «jungla de pizarras», ¡Claro que no! Pienso que vosotros, los muchachos, amáis a este lugar. Deberías amarlo. Pero esto... -Papá golpeó con enfado el folleto del plan de estudios-. ¡Bobadas! ¡Seguimiento de las abejas! ¡Terapia ocupacional para imbeciles!

Quedé sin saber qué decir. Papá se sentó y meditó tristemente. Por fin, dijo:

-La ley específica que debes asistir a la escuela hasta que hayas cumplido los dieciocho años o te hayas graduado en la escuela superior.

-Sí, señor.

-La escuela a la que asistes es una pérdida de tiempo. El curso más difícil que podríamos elegir no iba a conseguir desarrollar tu mente. Pero se trata de decidir si permaneces en esta escuela o te mandamos a otro sitio.

Dije:

-¿Y esto no cuesta mucho dinero?

Ignoró mi pregunta.

-No me inclino por los internados porque un muchacho joven debe estar con su familia. Es verdad que una escuela preparatoria muy estricta, como las que hay en el Este, puede prepararte para que ingreses en Stanford o Yale, o en cualquiera de las mejores. Pero allí podrías adquirir unos esquemas falsos: ideas locas acerca del dinero, de la posición social y de quién es el sastre adecuado. Me costó años librarme de las que había adquirido por este camino. Tu madre y yo elegimos a propósito una ciudad pequeña donde transcurriera tu niñez. Por esto seguirás en la Superior de Centerville.

Sentí un gran alivio.

-Sin embargo pretendes ir a la Universidad. ¿Piensas ser un profesional? ¿O aspiras a saltar de un curso a otro, de un modo muy estudiado, para llegar a fabricar velas con bayas de laurel? Hijo mío, tu vida es tuya, para que hagas con ella lo que quieras. Pero si tienes el propósito de ir a una buena Universidad y estudiar alguna cosa relevante, deberemos considerar cuál es el mejor modo de que aproveches los próximos tres años.

-Bueno, caray, Papá, por descontado que quiero ir a una buena...

-Ven a verme cuando hayas pensado en todo esto. Buenas noches.

Lo medité durante una semana. Y, verán ustedes, empecé a darme cuenta de que mi padre tenía razón. Nuestro proyecto de «Viviendo en Familia» era una bobada. ¿Qué podían saber aquellos muchachos sobre cómo dirigir una familia. ¿O la señorita Finchley, que era soltera y no tenía hijos? La clase había decidido por unanimidad que cada hijo debía tener su propia habitación y recibir una asignación «para que aprendiera a manejar dinero». Algo magnífico... ¿Pero que pasaba con la familia de los Quinian, de nueve hijos en una casa con cinco habitaciones? No seamos estúpidos.

La aritmética comercial no era una tontería, pero era una pérdida de tiempo. Me leí el libro de cabo a rabo durante la primera semana; luego ya me aburrí.

Papá me hizo pasar al Álgebra, Español, Ciencias Generales, Gramática Inglesa y Composición; lo único que no cambió fue la Gimnasia. No me costó demasiado ponerme al corriente; incluso estos cursos habían sido reducidos a una mínima expresión. Sin embargo empecé a aprender porque mi padre me entregó un lote de libros y dijo:

-Clifford, deberías estudiarlos, si es que no estás en una guardería infantil muy desarrollada. Si te empapas con todo lo que explican, serás capaz de superar los exámenes de selectividad. Es posible.

Después de esto me dejó solo; quería decir exactamente esto cuando afirmó que la elección era asunto mío. Casi quedé hundido en un pantano: aquellos libros eran difíciles, no se trataba de los textos predigeridos que me daban en la escuela. Quien crea que es fácil estudiar Latín sin ayuda, debería intentarlo.

Me descorazoné y a punto estuve de abandonar, pero luego me enfadé e insistí en ello. Al cabo de poco tiempo descubrí que el Latín me facilitaba el estudio del Español, y viceversa. Cuando la señorita Hernández, mi profesora de Español, descubrió que me dedicaba al estudio del Latín, empezó a ocuparse de mí. No sólo me abrí camino por los textos de Virgilio sino que además aprendí a hablar Español como si fuera un Mejicano.

El Álgebra y la Geometría Plana eran todas las matemáticas que nuestra escuela podía ofrecer. Seguí adelante, con mis propios medios, con la Geometría Volumétrica y la Trigonometría. Y podría haberme detenido allí si sólo hubiera considerado lo que se refería al Tribunal de Ingreso, pero las Matemáticas envician más que el comer pipas. La Geometría Analítica parece que se trata de Griego hasta que te das cuenta de adonde nos lleva, entonces, si ya conoces álgebra, se produce un relámpago y llegas apresuradamente hasta el final del libro. ¡Es formidable!

Tuve que probar el Cálculo, y cuando me interesé por la Electrónica se me hizo indispensable el Análisis Vectorial. Las Ciencias Generales era el único curso de Ciencias que tenía la Escuela. Y además sólo estaba a nivel del suplemento dominical del periódico. Pero cuando lees algo relacionado con la Química y la Física, quieres intentarlo tú mismo. El garaje era mío y disponía de un laboratorio químico, de un cuarto oscuro, y de un banco de ensayos de electrónica, y, por lo menos durante algún tiempo, de una estación de radio aficionado. Mi madre se sintió molesta cuando hice estallar las ventanas y provoqué un pequeño incendio en el garaje (se trataba sólo de un fuego muy pequeño), pero mi padre no se preocupó demasiado. Se limitó a sugerir que no me dedicara a fabricar explosivos en un edificio de madera.

Cuando me presenté a los exámenes de selectividad al terminar mi segundo curso preparatorio, resulté admitido.

Ocurrió a primeros de marzo, durante mi segundo curso, cuando dije a mi padre que estaba dispuesto a ir a la Luna. La idea se me había hecho más obsesiva cuando se publicaron las noticias de los vuelos comerciales, pero había sido «fanático del espacio» desde el día que el Cuerpo Espacial de la Federación había establecido una base lunar. O tal vez incluso antes. Anuncié a mi padre mi decisión porque tenía la impresión de que él debía saber las respuestas. Verán ustedes; mi padre siempre encuentra la manera de hacer todo aquello que ha decidido hacer.

Cuando yo era pequeño vivimos en muchos lugares distintos: Washington, New York, Los Ángeles. No sé exactamente dónde, por lo general en apartamentos de hoteles. Mi padre volaba siempre a alguna parte y cuando estaba en casa venían los visitantes. Nunca pude estar mucho tiempo con él. Después nos trasladamos a Centerville y estaba siempre en casa, con la nariz inclinada sobre un libro o trabajando en su despacho. Si alguien quería verle, debía acercarse hasta allí. Recuerdo una de las veces, cuando la cesta del dinero estaba vacía, papá dijo a mamá que estaba «a punto de vencer un royalty». Aquel día estuve muy alerta porque jamás había visto a un rey (tenía entonces ocho años) y cuando se presentó un visitante sentí un desengaño porque no llevaba corona. Al día siguiente ya había dinero en la cesta, por lo que llegue a la conclusión de que se había presentado de incógnito (leía entonces «El principito cojo») y había lanzado hacia mi padre una bolsa de oro. Por lo menos transcurrió un año antes de que descubriese que un royalty se trataba de dinero procedente de una patente o de un libro, o de los valores de bolsa, y entonces la vida perdió para mí parte de su atractivo. Pero aquel visitante, a pesar de que no se tratara de un rey, creyó que podría lograr lo que quería, en vez de lo que quería mi padre:

-Doctor Russell, estoy de acuerdo en que Washington tiene un clima atroz. Pero dispondrá usted de oficinas con aire acondicionado.

-Con relojes, naturalmente. Y secretarias. Y con insonorización.

-Con todo lo que usted desee, Doctor.

-Lo importante es, señor Secretario, que no quiero estas cosas. Esta casa no tiene relojes. Ni calendarios. En otros tiempos yo tenía grandes ingresos y una úlcera también grande. Actualmente tengo unos ingresos limitados pero no tengo úlcera. Me quedaré aquí.

-Pero este trabajo le necesita a usted.

-Esta necesidad no es mutua. Tome un poco más de carne.

Puesto que Papá no quería ir a la Luna, el problema era mío. Saqué a la vista todos los catálogos de Universidades que había reunido y empecé a hacer una lista de las Escuelas de Ingeniería. No tenía la menor idea de como iba a pagar la matrícula, ni siquiera como podría pagar la comida, pero lo primero que debía conseguir era que me aceptaran en una escuela de las reputadas por su dificultad.

Si no lo lograba, podría alistarme en las Fuerzas Aéreas e intentaría conseguir un destino. Si esto me salía mal, podía alistarme y llegar a convertirme en un especialista en electrónica; la Base Lunar daba ocupación a técnicos de radar y de técnica astral. De un modo u otro, yo iba a llegar hasta allí.

Al día siguiente, mientras desayunábamos, mi padre se escondía detrás del New York Times, mientras mi madre leía el Herald-Tribune. Yo tenía el Centerville Clarion, pero éste sólo sirve para envolver salami. Papá alzó la mirada de su periódico y la fijó en mí:

-Clifford, aquí hay algo que te puede interesar.

-¿Uh?

-No gruñas, ya que éste es uno de los privilegios de las personas mayores. Mira esto. Y me lo entregó.

Se trataba de un anuncio de jabón.

Y anunciaba el consabido y antiguo truco de un concurso supercolosal con premios. Este concurso prometía un millar de premios que, excepto para los cien primeros premios, se trataba de un suministro para todo un año del Jabón Camino de las Estrellas.

Luego derramé los cornflakes sobre mi regazo.

El primer premio era:

¡¡¡UN VIAJE A LA LUNA CON TODOS LOS GASTOS PAGADOS!!!

Se podía leer así, tal cual, con un triple signo de exclamación, sólo que para mí eran como una docena con traca incluida y un coro angelical.

Sólo tienes que completar la frase:

«Uso el Jabón Camino del Cielo porque...»

Y debe ir acompañada del consabido envoltorio o justificante de compra.

Había más cosas relacionadas con «dirección conjunta del American Express, y Thos, Cook -y-, con la cooperación de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos... y una lista de premios inferiores». Pero todo lo que pude ver, mientras la leche y el cereal reblandecido mojaban mis pantalones era aquello de:

«¡¡¡VIAJE A LA LUNA!!!»

CAPÍTULO 2

La excitación hizo que mi ánimo se elevara a alturas inconmensurables... y descendiera luego hasta lo más hondo a causa de la depresión.

-Jamás he ganado un premio en un concurso, ¡qué va!, si alguna vez he comprado una caja de galletas, me han dado una en la que se habían olvidado de poner el cupón del concurso. Y si alguna vez he...

-Acaba ya -dijo Papá.

Me callé.

-No existe esto que algunos llaman suerte; no hay más que preparación adecuada o inadecuada para dominar a un universo estadístico. ¿Pretendes concursar?

-¡Claro que sí!

-Debo interpretar esto como una contestación afirmativa. Muy bien, en este caso haz un esfuerzo sistemático.

Así lo hice y papá me ayudó mucho: no se limitó a ofrecerme ayuda sino que además se preocupó de que no me desmoronara; acabé mis estudios en la escuela, mandé una solicitud para ingresar en la Universidad y conservé mi empleo. Aquel semestre, al salir de la escuela trabajaba en la Farmacia de Charton, me ocupaba en servir refrescos, pero al mismo tiempo aprendía algo sobre farmacia. El señor Charton era demasiado responsable para dejarme tocar lo que no fueran productos envasados, pero aprendí Materia Médica y nomenclatura y para qué servían varios antibióticos y por qué tenías que ser muy cuidadoso con su uso. Esto me llevó a la química orgánica y a la bioquímica; me prestó obras de Walter, Boyd y Asimov. La bioquímica hace que la física atómica parezca sencilla, pero por entonces todo empezaba a tener sentido.

El señor Charton era un anciano viudo y la farmacología era su vida. Insinuó que alguien, algún día, debería continuar con la farmacia; debería ser algún joven, licenciado en Farmacia y que sintiera devoción por la profesión. Dijo que él podría ser capaz de ayudar a tal persona para que cursara los estudios. Si me hubiera sugerido que tal vez algún día yo habría podido llevar el dispensario de la Base Lunar, tal vez habría mordido el cebo. Le expliqué que estaba completamente decidido a dedicarme al espacio, y que, al parecer, en la ingeniería residía mi única posibilidad de lograrlo.

No se rió. Dijo que probablemente yo estaba en lo cierto, pero no debería olvidar que allí donde fuera el Hombre, a la Luna, a Marte, o a las estrellas más remotas, deberían acompañarle los farmacéuticos y los dispensarios. Luego revolvió en su biblioteca, buscándome libros de medicina espacial: Strughold, Haber, Stapp y otros y me dijo suavemente:

-Alguna vez tuve ideas que seguían esta línea, Kip, pero ahora ya es demasiado tarde para mí.

Aunque en realidad el señor Charton no estaba interesado en lo que no fueran drogas medicinales, allí se vendía todo lo que se suele vender en los drugstores, desde neumáticos de bicicleta a equipos para hacerse la permanente en casa.

Incluyendo jabón, desde luego.

Vendíamos muy pocos paquetes del condenado Jabón Camino del Cielo, ya que Centerville es muy conservador en lo que se refiere a marcas nuevas. Hasta apostaría que algunos ciudadanos se hacían su propio jabón. Pero aquel día, cuando me presenté al trabajo tuve que hablar de ello con el señor Charton. Rebuscó y sacó dos cajas cubiertas de polvo y las dejó sobre el mostrador. Luego telefoneó a su mayorista de Springfield.

Realmente, se portó muy bien conmigo. Rebajó el Jabón Camino del Cielo hasta casi su precio de coste y lo puso en oferta. Casi siempre conseguía hacerse con el envoltorio antes de dejar marchar al cliente. Por mi parte, construí una pirámide de cajas de Jabón Camino del Cielo a cada extremo del mostrador de los refrescos, y cada uno que servía iba acompañado por una disertación en favor del excelente Camino del Cielo que es el jabón que lava más limpio, está envasado con vitaminas y mejora las posibilidades de que el cliente alcance la Gloria Celestial, sin dejar de mencionar su rica espuma cremosa y sus selectos ingredientes. ¡Oh, qué poca vergüenza tuve! Si alguien conseguía escabullirse sin comprar, sólo podía ser debido a que fuera sordo, o a que tuviera alas en los pies.

Si lograba comprar el jabón sin dejar la envoltura debía tratarse de un mago. Convencía tanto a los adultos como a los chicos y, si no había otro remedio, les daba un penique por el envoltorio. Si me traían envoltorios desde otros puntos de la ciudad, por cada docena les pagaba una moneda de diez centavos y les obsequiaba con un cucurucho de helado. Las reglas permitían que el concursante pudiera enviar todas las participaciones que quisiera con tal de que fueran escritas en un envoltorio de Jabón Camino del Cielo, o en un facsímil razonable.

Consideré la posibilidad de fotografiar un envoltorio y sacar un gran número de copias, pero papá me aconsejó que no lo hiciera:

-Es cierto que está permitido por el reglamento, Kip, pero todavía he de conocer a alguien que acepte de buen grado a un tramposo.

Y así fue como vendí jabón. Y mandé los envoltorios con los slogans:

«Uso el Jabón Camino del Cielo porque -

-me hace sentir tan limpio.»

-es tan limpio como la Vía Láctea.»

-su calidad es muy elevada.»

-es tan puro como el espacio interestelar.»

-me deja tan fresco como el cielo barrido por la lluvia.»

Y así en una inacabable letanía. Hasta en mis sueños llegué a saborear el jabón.

Hay que decir que no eran sólo mis slogans; mi padre también se los inventaba, y lo mismo hacían mi madre y el señor Charton. Tenía un cuaderno de notas donde los apuntaba en la escuela, en el trabajo o en medio de la noche. Una noche llegué a casa y descubrí que mi padre me había preparado un fichero, y a partir de entonces los archivaba por orden alfabético para evitar repeticiones. Esto era algo muy útil, porque hacia el final mandé aproximadamente un centenar cada día. El coste de los sellos de correo era importante, y no digamos el de los envoltorios que me veía obligado a comprar.

Otros muchachos de la ciudad también concursaron, y probablemente algunos adultos, pero no disponían de la cadena de producción que yo había montado. Dejaba mi trabajo a las diez y corría a casa con los slogans del día y con los envoltorios, recogía más slogans de mi padre y de mi madre, luego utilizaba un sello de caucho para poner en el interior de cada envoltorio: «USO EL JABÓN CAMINO DEL CIELO PORQUE...» también quedaban grabados mi nombre y dirección. Mientras yo escribía a máquina los slogans, mi padre rellenaba las fichas. Cada mañana echaba la producción al correo, cuando iba camino de la escuela.

Algunos se reían de mí, pero los adultos más inclinados a tomarme el pelo eran los más propicios a entregarme sus envoltorios.

Todos menos uno, un patán que se llama «Ace» Quiggle. No debería clasificar a Ace como adulto puesto que era un delincuente juvenil con edad excesiva. Supongo que todas las ciudades tienen por lo menos un Ace. No había terminado los estudios en la Escuela Superior de Centerville, lo que era excepcional puesto que el señor Hanley era partidario de dejar pasar a todo el mundo para «mantener agrupados a los de la misma edad». Hasta donde me alcanza la memoria, Ace deambulaba por la calle principal, algunas veces trabajando, pero por lo general no.

Se había especializado en ser «gracioso». Cierta día estaba en nuestro mostrador de refrescos, utilizando espacio y tiempo por un valor de dos dólares de espacio y tiempo para consumir una malteada de treinta y cinco centavos. Yo acababa de persuadir a la señora Jenkins para que comprara una docena de pastillas y dejara que la descargara de los envoltorios. Cuando se fue, Ace se apoderó de una de las pastillas que exhibía en mi mostrador y dijo:

-¿Vendes esto, Cadete del Espacio?

-Así es, Ace. No volverás a encontrar una ganga como ésta.

-¿Es que crees poder ir a la Luna, simplemente vendiendo jabón, Capitán? ¿O debería decir «Comodoro»? ¡Ju ju ju! (así es como reía Ace, como en un tebeo).

-Lo intento -le respondí cortésmente-. ¿Cuántas te llevas?

-¿Estás seguro de que es un buen jabón?

-Afirmativo.

-Bien, pues sólo por ayudarte voy a comprar una pastilla.

Un entrometido. Pero aquel podía ser el envoltorio ganador.

-Haces bien, Ace. Muchas gracias.

Cogí su dinero, deslizó la pastilla en su bolsillo e inició la retirada.

-Un segundo, por favor, Ace. El envoltorio, ¿por favor?

Se detuvo.

-Oh, sí -sacó la pastilla, la despojó de su envoltura que me mostró en alto-. ¿Quieres esto?

-Sí, Ace. Gracias.

-Bien, voy a mostrarte lo mejor que se puede hacer con esto.

Alargó su mano hacia el encendedor de puros del mostrador de tabacos, y lo utilizó para prenderle fuego, con el que encendió un cigarrillo, dejó que el envoltorio ardiera hasta casi quemarse los dedos, lo dejó caer al suelo y lo pisó.

El señor Charton lo vio todo desde la ventana del mostrador de fármacos.

Ace sonrió.

-¿De acuerdo, cadete del espacio?

Mi mano así con fuerza la paleta del helado, pero contesté:

-Perfectamente, Ace. Se trata de tu jabón.

El Sr. Charton salió de su sitio y dijo:

-Me cuidaré de este mostrador, Kip. Hay que entregar un paquete.

Aquel fue casi el único envoltorio que se me escapó. El concurso acabó el día 1 de mayo, y tanto papá como el señor Charton decidieron aumentar las existencias y acabaron con la última caja que quedaba en el almacén. Eran casi las once cuando acabé de escribir los boletos, pero el señor Charton me llevó en su coche a Springfield para que fueran matasellados antes de la media noche.

En total, había enviado cinco mil setecientos ochenta y dos slogans. Dudo que Centerville hubiera estado nunca tan enjabonado como lo estaba entonces.

Los resultados se anunciaron el 4 de julio. Durante aquellas nueve semanas me comí las uñas hasta el codo. Oh, claro que ocurrieron otras cosas. Me gradué y papá y mamá me regalaron un reloj y todos nosotros desfilaron por delante del señor Hanley y recibimos nuestros diplomas. Me sentí contento, aunque lo que mi padre me había convencido para que estudiara, le daba veinte vueltas a todo lo que había aprendido en aquel querido Centro. Antes de esto habíamos tenido el «Sneak day», el picnic conjunto con los de ambos cursos, y todas aquellas cosas que se suelen organizar para que los animales se mantengan tranquilos. El señor Charton me dejaba salir pronto, si se lo pedía, pero no se lo pedía con frecuencia porque mi cabeza no estaba para aquellas cosas y además ya no tenía novia. La había tenido a principios del año, pero ella, Elaine McMurty, quería hablar de muchachos y de ropa, y a mi me gustaba hablar del espacio y de la ingeniería, y por esto me dejó disponible de nuevo.

Después de la graduación, trabajé para el señor Charton a jornada completa. Todavía no sabía cómo podría ir a la Universidad. No pensaba en ello, me limitaba a preparar copas de helados y a contener la respiración hasta el 4 de julio.

Tenía que verse por la televisión a las 8 de la tarde. Teníamos un televisor, se trataba de uno en blanco y negro de imagen sin relieve, pero hacía meses que no lo había encendido, porque después de construirlo había perdido todo interés por él. Lo saqué de su escondite, lo coloqué en la sala de estar y comprobé la imagen. Empleé un par de horas en ajustarla y me pasé el resto del día comiéndome las uñas. Ni siquiera tuve

ánimos para cenar. A las siete y media ya estaba delante del televisor, sin ver la comedia que transmitían y jugueteando con mi fichero. Mi padre se acercó, me miró fijamente y dijo:

-Domínate, Kip. Deja que te recuerde que las probabilidades están en contra tuya.

-Lo sé, papá -dije tragando saliva.

-Por otra parte, a la larga esto no tendrá importancia. Un hombre casi siempre consigue aquello que desea con suficiente intensidad. Estoy seguro de que llegarás a la Luna algún día, de una forma u otra.

-Sí señor. Pero sólo quisiera que acabaran de una vez.

-Lo harán. ¿Vienes, Emma?

-Enseguida, querido -contestó mamá, que se acercó, me dio unos golpecitos en la mano y se sentó.

Papá se reclinó hacia atrás, en su sillón y dijo:

-Esto me hace recordar las noches de elecciones.

-Me alegro de que ya no estés metido hasta las orejas en eso -dijo mamá.

-Vamos, cariño, con lo que disfrutabas en todas las campañas.

Mamá hizo un gesto despectivo.

Los comediantes se retiraron a donde suelen hacerlo, los cigarrillos bailaron un can-can y se metieron en su paquete mientras una voz arrulladora nos aseguraba que los factores carcinógenos eran unos perfectos desconocidos para los Coronets, el inocuo, Inocuo INOCUOOO humo con el auténtico sabor de tabaco. El programa se interrumpió para dar paso a la emisora local: nos obsequiaron con una sobrecogedora vista del Centro Maderero y de Ferretería, y empecé a tirarme de los pelos de la mano.

La pantalla se llenó de pompas de jabón; un cuarteto cantó que aquella era la Hora de Camino del Cielo, como si ya no lo supiéramos. Entonces la pantalla se ennegreció, el sonido desapareció y yo contuve la respiración.

La pantalla se iluminó con la advertencia: Existe dificultad en los enlaces. Absténganse de manipular sus receptores.

-¡No pueden hacerme esto! ¡Oh, no pueden hacerlo! -grité.

-Deja de quejarte, Clifford -dijo papá.

Me callé. Mamá dijo:

-Vaya, querido. No es más que un chico.

-No es un chico -dijo papá-. Ya es un hombre. Kip, ¿cómo esperas poder enfrentarte con calma a un escuadrón de fusilamiento, si esto te altera tanto?

Murmuré algo. Papá dijo:

-Habla en voz más alta.

Dije que en realidad no entraba en mis planes enfrentarme con nadie.

-Tal vez, algún día, necesites hacerlo. Es una buena costumbre. Prueba por el canal de Springfield, tal vez consigas una imagen débil.

Lo probé, pero lo único que pude obtener fue nieve y el sonido era como el de dos gatos metidos dentro de un saco. Volví rápidamente a la emisora local.

-...yor General Bryce Gilmore, de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, que esta noche es nuestro huésped, nos comentará más tarde, en este mismo programa, algunas imágenes inéditas de la Base Lunar de la Federación y la recién nacida Ciudad Lunar, que es la pequeña ciudad en la Luna con crecimiento más rápido. Inmediatamente después de anunciar los ganadores intentaremos efectuar un enlace con la Base Lunar mediante la cooperación del Cuerpo Espacial de...

Respiré profundamente e intenté disminuir los latidos de mi corazón, intentando relajarme. El torrente de palabras siguió fluyendo mientras se presentaba a las celebridades, se explicaban de nuevo las reglas del concurso, y los miembros de una inverosímil pareja joven se comentaban mutuamente por qué usaban siempre el jabón Camino del Cielo. Mis argumentos de venta eran mucho mejores.

Por fin lo soltaron. Ocho muchachas desfilaron; cada una de ellas sostenía sobre su cabeza una gran tarjeta. El presentador dijo con una voz pasmada:

-¡Y ahora... y ahora... el slogan ganador del concurso Camino del Cielo para el viaje gratis a la Luna!

Me quedé sin poder respirar.

Las muchachas cantaron: ¡Me gusta el Jabón Camino del Cielo porque...-y prosiguieron dando vueltas sucesivamente a su tarjeta en cada una de las cuales había una palabra...es... tan... puro... como... el... mismo... cielo!

Estaba revolviendo en mis fichas. Creí que aquello me sonaba, pero no podía estar seguro después de cinco mil slogans. Por fin encontré la ficha, y la comparé con las tarjetas que las muchachas sostenían.

-¡Papá ¡Mamá! ¡He ganado, he ganado!

CAPÍTULO 3

-Contente, Kip -dijo mi padre con brusquedad-. Basta ya.

-Oh, querido -dijo mi madre.

Oí como el presentador del programa decía:

-...presentar a la afortunada ganadora, la señora Xenia Donahue, de Great Falls, Montana... ¡La señora Donahue!

Acompañada por unos toques de trompetas, apareció vacilante una mujer menuda y regordeta. Leí de nuevo las tarjetas. Seguía confrontando con la ficha que tenía en la mano.

-¿Papá, qué ha pasado? Este es mi slogan.

-No prestas atención.

-Han hecho trampa.

-Cállate y escucha.

-...tal como hemos explicado antes, si se diera la circunstancia de haber varios boletos coincidentes, la prioridad correspondería al que estuviera matasellado antes. Si todavía subsistiera el empate se resolvería en favor del que hubiera llegado antes a las oficinas de nuestra empresa. Nuestro slogan ganador fue presentado por once concursantes. Para ellos serán los once primeros premios. Esta noche tenemos con nosotros los seis primeros ganadores: para el viaje a la Luna, el fin de semana en una estación espacial, el vuelo en reactor alrededor del mundo, el vuelo hasta la Antártida, el...

-¡Vencido por un matasellos! ¡Un matasellos!

-...sentimos no poder contar hoy y aquí con los otros ganadores. Para el resto de ellos esto será una sorpresa -el presentador miró su reloj-. Exactamente en este minuto en mil hogares repartidos por todo el país... exactamente en este mismo segundo, se produce una llamada feliz en una afortunada puerta de algún amigo leal de Camino del Cielo...

Oímos una llamada en nuestra puerta.

Las piernas no me sostenían. Papá contestó. Tres hombres con una enorme caja de embalaje, y un mensajero de la Western Union cantaban algo referente al Jabón Camino del Cielo. Alguien dijo:

-¿Es aquí donde vive Clifford Russell?

-Sí -dijo papá.

-¿Quiere usted firmar aquí?

-¿Qué es esto?

-Sólo se lee «Este lado hacia arriba». ¿Dónde lo quiere?

Papá me pasó el albarán de entrega y yo firmé del modo que pude. Papá dijo:

-Por favor, déjenlo en el cuarto de estar.

Así lo hicieron y se fueron. Fui a buscar un martillo y un escoplo. Aquello parecía un ataúd, y yo estaba casi a punto de necesitar uno.

Levanté la tapa. Una gran cantidad de material de embalaje cayó sobre la alfombra de mi madre. Por fin conseguimos llegar hasta aquello.

Era un traje espacial.

No era gran cosa, si se compara con los trajes espaciales de nuestros días. Era un modelo obsoleto que el Jabón Camino del Cielo había comprado como material sobrante. Los premios del diez al cien eran todos trajes espaciales. Pero era un traje espacial real, fabricado por Goodyear, con aire acondicionado fabricado por York y con equipo auxiliar de General Electric. Iba acompañado de su manual de instrucciones y del registro de mantenimiento y revisiones en donde se habían anotado más de ochocientas horas empleadas en el montaje de la segunda estación satélite.

Me sentí mejor. Aquello no era un simulacro, no era un juguete. Aquello había estado en el espacio, aunque no pudiera decirse lo mismo de mí. Pero ¡podría!... algún día. Aprendería a usarlo y algún día lo vestiría en la superficie desnuda de la Luna.

-Quizás sea mejor que nos llevemos todo esto a tu taller, ¿verdad, Kip? -dijo mi padre.

Mi madre dijo:

-No hay ninguna prisa, querido. Clifford, ¿no quieres probártelo?

Evidentemente, quería. Primero nos llevamos la caja y el relleno de protección al patio. A nuestro regreso encontramos un reportero del Clarion con su fotógrafo. El periódico había sabido que yo era uno de los ganadores, antes que yo mismo, lo que no parecía muy correcto.

Querían sacar unas cuantas fotos y a mí no me importó.

Pasé un mal rato cuando intenté meterme dentro de él. (Vestirse en una litera de arriba no es nada, en comparación). El fotógrafo dijo:

-Espera un momento, muchacho, he visto cómo lo hacían en Campo Wright. ¿Te importa que te dé algún consejo?

-¡Oh, no! Quiero decir: sí. Explíquemelo, por favor.

-Has de deslizarte dentro de él, como un esquimal entra en su kayak. Luego mover rápidamente tu brazo dentro...

Así resultó ser bastante fácil, después de abrir del todo las juntas de la parte delantera y sentándome dentro. Poco faltó para que me dislocara un hombro. Había tensores para ajustar la talla, pero no nos preocupamos por esto; rellenó el traje conmigo, echó los cierres de cremallera, me ayudó a ponerme en pie y cerró el casco.

No disponía de botellas de aire y tuve que subsistir con el aire que había quedado retenido en el interior mientras conseguía sacarme tres fotos. Cuando acabó yo ya sabía que el traje había estado en servicio: olía como los calcetines sucios. Me alegré cuando pude sacarme el casco.

Daba igual, me sentía bien al ir equipado con él. Como si fuera un hombre del espacio.

Se fueron, y muy pronto nos fuimos todos a la cama, dejando el traje en el cuarto de estar.

Alrededor de la media noche, regresé de puntillas y volví a probármelo.

A la mañana siguiente lo trasladé a la tienda antes de ir al trabajo. El señor Charton fue diplomático. Se limitó a decir que le gustaría ver mi traje espacial, cuando yo tuviera tiempo disponible. Todo el mundo se había enterado debido a que mi fotografía aparecía en la primera página del Clarion, acompañando a las de la Ascensión a las cimas de las Colinas Pikes, y a las de los accidentes mortales del fin de semana. La historia estaba redactada en forma cómica, pero a mí no me importó. Nunca había creído realmente que pudiera ganar y ahora poseía un traje espacial con todas las de la ley, que era mucho más de lo que pudieran tener mis compañeros de clase.

Aquella misma tarde mi padre me trajo una carta certificada de Jabón Camino del Cielo. Llevaba incluido un título de propiedad de un traje, de tal presión, de tal número de

serie, etcétera, que había pertenecido a las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. La carta empezaba con felicitaciones y agradecimientos, pero el último párrafo significaba algo:

Jabón Camino del Cielo comprende que su premio puede no ser de uso inmediato para usted. En consecuencia, de acuerdo con el párrafo 4° de las reglas, Camino del Cielo ofrece sustituirlo por un premio en metálico de quinientos dólares (500.00 \$). Para poder acceder usted a este privilegio deberá devolver el traje de presión a portes debidos a la Corporación Goodyear (División de Aplicaciones Especiales, a la atención de: Recuperación) Akron, Ohio, con fecha límite 15 de septiembre.

Jabón Camino del Cielo espera que usted habrá disfrutado tanto con nuestro concurso como nosotros hemos disfrutado al contar con su colaboración, y confía que usted retendrá su premio el tiempo suficiente para aparecer en un programa especial de su emisora local de televisión. Unos honorarios de cincuenta dólares (50.00 \$) le serán entregados por su aparición. El director de su estación de televisión se pondrá en contacto con usted. Confiamos en recibirle como nuestro invitado.

Con todos los mejores deseos de Camino del Cielo, el Jabón tan Puro como el Mismo Cielo.

Se la entregué a mi padre, que la leyó y me la devolvió.

-Realmente, debería hacerlo -dije.

-No veo ningún mal en ello -dijo-. La televisión no deja cicatrices visibles.

-Oh, esto. Claro. Es dinero fácil. Pero en realidad me refería a lo de devolverles el traje.

Debería estar contento puesto que el dinero me hacía falta, mientras que necesitaba un traje espacial lo mismo que un cerdo pueda necesitar un órgano de catedral. Pero no lo estaba, a pesar de no haber tenido quinientos dólares en toda mi vida.

-Hijo, cualquier declaración que empieza «Realmente debería...» resulta sospechosa. Significa que no has analizado tus motivos.

-Pero quinientos dólares casi permitirían pagar las clases de un semestre.

-Lo que no tiene nada que ver con el caso. Decide primero qué es lo que quieres hacer, y luego hazlo. Nunca digas que vas a hacer algo que no quieras hacer. Piensa en ello -dijo adiós y se fue.

Decidí que era absurdo quemar mis puentes antes de atravesarlos. El traje espacial era mío hasta mediados de septiembre, incluso en el caso de que hiciera lo más conveniente... y por aquellas fechas ya podría haberme cansado de tenerlo.

Pero no me cansé de él; un traje espacial es un maravilloso artilugio mecánico, una pequeña estación espacial miniaturizada. El mío consistía en un casco cromado y una pieza en forma de yugo que se apoyaba sobre los hombros y continuaba en un cuerpo de silicona, amianto y tela de fibra de vidrio. Este cuerpo era rígido, a excepción de las juntas, que eran del mismo material pero «de volumen constante»: cuando doblas una rodilla, una estructura en forma de fuelle aumenta el volumen sobre la cazoleta de la rodilla en la misma cantidad que se comprime su espacio posterior. Sin esto, un hombre no sería capaz de moverse; la presión en el interior, que puede ascender hasta algunas toneladas, lo mantendría rígido como una estatua. Estos compensadores de volumen estaban recubiertos por unos refuerzos de duraluminio; incluso las juntas de los dedos tenían unas placas pequeñas de duraluminio sobre los nudillos.

Tenía un pesado cinturón de fibra de vidrio con soportes para sujetar las herramientas, y estaba provisto de correas para hacer los ajustes correspondientes a la altura y al peso. Había una mochila, ahora vacía, para las botellas de aire, y bolsillos interiores y exteriores con cierres de cremallera para llevar las baterías y otras cosas parecidas.

El casco se desplazaba hacia atrás, llevando con él una pieza pectoral que salía del yugo de los hombros. La parte frontal se abría mediante dos cierres herméticos de cremallera, lo que dejaba una puerta por donde retorcerse hasta meterse dentro. Con el

casco asegurado y las cremalleras cerradas era imposible abrir el traje si había presión en su interior.

Unos interruptores iban montados en el yugo de los hombros y en el casco; el casco era monstruoso. Contenía un depósito de agua para beber, suministradores de píldoras, seis a cada lado, una placa de mentón en la derecha para cambiar la radio de «recepción» a «emisión», otra en la izquierda para aumentar o disminuir el flujo de aire, un polarizador automático para las lentes frontales, micrófono y auriculares, espacio para los circuitos de la radio en un bulto en la parte posterior de la cabeza, y un cuadro de instrumentos en forma de arco sobre la cabeza. Los diales de los instrumentos iban al revés porque en un espejo interior colocado delante de la frente del viajero espacial eran reflejados hasta una distancia aparente de los ojos de unos treinta y cinco centímetros.

Sobre la lente, o ventana, había un par de faros gemelos. Encima llevaba dos antenas: una en punta para la transmisión y otra en forma de bocina que emitía microondas como una ametralladora y que se podía dirigir con sólo ponerse en la dirección de la estación receptora. La antena de la bocina estaba blindada excepto en su extremo abierto.

Esto lo hacía parecer tan atiborrado como el bolso de una mujer, pero todo era hermosamente compacto; tu cabeza no tocaba nada cuando mirabas a través de la lente. Pero podías echar la cabeza hacia atrás y ver los instrumentos reflejados, o inclinarla hacia adelante para operar con los controles de mentón, o simplemente girar el cuello para alcanzar la tetilla del agua o las píldoras. En todo el espacio sobrante había un acolchado de gomaespuma para evitar que la cabeza se golpeará, pasara lo que pasara.

Mi traje era como un coche de lujo, el casco como un reloj suizo.

Pero faltaban las botellas de aire; lo mismo sucedía con el equipo de radio, sólo quedaban las antenas; el haz de radar y la pantalla del radar de emergencia habían desaparecido, los bolsillos interiores y exteriores estaban vacíos, y en el cinturón no había herramienta alguna. El manual explicaba lo que debería haber, pero era como un coche medio desguazado.

Decidí que no tenía más remedio que hacerlo funcionar correctamente.

Primero lo lavé completamente con Clorex para eliminar el olor a tigre enjaulado. Luego me ocupé del sistema de aire.

Fue muy conveniente el que hubieran incluido aquel manual; la mayor parte de las cosas que yo creía saber sobre los trajes espaciales no eran ciertas.

Un hombre utiliza diariamente casi un kilo y medio de aire: kilos masa, no kilos por centímetro cuadrado. Podríamos suponer que un hombre podría transportar oxígeno para todo un mes, especialmente en el espacio, donde la masa no tiene peso, o en la Luna donde un kilo y medio masa sólo pesa un cuarto de kilo. Bien, esto es correcto para las estaciones espaciales, o los barcos, o los hombres-rana: hacen pasar el aire a través de lechada de cal para eliminar el anhídrido carbónico y volverlo a respirar. Pero no es así en los trajes espaciales.

Incluso hoy, la gente habla del «terrible frío del espacio exterior» pero el espacio es el vacío, y si el vacío fuera frío, ¿cómo podría un recipiente termo conservar caliente el café? El vacío es nada, no tiene temperatura, únicamente aísla.

Unas tres cuartas partes de los alimentos que tomamos se convierten en calor, lo que es mucho calor, y bastaría para fundir cada día más de veinte kilos de hielo. Parece exagerado ¿verdad? Pero cuando tenemos un fuego rugiente en el horno, estamos enfriando nuestro cuerpo; incluso en invierno mantenemos las habitaciones unos 15 grados por debajo de la temperatura de nuestro cuerpo. Cuando graduamos el termostato de la calefacción, estamos escogiendo una velocidad de enfriamiento más confortable. Nuestro cuerpo produce tanto calor que debemos desprendernos de él, exactamente como hemos de enfriar el motor de un automóvil.

Desde luego, si lo hacemos demasiado aprisa, digamos por ejemplo en una ventisca por debajo de cero grados, podemos quedar congelados, pero el problema usual en un

traje espacial es evitar el resultar hervido como una langosta. Se tiene el vacío por todos lados y resulta difícil desprenderse del calor.

Una parte se va por radiación, pero no la suficiente, y si se está a la luz del sol, se recoge más calor del que se radia. Por este motivo las naves espaciales se pulen como espejos.

¿Entonces, qué podemos hacer?

Bien, no podemos llevar, bloques de veinte kilos de hielo. Nos deshacemos del calor utilizando los mismos procedimientos que usamos en la Tierra: por convección y por evaporación. Mantenemos el aire en circulación sobre nosotros para que el sudor se evapore y nos enfríe. Oh, aprenderán a construir trajes espaciales que puedan reciclar el aire tal como ocurre en las naves espaciales, pero hoy por hoy, el sistema más práctico es dejar que el aire utilizado escape del traje, arrastrando con él el sudor, el anhídrido carbónico, y el exceso de calor, malgastando con ello la mayor parte del oxígeno.

Existen otros problemas. El Kg. por centímetro cuadrado que hay a nuestro alrededor incluye una quinta parte (200 gramos por centímetro cuadrado) de presión de oxígeno. Nuestros pulmones pueden funcionar con menos de la mitad de esto, pero sólo un indio del altiplano andino puede sentirse cómodo con 140 gramos por centímetro cuadrado de presión parcial de oxígeno. En 70 gramos por centímetro cuadrado está el límite. Una presión inferior a ésta sería incapaz de hacer circular el oxígeno en la sangre. Esta es aproximadamente la presión en la cima del Everest. Mucha gente sufre de hipoxia (escasez de oxígeno) mucho antes de esto, por lo que lo mejor es usar más de 140. Con el oxígeno hay que mezclar un gas inerte porque el oxígeno puro puede producir dolor de garganta, emborracharnos o llegar a provocarnos unos terribles calambres. No se debe usar nitrógeno (que es lo que hemos respirado durante toda nuestra vida) porque puede formar burbujas en la sangre si disminuyera la presión y dejarnos inválidos con la parálisis llamada «del buzo». Hay que utilizar el helio, que no causa este efecto; aunque dé un tono chirriante a nuestra voz ¿quién va a preocuparse por esto?

Se puede morir por falta de oxígeno, resultar envenenado por exceso de oxígeno, quedar inválido a causa del nitrógeno, ahogarse o resultar envenenado por el anhídrido carbónico, deshidratarse, o tener una fiebre mortal. Cuando terminé la lectura del manual no comprendía cómo alguien podía seguir vivo en alguna parte, y mucho menos dentro de un traje espacial.

Pero tenía frente a mí un traje que había protegido a un hombre en el espacio exterior, durante centenares de horas.

Así es como se pueden vencer estos peligros: llevando botellas de acero en la espalda, cuyo contenido sea «aire» (oxígeno y helio) a ciento cincuenta atmósferas. Sale de ellas mediante una válvula de reducción que lo suministra a unas 10 atmósferas, a una segunda válvula de reducción, del tipo de «demanda» que lo suministra a medida que se consume y que mantiene la presión dentro del casco de modo que la presión parcial del oxígeno se mantenga en los 140 gramos por centímetro cuadrado. Si colocamos alrededor del cuello un collar de goma de silicona que tenga unos pequeños agujeros para que la presión en el cuerpo del traje sea inferior, el movimiento del aire se hará más rápido; entonces la evaporación y el enfriamiento serán mayores mientras que el esfuerzo para doblarlo será menor. Añádanse válvulas de escape, una en cada muñeca y en cada tobillo (que deberán dejar pasar tanto agua como gas porque el usuario puede estar bañado en sudor hasta los tobillos).

Las botellas son grandes y poco elegantes, pesan casi treinta kilogramos y cada una contiene sólo unos 2 kilos masa de oxígeno a pesar de que se encuentre a tan alta presión; en vez del suministro para un mes, se tiene sólo el de unas pocas horas: Estaba previsto que mi traje sirviera para ocho horas con las botellas con que había estado equipado. Pero en él se podía estar seguro durante estas horas... si todo funcionaba bien. Se puede alargar este tiempo, porque uno no se muere demasiado aprisa por

recalentarse y se puede resistir un exceso de anhídrido carbónico incluso por más tiempo... pero si se acaba el oxígeno uno se muere al cabo de siete minutos más o menos. Lo que nos deja donde empezamos: el oxígeno es necesario para mantenerse vivo.

Para estar seguros de que estamos recibiendo suficiente cantidad de oxígeno (el olfato no lo indica) se engancha una pequeña fotocélula en la oreja para que vea el color de la sangre, el color rojo de la sangre mide el oxígeno que lleva. Se conecta a un galvanómetro. Si la aguja alcanza la zona de peligro, ya puedes empezar a rezar.

Aproveché mi día de fiesta para ir a Springfield, con las conexiones de manguera del traje, y fui de compras. Escogí de segunda mano, en una tienda de soldadura, dos botellas de acero de setenta y cinco centímetros de largo, y me hice mal ver, por insistir en que se hiciera una prueba de presión. Las llevé a casa en el autobús, me apeé en el garaje de Pring y encargué que las llenaran a quince atmósferas. Mayores presiones, u oxígeno, o helio, podría conseguirlos en el aeropuerto de Springfield, pero todavía no los necesitaba.

Cuando llegué a casa, cerré el traje y bombeé aire en su interior con una bomba de bicicleta hasta conseguir dos atmósferas absolutas, o sea una atmósfera relativa, lo que me proporcionó un ensayo con carga de casi cuatro veces las condiciones del espacio. Después me dediqué a las botellas. Era preciso que quedaran brillantes como un espejo, puesto que no podía permitir que recogieran el calor del sol. Limpié, rasqué y froté con un cepillo de alambres. Las pulí además como preparación para niquelaras.

Al día siguiente por la mañana, Óscar El Hombre Mecánico, estaba en estado de revista.

El conseguir que aquel viejo traje fuera no sólo hermético para el aire, sino que también lo fuera para el helio, resultó el mayor de los dolores de cabeza. El aire no es malo, pero la molécula de helio es tan diminuta y tan ágil que escapa directamente a través del caucho corriente, y yo quería que aquella reparación quedara perfecta, y no solamente lo bastante bien como para actuar en casa, sino que estuviera en condiciones de hacerlo en el espacio. Las juntas estaban deterioradas y presentaban pequeñas fugas de localización casi imposible.

Tuve que obtener directamente de Goodyear unas juntas nuevas de caucho de silicona y pegamento y tela para parches ya que las tiendas de las ciudades pequeñas no comercian con estas cosas. Les mandé una carta explicando lo que quería y para qué lo quería, y ni siquiera me las cobraron. Además me enviaron algunas fotocopias ampliando las explicaciones del manual.

A pesar de todo, no resultó fácil. Pero por fin llegó el día en que Óscar quedó lleno de helio a dos atmósferas absolutas.

Al cabo de una semana, se mantenía tan estanco como un neumático de seis telas.

Aquel día me vestí con Óscar como un medio ambiente auto-suficiente. Ya lo había llevado varias horas sin el casco, trabajando en el taller, manejando las herramientas con la dificultad que representaban los guantes, colocando correctamente las regulaciones para la altura y talla. Fue como si estrenara unos patines de hielo nuevos, y al cabo de poco tiempo ya casi no me daba cuenta de que lo llevaba puesto. Hasta en una ocasión fui a cenar revestido con él. Papá no dijo nada, y mamá tuvo el tacto social de un embajador; descubrí mi despiste al desplegar la servilleta.

En aquella ocasión, dejé escapar el helio en la atmósfera, monté las botellas cargadas con aire y me vestí completamente. Luego enclavé el casco y accioné los cierres de seguridad.

El aire silbó suavemente dentro del casco, su fluir estaba regulado por la válvula de demanda que se accionaba por la dilatación y la contracción de mi pecho. Podía graduarla a una velocidad mayor o menor mediante el control de mentón. Así lo hice, vigilando el indicador cuya imagen aparecía en el espejo, dejándolo subir hasta que tuve

una presión absoluta de una atmósfera y un tercio en el interior. Esto me daba un tercio de atmósfera más que la presión que había en el exterior del traje, que era lo más cerca que podía lograr de las condiciones del espacio, sin estar en el espacio.

Pude notar que el traje se inflaba y sus articulaciones dejaron de ser flojas y fáciles. Nivelé el ciclo a un diferencial de un tercio de atmósfera e intenté desplazarme.

Faltó muy poco para que cayera al suelo. Tuve que agarrarme al banco de trabajo.

Equipado completamente, con las botellas en mi espalda, pesaba más del doble de lo que pesaba desnudo. Además de esto, a pesar de que las articulaciones eran de volumen constante, el traje no se manejaba con la misma facilidad cuando estaba con presión. Cálzate unas pesadas botas de pescador, ponte un abrigo y unos guantes de boxeo, encasquétate un cubo en la cabeza, y luego pide a alguien que te ate dos sacos de cemento sobre los hombros, y podrás saber lo que es un traje espacial a gravedad uno.

Pero diez minutos después ya me las arreglaba bastante bien, y al cabo de media hora me parecía que lo había llevado toda la vida. El peso no era excesivo al estar bien repartido (y sabía que no sería tan grande en la Luna). El problema de las articulaciones era solo cuestión de acostumbrarse a un mayor esfuerzo. Me costó mucho más aprender a nadar.

Era un día que levantaba ampollas; salí y mire hacia el Sol.

El polarizador eliminó el resplandor y fui capaz de mirarlo directamente. Miré hacia un lado, el polarizador se normalizó y ya pude ver lo que había a mi alrededor.

Me mantenía frío. El aire, enfriado por la expansión semiadiabática (así lo ponía en el manual), enfriaba mi cabeza y corría por todo el traje, llevándose el calor corporal y el aire ya usado por las válvulas de escape. El manual explicaba que los elementos calefactores se conectaban muy pocas veces, puesto que el problema usual era el librarse del calor; decidí que conseguiría hielo seco para forzar una prueba del termostato y del calefactor.

Probé todo cuanto se me ocurrió. Un riachuelo corría por detrás de nuestra casa, y tras él había un prado. Chapoteé en el agua, perdí pie y caí. Lo peor era que nunca podía ver dónde ponía los pies. Una vez que hube caído, me quedé así durante cierto tiempo, casi flotando, pero sumergido en gran parte. No me mojé, no sentí calor, no sentí frío, y mi respiración era tan fácil como siempre, aunque el agua brillara sobre mi casco.

Salí con dificultad del agua y resbalé de nuevo, golpeando mi casco contra una roca. No hubo daños, Óscar estaba construido para resistirlo. Estiré mis rodillas debajo de mí, me levanté, y crucé el prado, tropezando con los desniveles pero sin volverme a caer. Allí había un pajar y me introduje en él hasta que quedé enterrado.

Aire fresco... ningún inconveniente, sin sudar.

Después de tres horas me despojé de él. El traje tenía dispositivos de emergencia como el traje de cualquier piloto, pero todavía no los había revisado, y por eso preferí salirme de él antes de que se agotara el aire. Cuando lo dejé colgado en el perchero que había construido, le di unos golpecitos en el yugo de los hombros.

-Óscar, eres perfecto -le dije-. Tú y yo somos socios. Vamos a ir a muchos sitios.

Habría hecho muecas de desprecio a los quinientos dólares que daban por Óscar.

Mientras que Óscar pasaba la prueba de presión, trabajé en sus equipos eléctricos y electrónicos. No me preocupé por un objetivo óptico o por una baliza de radar; el primero es infantilmente sencillo, el segundo es diabólicamente caro. Pero necesitaba una radio para todo el espectro de banda de las operaciones espaciales (las antenas sólo eran adecuadas para estas longitudes de onda). Podría haber construido un Walkie-Talkie ordinario y colgarlo en la parte exterior, pero me estaría engañando yo mismo con un equipo y frecuencia que no podrían resistir el vacío. Los cambios de presión, de temperatura y de humedad pueden hacer cosas muy divertidas a los circuitos electrónicos; por este motivo la radio iba alojada dentro del casco.

El manual traía los diagramas de los circuitos, por lo que puse manos a la obra. Los circuitos de audio y de modulación no representaron ningún problema, no eran más que

circuitos transistorizados alimentados por baterías, que yo podía construir lo suficientemente miniaturizados. Pero la parte de las microondas...

Era una ternera de dos cabezas, cada una con su transmisor y receptor, una longitud de onda de un centímetro para la bocina, y tres octavas más abajo en los ocho centímetros para el micro en una relación armónica, cada una controlada por un mismo cristal. Esto proporcionaba una señal mayor en la radiotransmisión y un enfoque mejor cuando se hacía sonar al máximo la bocina. También significaba que aquella era la única parte del montaje que debía cambiarse de conexión al cambiar de antenas. La salida de un oscilador de frecuencia variable se sumaba a la frecuencia del cristal al sintonizar el receptor. Los circuitos sobre el papel parecían fáciles.

Pero los circuitos de microondas nunca son fáciles; es necesario tener un utillaje para el mecanizado de precisión y un desliz de una herramienta puede falsear la impedancia y arruinar una resonancia calculada matemáticamente.

Pues bien, lo intenté. Los cristales de precisión sintéticos son baratos en las tiendas de excedentes, y para algunos transistores y otros componentes pude entrar a saco en mis propios equipos. Y al final conseguí hacerlo funcionar después del más embrollado «reza y vuelve a probar» que jamás había hecho. Pero aquella condenada cosa no quería caber dentro del casco.

Digamos que fue una victoria moral, porque jamás había hecho un trabajo mejor.

Al final compré uno, manufacturado con precisión y embebido en plástico, a la misma empresa que me había vendido el cristal. Al igual que el traje para el que se había hecho, era obsoleto y pagué por él un precio tan bajo que no pude evitar dar saltos de alegría. Pero de ser preciso, habría hipotecado mi alma: quería que aquel traje pudiera trabajar.

La única cosa que complicaba el resto del equipo eléctrico era que todo tenía que ser «a prueba de fallos» o «sin fallos»; un hombre en un traje espacial no puede detenerse en el taller de reparaciones más próximo si algo funciona mal. Su equipo ha de seguir trabajando o en caso contrario se convertirá en una cifra estadística de accidentes. Es por esto que el casco tiene dos faros gemelos; el segundo se conecta automáticamente si falla el primero, hasta las luces pequeñas del tamaño de un guisante que se utilizaban para las esferas de encima de mi cabeza eran gemelas. Nunca tomo atajos; cada circuito que estaba duplicado, lo dupliqué y lo comprobé para estar seguro de que la sustitución automática funcionaría siempre.

El Sr. Charton se empeñó en proporcionarme todo aquello que estaba en la lista del manual y que suele tener en existencia un drugstore: maltosa, dextrosa y tabletas de aminoácidos, vitaminas, dextrina, dramamina, aspirina, antibióticos, antihistamínicos, codeína, casi cualquier píldora de todo aquello que pudiera ayudar a un hombre a superar algo fastidioso que pudiera llegar a matarle. Consiguió que el Doctor Kennedy extendiera las correspondientes recetas para que pudiera almacenarlas dentro de Óscar sin quebrantar las leyes.

Cuando hube terminado, Óscar estaba en tan buena forma como nunca lo había estado en Satélite Dos. Para mí había resultado más divertido que cuando ayudé a Jake Bixby a convertir su montón de chatarra en un bólido.

Pero se estaba acabando el verano y ya era tiempo de que dejara de soñar despierto. Todavía no sabía a qué Universidad iría, o si podría hacerlo, o cómo me las arreglaría. Tenía dinero ahorrado, pero no el suficiente. Había gastado un poco en los franqueos y en comprar envoltorios de jabón, pero recuperé esto y todavía más por una aparición de quince minutos en la televisión, y no me había gastado un dólar con las chicas desde marzo porque había estado demasiado ocupado. Óscar me había costado, sorprendentemente, muy poco; la reparación de Óscar había consistido en gran parte en sudor y destornillador. Siete dólares de cada diez que había ganado estaban en el cesto del dinero.

Pero no bastaba.

Me di cuenta, con tristeza, de que tendría que vender a Óscar para poder pasar el primer semestre. ¿Pero cómo podría pasar el resto del año? Joe Valiente, el muchacho puro americano, siempre aparece en el campus con cincuenta centavos y un corazón de oro, y en el último capítulo es contratado por un pez gordo y tiene dinero en el banco. Pero yo no sería Joe Valiente ni corriendo la coma ocho lugares. ¿Tenía sentido empezar si tendría que abandonar por Navidad, aproximadamente? ¿No sería más inteligente esperar un año y familiarizarme con el pico y la pala?

¿Podía elegir otra cosa? La única escuela de la que estaba seguro era la Universidad Estatal, pero existían discusiones sobre el despido de profesores y se decía que la Universidad Estatal podía perder su acreditada posición. ¿No resultaría cómico estar esclavizado durante años para poder conseguir un título, si después este título careciera de valor porque la institución no estaba reconocida?

De todos modos, la Universidad Estatal no era mejor que una escuela de ingeniería de categoría «B», incluso desde antes de que existiera la controversia.

Rensselaer y CalTech me rechazaron el mismo día; el primero con un impreso, y la otra con una carta muy correcta que decía que les era imposible aceptar a todos los solicitantes calificados.

Por añadidura, algunas cosas nimias me sacaban de quicio. Lo único bueno de aquel show de televisión fueron los cincuenta pavos. Una persona vestida con un traje espacial en un estudio de televisión tiene un aspecto ridículo, y nuestro presentador lo aprovechó para conseguir carcajadas, golpeando sobre el casco y preguntando si todavía estaba allí dentro. Muy divertido. Me preguntó qué era lo que quería hacer con aquel traje espacial, y cuando traté de contestarle, cortó el sonido de mi micrófono e introdujo el de una cinta con cosas sin sentido acerca de los piratas del espacio y los platillos volantes. La mitad de los de mi pueblo creyeron que se trataba de mi voz.

No habría resultado demasiado duro sobrevivir, si no hubiera regresado Ace Quiggle. Había estado ausente durante todo el verano, tal vez había estado en la cárcel, pero el día siguiente al del show se sentó frente al mostrador, me miró fijamente y dijo con un grave susurro:

-Dime. ¿No serás por casualidad el famoso pirata del espacio, estrella dé la televisión?

-¿Qué vas a tomar, Ace? -dije.

-¡Caray! ¿Puedes darme tu autógrafo? ¡Nunca había visto en carne y hueso un verdadero pirata del espacio!

-Dime lo que quieres, Ace. O deja que otro utilice este taburete.

-Un chocolate malteado, Comodoro, y no me pongas jabón.

La «gracia» de Ace daba fe de vida cada vez que Ace aparecía por allí. Era un día calurosísimo de verano en que era muy fácil ponerse de mal humor. El viernes anterior al fin de semana del Día del Trabajo, el sistema de refrigeración de la tienda se averió, resultó imposible conseguir un operario que lo reparara, y me pasé tres horas muy malas arreglándolo, mis pantalones de entre semana quedaron hechos un asco, y yo mismo olía a sudor. Había vuelto al mostrador y deseaba poder ir a casa para tomar un baño, cuando Ace entró contoneándose y me saludó a gritos:

-¡Pero si es el Comandante Cometa, el azote de las rutas espaciales! ¡Dónde tienes tu pistola desintegradora, Comandante! ¿No tienes miedo de que el Emperador Galáctico te haga quedar en la escuela fuera de horas por andar desnudo por ahí? ¡Yuk yuk yukkity yuk!

Un par de chicas que estaban en el mostrador se rieron.

-Vete, Ace -le dije fatigosamente-. Es un día caluroso.

-¿Será porque no te has puesto tu ropa interior de goma?

Las chicas se rieron otra vez.

Ace sonrió con afectación, y prosiguió:

-Muchacho, puesto que tienes aquel traje de payaso, ¿por qué no te lo pones para trabajar? Pon un anuncio en el Clarion que diga: «Tengo Traje Espacial. Quiero viajar». ¡Yukkity yuk! O puedes alquilarte como espantapájaros.

Las muchachas se reían con disimulo. Conté hasta diez, luego conté en latín y en francés, después dije:

-Ace, sólo dime lo que quieres tomar.

-Lo de siempre, y date prisa. Tengo una cita en Marte.

El Sr. Charton salió de detrás de su mostrador, se sentó y me pidió que le mezclara un refresco de lima, y por tanto le serví antes. Esto frenó el chorro de «gracias» y probablemente le salvó la vida a Ace.

Poco después, el jefe y yo nos quedamos solos. Dijo tranquilamente:

-Kip, el sentir respeto por la vida no obliga a que un hombre deba perdonar los evidentes errores de la Naturaleza.

-¿Señor?

-No es necesario que en lo sucesivo sirvas a Ace. No quiero hacer negocios con él.

-Oh, no me importa. Es inofensivo.

-Me pregunto si la gente como él es realmente inofensiva. ¿Hasta qué punto la civilización se ve retardada por los burros reidores y por los guasones sin seso? Vete a casa; mañana querrás madrugar.

Los padres de Joe Bixby me habían invitado a ir al Lago del Bosque durante el largo fin de semana del Día del Trabajo. Deseaba ir, no sólo para alejarme del calor, sino también para poder discutir las cosas con Jake.

Pero respondí:

-De ninguna de manera, Sr. Charton, no puedo dejarle plantado.

-La ciudad quedará desierta durante estos días de fiesta; no voy a abrir el mostrador de refrescos. Diviértete. Este verano ha sido agotador para ti, Kip.

Me dejé convencer pero estuve allí hasta la hora de cerrar y lo dejé todo barrido. Luego fui andando hasta casa, pensando intensamente.

La fiesta había terminado y ya era hora de que dejara de lado mis juguetes. Hasta el tonto del pueblo sabía que yo no tenía una excusa válida para poseer un traje espacial. No es que me importara lo que Ace pudiera pensar... pero no me servía para nada... y necesitaba aquel dinero. Hasta en el caso de que Stanford y M.I.T. y Carnegie y los otros centros me rechazaran, iba a empezar aquel semestre. La Universidad Estatal no era la mejor, pero tampoco lo era yo, y a pesar de esto había descubierto que el aprender dependía más del alumno que de la escuela.

Mamá se había acostado y papá estaba leyendo. Dije hola y me fui al garaje, con el propósito de sacar todos mis aparatos de Óscar, meterlo en su caja, poner las señas y por la mañana llamar a la agencia de transportes para que lo recogieran. Se habría ido antes de mi regreso del Lago del Bosque. Rápido y limpio.

Estaba colgado en su percha y me pareció que me saludaba con una sonrisa. Una estupidez, desde luego. Me acerqué y le acaricié el hombro.

-Bien, viejo amigo, has sido un perfecto compañero y he tenido mucho gusto al conocerte. Nos veremos en la Luna, espero.

Pero Óscar no iba a ir a la Luna. Óscar iría a Akron, Ohio, a «Recuperación». Allí desatornillarían las partes que pudieran ser utilizadas, y el resto iría al montón de chatarra.

Noté que mi boca estaba seca.

-Está bien, camarada -me contestó Óscar, o padeció contestar.

¿Veis esto? ¡Todo salía de mi loca cabeza! Óscar no hablaba realmente. Había dejado volar mi imaginación durante demasiado tiempo. Por esto dejé de acariciarle, preparé su caja y saqué una llave de su cinturón para quitar las botellas de aire.

Me detuve.

Las dos botellas estaban llenas, una con oxígeno y la otra con oxígeno-helio. Había malgastado mi dinero porque quería probar, por una sola vez, la mezcla de los astronautas.

Las baterías eran nuevas, y los acumuladores estaban cargados.

-Óscar -dije en voz baja-. Vamos a dar el último paseo. ¿Te parece bien?

-Magnífico.

Convertí aquello en un ensayo general, había agua para beber en el depósito, los suministradores de píldoras estaban llenos, el botiquín de primeros auxilios estaba en el interior, el duplicado del control de vacío (esperaba que fuera a prueba de vacío) se hallaba en un bolsillo exterior. Todas las herramientas estaban en el cinturón, todas las fijaciones de las herramientas estaban colocadas para que las herramientas no se alejaran flotando cuando estuviera en caída libre. Estaba todo.

Después conecté un circuito que hubiera hecho bramar a la Comisión de Comunicaciones de la Federación, si se hubiera enterado, un enlace de radio que yo había recuperado en mis pruebas por montar una radio para Óscar, y que había modificado para que fuera un control de los oídos de Óscar y para que me permitiera comprobar hacia donde apuntaba mi antena direccional. Iba acoplado a un circuito de eco que contestaba cuando yo le llamaba. Era una cosa que yo había desmontado de un Webcor antiguo que grababa sobre alambre, de la cosecha de 1950.

Me introduje en Óscar y me encerré por completo en él.

-¿Hermético?

-¡Hermético!

Eche un vistazo a los diales reflejados, me fijé en la lectura del color de mi sangre, hice disminuir la presión hasta que Óscar casi se colapsó. Estando aproximadamente a la presión del nivel del mar no corría peligro de hipoxia; el truco estaba en evitar disponer de demasiado oxígeno.

Cuando íbamos a salir, recordé algo:

-Es cuestión de un segundo, Óscar.

Escribí una nota para mis viejos, diciéndoles que me levantaría temprano para coger el primer autobús que fuera al lago. Ya había logrado escribir revestido con el traje, y hasta podía enhebrar una aguja. Dejé la nota clavada en la puerta de la cocina.

Cruzamos el riachuelo y pasamos al prado. No tropecé al vadear: ya me había acostumbrado a Óscar, y pisaba con igual seguridad que una cabra.

Cuando estuvimos en el campo, abrí la llave de mi micrófono y dije:

-Bicho llamando a Piwi. Contesta, Piwi.

Unos segundos después me llegaba la grabación de mi voz:

-Bicho llamando a Piwi. Contesta, Piwi.

Pasé la conexión a la antena de la bocina y probé de nuevo. No resultó fácil dirigirla en la oscuridad, pero funcionó de maravilla. Luego volví a la antena de varilla y fui llamando a Piwi mientras atravesaba el prado pretendiendo que me encontraba en Venus y tenía que mantener el contacto con la base porque se trataba de un sitio desconocido y de una atmósfera irrespirable.

Todo funcionaba a la perfección, y si me hubiera hallado en Venus, habría estado completamente bien.

Dos luces corrieron por el cielo austral, pensé que eran aviones, o tal vez helicópteros. Era exactamente aquello que los palurdos dicen que son «platillos volantes». Los observé, luego me trasladé detrás de un pequeño promontorio que podría haber estropeado la transmisión y llamé a Piwi. Piwi contestó, y yo me callé. Resulta aburrido hablar con un circuito idiota que sólo repite como un eco aquello que le dices.

Entonces oí:

-¡Piwi a Bicho! ¡Responde!

Pensé que me habían localizado y que estaba en dificultades... luego decidí que algún radioaficionado me había captado.

-Aquí Bicho. Te recibo. ¿Quién eres?

El dispositivo de eco repitió mis palabras.

Luego, la voz nueva gritó:

-¡Aquí Piwi! ¡Llévame a casa!

Aquello era tonto. Pero me encontré diciendo:

-Bicho a Piwi. Pasa a la frecuencia direccional en un centímetro, y sigue hablando.
¡Sigue hablando!

Pasé a la antena de la bocina:

-Bicho, te recibo. Dame mi posición. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...

-Vas con rumbo sur en relación a mí, a unos cuarenta grados. ¿Quién eres?

Podía tratarse de una de aquellas luces. Debía serlo forzosamente.

Pero no tuve tiempo para reflexionar. Una nave espacial aterrizó y por poco no lo hizo sobre mí.

CAPITULO 4

Dije «nave espacial». No dije «nave cohete». No hizo el menor ruido, sólo una especie de zumbido y no había chorros de llamas. Parecía que simplemente se trasladaba por medio de una vida ordenada y unos pensamientos justos.

Estaba tan ocupado en evitar ser aplastado, que no podía pensar en los detalles. Un traje espacial a gravedad uno, no es un traje para hacer carreras; fue una suerte que hubiera hecho prácticas. La nave se había posado allí donde yo había estado un momento antes, ocupando en el prado más sitio del que le correspondía, era una gran forma negra.

La segunda también bajó zumbando, en el preciso instante en que se abría una puerta en la primera. Por la puerta salieron chorros de luz, y aparecieron dos figuras que echaron a correr. Una de ellas corría como un gato, pero la otra lo hacía pesada y lentamente dificultada por su traje espacial. Perdonadme, pero una persona en un traje espacial parece tonta. Esta medía menos de un metro cincuenta de estatura y parecía un enanito del bosque.

Un inconveniente importante de los trajes espaciales es que dejan un ángulo de visión muy reducido. Intentaba mirar a la vez a las dos figuras y no vi que se abría la segunda nave. La primera figura se detuvo, esperando a que la otra, que llevaba el traje espacial, le alcanzara, y de pronto se colapsó. Sólo soltó un grito sofocado parecido a ¡liiii...! y se dobló.

Se puede adivinar el sonido del dolor. Corrí hacia aquel lugar con un trabajoso trote, me incliné para ver qué era lo que iba mal, haciendo bascular mi casco para mandar la luz de mi foco al suelo.

Un monstruo con ojos de insecto...

Aquello no era exacto, pero ésta fue mi primera impresión. No podía creerlo y me habría pellizcado a no ser porque esto resultaba muy difícil llevando un traje espacial.

Una mente que no tuviera prejuicios (lo que no era el caso de la mía) hubiera podido decir que aquel monstruo era bastante hermoso. Era pequeño, su altura no mayor que la mitad de la mía, y sus curvas eran graciosas, no como las de una chica sino mejor diría como las de un leopardo, aunque tampoco tuviera la forma de éste. No podía saber a ciencia cierta su forma. No tenía patrones que me permitieran definirla; no cuadraba.

Pero podía ver que estaba herida. Su cuerpo temblaba como un conejo asustado. Tenía unos ojos enormes, los tenía abiertos pero eran lechosos y sin forma definida, como si unas membranas nictitantes los recubrieran. Lo que parecía ser su boca...

Hasta aquí pude llegar. Algo me hirió en la columna vertebral, exactamente entre las botellas de gas.

Cuando desperté estaba sobre el desnudo suelo, mirando hacia el techo. Me llevó algunos instantes recordar lo que había pasado y luego renuncié a hacerlo porque era algo condenadamente tonto. Había salido con Óscar a dar un paseo... y después había aterrizado una nave espacial... y un monstruo con ojos de insecto...

De repente me senté al darme cuenta de que Óscar había desaparecido. Una voz alegre y ligera dijo:

-¡Hola, tú!

Volví rápidamente la cabeza. Un muchacho de unos diez años estaba sentado en el suelo, apoyándose contra una pared. El... (me corregí a mí mismo porque los muchachos no suelen ir por ahí abrazados a una muñeca de trapo). Aquel ser joven tenía una edad en que no se notan demasiado las diferencias, e iba vestido con una camisa, un pantalón corto y unos zapatos de tenis muy sucios, y llevaba el pelo corto; es decir que no tenía gran cosa para juzgarlo dejando aparte la muñeca de trapo.

-¡Hola también tú! -contesté-. ¿Qué haces aquí?

-Sobrevivo. No se tú.

-¿Uh?

-Sobreviviendo. Aspirando y expeliendo aire. Conservando mis fuerzas. No se puede hacer otra cosa, por ahora; nos han dejado encerrados aquí.

Miré a mi alrededor. La habitación medía unos tres metros de ancho. Tenía cuatro paredes pero eran en forma de cuña, y allí no había nada, aparte de nosotros. No pude ver ninguna puerta; aunque no estábamos encerrados era lo mismo que si lo estuviéramos.

-¿Quién nos ha encerrado aquí?

-Ellos, los piratas del espacio. Y él.

-¿Piratas del espacio? ¡No digas tonterías!

Se encogió de hombros.

-No es más que el nombre que les he adjudicado. Pero si quieres sobrevivir será mejor que no creas que son tontos. ¿Tú eres Bicho?

-¿Eh? Tú si que pareces un bicho. Los piratas del Espacio... ¡Y un jamón!

Estaba preocupado y muy confuso y todas aquellas tonterías no me ayudaban en lo más mínimo. ¿Dónde estaba Óscar? ¿Y dónde estaba yo?

-No, no, no un bicho, sino Bicho una clave de llamada de radio. Verás: soy Piwi.

Me dije a mí mismo: Kip, viejo amigo, vete andando despacito hasta el hospital más próximo e ingrésate.

Cuando un trasto de radio, que tú mismo has montado, empieza a parecerse a una chica escuálida, que lleva una muñeca de trapo, es que debes estar ido. Vas a necesitar toallas mojadas y tranquilizantes, y que te eviten toda excitación, porque se te han fundido todos los plomos.

-¿Tú eres Piwi?

-Así me llaman, y no me importa. Verás, oí: «Bicho llamando a Piwi» y supuse que mi papá se había enterado del apuro en que me encontraba y había avisado a las autoridades para que me ayudaran a aterrizar. Pero si tú no eres «Bicho» no puedes estar enterado de esto. ¿Quién eres?

-Espera un momento. Soy «Bicho». Quiero decir que estaba utilizando esta llamada. Soy Clifford Russell, pero me llaman Kip.

-¿Qué tal estás, Kip? -preguntó con muy buenos modales.

-Bien, ¿Y como estás tú, Piwi? Umm. ¿Eres un chico o una chica?

Me pareció que Piwi se había disgustado.

-Haré que te arrepientas de esto. Ya me doy cuenta de que soy de tamaño inferior al que corresponde a mi edad, pero tengo once años y me falta poco para cumplir los doce.

No tienes necesidad de ser grosero. Dentro de cinco años espero ser todo un bombón y probablemente me vas a suplicar que te conceda todos los bailes.

En aquel momento hubiera preferido bailar con un taburete de cocina, pero tenía otras cosas en mi mente y no deseaba mantener una discusión inconsecuente.

-Lo siento, Piwi. Todavía estoy conmocionado. ¿Quieres decir que estabas en la primera nave?

Otra vez se mostró ofendida.

-Yo la pilotaba.

Tranquilizantes cada noche y un largo período de psicoanálisis. ¡A mi edad!

-¿Tú la pilotabas?

-¡Con toda seguridad no vas a suponer que la Cosa Madre podía hacerlo! No cabe detrás de los mandos. Estaba apelotonada a mi lado y me daba instrucciones. Pero si crees que me resultó fácil sin haber pilotado en mi vida otra cosa que la avioneta Cessna de mi padre con él a mi lado y sin que me permitiera aterrizar en ninguna ocasión, estás muy equivocado. ¡Lo hice muy bien! y tus instrucciones de aterrizaje no fueron demasiado explícitas. ¿Qué han hecho con la Cosa Madre?

-¿Con qué?

-¿No lo sabes? ¡Oh, querido!

-Espera un minuto, Piwi. Pongámonos en la misma sintonía. Soy «Bicho», de acuerdo y te dirigí en tu aterrizaje. Y si crees que esto fue fácil, cuando surgió una voz de ninguna parte pidiendo instrucciones para un aterrizaje forzoso, es mejor que lo vuelvas a considerar, tú también. De todos modos, una nave aterrizó y otra nave aterrizó inmediatamente después, y en la primera se abrió una puerta y un fulano vestido con traje espacial saltó fuera...

-Era yo.

-... y también saltó algo más...

-La Cosa Madre.

-... sólo que no llegó muy lejos. Lanzó un chirrido y cayó pesadamente. Fui a ver que le pasaba y algo me golpeó. Lo siguiente que supe fue que me decías: «¡Hola, tú!»

Me preguntaba si debía decirle que todo el resto, incluyéndole a ella, era como un sueño provocado por la morfina, porque lo más verosímil era que yo estuviera en una cama de hospital con el espinazo enyesado.

Piwi asintió pensativamente.

-Debieron soltarte un rayo a baja potencia, o no estarías aquí. Bien. Te cogieron y me cogieron, por lo que lo más probable es que también la cogieran a ella. ¡Oh, querido! Espero que no la hayan herido.

-Pareció como si se moría.

-Debes decir: «como si se muriera», -me corrigió Piwi-. Subjuntivo. Pero me inclino a no creerlo; cuesta mucho matarla, y ellos no la matarían como no fuera para evitar que se escapase; la necesitan viva.

-¿Por qué? ¿Y por qué la llamas «La Cosa Madre»?

-Una pregunta cada vez, Kip. Es la Cosa Madre porque... bueno... porque lo es, y esto es todo. Lo sabrás cuando te la presente. Y en cuanto a por qué no iban a matarla, es porque les resulta más valiosa como rehén que como un cadáver, la misma razón por la que me mantuvieron viva. Aunque ella es increíblemente más valiosa que yo: me hubieran eliminado sin pestañear si hubiera sido un estorbo. Lo mismo que a ti. Pero puesto que estaba viva cuando la viste, es lógico aceptar que vuelve a ser su prisionera. Tal vez la tienen aquí, en la puerta de al lado. Esto me hace sentir mucho mejor.

Pero a mí no me hizo sentir mejor.

-Sí, pero ¿dónde es «aquí»?

Piwi miró su reloj de Mickey Mouse, arrugó el entrecejo y dijo:

-Yo diría que casi a medio camino de la Luna.

-¿Qué?

-Desde luego, no lo sé seguro. Pero tiene sentido pensar que ellos quieren volver a su base más próxima; fue desde allí que la Cosa Madre y yo nos escapamos.

-¿Me estás diciendo que estamos en aquella nave?

-En aquella, o en la que yo les había birlado. ¿Dónde creías que estabas, Kip? ¿En qué otra parte podríamos estar?

-En un hospital psiquiátrico.

Me miró con los ojos muy abiertos y después sonrió.

-¿Por qué Kip? Seguramente tu sentido de la realidad no será tan débil.

-No estoy seguro de nada. Piratas del espacio... la Cosa Madre...

Frunció el ceño y se mordió el pulgar. -Supongo que puede ser desconcertante. Pero debes tener confianza en tus ojos y en tus oídos. Mi sentido de la realidad es muy fuerte, te lo aseguro, ya lo ves: soy un genio.

Lo decía como haciendo constar un hecho y no por jactancia, y por algún motivo no me sentía inclinado a dudar de su afirmación, a pesar que venía de una jovencita escuchimizada que llevaba su muñeca de trapo en los brazos.

Pero no podía ver para qué nos serviría aquello. Piwi siguió hablando:

-Piratas del Espacio... mmm. Llámalos como quieras. Sus acciones son de piratería y operan en el espacio: ya puedes ponerles nombre. Y en cuanto a la Cosa Madre... espera a conocerla.

-¿Y qué hace ella en todo este lío?

-Bien, pues es complicado. Ella te lo explicaría mejor. Es un policía y los persigue.

-¿Un policía?

-Me parece que ésta es otra insuficiencia semántica. La Cosa Madre sabe lo que queremos decir con la palabra «policía» y me figuro que encuentra este concepto desconcertante, por no decir imposible. ¿Pero qué dirías que es una persona que persigue a los malhechores? Un policía. ¿No es cierto?

-Sí, un policía, supongo.

-Y yo también -miró otra vez su reloj-. Pero precisamente ahora creo que haremos mejor si nos agarramos. Debemos llegar al punto medio de la distancia dentro de unos pocos minutos, y daremos una voltereta rápida que siempre es desconcertante aunque se esté bien atado.

Ya había leído algo sobre la inversión del sentido de la trayectoria por voltereta rápida, pero sólo se trataba de una maniobra teórica y jamás había sabido de una nave que pudiera efectuarla. Si aquello era una nave. El suelo parecía tan sólido como si fuera de cemento e igualmente inmóvil.

-No veo en dónde nos podamos agarrar.

-Sí, me temo que no hay dónde hacerlo. Pero si nos sentamos en la parte más estrecha y nos colocamos uno contra otro, creo que tendremos el apoyo suficiente para no rodar un lado a otro. Pero démonos prisa porque podría ser que mi reloj atrasara.

Nos sentamos en la parte más estrecha, allí donde la separación entre las paredes en forma de cuña era de un metro y medio, aproximadamente. Nos dábamos la cara y empujábamos cada uno al otro con los zapatos, de un modo parecido a como los alpinistas se apoyan mutuamente para subir centímetro a centímetro por una chimenea rocosa. Mejor debería decir que yo empujaba con mis calcetines contra sus zapatos de tenis, porque mi calzado debía estar todavía junto a mi banco de trabajo. Me preguntaba si habían tirado a Óscar al prado y si mi padre lo habría encontrado.

-Empuja con fuerza, Kip, y apoya las manos contra la cubierta.

Así lo hice.

-¿Piwi, cómo sabes cuando darán la vuelta?

-No he perdido el conocimiento. Sólo me derribaron y me llevaron hasta dentro. Y así sé cuando despegamos. Si aceptamos que su destino es la Luna, y es muy probable que

lo sea, si aceptamos una fuerza de gravedad uno durante todo el salto, lo que no se aleja demasiado de la realidad porque mi peso me parece el de siempre. ¿No pasa lo mismo con el tuyo?

Lo consideraré.

-Creo que sí.

-Es posible que sea así, aunque mi propio sentido del peso puede estar distorsionado a causa de mi estancia en la Luna. Si todas estas suposiciones son correctas, entonces se trata de un viaje de casi exactamente tres horas y media y -Piwi miró su reloj-, el tiempo previsto de llegada debe ser las nueve y treinta de la mañana, y por tanto la inversión de sentido deberá efectuarse a las siete y cuarenta y cinco. En cualquier momento a partir de ahora.

-¿Ya es tan tarde? -miré mi reloj-. ¡Pero si tengo las dos menos cuarto!

-Llevas el horario de tu zona. Yo llevo el de la Luna, es decir, el horario de Greenwich. ¡Oh, oh! ¡Allá vamos!

El suelo se inclinó, giró bruscamente y cayó en picado como si estuviéramos en una montaña rusa, y mis canales semicirculares bailaron la samba. Las cosas empezaron a tranquilizarse cuando pude dominar un vértigo agudo.

-¿Te encuentras bien? -preguntó Piwi.

Conseguí enfocar mi mirada.

-Umm, creo que sí. Ha sido como si hubiera ganado una carrera en una piscina vacía.

-Este piloto lo ha hecho con una rapidez mucho mayor que la que yo me hubiera atrevido a emplear. En realidad, no duele, cuando tus ojos dejan de mirar cruzados. Pero lo que puedo asegurarte es que nos dirigimos a la Luna. Llegaremos allí en una hora y tres cuartos a partir de ahora.

Aún no podía creerlo.

-¿Piwi, que clase de nave puede lanzarse a gravedad uno durante todo el camino hacia la Luna? ¿Lo mantienen en secreto? ¿Y, de todos modos, qué estabas haciendo tú en la Luna? ¿Y por qué les habías robado una nave?

Suspiró y habló a su muñeca.

-Es un preguntón, Madame Pompadour. ¿Kip, cómo voy a contestarte tantas preguntas a la vez? Esto es un platillo volante y...

-¡Un platillo volante! Ya puedo decir que lo he oído todo.

-El interrumpir es de mala educación. Llámalo como quieras ya que no hay nada oficial que se haya decidido sobre el nombre. La verdad es que se parece más a un pan redondo: un esferoide aplastado. Esta sí es una forma definida...

-Ya sé lo que es un esferoide aplastado -dije interrumpiéndola de nuevo.

Estaba cansado y trastornado a causa de tantas cosas, desde un acondicionador de aire averiado que había echado a perder mis pantalones hasta quedar fuera de combate mientras me dedicaba a una obra de caridad. Y no hablemos de «Ace» Quiggle. Ya empezaba a pensar que las niñas pequeñas que fuesen genios deberían hacerme el favor de no demostrármelo.

-No hay ninguna necesidad de que seas tan brusco -me dijo riéndome-. Ya sé que la gente ha llamado «platillos volantes» a muchas cosas, desde globos meteorológicos hasta luces de la calle. Pero en mi modesta opinión, de acuerdo con la Navaja de Occam, que...

-¿La Navaja de quién?

-La de Occam. La hipótesis más reciente. ¿No sabes nada de lógica?

-No mucho.

-Bien, pues... Sospecho que una de cada quinientas veces que se haya visto un «platillo» se trataba de una nave como ésta. Esto cuadra. Y en lo referente a por qué estaba en la Luna -se detuvo y sonrió-. Soy una pesada.

No se lo discutí.

-Hace mucho tiempo, cuando mi padre era sólo un muchacho, el Planetario Hayden aceptó reservas para excursiones a la Luna. No era más que un truco publicitario, como este tonto concurso de jabón de hace poco, pero papá consiguió que su nombre estuviera en la lista. Ahora, años y años más tarde, dejan que la gente pueda ir a la Luna, y puedes estar seguro que los de Hayden pasaron la lista al American Express, y el American Express comunicó a los solicitantes que pudo localizar que tendrían preferencia.

-¿Y de esta manera, tu padre te llevó a la Luna?

-¡Por todos los cielos, no! Papá llenó aquel impreso cuando sólo era un niño. Ahora es el hombre más importante del Instituto para los Estudios Avanzados y no tiene tiempo para tales placeres. Y mamá no querría ir aunque se lo pagases. Por lo tanto dije que yo quería ir. Papá dijo «¡No!» y mamá dijo «¡Qué cosas tienes, no!»... y por esto seguí insistiendo. Puedo convertirme en muy pesada si me lo propongo -dijo con orgullo-. Tengo mucho talento para hacerlo. Papá dice que soy una picaruela amoral.

-¿Crees que puede tener razón?

-Supongo que sí. Me comprende, mientras que mi madre alza los brazos al cielo y dice que no puede soportarlo. Me porté de un modo bestial e inaguantable durante dos semanas completas y al final papá dijo: «Por nuestra tranquilidad... ¡Déjala ir!... ¡Tal vez podamos cobrar su seguro!» Y así lo conseguí.

-Mmm... Pero esto todavía no explica por qué estás aquí.

-Oh, estaba metiendo las narices en donde no debía hacerlo, haciendo aquellas cosas que nos dicen no hagamos. Siempre exploro; es muy educativo. Y así fue que me cogieron. Hubieran preferido que fuese papá, pero tienen la esperanza de cambiarme por él. No podía consentirlo, y por esto tuve que escaparme.

-El mayordomo es el asesino -murmuré.

-¿Qué?

-Tu historia tiene tantos fallos como el último capítulo de muchas novelas de las de «¿Quién lo hizo?»

-Oh, pero te aseguro que es de lo más sencillo... oh, oh. ¡Allá vamos otra vez!

Todo lo que ocurrió fue que cambió la iluminación de blanca a azul. No había lámparas: todo el techo relucía. Todavía estábamos tumbados en el suelo. Intenté levantarme... y no pude.

Me sentía como si acabara de llegar a la meta de una carrera a campo través, demasiado débil para hacer nada, excepto respirar. La luz azul no puede hacer cosas así, se trata solamente de una longitud de onda entre los 43.000 y los 51.000 angstroms y la luz del sol está cargada de ella. Pero lo que utilizaban a la vez que la luz azul nos dejaba tan inertes como si nos hubieran atado con correas mojadas.

Piwi intentaba decirme algo.

-Si... vienen a buscarnos... no te resistas... y... sobre todo...

La luz azul volvió a ser blanca. La pared más estrecha empezó a correrse hacia un lado.

Piwi parecía estar muy asustada e hizo un gran esfuerzo.

-... y sobre todo... no te enfrentes... a él.

Entraron dos hombres que empujaron a Piwi hacia un lado, ataron mis muñecas y tobillos y pasaron otra cuerda alrededor de la parte central de mi cuerpo para que me sujetara los brazos. Empezaba a recuperarme, pero no como si le diera a un interruptor porque no tenía ánimos ni para lamer un sello. Me hubiera gustado aporrearles la cabeza, pero tenía menos probabilidades que las de una mariposa que intentara izar una campana.

Me sacaron de allí. Empecé a protestar.

-Oigan ustedes. ¿A dónde me llevan? ¿Qué creen que están haciendo? Les haré arrestar. Voy a...

-Cierra el pico -dijo uno de ellos.

Era un enano canijo, tenía los cincuenta o tal vez era algo más viejo, y su aspecto parecía indicar que no había sonreído en toda su vida. El otro era gordo y más joven con una petulante boca de niño y un hoyuelo en la barbilla; su aspecto era el de que podría reír cuando no estuviera preocupado. Pero entonces lo estaba.

-Tim, éste puede crearnos problemas. Deberíamos echarle al espacio, deberíamos echar a los dos. Luego podríamos decirle que había sido un accidente. Podemos decir que salieron fuera y que intentaron escapar por la compuerta. Él no se enteraría de la difer...

-Cierra el pico, -contestó Tim con una voz sin inflexiones, y añadió-. ¿Es que quieres tener problemas con él? ¿Te apetece mascar espacio?

-Pero...

-Cierra el pico.

Me transportaron a lo largo de un corredor curvado hasta una habitación interior y me descargaron en el suelo.

Estaba boca arriba, pero me llevó tiempo darme cuenta de que aquella debía ser la sala de mando. No se parecía a nada que un humano hubiera podido diseñar para sala de mando, lo que no era sorprendente porque ningún humano lo había hecho. Entonces le vi.

No hacía falta que Piwi me hubiera avisado: no quería enfrentarme a él.

El fulano pequeño era duro y peligroso, el tío gordo era vil y criminal; pero ambos eran unos querubines si se les comparaba con él. Si hubiese tenido fuerzas suficientes, habría luchado con aquellos dos del modo que hubieran preferido; estoy convencido de que no tengo demasiado miedo de ningún humano siempre que tenga completas mis facultades.

Pero no con él.

No era humano, pero no era esto lo malo. Los elefantes no son humanos y sin embargo son unos animales agradables. Él tenía una constitución más parecida a la de un humano que a la de un elefante, pero aquello no representaba ninguna ventaja. Quiero decir que se mantenía erguido y tenía pies en uno de sus extremos, y la cabeza en otro. No medía más de un metro y medio de alto, pero esto tampoco ayudaba en lo más mínimo: nos dominaba del mismo modo que un hombre domina a un caballo. Su torso era tan grande como el mío; su corta talla se debía a sus piernas extraordinariamente cortas, con pies (supongo que llamaríais pies a aquello) que sobresalían y casi parecían discos. Cuando se desplazaba producían unos ruidos de succión, elásticos. Cuando estaba parado, de pie, hacía asomar una cola, o una tercera pata, y se convertía en un trípode. No necesitaba sentarse, y dudo que pudiera hacerlo.

La corta longitud de sus patas no le hacía lento. Sus movimientos eran tan rápidos que aparecía como borroso, como los de ataque de una serpiente. ¿Significaba esto, tal vez, que tenía un sistema nervioso mejor, o unos músculos más eficientes? ¿O que su planeta nativo tenía una gravedad mayor?

Sus brazos parecían serpientes (tenían más articulaciones que los nuestros). Tenía dos pares, uno en donde debería haber estado su cintura, y otro par bajo su cabeza. Sin hombros. No alcancé a contar sus dedos, o apéndices digitales, porque nunca estaban quietos. No iba vestido, a excepción de una correa por encima y otra por debajo de los brazos del centro de su cuerpo donde llevaba todo lo que una cosa como aquella puede llevar en vez del dinero y las llaves. Su piel era púrpura oscura y tenía una apariencia aceitosa.

Cualquiera que pudiera ser su raza, no era la misma que la de la Cosa Madre.

Despedía un leve olor dulzón a musgo. Una habitación con mucha gente huele peor en un día caluroso, pero si alguna vez vuelvo a percibir aquel olor, mi piel se pondrá de gallina y mi lengua se trabará por el miedo.

No capté de golpe todos estos detalles; al principio todo lo que podía ver era su cara. Y digo «cara» por llamarla de alguna manera. Todavía no he explicado cómo era, porque

temo que me dé un telele. Pero voy a hacerlo porque si alguna vez os encontráis con alguno disparad primero, antes de que vuestros huesos se conviertan en gelatina.

No tenía nariz. Era un respirador de oxígeno, pero no puedo decir por dónde entraba y salía el aire, en parte debía hacerlo por la boca, porque podía hablar. La boca era lo peor de él, en segundo lugar; en vez de mandíbula y mentón tenía unas quijadas que igual se abrían de lado como de arriba abajo, hacia tres lados irregulares. Tenía filas de pequeños dientes, pero carecía de lengua hasta donde pude ver, en vez de ella, rodeaban su boca unos cilios largos como gusanos para pescar, que nunca dejaban de retorcerse.

He dicho que la boca era lo peor en segundo lugar porque tenía ojos. Eran grandes y saltones y estaban protegidos con unas crestas córneas. Tenía dos en la parte frontal de su cabeza, muy separados entre ellos.

Inspeccionaban. Lo hacían como un radar balanceándose hacia arriba y hacia abajo, y hacia atrás y adelante. Jamás te miraba pero siempre te estaba viendo.

Cuando se dio la vuelta vi que por detrás tenía un tercer ojo. Creo que vigilaba a todo su alrededor constantemente, como un sistema de alarma por radar.

¿Qué clase de cerebro puede enterarse de todo en todas direcciones y a la vez? Dudo que haya cerebro humano que pudiera hacerlo aunque se descubriera la manera de alimentarlo con todos los datos. No parecía tener espacio suficiente en su cabeza para que cupiera mucho cerebro, pero tal vez no lo tenía allí. Puesto a pensar en ello, los humanos tenemos el cerebro en un sitio demasiado vulnerable; debe haber mejores sistemas.

Pero es cierto que tenía cerebro. Me acorraló como si yo fuera una abeja y me sacó todo lo que quiso. No tuvo que esperar a hacerme un lavado de cerebro: preguntaba y yo largaba, durante un tiempo interminable que más parecían días que horas. Hablaba muy mal mi idioma, pero se le entendía. Todas sus labiales eran iguales por lo que «pe», «be» y «ve» sonaban lo mismo. Sus guturales eran muy duras, y sus dentales hacían pensar que cloqueaba. Pero por lo general podía entenderle, y cuando no podía entender algo no me amenazaba ni me castigaba, se limitaba a repetirlo. Hablaba sin entonación.

Estuvo dale que te dale hasta que hubo averiguado quién era yo, qué había hecho, y todo lo que yo sabía y él quiso saber. Me hizo preguntas sobre a qué era debido que yo estuviera allí, y porque iba vestido de aquella manera cuando me cogieron. Me resultó imposible saber si mis respuestas le dejaron satisfecho o no.

Le costó comprender lo que era un mostrador de refrescos, y aunque se enteró de lo del concurso del Jabón Camino del Cielo, nunca pareció comprender porque se había convocado. Pero descubrí que había montones de cosas que yo tampoco sabía, tales como el número de personas que hay en la Tierra, y las toneladas de proteínas que se producen cada año.

Después de un tiempo interminable, tuvo todo lo que quería y dijo:

-Llévate esto.

Sus sicarios estaban esperando. El tío gordo tragó saliva y preguntó.

-¿Lo echamos al espacio?

Hablaba como si matarme, o no, fuese lo mismo que guardar un trozo de cordel.

-No. Esto es ignorante y no está amaestrado, pero puedo usarlo más adelante. Volvedlo al corral.

-Sí, jefe.

Me arrastraron de allí. En el corredor el Gordo dijo:

-Desatemos sus pies y que ande.

El Flaco dijo:

-Cierra el pico.

Piwi estaba dentro, al lado del panel de la entrada y no se había movido, por lo que supuse que le habían aplicado otra dosis de aquel efecto de la luz azul. Pisaron por encima de ella y me descargaron. El Flaco me pegó con el filo de su mano en el lado del

cuello para hacerme perder el sentido. Cuando lo recuperé ya se habían ido, estaba desatado y Piwi estaba sentada a mi lado. Dijo con ansiedad:

-¿Lo has pasado muy mal?

-Uh. Sííí -afirmé estremeciéndome-. Me parece que tengo noventa años.

-Ayuda si no le miras, especialmente a sus ojos. Descansa un poco y te sentirás mejor, -miró su reloj-. Sólo faltan cuarenta minutos para que lleguemos. Es probable que no te molesten más, hasta entonces.

-¿Qué? -me senté-. ¿Sólo estuve allí una hora?

-Algo menos. Pero debió parecerle una eternidad. Lo sé.

-Me siento como una naranja exprimida.

Fruncí el ceño cuando recordé algo.

-Piwi, no tenía demasiado miedo cuando vinieron a buscarme. Iba a exigirles que me dejaran en libertad y a insistir en que me dieran explicaciones. Pero no pude preguntarle a él ni una sola cosa, ni una.

-Ni nunca podrás. Lo intenté. No haces más que quedarte sin energía. Te quedas como un conejo delante de una serpiente.

-Eso es.

-¿Kip, ves ahora por qué tuve que aprovechar cualquier ocasión para escaparme? No parecías creer mi historia. ¿La crees ahora?

-Sí, te creo.

-Gracias. Siempre digo que soy demasiado orgullosa para que me importe lo que pueda pensar la gente, pero la verdad es que no lo soy. Tenía que volver con mi padre y contárselo... porque él es la única persona en todo el mundo que sencillamente lo creerá, sin que tenga importancia lo disparatado que parezca.

-Lo entiendo. Supongo que lo entiendo. ¿Pero como fue que llegaste a Centerville?

-¿Centerville?

-Donde vivo. Donde «Bicho» llamó a «Piwi».

-No quería ir allí. Quería aterrizar en New Jersey, en Princeton si era posible, porque tenía que encontrar a papá.

-Pues no acertaste demasiado.

-¿Lo habrías hecho mejor? Yo podría haberlo conseguido pero tenía mal mi codo. Estas cosas no resultan difíciles de dirigir: no tienes más que apuntar y disparar hacia donde quieres ir, no es como las cosas tan complicadas que hay que hacer en las naves cohete. Y además tenía la Cosa Madre para dirigirme. Pero tuve que disminuir la velocidad al entrar en la atmósfera y compensar el giro de la tierra y esto casi no sé como se hace. Descubrí que derivaba demasiado hacia el oeste, y ellos me perseguían, y no sabía qué debía hacer... y fue entonces cuando oí tu voz en la banda de operaciones espaciales, y pensé que todo iba bien. Y allí fui -extendió las manos-. Lo siento, Kip.

-Bien. Lo hiciste aterrizar. Dicen que cualquier aterrizaje del que puedes salir andando es un buen aterrizaje.

-Pero me sabe mal haberte mezclado en esto.

-Uh... no te preocupes por ello. Me parece que alguien había de mezclarse. Piwi... ¿Qué es lo que busca él?

-Ellos, debes decir.

-¿Eh? No creo que los otros dos cuenten para algo. Él es el único.

-No me refería a Tim y a Jock que sólo son gente que se ha vuelto mala. Me refería a ellos, a él y a otros como él.

No estaba en mi mejor buena forma. Me habían noqueado tres veces, llevaba una noche sin dormir, y me habían sucedido más cosas desconcertantes que durante todo el resto de mi vida. Pero hasta que Piwi no lo mencionó, no había pensado que pudiera haber más de uno como él; uno ya me parecía más que suficiente.

Pero si allí estaba uno, entonces había miles, tal vez millones, o miles de millones. Noté que mi estómago se retorció y quise esconderme.

-¿Has visto a otros?

-No, sólo a él. Pero la Cosa Madre me lo dijo.

-¡Qué asco! ¿Piwi... qué buscan?

-¿No lo has adivinado? Vienen a vivir con nosotros.

Me apretaba el cuello de mi ropa, a pesar de que lo llevaba desabrochado.

-¿Cómo?

-No lo sé.

-¿Quieres decir que nos matarán a todos y se apoderarán de la Tierra?

Vaciló.

-No sería algo tan agradable.

-¿Nos esclavizarían?

-Caliente, caliente, Kip. Creo que son carnívoros...

Tragué saliva.

-Tienes unas ideas de lo más extrañas, considerando que eres una niña.

-¿Crees que me gusta? Por esto tenía que decírselo a papá.

Parecía que no quedaba nada por decir. Aquel era un miedo antiguo, muy antiguo, de los seres humanos.

-Papá me había contado que cuando era niño hubo una emisión de radio sobre los invasores-de-Marte. Era pura ciencia ficción, pero la gente se espantó tontamente. Pero hoy en día la gente no cree en esto; incluso después que se llegó a la Luna y se circunvaló Marte, Venus y los otros planetas, todo el mundo parece estar de acuerdo en que no encontraremos vida en ningún otro sitio.

Y lo teníamos allí, prácticamente sentado sobre nosotros.

-¿Piwi, estas cosas son de Marte? ¿O son de Venus?

Hizo signos negativos con la cabeza.

-No son de un sitio tan próximo. La Cosa Madre intentó explicármelo, pero tuvimos muchas dificultades para entendernos.

-¿Pero dentro del Sistema Solar?

-En esto residía parte de la dificultad. Es sí y es no.

-¡No pueden ser las dos cosas!

-¡Pues pregúntale a ella!

-Me gustaría -dudé un poco, y lo solté-. No me importa de dónde vienen... los derribaremos a tiros... si no hemos de mirarles a los ojos.

-Confío en que así sea.

-Dalo por descontado. Dices que esto es un platillo volante... eran avistamientos de platillos verdaderos. Quiero decir, que no son globos meteorológicos. Si es así nos están observando desde hace muchos años. Por lo tanto no están seguros de ellos mismos, a pesar de que sean tan horribles que son capaces de cortar la leche. Si no fuera así ya haría mucho tiempo que se habrían trasladado aquí, del mismo modo que nosotros lo haríamos donde hubiera un rebaño de animales. Pero no lo han hecho. Esto significa que somos capaces de matarles, si lo hacemos del modo adecuado.

Piwi asentía vigorosamente.

-Confío en eso. Y confío en que mi padre sabrá cómo debe hacerse. Pero... -arrugó el ceño-, no sabemos mucho sobre ellos... y papá siempre me ha dicho que no esté completamente segura cuando los datos estén incompletos. Continuamente me dice «Piwi, nunca hagas demasiado caldo con una sola ostra».

-Pero apostarí a que tenemos razón. Dime: ¿Quién es tu padre? ¿Y cuál es tu nombre completo?

-Pues mi papá es el Profesor Reisfeld. Y me llamo Patricia Wynant Reisfeld. ¿No es un nombre horroroso? Será mejor que me llames Piwi.

-Profesor Reisfeld... ¿Qué enseña?

-¿Pero no lo sabes? ¿No sabes que mi padre es un Premio Nobel? ¿O es que no sabes nada?

-No soy más que un chico del campo, Piwi. Lo siento.

-Debes sentirlo. Papá no enseña nada. Piensa. Piensa mejor que nadie... exceptuándome a mí, posiblemente. Él es la síntesis. Todos los demás se especializan. Papá lo sabe todo y sabe juntar todas las piezas.

Tal vez fuese así, pero jamás había oído hablar de él. Parecía que aquello era una buena idea... pero para ello haría falta que fuese un hombre muy listo. Si yo alguna vez había descubierto algo, siempre habían podido imprimirlo antes en un libro más aprisa de lo que yo podía estudiarlo. El Profesor Reisfeld debía tener tres cabezas. No, cinco.

-Espera a conocerle -añadió, mirando su reloj-. Kip, creo que será mejor que nos apuntalemos. Aterrizaremos dentro de pocos minutos... y a él no le importa si sus pasajeros resultan zarandeados.

Así pues, nos fuimos hacia el extremo estrecho y nos apuntalamos mutuamente. Y esperamos. Un rato después la nave se agitó y el suelo se inclinó. Se oyó un ligero golpe y todo se quedó inmóvil, y de pronto me sentí muy ligero. Piwi estiró sus piernas y se puso en pie.

-Bien, ya estamos en la Luna.

CAPITULO 5

Cuando era un chiquillo, jugábamos a hacer el primer alunizaje. Luego dejé a un lado las cosas románticas y me di cuenta de que tendría que ocuparme de aquel asunto de otra manera. Pero jamás había pensado que llegaría a la Luna, acorralado (en el sentido literal: metido en un corral) y sin que pudiera ver lo que había fuera, como un ratón en una caja de zapatos.

Lo único que probaba que estaba en la Luna era mi peso. Una gravedad más elevada puede alcanzarse en cualquier parte, con centrifugadoras. Pero una gravedad baja ya es otra cosa; en la Tierra, sólo puede producirse durante unos pocos segundos saltando desde una palanca alta a una piscina, o el tiempo que tardas en abrir el paracaídas, o maniobrando en picado con un avión.

Si la baja gravedad dura continuamente, significa que donde quiera que estés, no estás en la Tierra. Bien, no estaba en Marte, luego aquello tenía que ser la Luna.

En la Luna yo debería pesar un poco más de once kilos, que era lo que me parecía que pesaba, me sentía tan ligero como para pasearme por un prado sin llegar a doblar la hierba.

Durante unos cuantos minutos, me dediqué únicamente a gozar de ello, olvidándome de él y del apuro en que nos hallábamos, me limitaba a dar volteretas por el cuarto, rebotando un poco, dando con mi cabeza contra el techo y dándome cuenta de lo lento, lento, muy lento que volvía a caer al suelo. Piwi se quedó sentada en el suelo, se encogió de hombros y me obsequió con una sonrisa, pero era una molesta sonrisa de superioridad. Era una «veterana de estar en la Luna» y me llevaba de ventaja dos semanas completas.

La baja gravedad te gasta unas jugarretas desconcertantes. Tus pies te dan muy poca tracción, y salen volando de debajo de ti. Tuve que aprender con mis músculos y mis reflejos todo aquello que ya sabía sólo teóricamente: que cuando disminuye tu peso no mengua tu masa ni tu inercia. Para cambiar de dirección, hasta cuando andas, tienes que inclinarte como si viraras en una pista de patinaje pero aunque te inclines, si no tienes tracción (que es lo que me ocurría a mí que estaba en calcetines sobre un suelo liso) tus pies se escapan de debajo de tu cuerpo.

Una caída no duele mucho en una gravedad de un sexto, y Piwi se reía tontamente. Me senté en el suelo y dije:

-Ya puedes reírte, tía lista. Puedes permitírtelo porque llevas zapatos de tenis.

-Lo siento. Pero parecías bobo, cuando estabas suspendido, como en una película a cámara lenta, y querías agarrarte al aire.

-No tengo la menor duda. Ha debido parecerme muy divertido.

-Ya te he dicho que lo siento. Pero, mira, puedes pedirme prestados mis zapatos.

Miré sus pies, luego miré los míos y dije con enojo:

-¡Caramba, no, pero gracias!

-Podrías quitarle los talones, o algo. No me molestaría. Nunca me molesta nada. ¿Dónde están tus zapatos, Kip?

-Quedaron atrás, a unos cuatrocientos mil kilómetros. A no ser que nos hayamos bajado en una parada equivocada.

-Bueno, pero aquí no te van a hacer mucha falta.

-Ya. -me mordí el labio, pensaba en aquel «aquí» y dejé de interesarme por los juegos con la gravedad-. ¿Piwi, qué hacemos ahora?

-¿Referente a qué?

-Referente a él.

-Nada. ¿Qué podríamos hacer?

-Entonces, ¿qué hacemos?

-Dormir.

-¿Uh?

-Dormir, soñar... El sueño que aparta las preocupaciones de la mente, que devuelve las fuerzas a los cansados. Dulce dormir, obra de la sabia Naturaleza, dulce bálsamo. Bendito sea quien descubrió el dormir, ese manto que cubre todos los pensamientos humanos...

-¡Deja de hacer teatro y habla con sentido común!

-Te estoy hablando con sentido común. De momento, estamos tan indefensos como los peces de colores. Nos limitamos simplemente a sobrevivir, y el primer principio de la supervivencia es no preocuparse por lo imposible y concentrarse en lo posible. Estoy hambrienta y sedienta y muy poco cómoda y muy, muy, muy cansada... y todo lo que puedo hacer es dormir. Y esto, si tienes la amabilidad de permanecer callado, es lo que voy a hacer.

-Tengo suficiente con una insinuación. No hay necesidad de que me apabulles.

-Lo siento. Pero cuando estoy cansada me pongo insoportable, y papá dice que antes del desayuno soy espantosa -se hizo un ovillo y encajó aquella sucia muñeca bajo su barbilla-. Buenas noches, Kip.

-Buenas noches, Piwi.

Se me ocurrió algo e intenté hablar... pero vi que ya estaba dormida. Respiraba suavemente, sus facciones se habían suavizado y ya no parecía estar alerta ni que fuera una sabelotodo. Hacía pucheritos como un niño y parecía un querubín sucio. Había señales de que había llorado y no se había enjuagado las lágrimas. Pero nunca había permitido que la viera llorar.

-Kip -me dije a mi mismo-. Te metes en los más condenados líos; éste de ahora es mucho peor que llevar a casa un perro o un gatito extraviado.

Pero tenía que cuidar de ella... o morir en el intento.

Bien, tal vez lo conseguiría. Me refiero a morir en el intento. No parecía que pudiera presumir mucho, incluso para cuidarme de mí mismo.

Bostecé, y después bostecé otra vez. Tal vez la pequeña tenía más sentido común que yo. Estaba cansado, más cansado que nunca. Y tenía hambre y sed y no estaba cómodo de ninguna de las maneras. Pensé si debía golpear en el panel de la puerta para llamar la

atención del Gordo o de su socio el Flaco. Pero podría despertar a Piwi, y además esto podría hacer que él se irritase.

Por todas estas razones me tumbé de espaldas, como hago en casa sobre la alfombra del cuarto de estar. Descubrí que en la Luna, un suelo duro no requiere una posición determinada para dormir, ya que la gravedad de un sexto es un colchón mejor que toda la goma espuma que haya podido fabricarse, y aquella princesita del guisante, la del cuento de Andersen, no habría podido quejarse... en la Luna.

Me dormí inmediatamente.

Aquello era el serial más descabellado que jamás había visto. Estaba plagado de dragones, de doncellas de Arcturión y de caballeros que iban cubiertos con relucientes armaduras espaciales y que viajaban habitualmente desde la Corte del Rey Arturo a los fondos del Mar Muerto de Barsoom. Aquello no me importaba demasiado, pero lo que me molestaba era la voz del presentador del programa. Tenía la voz de Ace Quiggle y la cara de él. Se asomó fuera de la pantalla y sonrió maliciosamente, y aquellos cilios escribieron en ella: «¿Podrá Willi vencer al dragón? ¿Regresará Tristán junto a Isolda? ¿Encontrará Piwi su muñeca?... Sintonice nuevamente con este canal mañana por la noche, y mientras espera hacerlo ¡despierte! y vaya aprisa a su tendero del barrio y adquiera una pastilla del Abrillantador para Armaduras Brillinstant de la marca Camino del Cielo, que es el mejor abrillantador, el que los caballeros espaciales de las mejores familias utilizan sin miedo y sin menoscabo de su honor. ¡Despierte, ya!»

Sacó por la pantalla un brazo serpenteante y oprimió mi hombro.

Me desperté.

-Despierta -me decía Piwi sacudiéndome por los hombros-. Por favor, despierta ya, Kip.

-¡Déjame en paz!

-Tenías una pesadilla.

La princesa arcturiana pasaba por un mal momento.

-Ahora nunca sabré cómo consiguió escapar. ¿Por qué has tenido que despertarme?

¿No dijiste que dormir era una buena idea?

-Has dormido muchas horas, y ahora tal vez haya algo que podamos hacer.

-¿Desayunar, acaso?

Hizo caso omiso de esto.

-Creo que debemos intentar escapar.

Me senté inmediatamente, salí lanzado del suelo y volví a caer.

-¡Caray! ¿Cómo?

-No lo sé exactamente. Pero me parece que se han ido y nos han dejado. Y si es así, no volveremos a tener una oportunidad mejor.

-¿Se han ido? ¿Qué te hace suponerlo?

-Escucha, escucha atentamente.

Escuché. Podía oír los latidos de mi corazón. Podía oír el respirar de Piwi y hasta podía oír los latidos de su corazón. Jamás había escuchado un silencio tan profundo en una cueva.

Cogí mi navaja, me la puse entre los dientes para tener conducción ósea y la apreté contra una pared. Nada. Probé en el suelo y en las otras paredes. Todavía nada. El silencio de la nave me partía el alma. Ni un ruido, ni un golpe, ni tan sólo aquellas vibraciones que se pueden notar pero no oír.

-Piwi, tienes razón.

-Me di cuenta cuando se interrumpió la circulación del aire.

Husmeé.

-¿Nos estamos quedando sin aire?

-Ahora mismo, no. Pero el aire se paró, sale, salía por aquellos agujeritos de allí. Uno no se da cuenta, pero yo eché algo de menos cuando se paró.

Pensé intensamente.

-No sé dónde nos va a llevar esto. Todavía seguimos encerrados.

-No estoy muy segura.

Probé en una pared con la hoja de mi navaja. No era de metal ni de algo que yo pudiera identificar como plástico, pero la navaja no le afectaba en lo más mínimo. Tal vez el Conde de Montecristo hubiera podido abrir un agujero, pero él tuvo más tiempo.

-¿Cómo piensas que podemos salir?

-Cada vez que han abierto o cerrado esta puerta, he oído un clic, y por esto, después que te sacaran metí una pastilla de goma de mascar en donde el panel cierra contra la pared, allí arriba donde no lo pudieran ver.

-¿Tienes chicle?

-Sí. Va bien cuando no tienes agua para beber...

-¿Te queda algo? -le pedí con ansia.

No es que fuera un gorrón, pero la sed es lo peor que hay... y nunca había tenido tanta como entonces.

Piwi parecía preocupada.

-¡Oh, pobre Kip! Ya no me queda... Sólo tengo un pedazo usado que llevo guardado en la hebilla de mi cinturón y que masco cuando me siento muy seca -frunció el ceño-. Puedo prestártelo cuando quieras.

-Uh. Gracias, Piwi. Muchas gracias. Pero supongo que mejor no.

Pareció que la había insultado.

-Le aseguro, señor Russell, que no tengo nada contagioso. Sólo trataba simplemente de...

-Sí, sí -dije precipitadamente- estoy seguro de esto. Pero...

-Había considerado que estamos en una situación de emergencia. Seguramente no será más antihigiénico que besar a una chica, pero ¿cómo podía saber, que nunca habías besado a alguna?

-No recientemente -me salí como pude-. Pero lo que quiero es un trago de agua pura, cristalina y fría... o aunque sea fangosa. Además, ya la habías utilizado en el panel de la puerta. ¿Qué esperabas conseguir con ello?

-Ya te he explicado lo de aquel clic. Mi papá dice que cuando te encuentres con un dilema puede ir bien cambiar una variable cualquiera y luego volver a estudiar el problema. Con mi goma de mascar he tratado de introducir un cambio.

-¿Y bien?

-Cuando te devolvieron aquí y luego cerraron la puerta, no oí el clic.

-¿Qué? Pensabas que les habías fastidiado la cerradura, han pasado varias horas... ¿Y no me habías dicho nada?

-Así es, es cierto.

-¡Pues vaya! ¡Debería zurrarte!

-No te lo aconsejo -dijo fríamente-. Muerdo.

La creí. Y arañaba. Y otras cosas. Y ninguna de ellas era agradable. Cambié de tema.

-¿Piwi, por qué no me lo has dicho?

-Temía que salieras.

-¡Uh! ¡Claro que lo hubiera hecho!

-Exactamente. Pero yo quería que el panel estuviera cerrado... en tanto que él estuviera allí.

Tal vez Piwi era un genio. Comparada conmigo.

-Veo por dónde vas. Está bien, veamos ahora si lo podemos abrir.

Examiné el panel. El pegote de chicle seguía allí, tan alto como ella había podido alcanzar, y por la forma como estaba aplastado parecía posible que hubiera obstruido la ranura donde resbalaba el panel, pero no alcancé a ver ninguna rendija en el borde de éste.

Intenté introducir la punta de mi hoja mayor. Parecía que el panel retrocedía hacia la derecha unos tres milímetros y entonces se rompió la hoja.

Cerré lo que quedaba de ésta y me guardé el cuchillo.

-¿Alguna idea?

-¿Qué te parece si pusiéramos las palmas de las manos contra él e intentáramos arrastrarlo?

-De acuerdo -me sequé el sudor de las palmas sobre mi camisa-. Ahora... poco a poco, sólo la fuerza necesaria para vencer la fricción.

El panel se corrió casi tres centímetros hacia la derecha, y se atascó firmemente.

Pero había una rendija que iba desde el suelo al techo.

Esta vez rompí lo que quedaba de la hoja grande. La rendija no era más ancha que antes. Piwi dijo:

-¡Oh, querido!

-No nos demos por vencidos -retrocedí y corrí hacía la puerta.

Debía decir mejor: «intenté correr hacia la puerta» porque mis pies resbalaron y caí suavemente de panza al suelo. Piwi no se rió.

Me alcé, me puse contra la pared más alejada, apoyé un pie contra ella e intenté hacer una salida de carrera de natación.

Llegué hasta la puerta antes de perder el apoyo de mi pie. No golpeé muy fuerte contra ella pero noté que actuaba como un resorte, primero se abombó hacia fuera y luego recuperó hacia dentro.

-Espera un poco, Kip -dijo Piwi-. Quítate los calcetines, me pondré detrás de ti y empujaré. Mis zapatos de tenis no resbalan.

Tenía razón. En la Luna, si no tienes zapatos con suela de goma, es mejor que vayas descalzo. Piwi se colocó detrás de mí con sus manos en mis caderas.

-A la una, a las dos y a las tres... ¡Ya!

Avanzamos con la gracia de un hipopótamo.

Me dolió el hombro; pero el panel saltó de su guía, dejando una abertura de unos diez centímetros en su parte inferior que iba menguando hacia arriba.

Me dejé jirones de piel en el marco de la puerta, me rompí la camisa y además tuve dificultades para soltar tacos, cohibido por la presencia de una chica. Pero aquella abertura se ensanchó. Cuando fue lo bastante grande para que pasara mi cabeza, me eché al suelo y me asomé cuidadosamente. No había nadie a la vista, lo que era algo que ya sabíamos desde mucho tiempo antes ya que habíamos hecho bastante ruido, a no ser que quisieran jugar al gato y al ratón con nosotros. Pero no les suponía capaces de hacerlo, especialmente a él.

Piwi empezó a retorcerse para salir por allí; la arrastré hacia dentro.

-¡Mala, mala! Yo voy primero.

Dos empujones más y ya había paso suficiente para mí. Abrí la hoja pequeña de mi navaja y se la entregué a Piwi.

-Tómala, que esté en tu mano o clavada en tu enemigo, soldado.

-Quédatela tú.

-No la necesito. «La Muerte de los Dos Puños» me llaman en los callejones oscuros.

Aquello era propaganda pero ¿por qué iba a dejar que se preocupara? Sin miedo y sin menoscabo del honor... Se rescatan doncellas a buen precio, precios especiales para grupos.

Salí fácilmente a gatas, me levanté y miré a mi alrededor.

-Sal -dije en voz baja.

Empezó a salir, pero se hizo atrás repentinamente. Apareció de nuevo abrazando aquella andrajosa muñeca.

-Por poco me olvido de Madame Pompadour -dijo casi sin aliento.

Ni siquiera me sonreí.

-Bueno -dijo defensivamente-. La necesito para poder dormir esta noche. Es una de mis peculiaridades neuróticas, pero papá dice que las superaré.

-Claro que sí, seguro.

-¡Bueno, no me mires con tanta suficiencia! No se trata de un fetichismo. Ni siquiera es un animismo primitivo. Es simplemente un reflejo condicionado. Ya me doy cuenta de que no es más que una muñeca... He comprendido hace ya mucho la falacia que hay en... ¡Oh, hace años y años!

-Mira, Piwi -dijo con la mayor seriedad posible-. Me importa muy poco cómo consigues dormirte. Personalmente, me golpeo la cabeza con un martillo. Pero deja de bla-bla-bla. ¿Conoces la distribución de estas naves?

Miró a su alrededor.

-Creo que es la nave que me perseguía. Pero me parece que es igual que la que yo pilotaba.

-Está bien. ¿Podemos ir a la sala de mandos?

-¿Uh?

-Pilotaste la otra nave. ¿Podrás hacerlo con ésta?

-Sup... creo que sí. Sí. Puedo.

-Entonces vámonos -y me dirigí en la dirección hacia donde me habían arrastrado.

-¡Pero la otra vez tenía la Cosa Madre que me iba diciendo lo que tenía que hacer! Me detuve.

-¿Podrás hacerla despegar?

-Bueno... sí.

-La buscaremos cuando estemos en el aire... «en el espacio», quería decir. Si está a bordo, la encontraremos. Si no está, no hay nada que podamos hacer.

-Esta bien. Veo tu punto de vista, es lógico: pero no tiene por qué gustarme -pero siguió lentamente su camino-. ¿Kip, cuantas gravedades puedes resistir?

-¿Uh? No tengo la menor idea. ¿Por qué?

-Porque estas cosas pueden ir mucho más aprisa de lo que yo me atreví a intentar la otra vez que me escapé. Este fue mi error.

-Tu error fue dirigirte a New Jersey.

-¡Pero si tenía que encontrar a papá...!

-De acuerdo, sí. Eventualmente. Pero podrías haber buscado refugio en la Base Lunar y pedido ayuda a gritos al Cuerpo Espacial de la Federación. Esto no es trabajo para hacerlo con un fusil de juguete: necesitamos ayuda. ¿Tienes idea de dónde estamos?

-Mmm... Creo que sí. Si es que él nos llevó de vuelta a su base, estamos en ella. Lo sabré con seguridad cuando pueda ver el cielo.

-Muy bien. Si puedes deducir desde aquí dónde se halla la Base Lunar, nos vamos a dirigir a ella. Y si no puedes, nos vamos hacia New Jersey a toda la velocidad que esto pueda alcanzar.

La puerta de la sala de mando estaba cerrada y no pude imaginar como se podía abrir. Piwi hizo todo cuanto dijo que podía funcionar, que fue introducir su meñique en un agujero donde no entraba el mío... y dijo que debía estar cerrada. Por esto empecé a mirar en derredor.

Encontré una barra de metal que estaba colgada en el corredor, era algo de más o menos metro y medio de largo con un extremo acabado en punta y el otro con cuatro asas parecidas a unos nudillos de metal. No supe que era aquello. Tal vez fuese para él algo equivalente a nuestras hachas para caso de incendio, pero para nosotros podía ser una excelente palanca de demolición.

Hice papilla aquella puerta en tres minutos y entramos.

Mi primera impresión fue la de que tenía la piel de gallina porque allí mismo era donde él me había interrogado sin piedad. Procuré que no se me notara. Si él regresaba, le iba a dar con su palanca demoledora entre sus horripilantes ojos. Miré por allí, viendo

realmente aquel sitio por primera vez. En la parte central había una especie de nido, rodeado por algo que era como una especie de cafetera caprichosa o una bicicleta para pulpos: me alegré de que Piwi supiera qué botón debía apretar.

-¿Cómo se puede ver lo de fuera?

-Pues así -Piwi se metió allí a duras penas y metió un dedo en un agujero que yo no había visto aún.

El techo era hemisférico, como el de un planetario. Que era lo que era, porque se iluminó. Me quedé boquiabierto.

De pronto, ya no estábamos sobre el piso de una nave, sino en una plataforma situada aparentemente en el exterior, y a unos diez metros por encima de la superficie lunar. Por encima mío había imágenes de estrellas, por millares, en un «cielo» negro. Y frente a mí, tan grande como una docena de lunas llenas, y azul, y adorable, y hermosa, ¡estaba la Tierra!

Piwi me tocó en el codo.

-¡Déjate de eso, Kip!

Le dije con voz emocionada:

-¿Piwi, es que no hay poesía en tu alma?

-Es muy probable que la haya. A montones. Pero ahora no tenemos tiempo. Ya sé dónde estamos, Kip: hemos vuelto al sitio de donde salí. Su base. ¿Ves aquellas rocas que tienen unas sombras desiguales? Algunas son naves camufladas. Y mas arriba, a la izquierda... ¿aquel pico, con la silla de montar? Pues un poco más lejos, casi rumbo exacto el oeste, está la Estación Tombaugh, a unos sesenta kilómetros de distancia. A unos trescientos kilómetros está Base Lunar y aún más lejos está Ciudad Luna.

-¿Cuánto tardaremos en llegar?

-¿Trescientos o cuatrocientos kilómetros? Uh... Nunca he intentado hacer un trayecto de punto a punto en la Luna... pero no se debe tardar más que unos pocos minutos.

-¡Larguémonos de aquí! Pueden regresar en cualquier momento.

-Sí, Kip -se arrastró para poder meterse dentro de aquel nido de gorriones y se inclinó sobre un sector.

De pronto, miró hacia arriba. Su cara se había vuelto pálida y de niña pequeña.

-Kip... no podemos ir a ninguna parte. Lo siento.

Solté un berrido.

-¡Qué! ¿Qué pasa? ¿Te has olvidado de cómo hacerla funcionar?

-No. Ha desaparecido el «cerebro».

-¿El qué?

-El «cerebro». Es un pequeño chirimbolo negro del tamaño de una nuez que encaja en esta cavidad -me la mostró-. La otra vez pudimos largarnos porque la Cosa Madre había robado uno. Estábamos encerradas en una nave vacía, igual que estamos ahora tú y yo, pero ella tenía uno y nos largamos -Piwi parecía encontrarse perdida-. Ya debería haber sabido que él no iba a dejar uno en la sala de mandos. Confieso que lo he pensado y no lo he querido admitir. Lo siento.

-Uh... Mira, Piwi, no vamos a abandonar tan fácilmente. Tal vez podré preparar algo que ajuste en la base de conexión.

-¿Como si hicieras un puente en un coche? -negó con la cabeza-. No es tan sencillo, Kip. ¿Si pusieras un modelo de madera en vez de la batería, arrancarías el coche? Casi no sé qué misión desempeña, pero lo llamé «el cerebro» porque es muy complicado.

-Pero...

Me callé. Si un salvaje de Borneo tuviera un coche salido de fábrica, completo exceptuando las bujías, ¿podría hacerlo funcionar? Hasta el eco me contestaría lastimosamente.

-... Piwi, ¿qué es lo mejor que podemos hacer después de esto? ¿Tienes alguna idea? Porque si no la tienes quiero que me digas dónde está la compuerta de aire. Cogeré esto -accioné con mi palanca de demolición-, y me cargaré todo lo que encuentre por delante.

-Estoy confusa -admitió-. Quiero buscar a la Cosa Madre. Si está encerrada en esta nave, ella sabrá lo que hay que hacer.

-Muy bien. Pero primero dime dónde está la compuerta de aire. Mientras tú la buscas, yo haré la guardia.

Me embargaba la ira incontenible de la desesperación. No veía como podíamos salir de allí, y empezaba a creer que jamás lo lograríamos, pero a pesar de todo quedaba una cosa por hacer. Él se iba a enterar de que no era saludable ir dando empujones a la gente. Estaba seguro de que... estaba casi seguro de que podría darle un mamporro antes de que mi espina dorsal se convirtiera en jalea. Haría reventar aquella cabeza repulsiva.

Si no le miraba a los ojos.

Piwi dijo lentamente:

-Hay otra cosa...

-¿Cuál?

-Lamento tener que sugerírtelo. Podrías creer que te dejo abandonado.

-No seas tonta. Si tienes alguna idea, suéltala ya.

-Pues... allí está la Estación Tombaugh, a unos sesenta kilómetros. Si mi traje espacial está en la nave...

De pronto me sentí optimista. Tal vez aquel partido tendría prórroga.

-¡Podemos ir andando!

Piwi hizo signos negativos.

-No, Kip. Por esto es que no sabía si debía decírtelo. Podré ir andando... si encuentro mi traje. Pero tú no podrías meterte en mi traje por mucho que te encogieras.

-¡No necesito tu traje! -dije con impaciencia.

-¡Kip, Kip! ¿Recuerdas que estamos en la Luna? No hay aire.

-¡Sí, claro que sí! ¿Crees que estoy mal de la cabeza? Pero si guardaron tu traje bajo llave, es casi seguro que dejaron el mío a su lado.

-¿Tienes un traje espacial?-preguntó incrédula.

Lo que dijimos a continuación es demasiado confuso para ser repetido ahora, pero al final Piwi quedó convencida de que era cierto que yo tenía un traje espacial y por la única razón que había podido emitir en la banda espacial doce horas y cuatrocientos mil kilómetros atrás era que lo llevaba puesto cuando se apoderaron de mí.

-¡Vamos a destrozar todo esto! -dije-. No, primero muéstrame la compuerta de aire, y luego tú lo destrozas.

-Conforme.

Me mostró dónde estaba la compuerta de aire, que era una habitación muy parecida a aquella donde nos habían encerrado, pero más reducida y con una puerta interior resistente a la presión. No estaba cerrada. La abrimos con cuidado. Estaba vacía, y la puerta de salida al exterior estaba cerrada, porque si no lo hubiera estado nunca habiéramos podido abrir la puerta interior. Dije:

-Si Caragusano hubiera sido un hombre con pantalones y tirantes, habría dejado abierta la puerta exterior, a pesar de habernos dejado encerrados. Luego... ¡Espera un momento! ¿Habrá modo de que la puerta interior quede abierta?

-No lo sé.

-Vamos a verlo.

Había modo; era una cerradura sencilla. Pero para asegurarme de que no podía ser cerrada desde el exterior apretando algún botón, la dejé trabada con mi navaja puesta como cuña.

-¿Estás segura de que ésta es la única compuerta de aire?

-La otra nave sólo tenía una, y estoy casi segura de que las dos naves son iguales.

-Tendremos los ojos abiertos. Nadie puede llegar hasta nosotros entrando por ésta. Hasta el viejo Caragusano necesita utilizar una compuerta de aire.

-¿Pero y si, a pesar de todo, abriera la puerta exterior? -dijo Piwi muy nerviosa-. Estallaríamos como globos.

La miré y sonreí.

-¿Y ahora, quién es el genio? Seguro que nos pasaría esto... si él la abriera. Pero no podrá. No podrá abrirla contra una presión de veinte o veinticinco toneladas que la mantendrá cerrada. Como me has recordado hace poco, estamos en la Luna. No hay aire fuera. ¿Lo recuerdas?

-¡Oh! -dijo Piwi, tímidamente.

O sea que nos dedicamos a buscar. Disfruté reventando puertas. Caragusano no iba a quererme mucho. Una de las primeras cosas que descubrimos fue el pestilente cubículo donde vivían el Gordo y el Flaco. La puerta no estaba cerrada, y fue una pena que no lo estuviera. Aquella habitación me explicó muchas cosas de la pareja. Quedó bien patente que eran unos cerdos, con unas costumbres tan desagradables como su moralidad. Aquel cuarto también me explicó que no eran unos prisioneros accidentales, porque había sido modificado para el uso de la gente humana. Sus relaciones con Caragusano, fueran de la clase que fueran, ya hacía tiempo que duraban y todavía seguían. Allí había dos colgadores vacíos para trajes espaciales, algunas docenas de raciones enlatadas de las que venden en las tiendas de sobrantes militares y, mucho mejor que esto, había agua potable y una especie de lavabo. Y algo que sería más precioso que el oro si encontráramos nuestros trajes espaciales: dos botellas de repuesto llenas de oxi-helio.

Bebí y abrí una lata de comida para Piwi (que se abría con una anilla, es decir que no nos encontrábamos en el mismo apuro que Los Tres Hombres en una Barca con su lata de pina), le dije que tomara un bocado y que luego registrara aquella habitación. Seguí adelante con mi gigantesca lanza matadragones; aquellas botellas llenas de aire me habían dado una prisa incontrolable por encontrar nuestros trajes espaciales y salir a toda prisa de allí antes de que Caragusano regresara.

En menos que canta un gallo reventé una docena de puertas y encontré toda suerte de cosas, incluyendo lo que debía ser el cuarto de estar de los caragusanos. Pero no me entretuve en mirar con detalle; si podían, cuando pudieran, los del Cuerpo Espacial se ocuparían de ello. Me limité a asegurarme de que no había trajes espaciales en ninguna de las habitaciones.

¡Y al fin los encontré! Estaban en un compartimiento vecino al que habían utilizado como cárcel.

Estaba tan contento de volver a ver a Óscar que podría haberle besado. Grité:

-¡Hola, amigo! ¡Qué admirable visión! -y fui corriendo en busca de Piwi. Una vez más, mis pies corrieron más que yo, pero no me importó.

Piwi levantó la vista cuando me precipité donde se encontraba.

-Estaba a punto de ir en tu busca.

-¡Lo tengo, lo tengo!

-¿Has encontrado a la Cosa Madre? -dijo con impaciencia.

-¿Uh? ¡No, no! ¡Los trajes espaciales... el tuyo y el mío! ¡Marchémonos!

-Oh! -parecía estar decepcionada y herida-. Esto está bien... pero antes hemos de encontrar a la Cosa Madre.

Tuve el convencimiento de que ya había aguantado más de lo que podía aguantar. Teníamos una oportunidad, débil pero real, para escapar de algo-peor-que-la-muerte (y no estoy utilizando una mera expresión literaria), y ella se empeñaba en quedarse por allí para buscar a un monstruo con ojos de insecto. Para cualquier ser humano, hasta para un desconocido con mal aliento, yo habría hecho lo mismo. También lo habría hecho para un perro o un gato, aunque con mayor desgana.

¿Pero, qué podía representar para mí el monstruo con ojos de insecto? Todo lo que aquel ser había hecho por mí era meterme en el peor de los aprietos en que jamás me había visto.

Pensé en golpear a Piwi y meterla dentro de su traje.

-¿Estás loca? -le dije-. Nos vamos. ¡Ahora mismo!

-No podemos irnos sin haberla encontrado antes.

-Ahora sé de fijo que estás loca. Ni siquiera sabemos si está aquí... y si llegamos a encontrarla no podríamos llevarla con nosotros.

-¡Sí podríamos!

-¿Cómo? Esto es la Luna, recuerda. Aquí no hay aire. ¿Tienes un traje espacial para ella?

-Pero...

Aquello la había dejado hecha polvo. Pero no por mucho tiempo. Estaba sentada en el suelo, sosteniendo la lata de comida entre sus piernas. De pronto, se levantó del suelo, rebotando un poco, y dijo:

-Haz lo que quieras. La encontraré. Aquí -dijo, y empujó la lata hacia mí.

Yo podría haber usado la fuerza. Pero tengo la desventaja, que desde pequeño, me han enseñado que no se puede pegar a una mujer, y menos a una niña, por más que se lo merezca. Es decir, que la oportunidad y Piwi se me escaparon mientras yo estaba debatiéndome entre mi sentido común y mi buena educación. Me limité a lamentarme en vano.

Entonces percibí un olor atractivo e irresistible. Sostenía la lata. Contenía suela de zapato hervida y una salsa de color gris, y olía como los ángeles.

Piwi se había comido la mitad, me comí el resto mientras revisaba lo que ella había encontrado. Tenía un rollo de cuerda de nilón que coloqué con gran alegría junto a las botellas de aire; Óscar llevaba enganchados a su cintura unos quince metros de cuerda de tender ropa, pero aquello había sido un apaño para ahorrar cuatro cuartos. Había un martillo de buscador de minerales, que también puse junto a la cuerda, y dos baterías que servirían para los faros y otras cosas.

De todo el resto, lo único que tenía interés era una publicación del Departamento Editorial del Gobierno titulado: Informe preliminar sobre Selenografía, un folleto sobre la prospección de uranio, y una licencia de conductor, expedida en Utah y ya caducada, a nombre de «Timoteo Johnson» y con una cara que reconocí como la del mayor de los dos hombres. Los dos folletos me interesaban, pero no tenía tiempo de ocuparme del exceso de equipaje.

Los muebles principales eran dos camas, curvadas como unas butacas anatómicas con un grueso almohadillado; me confirmaron que el Gordo y el Flaco habían viajado en la nave, a una aceleración elevada.

Cuando hube rebañado con un dedo los últimos restos de la salsa, bebí un gran trago de agua, me lavé las manos (utilizando agua en exceso, porque me importaba un pepino si aquellos dos se morían de sed), tomé mi botín y me dirigí al cuarto donde estaban los trajes espaciales.

Al ir hacia allí tropecé con Piwi. Llevaba la palanca y parecía muy alegre.

-¡La he encontrado!

-¿Dónde?

-Ven. No puedo abrirlo. No tengo suficiente fuerza.

Dejé aquellas cosas en el suelo, junto a los trajes y la seguí. Se detuvo frente al panel de una puerta del corredor algo más alejada de donde había llegado mi vandalismo.

-¡Ahí dentro!

Miré y escuché.

-¿Qué te hace creerlo?

-Lo sé. ¡Ábrelo!

Me encogí de hombros y empecé a trabajar con el cascanueces. El panel hizo ¡bruumpp! y dejó de serlo.

Había una criatura hecha una bola, en el centro de la habitación.

Hasta donde yo alcanzaba a saber, podía o no podía ser la misma que había visto en el prado la noche antes. La luz había sido muy débil, las condiciones muy diferentes y mi examen había terminado abruptamente. Pero Piwi no tenía duda alguna. Se lanzó a través del aire soltando un grito de alegría y las dos rodaron una y otra vez por el suelo, como dos gatitos que juegan a pelearse.

Piwi hacía ruidos de alegría, más o menos en nuestro idioma. Lo mismo hacía la Cosa Madre, pero no en nuestra lengua. No me hubiese sorprendido si la hubiera empleado, puesto que Caragusano lo había hecho y Piwi había mencionado cosas que la Cosa Madre le había dicho. Pero no lo hizo así.

¿Habéis escuchado alguna vez el canto del mirlo? Algunas veces canta melodías, y otras veces manda a Nuestro Señor sólo unas notas armoniosas. Los cantos del mirlo, que tienen una variedad casi infinita, son lo más parecido que conozco al lenguaje de la Cosa Madre.

Por fin se calmaron, más o menos, y Piwi dijo:

-¡Oh, Cosa Madre, estoy tan contenta!

La criatura cantó para ella. Piwi le respondió:

-Oh, he olvidado mis buenos modales, Cosa Madre, éste es mi querido amigo Kip.

La Cosa Madre cantó para mí:

... y lo comprendí. Había dicho:

-(Tengo mucho gusto en conocerte, Kip.)

No me llegó en palabras. Pero hubiera sido igual. No se trataba de una conversación, medio en serio y medio en broma, como era la mía con Óscar, o la de Piwi con Madame Pompadour (cuando hablo con Óscar yo soy los dos interlocutores de la conversación, que no es más que mi consciente hablando a mi subconsciente, o algo parecido). Pero ahora no se trataba de lo mismo.

La Cosa Madre había cantado para mí, y yo la había comprendido.

Estaba sorprendido, pero no era incrédulo. Cuando ves un arco iris no te paras a pensar en las leyes de la Óptica. Lo tienes allí, en el cielo.

Hubiera sido un idiota si no me hubiera dado cuenta de que la Cosa Madre me hablaba porque la entendía y la entendería cada vez que me hablara. Si se dirigía sólo a Piwi, casi siempre era para mí un trino de pájaro, pero si se dirigía a mí podía captar lo que me estaba diciendo.

Podéis llamarlo telepatía, si queréis, aunque no creo que sea nada parecido a lo que he visto en el teatro o en la Universidad de Duke. Nunca pude leer su mente, y no creo que ella pudiera leer la mía. Simplemente hablábamos.

Pero a pesar de mi sorpresa, procuré ser bien educado. Me sentía del mismo modo que cuando mi madre me presenta a algunas viejas damas que son sus amigas. Por lo que me incliné haciendo una reverencia y dije:

-Estamos muy contentos porque la hemos encontrado, Cosa Madre.

Era muy sencillo, pero era la pura verdad. Supe, sin necesidad de explicaciones, qué era lo que había obligado a Piwi a ser tan testaruda y estar dispuesta a correr el riesgo de que la capturaran de nuevo antes que abandonar su búsqueda. Era el toque especial que la hacía Cosa Madre.

Piwi tenía la costumbre de inventar nombres para las cosas, nombres que no siempre parecían apropiados, de acuerdo con mis gustos. Pero nunca podría parecerme mal aquel nombre. La Cosa Madre era la Cosa Madre porque lo era. A su lado te sentías feliz, a salvo y protegido. Sabías que si te desollabas una rodilla y llegabas a casa llorando, ella te daría un beso en la herida, te la pintaría con mercurio y todo quedaría arreglado.

Algunas enfermeras tienen este don, y también algunas maestras... y es una pena que algunas madres no lo posean.

Pero la Cosa Madre lo poseía en grado tan elevado que yo mismo ya no me preocupaba por Caragusano. Ella estaba con nosotros y todo tenía que ir bien. Sabía, en pura lógica, que era tan vulnerable como nosotros porque había visto cómo la derribaban a golpes, no tenía mi tamaño ni mi fuerza ni podía pilotar una nave como había hecho Piwi. Pero no me importaba.

Quería acurrucarme en su regazo. Pero era tan pequeña y no tenía regazo, que de todos modos quería sostenerla de buen grado en el mío.

He hablado mucho de mi padre, pero esto no quiere decir que mi madre sea menos importante para mí, sólo que es diferente. Papá es activo, mamá es pasiva; papá habla, mamá no. Pero si ella muriera, papá se secaría como un árbol sin raíces porque ella representa nuestro mundo.

La Cosa Madre causaba en mí el mismo efecto que mi madre, sólo que de mi madre ya estaba acostumbrado a esperarlo. Ahora lo recibía inesperadamente, lejos de casa y cuando más lo necesitaba.

Piwi dijo muy excitada:

-Ahora ya podemos marcharnos, Kip. ¡Démonos prisa!

La Cosa Madre cantó:

-(¿Niños, dónde hemos de ir?)

-A la Estación Tombaugh, Cosa Madre. Allí nos ayudarán.

La Cosa Madre cerró los ojos por un momento y parecía estar serenamente triste. Tenía los ojos grandes, blandos y compasivos. Más que a cualquier otro animal se parecía a un lémur, pero no era un primate. Por no ser, no era ni de la Tierra. Pero tenía unos ojos maravillosos y una boca blanda, indefensa, de la que salía música. No era tan grande como Piwi, y sus manos, que eran todavía más menudas, tenían cada una seis dedos, cada uno de los cuales podía oponerse a los demás, tal como en nosotros sólo lo hacen los pulgares. Su cuerpo..., pues bien, nunca mantenía la misma forma, por lo que resulta muy difícil describirlo, pero era el adecuado para ella.

No llevaba ropa pero no estaba desnuda: tenía un pelo cremoso, suave, lustroso y fino como el de una chinchilla. Al principio creí que no llevaba nada puesto, pero luego vi una pieza de joyería, un triángulo reluciente con una doble espiral en cada una de sus esquinas. No sé lo que la sostenía allí.

No me enteré de todo esto de una sola vez. En aquel momento la expresión que había en los ojos de la Cosa Madre empañó con un velo de pena la felicidad que yo había sentido.

Su respuesta me hizo dar cuenta de que ella no tenía un milagro a punto:

-(¿Cómo podremos navegar en la nave? Esta vez me han custodiado más estrechamente.)

Piwi le explicó alegremente lo de los trajes espaciales y yo estaba de pie, como un loco, con un nudo helado en mi garganta. Lo que al principio había sido sólo cuestión de usar todas mis fuerzas para obligar a Piwi a que se portara bien, se había convertido ahora en un problema insoluble. Ya no podría abandonar a la Cosa Madre, de la misma manera que yo no podría abandonar a Piwi... y sólo disponíamos de dos trajes espaciales.

Incluso en el supuesto de que ella pudiera ponerse uno de los nuestros, resultaría tan poco práctico como ponerle patines a una serpiente.

La Cosa Madre nos explicó que su propio equipo para andar por el vacío había sido destruido (voy a dejar de escribir aquí todas sus canciones; de todos modos tampoco las puedo recordar con exactitud).

Y así fue como empezó la batalla. Fue una lucha singular de un lado la Cosa Madre, benévola, amorosa, sensata, pero entrañablemente firme; del otro, Piwi que ejecutaba una rabieta de niña mala con muchas lágrimas; y yo allí, de pie, sin poder siquiera hacer de arbitro.

Cuando la Cosa Madre comprendió la situación, la analizó inmediatamente para llegar a la respuesta inevitable. Puesto que no tenía manera de ir (y probablemente no podría andar hasta tan lejos aunque hubiera tenido su traje espacial) la única respuesta era que partiéramos inmediatamente nosotros dos. Si llegáramos a ponernos a salvo, podríamos, si tal cosa era posible, convencer a los nuestros del peligro que representaba Caragusano & Cía... en cuyo caso también se salvaría ella... lo que sería muy bonito aunque no era indispensable.

Piwi, entrañablemente, directa y absolutamente, se negó a escuchar cualquier plan que representara dejar abandonada a la Cosa Madre. Si la Cosa Madre no podía ir, ella no daría un solo paso.

-¡Tú irás en busca de ayuda! ¡Date prisa! Yo me quedo aquí.

La miré fijamente:

-Piwi, tú sabes que no puedo hacer esto.

-Debes hacerlo y también podrás hacerlo. Tienes la obligación de hacerlo. Y si no, yo, yo... jamás volveré a dirigirte la palabra.

-Si lo hiciera, jamás podría volver a hablar conmigo mismo. Mira, Piwi, esto no saldría bien. Eres tú la que tiene que ir.

-¡No!

-Oh, cállate ya de una vez. Tú te vas y yo me quedo de guardia en la puerta, con la cachiporra. Los mantendré a distancia mientras reúnes la tropa. ¡Pero diles que se den prisa!

-Yo...

Se interrumpió, parecía estar muy tranquila pero sin saber qué decir. Luego se echó a los brazos de la Cosa Madre sollozando:

-¡Oh, tú ya no me quieres!

Lo que demuestra claramente hasta qué punto su lógica brillaba por su ausencia. La Cosa Madre le cantó dulcemente mientras yo me desesperaba al ver que nuestra única posibilidad se esfumaba mientras discutíamos. En cualquier momento Caragusano podía regresar, y aunque yo esperaba darle un trastazo final si aparecía por allí, lo más probable sería que él tuviera recursos para ganarme por la mano. En cualquiera de los dos casos, no podríamos escapar.

Por fin exclamé:

-Mirad, vamos a ir todos.

Piwi paró de llorar y me miró con sorpresa.

-Sabes muy bien que no podemos.

La Cosa Madre cantó:

-(¿Cómo, Kip?)

-Lo vais a ver. Ponte en pie, Piwi.

Fuimos los tres hasta donde estaban los trajes. Piwi llevaba a Madame Pompadour y llevaba a medias a la Cosa Madre. Lars Eklund, el montador que había estrenado a Óscar, según constaba en el libro de registro, debía pesar unos noventa kilos, y así para poder vestirme con Óscar me había visto obligado a tensar todos los ajustes al máximo para que no me quedara grande. No había intentado ajustarlo para dejarlo a mi medida porque temí que no quedase hermético. La longitud de los brazos y de las piernas estaba bien, pero lo que quedaba muy holgado era la cintura.

Allí dentro había sitio para la Cosa Madre y para mí.

Les expliqué todo esto mientras Piwi abría unos ojos como platos y la Cosa Madre cantaba preguntas y frases de aprobación. Sí, podría ir cogida a mi espalda y no podría caerse cuando hubiera tensado las correas de ajuste y estuviéramos aislados del exterior.

-Vamos, Piwi, métete en tu traje.

Fui a recoger mis calcetines mientras ella empezaba a equiparse. Cuando regresé comprobé los indicadores de su casco, leyéndolos al revés a través de sus lentes.

-Será mejor que te demos algo de aire de repuesto. Tus botellas sólo están llenas a medias.

Tropecé con una dificultad. Las botellas que había decomisado a aquellos demonios tenían las conexiones con el mismo paso de rosca que tenían las mías, pero el equipo de Piwi llevaba enlaces rápidos de bayoneta. Este tipo estaba muy bien para los turistas, acompañados y atendidos, que podían sentir pánico mientras se efectuaba el cambio de botellas si no se hacía rápidamente, pero no era demasiado indicado para los trabajos serios. En mi banco de trabajo habría podido improvisar un adaptador en veinte minutos, pero allí, sin herramientas de verdad, aquella botella de repuesto podía haber estado igualmente en la Tierra, dado el poco servicio que podía hacerle a Piwi.

Por primera vez pensé seriamente que debía dejarlas allí mientras a marchas forzadas me dirigiría en busca de ayuda. Pero no dije nada. Pensé que sin duda Piwi preferiría morir en el camino que volver a caer en manos de Caragusano, y por mi parte me sentía inclinado a estar de acuerdo.

-Niña -dije lentamente-, esto no es mucho aire. No hay para sesenta kilómetros.

Su esfera estaba graduada en tiempo al igual que en presión; marcaba menos de cinco horas. ¿Podría Piwi ir tan aprisa como un caballo al trote? ¿Incluso en la gravedad de la Luna? No era probable.

Me miró seriamente.

-Esto está graduado para gente de tamaño normal. Soy pequeña... y no necesito tanto aire.

-Uh, no lo gastes más aprisa de lo necesario.

-No lo haré. Partamos.

Empecé a apretar sus cierres.

-¡Hey! -protestó.

-¿Qué pasa?

-¡Madame Pompadour! Dámela, por favor. Está en el suelo, al lado de mis pies.

Recogí aquella muñeca ridícula y se la di.

-¿Cuánto aire va a gastar?

Piwi sonrió y aparecieron hoyuelos en su cara.

-Le advertiré que no debe respirar.

La metió bajo su camisa, y la dejó bien cerrada. Me senté sobre mi traje abierto, la Cosa Madre se encaramó a mi espalda, cantando para tranquilizarme, y me abrazó apretadamente. Se sentía bien y yo me sentía capaz de recorrer a pie mil kilómetros para poner a salvo a las dos.

Para conseguir quedar bien cerrado me las vi y me las deseé, porque debía dejar las correas tensoras flojas para dejar sitio a la Cosa Madre, y luego apretarlas. Tanto Piwi como yo no llevábamos las manos desnudas, pero lo conseguimos.

Había fabricado una especie de soporte para las botellas de repuesto con mi cuerda de tender ropa y me las colgué del cuello, con el peso de Óscar y el de la Cosa Madre por añadidura. Habría dado en la báscula unos veinticinco kilos, a la gravedad de la Luna que es un sexto de la de la Tierra. Por primera vez pude andar con pie seguro en la Luna.

Recuperé mi navaja, que había quedado en la cerradura de la compuerta y la dejé en su retén de la cintura de Óscar, al lado de la cuerda de nilón y el martillo de prospector. A continuación entramos en la compuerta y cerramos la puerta interior. Yo no sabía cómo

se podía evacuar el aire de la cámara, pero Piwi lo sabía y empezó a salir hacia fuera, silbando supongo.

-¿Estás bien, Cosa Madre?

-(Sí, Kip) -me abrazó para confirmarlo.

-Piwi a Bicho -oí en mis auriculares-. Probando: Alfa, Bravo, Coca, Delta, Eco, Foxtrot...

-Bicho a Piwi. Te recibo. Golf, Hotel, India, Julieta, Kilo...

-Te recibo, Kip.

-Roger.

-Vigila tu presión, Kip. Te estás hinchando demasiado aprisa.

Di un golpe a la válvula de mentón mientras vigilaba el indicador, y a la vez me daba de patadas mentalmente, por haberme dejado atrapar en falta por una chiquilla, como un novato. Pero ella había utilizado otras veces un traje espacial, mientras que yo solamente había simulado que lo hacía.

Decidí que no era ocasión para exteriorizar mi orgullo.

-Piwi, hazme todas las observaciones que puedas, porque soy novato en esto.

-Lo haré, Kip.

La puerta exterior se abrió silenciosamente y giró hacia adentro. Pude mirar hacia fuera sobre la desierta superficie brillante de una planicie lunar. En un momento de nostalgia recordé los juegos de Viaje-a-la-Luna de mi infancia, y deseé estar otra vez en Centerville. Luego Piwi tocó mi casco con el suyo.

-¿Ves a alguien?

-No.

-Tenemos suerte, la puerta está orientada hacia donde no están las otras naves. Escucha bien. No utilizaremos la radio hasta que no estemos más allá del horizonte, a no ser que se trate de una emergencia desesperada. Están a la escucha en nuestra frecuencia. Lo sé con toda seguridad. Mira, ¿ves aquella montaña con forma de silla de montar? Kip, pon atención.

-Sí.

Había mirado fijamente a la Tierra. Ya era hermosa cuando la había visto desde la sala de mando, pero entonces no me había dado cuenta de que estaba tan cerca que parecía que pudiese tocarla con la mano, pero en realidad estaba tan lejos que tal vez no podríamos volver a casa. Uno no puede saber lo bonito que es nuestro planeta hasta que no haya podido verlo desde fuera de él... con sus nubes que ciñen su cintura y los casquetes polares colocados airosamente, como un sombrero primaveral.

-Sí, veo la silla.

-Nos dirigiremos hacia su izquierda, allí donde puedes ver un paso. Tim y Jock me llevaron por allí en un tractor. Cuando hayamos encontrado sus huellas nos resultará más fácil. Pero primero marchemos hacia aquellas colinas cercanas, un poco más a la izquierda todavía, para mantener nuestra nave entre nosotros y las otras naves mientras nos situamos fuera del alcance de su vista. Confío.

Había unos cuatro metros hasta el suelo y estaba preparado a saltar a él, puesto que no era mucho en aquella gravedad. Piwi insistió en bajarme por una cuerda.

-Mira, Kip, así caerás de pie. Mira, Kip, haz caso a tu anciana tía Piwi. Todavía no tienes las piernas acostumbradas a la Luna, esto va a ser como la primera vez que montaste en bici.

Por esto dejé que me bajara, junto a la Cosa Madre, mientras ella sostenía la cuerda de nilón alrededor del borde de la compuerta. Empezaba a enrollar la cuerda cuando me detuvo y amarró el otro extremo de la cuerda a su cinturón, y luego hizo que los cascos se tocaran.

-Iré delante. Si voy demasiado aprisa o me necesitas, tira de la cuerda. Yo no podré verte.

-A tus órdenes, Capitana.

-No te burles de mí, Kip. Esto es serio.
-No bromeaba, Piwi. Tú mandas.
-En marcha. No mires hacia atrás, no te serviría de nada y podrías caer. Me dirijo hacia aquellas colinas.

CAPITULO 6

Debería haber saboreado aquella fantástica y romántica experiencia, pero estaba más atareado que Elisa cruzando el hielo y las cosas que me querían morder los talones eran peores que los perros sabuesos. Quería mirar hacia atrás pero estaba demasiado ocupado manteniéndome en pie. No podía ver mis pies; tenía que mirar hacia el frente e intentar adivinar dónde ponía los pies; aquello me tenía tan ocupado como un leñador en un concurso de hacer girar los troncos. No resbalaba porque el terreno era áspero (polvo o arena fina sobre roca viva) y veinticinco kilos ya eran suficientes para asentar el pie. Pero tenía ciento veinticinco kilos masa, que no se habían reducido un ápice por la disminución de peso; esto hace variar los actos reflejos de toda la vida. Tenía que inclinarme fuertemente para hacer el menor giro, echarme hacia atrás y hundir los talones para frenar, e inclinarme hacia adelante para acelerar.

Podría haber dibujado un diagrama de fuerzas, pero hacerlo en la realidad ya era otra cosa. ¿Cuánto tiempo tarda un crío en aprender a andar? Este crío acabado de nacer en la Luna tenía que aprender mientras corría a marchas forzadas, medio ciego, y a la máxima velocidad que pudiese alcanzar.

Y es por esto que no tenía tiempo para meditar sobre lo maravilloso que era todo aquello.

Piwi se desplazaba a un ritmo vivo que iba aumentando cada vez más. De vez en cuando mi trailla se tensaba y yo intentaba todavía con mayor ímpetu acelerar la marcha sin caerme.

La Cosa Madre gorgojeó a mi espalda:

-(¿Estás bien, Kip? Te noto preocupado.)

-¡Estoy... muy bien! ¿Y... cómo... estás tú?

-(Estoy muy cómoda. No te agotes, querido.)

-¡De acuerdo!

Oscar cumplía su cometido. Empecé a sudar a causa del cansancio y del sol desnudo, pero no accioné mi válvula de mentón hasta que no vi en mi medidor del color de la sangre que iba corto de aire. El sistema trabajó perfectamente y las articulaciones, bajo una presión de un cuarto de atmósfera, no presentaban ningún problema: las horas de práctica en el prado daban su fruto. En aquellos momentos mi única preocupación era andar ojo avizor con las rocas y los baches. Llegamos a aquellas colinas bajas unos veinte minutos después de la hora H. El primer viraje brusco de Piwi cuando alcanzamos un terreno más abrupto me cogió de sorpresa; por poco doy en el suelo.

Disminuyó su marcha y avanzó despacio hacia un barranco. Pocos momentos después se detuvo; me reuní con ella y juntó su casco con el mío.

-¿Cómo te lo pasas?

-Todo va bien.

-¿Cosa Madre, puedes oírme?

-(Sí, querida.)

-¿Estás cómoda? ¿Puedes respirar bien?

-(Sí, desde luego. Nuestro Kip me cuida bien.)

-Compórtate bien, Cosa Madre, ¿me escuchas?

-(Así lo haré.)

No sé cómo lo hizo, pero había una risita indulgente en su canto de pájaro.

-Hablando de respirar -dije a Piwi-. Veamos cómo vas de aire.

Intenté mirar dentro de su casco.

Ella se apartó, luego volvió a tocar.

-¡Estoy muy bien!

-Eso lo dices tú.

Sostuve su casco entre mis manos y descubrí que no podía ver los diales (con el resplandor del sol a nuestro alrededor, cuando trataba de verlos era como si mirara el interior de un pozo).

-Dime cuál es la lectura, y no me cuentes trolas.

-¡No me chilles!

Le hice dar la vuelta y leí los indicadores de sus botellas. Uno estaba a cero; el otro marcaba casi lleno. Uní los cascos.

-Piwi -dije lentamente-. ¿Cuánto trecho llevamos andado?

-Unos cinco kilómetros, creo. ¿Por qué?

-Entonces, ¿todavía tenemos que andar cincuenta más?

-Por lo menos cincuenta y cinco, Kip, deja de inquietarte. Ya sé que llevo una botella vacía. Cambié a la llena antes de que nos parásemos.

-Con una botella no llegarás hasta allí.

-Sí, llegaré... porque tengo que llegar.

-Mira, tenemos mucho aire. Idearé la manera de dártelo.

Mi mente corría en círculos, pensando en las herramientas que llevaba en mi cinturón, porque no tenía otra cosa.

-Kip, sabes que no puedes conectar estas botellas de reserva a mi traje, o sea que ¡cállate!

-(¿Cuál es el problema, queridos? ¿Por qué os peleáis?)

-No nos peleamos, Cosa Madre. Kip tiene un montón de preocupaciones.

-(Venga... niños...)

-Piwi -dije-, admito que no puedo conectar las reservas a tu traje... pero voy a hacer trampas para poder recargar tu botella.

-¿Pero... cómo, Kip?

-Déjalo en mis manos. Sólo tocaré la que está vacía; si no funciona mi invento, no vamos a estar peor; pero si funciona ya lo habremos resuelto.

-¿Cuánto tiempo vas a tardar?

-Con un poco de suerte: diez minutos. Treinta sin ella.

-No -decidió.

-Vaya, Piwi, no seas ton...

-¡No soy tonta! No estaremos a salvo hasta que no hayamos llegado a las montañas. Puedo llegar hasta allí. Luego, cuando no se nos vea como gusanos sobre un plato, podremos descansar y recargar mi botella vacía.

Parecía lógico.

-Está bien.

-¿Puedes ir más deprisa? Si llegamos a las montañas antes de que nos echen de menos, no creo que puedan ya encontrarnos. Pero si no...

-Puedo ir más aprisa. Si no fuera por estas fastidiosas botellas.

-Oh -dudó-. ¿Quieres tirar una?

-¿Uh? ¡Oh, no, no! pero me hacen perder el equilibrio. Me he librado de caer por lo menos una docena de veces. ¿Piwi, no podrías atarlas mejor para que no oscilen?

-Oh, seguro que sí.

Las llevaba colgadas alrededor de mi cuello y colgando por delante. No había sido muy inteligente, pero la prisa no es buena consejera. Entonces Piwi las amarró firmemente, todavía por delante de mí, porque mis propias botellas y las de la Cosa Madre estaban en mi espalda. No hay ninguna duda de que aquello estaba más concurrido que un partido

de final de liga. Piwi pasó la cuerda de tender ropa por debajo de mi cinturón y alrededor del yugo. Tocó cascos.

-Confío que ahora esté bien.

-¿Has hecho un nudo cuadrado?

Apartó su casco. Un minuto después volvió a tocar cascos.

-Era el de la abuelita -admitió con voz compungida-, pero ahora ya es un nudo cuadrado.

-Bien. Esconde las puntas bajo mi cinturón para que no me enrede en ellos, y ya podemos seguir. ¿Estás bien?

-Sí -dijo lentamente-. Sólo quisiera haber conservado mi chicle, a pesar de lo viejo y trabajado que estaba. Mi garganta está horrorosamente seca.

-Bebe un poco de agua. Pero no demasiada.

-¡Kip! Esto no está bien. No son cosas para bromear.

Me quedé perplejo.

-¿Piwi, tu traje no tiene agua?

-¿Qué? ¡No seas bobo!

Mi mandíbula se quedó abierta.

-¿Pero niña -dije indeciso-, por qué no has llenado tu depósito antes de irnos?

-¿De qué estás hablando? ¿Es que tu traje lleva un depósito de agua?

No sabía qué contestarle. El traje de Piwi era para turistas, para aquellos «paseos por paisajes de incomparable grandeza en la vieja cara de la Luna» que prometían en los anuncios. Paseos con guía, desde luego, de no más de media hora cada uno. ¿Por qué iban a cargar con un depósito de agua? Algún turista se podía atragantar, o arrancar la tetilla de un mordisco y casi ahogarse dentro de su casco, o alguna tontería como estas. Además, era más barato.

Empecé a preocuparme por otras deficiencias que pudiera tener aquel equipo de baratillo, con la vida de Piwi dependiendo de él.

-Lo siento -dije humildemente-. Mira, voy a inventar alguna manera de darte agua.

-Dudo que puedas. No me voy a morir de sed en lo que tardemos en llegar hasta allí, o sea que deja de preocuparte. Estoy bien. Sólo quisiera tener mi chicle. ¿Preparado?

-Uh... preparado.

Las colinas eran poco más que pliegues de lava; las atravesamos pronto, a pesar de que teníamos que andar con cuidado porque el terreno era muy escabroso. Detrás de ellas el terreno parecía más llano que las praderas del oeste de Kansas, llegando hasta un horizonte cercano, con las montañas asomando detrás de él, brillando al sol, y silueteadas contra un cielo negro como si estuvieran recortadas en cartón. Intenté calcular lo lejos que estaba el horizonte suponiendo un radio lunar de dieciséis mil kilómetros y el ojo situado a un metro y medio del suelo. No pude hacerlo de memoria y eché de menos mi calculadora. Pero estaba terriblemente cerca, a poco más de un kilómetro.

Piwi dejó que la alcanzara y tocó cascos.

-¿Estás bien, Kip? ¿Todo va bien, Cosa Madre?

-Claro que sí.

-(Todo va bien, querida.)

-Kip, desde el paso, cuando me llevaron hasta allí, el rumbo era ocho grados norte. Les oí discutir y conseguí echar un vistazo a su mapa, por lo que vamos a ir al este con seis grados hacia el sur. No cuento lo que nos hemos desviado hacia las colinas, pero será bastante aproximado para encontrar el paso. ¿De acuerdo?

-Suena bien -yo estaba impresionado-. ¿Piwi, has sido alguna vez un explorador indio? ¿O Davy Crockett?

-¡Baaa! Cualquiera puede leer un mapa -pero su voz era de agradecimiento-. Quiero comprobar las brújulas. ¿Qué rumbo tienes hacia la Tierra?

Dije sin hablar:

-Óscar, me has fallado. He maldecido a su traje porque no llevaba agua, y ahora resulta que tú no tienes brújula.

Óscar protestó:

-(¡Hey, amigo, esto no es justo! ¿Para qué iba a querer yo una brújula en la Estación Espacial Dos? Nadie me había dicho que tendría que ir a la Luna).

Dije:

-Piwi, este traje es para trabajar en una estación espacial. ¿De qué serviría una brújula en el espacio? Nadie me había dicho que tendría que ir a la Luna.

-Bueno... pero no te detengas para llorar por esto. Puedes orientarte con la Tierra.

-¿Y por qué no puedo usar tu brújula?

-No seas tonto; va montada en mi casco. Espera un momento... Se puso de cara a la Tierra, movió su casco atrás y adelante. Volvió a tocar cascos.

-La Tierra está clavada al noroeste... lo que nos da un rumbo de cincuenta y tres grados a la izquierda de aquí. Intenta marcártelo. Ya sabes que la Tierra tiene dos grados de ancha.

-Esto ya lo sabía antes de que nacieras.

-No lo dudo. Algunas personas necesitan que se les dé una ventaja de salida.

-¡Marisabidilla!

-¡Tú has sido grosero antes!

-Pero... lo siento, Piwi, dejemos las peleas para luego. Te concederé dos mordiscos de ventaja.

-¡No voy a necesitarla! ¡No sabes lo desagradable que puedo...

-Ya tengo alguna idea.

-(¡Niños! ¡Niños!)

-Lo siento, Piwi.

-Yo también. Estoy nerviosa. Quisiera que ya estuviésemos allí.

-Yo también. Déjame calcular el rumbo-, conté los grados haciendo servir la Tierra como vara de medir.

Marqué un sitio a ojo, luego volví a probar calculando los cincuenta y tres grados como una proporcional de noventa. Los dos resultados no concordaban, por lo que intenté que algunas estrellas vinieran en mi ayuda. Dicen que se pueden ver las estrellas desde la Luna aunque el Sol esté en el cielo. Bien, sí se puede, pero no es fácil. Tenía el Sol sobre mi hombro, pero estaba de cara a la Tierra que estaba casi tres cuartos llena, y tenía además el resplandor del suelo que me molestaba. El polarizador anuló el resplandor, pero anuló también las estrellas. Por lo que saqué el promedio de mis dos resultados y marqué el sitio.

-¿Piwi? ¿Ves aquel picacho con una especie de papada en su perfil? Este debe ser el rumbo, casi exacto.

-Deja que lo compruebe.

Lo hizo con su brújula y tocó cascos.

-Está muy bien, Kip. Tres grados más a la derecha y ya lo tienes.

Me hinché de satisfacción.

-¿Ya podemos irnos?

-Correcto. Después del paso, la Estación Tombaugh queda a la izquierda.

Faltaban casi quince kilómetros para llegar a las montañas; los cubrimos aprisa. Puedes ir aprisa en la Luna... si el terreno es llano y si puedes mantener tu equilibrio. Piwi seguía apretando el paso hasta que casi íbamos volando con pasos largos y bajos como los de un avestruz que, como bien sabéis, resultan más fáciles aprisa que lentos. El único peligro, cuando hube pillado el truco, era el de ir a parar sobre una roca, un hoyo, o algo y caer. Pero era un riesgo grande porque a aquella velocidad no podía elegir dónde poner los pies. No tenía miedo de caer: estaba seguro de que Óscar lo resistiría bien. Pero

suponed que cayera de espaldas. Probablemente aplastaría a la Cosa Madre que quedaría convertida en jalea.

También estaba preocupado por Piwi: aquel traje de turista a precio de saldo no era tan resistente como Óscar. Había leído lo de la explosión descompresiva, aunque no quería verla. Especialmente no en el caso de una niña. Pero no me atrevía a utilizar la radio para avisarla a pesar de que probablemente quedábamos apantallados de Caragusano... y si probaba tirando de mi trailla podía hacerla caer.

La llanura empezó a elevarse y Piwi dejó que nos fuera frenando. En aquel momento íbamos andando, después subimos por un pedregal. Tropecé pero caí sobre mis manos y me levanté... una gravedad de un sexto también tiene ventajas, aunque tenga peligros. Llegamos a la cima y Piwi nos llevó hasta un hueco del terreno. Se detuvo y tocó cascos.

-¿Hay alguien en casa? ¿Vosotros dos estáis bien?

-(Todo va bien, querida.)

-Naturalmente -asentí-. Con poco resuello, tal vez.

Aquello era una afirmación que se quedaba corta, pero si Piwi podía aguantarlo, yo también debía poder.

-Podemos descansar -contestó-, y tomarlo con calma a partir de aquí. Quería que saliéramos del terreno descubierto lo más rápido posible. Aquí nunca nos encontrarán.

Pensé que estaba en lo cierto. Una nave de los caragusanos que nos sobrevolase podría descubrirnos, si eran capaces de mirar hacia abajo tan bien como hacia arriba, probablemente no tendrían más que tocar un mando. Pero nuestras probabilidades ya eran mayores.

-Ya es hora de recargar tu botella vacía.

-De acuerdo.

No era demasiado pronto. La botella que había estado casi llena, había bajado una tercera parte, casi hasta la mitad. Piwi no podría llegar con aquello hasta la Estación Tombaugh, era pura aritmética. O sea que crucé los dedos y empecé a trabajar.

-¿Compañera, puedes desanudar esta cuna de gatos?

Mientras Piwi se peleaba con los nudos, empecé a echar un trago, luego dejé de hacerlo, avergonzado de mí mismo. Piwi debía estar ya mascando su lengua para hacer saliva, y yo no había sido capaz de encontrar alguna manera de hacerle llegar un poco de agua. El depósito estaba dentro de mi casco y no había manera de llegar hasta él sin quedarme muerto -y matar la Cosa Madre- durante la operación.

¡Si llegaba a vivir para llegar a ser ingeniero tendría que corregir aquello!

Decidí que era una idiotez no beber porque ella no pudiera hacerlo; las vidas de todos nosotros podían depender de que yo me conservara en las mejores condiciones que pudiera conseguir. Por esto bebí y tomé tres pastillas de leche malteada y una de sal, y finalmente bebí otra vez. Fue una gran ayuda, pero tenía la esperanza de que Piwi no se hubiera dado cuenta de ello. Estaba muy atareada desatando la cuerda de tender ropa, y de todas formas es muy difícil mirar hacia el interior de un casco.

Cogí la botella vacía de la espalda de Piwi, asegurándome de todas todas de que había cerrado primero su válvula exterior. Se supone que debe haber una válvula de retención donde la manguera se conecta al casco, pero ya no me fiaba del traje de Piwi; podía haber más deficiencias por querer ahorrar en su coste. Dejé en el suelo la vacía, al lado de una llena, lo consideré, me erguí y toqué cascos.

-Piwi, desconecta la botella de la izquierda de mi espalda.

-¿Por qué, Kip?

-¿Quién hace este trabajo?

Tenía un motivo, pero temía que ella empezara a discutir. La botella de mi izquierda contenía oxígeno puro, las otras eran de oxígeno-helio. Estaba llena, a excepción de unos pocos minutos de ensayos en Centerville, la noche antes. Puesto que posiblemente no

podría darle una carga entera, lo mejor que podía hacer era darle media carga de oxígeno sin mezcla.

Cerró el pico y la separó.

Empecé mis intentos por transferir presión de una botella a otra con conexiones diferentes. No había modo de hacerlo adecuadamente, sin las herramientas que estaban a muchos miles de kilómetros de distancia, o en la Estación Tombaugh lo que era igual de malo. Pero tenía cinta adhesiva.

El manual de Óscar exigía dos botiquines. Yo no sabía lo que se suponía que debían contener; el manual se había limitado a reseñar los números de almacén de las Fuerzas Aéreas de Los Estados Unidos. No había sido capaz de adivinar lo que podría ser útil en el botiquín exterior, tal vez, una aguja hipodérmica lo bastante afilada para pinchar a través del traje, y poder dar morfina a un hombre que la necesitara por encima de todo. Pero como no lo sabía, había almacenado en el de fuera y en el de dentro vendas, gasas y un rollo de cinta quirúrgica. Yo apostaba en favor de la cinta.

Encaré una con otra las conexiones que no encajaban, corté un trozo de venda y la enrollé cerca de la unión. No quería nada pegajoso en la misma junta porque podría fastidiar la operación en un traje. Luego recubrí con la cinta adhesiva el empalme, apretándola fuertemente, trabajando penosamente y llegando hasta unos diez centímetros por cada lado lo mismo que alrededor de la unión. Si el esparadrapo podía resistir la presión durante unos momentos, debería haber una fuerza de mil diablos intentando romper aquel enlace. No quería que saltara al primer intento. Utilicé todo el rollo.

Hice señas a Piwi para juntar cascos.

-Estoy a punto de abrir la botella llena. La válvula de la vacía ya está abierta. Cuando veas que empiezo a cerrar la válvula de la llena, tú cierras la otra ¡aprisa! ¿Lo has entendido?

-Cerrar la válvula cuando tú lo hagas, rápido. Comprendido. Roger.

-Prepárate. Pon la mano sobre la válvula.

Agarré aquel bulto de unión vendada con mi puño, apreté tan fuerte como pude y puse mi otra mano sobre la válvula. Si aquel empalme cedía, tal vez mi mano saldría con él, pero si el invento fallaba, la pequeña Piwi no viviría mucho. O sea que apreté de veras.

Mirando las dos esferas abrí un poco la válvula. La manguera tembló. La manecilla de la esfera que marcaba «vacía» bailó. Abrí por completo la válvula.

Una aguja fue hacia la izquierda, la otra hacia la derecha. Rápidamente se acercaron a la media carga.

-¡Ya! -grité sin que sirviera para nada, y empecé a cerrar la válvula.

Y me di cuenta de que mi chapuza empezaba a ceder.

Las mangueras escaparon de mi puño, pero sólo perdimos una fracción del gas. Descubrí que estaba intentando cerrar una válvula que ya estaba cerrada por completo. Piwi tenía la suya cerrada. Los aparatos medidores marcaban muy poco menos de medio llena: allí estaba el aire para Piwi.

Suspiré, y me di cuenta de que había contenido la respiración.

Piwi situó su casco tocando al mío y dijo sobriamente:

-Gracias, Kip.

-Señora, este es el servicio que damos en Droguería Charton, no es preciso dar propina. Permítame que ponga orden en este barullo, y luego ya podrá atarme y nos pondremos en marcha.

-Ahora sólo tendrás que cargar con una botella supletoria.

-Falso, Piwi. Debemos hacer este numerito cinco o seis veces hasta que sólo quede un susurro en ella, (o hasta que la cinta sea inutilizable -añadí para mí.)

Lo primero que hice fue volver a enrollar el esparadrapo en su carrete, y si creéis que esto es fácil cuando se lleva los guantes puestos y el adhesivo secándose tan aprisa como lo enrollas, probadlo.

A pesar de la venda, la sustancia pegajosa había manchado las conexiones cuando las mangueras se separaron. Pero al secarse se quedó tan dura que saltó fácilmente del enchufe rápido de bayoneta. No me preocupaba el enlace de rosca porque no esperaba tener que usarlo en mi traje. Montamos la botella de Piwi que habíamos recargado, y le advertí que era oxígeno sin mezcla.

-Ajusta tu presión y aliméntate de las dos botellas. ¿Cuál es la lectura de color de tu sangre?

-La llevaba baja, a propósito.

-¡Idiota! ¿Quieres desplomarte? ¡Dale a tu válvula de mentón! ¡Ponte en una graduación normal!

Cargamos a mi espalda una de las botellas que yo había requisado, amarramos la otra y la de oxígeno delante de mí, y nos pusimos en camino.

Las montañas de la tierra son predecibles; las montañas lunares no lo son, porque el agua jamás ha modificado su forma. Llegamos a un agujero al que sólo se podía descender con la ayuda de una cuerda y que tenía una pared detrás que no estaba seguro de que pudiéramos escalar. Con pitones y mosquetones y sin trajes espaciales no habría sido demasiado difícil en las Rocosas, pero no tal como estábamos allí. Piwi, de mala gana, nos hizo retroceder. El pedregal era peor si había que bajar por él, baje con las manos y las rodillas, mientras Piwi sostenía mi cuerda. Yo quería ser un héroe y sostenerla a ella, pero lo que sostuvimos fue una enérgica discusión.

-¡Deja ya de querer ser el mayor, el macho y el galante estúpido, Kip! Tienes que cargar con cuatro botellas y con la Cosa Madre, y te pesa mucho la cabeza y yo trepo como una cabra.

Me callé.

En el fondo, tocó cascos.

-Kip -me dijo preocupada-, no sé que hacer.

-¿Cuál es el problema?

-Me he mantenido un poco al sur del sitio por donde cruzó su vehículo. Quería evitar pasar exactamente por el mismo lugar. Pero empiezo a creer que no hay otro camino.

-Me gustaría que me lo hubieras dicho antes.

-¡Pero yo no quería que nos encontraran! Donde primero van a buscarnos es por donde pasó el vehículo.

-Mmmmm... sí.

Observé la cordillera que nos bloqueaba el paso. En las fotografías las montañas de la Luna se ven altas, agudas y escabrosas, pero enmarcadas por el cristal de un traje espacial parecen sencillamente inaccesibles.

Toqué cascos otra vez.

-Podríamos encontrar otro camino, si tuviésemos tiempo, aire y los recursos de una expedición importante. No tenemos más remedio que seguir el mismo camino que ellos. ¿Por dónde?

-Un poco más hacia el norte... creo.

Intentamos ir hacia el norte siguiendo las estribaciones, pero resultaba lento y dificultoso. Finalmente retrocedimos hasta el borde del terreno llano. Nos sentíamos nerviosos, pero era un riesgo que debíamos correr. Andábamos aprisa, pero sin correr, porque no queríamos pasar sin ver las huellas del vehículo. Conté mis pasos, y cuando llegué a mil tiré de la cuerda; Piwi se detuvo y tocamos cascos.

-Nos hemos desviado casi un kilómetro. ¿Crees que puede estar mucho más lejos? ¿O tal vez lo hemos dejado atrás?

Piwi miró hacia las montañas lejanas.

-No lo sé -admitió-. Todo me parece diferente.

-¿Nos hemos perdido?

-Uh... debería estar por aquí delante. Pero ya hemos ido muy lejos. ¿Quieres que demos unas vueltas por aquí?

-Piwi, ni siquiera sé el camino para ir a la oficina de correos.

-¿Pero, qué debemos hacer?

-Creo que debemos seguir andando hasta que estés segura de que ya no puede estar más lejos. Tú estate atenta al paso y yo buscaré las huellas del vehículo. Luego, cuando estés segura de que hemos ido demasiado lejos, regresaremos. No nos podemos permitir dar carrerillas por ahí, como las de un perro que intenta hallar el rastro de un conejo.

-De acuerdo.

Ya había contado otros dos mil pasos, cuando Piwi se detuvo.

-¿Kip? No puede estar delante de nosotros. Las montañas son más altas y sólidas que nunca.

-¿Estás segura? Concéntrate. Es mejor andar otros dos kilómetros que quedarnos cortos.

Dudó. Tenía la cara echada hacia adelante cuando tocamos los cascos, y pude ver que fruncía el ceño. Por fin dijo:

-No lo tenemos delante, Kip.

-Esto lo decide todo. ¡Media vuelta, marchen! «Aguanta, Macduff, y maldito sea aquel que lllore primero. ¡Sostente lo que haga falta!»

-El Rey Lear.

-Macbeth. ¿Te apuestas algo?

Las huellas estaban sólo a un kilómetro detrás de nosotros. Antes no las había visto. Estaban sobre roca viva en la que había un finísimo recubrimiento de polvo, el Sol estaba sobre mi hombro la primera vez que las cruzamos, y las huellas de las orugas apenas si podían distinguirse. Por poco no las vi cuando volvimos hacia atrás.

Salían del terreno llano e iban directamente hacia las montañas.

No nos habría sido posible cruzar aquellas montañas sin seguir el rastro del vehículo. Piwi había tenido el optimismo de un niño. No era una carretera, sólo un sitio por donde podía pasar un vehículo oruga. Vimos lugares por donde incluso el vehículo oruga no había podido pasar hasta que alguien de los que lo intentaron por primera vez, preparó una carga explosiva, retrocedió y esperó a que un buen trozo de montaña se apartara del paso. Dudo mucho que fueran el Gordo y el Flaco los que tallaron aquel sendero de cabras; me había parecido que eran poco partidarios del trabajo pesado. Probablemente fue una de las expediciones de exploración. Si Piwi y yo nos hubiéramos dedicado a abrir una nueva senda, todavía estaríamos allí convertidos en reliquias turísticas para las próximas generaciones.

Pero por donde puede pasar un vehículo oruga, un hombre puede trepar. No era una excursión de domingueros, era cánsate de andar, cánsate de andar y cánsate de andar, y arriba, arriba y arriba, vigila las rocas sueltas y mira donde pones los pies. Alguna vez nos ayudábamos con la cuerda. Sin embargo, casi siempre resultaba aburrido.

Cuando Piwi hubo utilizado aquella media carga de oxígeno, nos detuvimos y volvimos a ecualizar presiones, aunque en esta ocasión sólo le pude dar un cuarto de carga, aquello era como lo de Aquiles y la tortuga. Yo podía seguir dándole indefinidamente la mitad de lo que quedaba... si el esparadrapo aguantaba todavía. Estaba en mal estado pero la presión era sólo la mitad, y conseguí mantener unidas las mangueras hasta que las válvulas quedaron cerradas.

Debería decir que para mí todo resultó bastante fácil. Tenía agua, píldoras de alimentos, dexedrina. Esta última representó una ayuda enorme, cada vez que me sentía cansado pedía energía prestada a una píldora antifatiga. La desgraciada Piwi no tenía nada más que aire y valentía.

Tampoco tenía la refrigeración que yo tenía. Puesto que se sostenía con una mezcla muy rica ya que una de las botellas era de oxígeno puro, no necesitaba mucho flujo para

mantener un color de sangre correcto, y le aconsejé que no usara más de lo necesario porque no podía gastar aire para su refrigeración, ya que tenía que ahorrarlo para respirar.

-Ya lo sé, Kip -me contestó con enfado-. Tengo la aguja bailoteando por la zona roja. ¿Crees que estoy loca?

-Sólo quiero que te mantengas con vida.

-Está bien. Pero deja ya de tratarme como a una niña. Preocúpate sólo de poner un pie delante del otro. Lo conseguiré.

-¡Claro que lo conseguirás!

En lo referente a la Cosa Madre, siempre decía que todo iba bien y respiraba el mismo aire que yo (un poco usado) pero yo no sabía lo que podía resultar duro para ella. Estar colgado de sus talones todo el día puede matar a un hombre, y para un murciélago no es más que un agradable descanso... sin embargo los murciélagos son primos nuestros.

Iba hablando con ella a medida que ascendíamos. Poco importa lo que decía: sus cantos producían en mí el mismo efecto que las aclamaciones de mi propia pandilla. La pobre Piwi no tenía este consuelo, excepto cuando nos deteníamos para tocar cascos. Todavía no utilizábamos la radio porque incluso en las montañas temíamos llamar la atención.

Nos detuvimos otra vez y di a Piwi un octavo de carga. Después de esto el esparadrapo quedó en muy mal estado, dudaba de si podría utilizarlo otra vez. Le dije:

-¿Piwi, por qué no vacías del todo tu botella de oxi-helio, mientras yo te llevo ésta? Esto te ahorraría esfuerzo.

-Voy bien.

-Sí, pero no gastarías el aire tan aprisa con una carga menor.

-Debes tener los brazos libres, supón que resbalas.

-Piwi, no iba a llevarlo en brazos. Mi botella de la mochila de la derecha está vacía. La abandonaré. Ayúdame a cambiarla y entonces sólo tendré que llevar cuatro, y bien equilibradas.

-Seguro. Esto ayudará. Pero voy a seguir llevando dos botellas. Honestamente, Kip, el peso no es nada. Pero si apuro la botella de oxi-helio, ¿qué voy a respirar mientras me preparas la siguiente carga?

No quería decirle que tenía mis dudas sobre la posibilidad de otra recarga, incluso en aquellas pequeñas cantidades.

-Estoy de acuerdo, Piwi.

Me cambió las botellas; dejamos la que se había terminado dentro de un agujero oscuro y seguimos. No sé lo arriba que subimos, ni por cuanto tiempo. Sé que me parecieron días, aunque no pudieron serlo, y menos con tan poco aire. Kilómetro tras kilómetro del sendero fuimos subiendo hasta unos dos mil metros por lo menos. Resulta muy difícil adivinar la altura de las montañas, pero había visto montañas cuya altura conocía. Podéis ir a verlo, es la primera cordillera al este de la Estación Tombaugh.

Aquello era trepar mucho, incluso a un sexto de gravedad.

Parecía inacabable porque no sabía lo lejos que estaba ni la distancia que habíamos recorrido. Los dos llevábamos relojes, debajo de nuestros trajes. Cada casco debería llevar un reloj incorporado. Podría haber leído el tiempo de Greenwich por la cara de la Tierra. Pero no tenía la menor experiencia en ello, y la mayor parte del tiempo no podía ver la Tierra porque estaba en las concavidades de las montañas, y de todas formas tampoco sabía la hora en que habíamos abandonado la nave.

Otra cosa que deberían tener los trajes espaciales es uno o varios espejos retrovisores. Y puestos a ello, podéis añadir una ventana en el mentón para que se pueda ver dónde se pisa. Pero de entre las dos cosas, elegiría el espejo retrovisor. No puedes echar un vistazo tras de ti; tienes que girar todo el cuerpo.

Cada pocos segundos quería mirar si nos seguían, pero no podía permitirme el esfuerzo. Durante toda aquella caminata de pesadilla estuve imaginándome que estaban a mis talones, y esperaba sentir una mano de gusano sobre mi hombro. Escuchaba por si oía unas pisadas que de todos modos no se podían oír en el vacío.

Cuando os compréis un traje espacial, exigid que os lo equipen con un retrovisor. No vais a tener a Caragusano siguiendo vuestra pista, pero también debe ser enojoso que vuestro mejor amigo se deslice, sin que lo podáis ver, detrás vuestro y ponga su mano sobre vuestra espalda. Sí señor, hacedlo. Y si vais a venir a la Luna, traed una sombrilla. Óscar lo hacía lo mejor que podía y la empresa York había hecho un trabajo honesto en el acondicionador de aire, pero el Sol sin filtrar es más caliente de lo que podáis suponer y no me atrevía a utilizar aire sólo para enfriar, igual que le sucedía a Piwi.

Hacía calor, me mantenía caliente y el sudor corría por mi cuerpo escociéndome en todas partes y no me podía rascar, y me entraba en los ojos y los irritaba. Piwi debía estar medio cocida. Incluso cuando la senda serpenteaba por los barrancos iluminados sólo por la reflexión que llegaba de la lejana pared, y todo estaba tan oscuro que teníamos que encender los faros de nuestros cascos, todavía hacía calor. Y cuando volvíamos a salir al sol desnudo era algo casi insoportable. La tentación de dar un golpe a la válvula de mentón, y dejar correr el aire para que me refrescara, era casi demasiado fuerte. El deseo de estar fresco parecía más importante que el seguir respirando una hora después.

Si hubiese estado solo, lo habría hecho y luego me habría muerto. Pero Piwi estaba peor que yo. Si ella podía resistirlo, yo también debía aguantar.

Me preguntaba cómo era posible que pudiésemos estar tan perdidos y tan próximos a los habitáculos humanos, y cómo unos monstruos que se arrastraban podían ocultar su base sólo a unas decenas de kilómetros de la Estación Tombaugh. Bien, tenía tiempo para pensar y lo podía imaginar porque todo lo que veía a mi alrededor era la Luna.

Comparado con la Luna, el Ártico está lleno de un enjambre de gente. El área de la Luna es casi igual al de Asia... con menos gente que Centerville. Podría pasar un siglo antes de que alguien fuera a explorar la llanura donde Caragusano tenía su base. Una nave cohete que pasara por encima no advertiría nada, aunque no se hubiera utilizado el camuflaje; un hombre en un traje espacial nunca iría allí; un hombre en un vehículo de orugas sólo descubriría su base accidentalmente, incluso si enfilaba por el paso en donde nos hallábamos y se dedicaba a dar vueltas por la llanura. El satélite lunar cartográfico podía fotografiarlo una y otra vez, y después un técnico en Londres podría notar una pequeñísima diferencia entre dos fotografías. Tal vez. Años después alguien podría ir a comprobarlo, si no tenía algo más urgente que hacer en un puesto avanzado de pioneros donde todo es nuevo y urgente.

Y en cuanto a imágenes de radar... antes de que yo naciera ya había muchas imágenes de radar inexplicables.

Caragusano podía instalarse allí, tan cerca de la Estación Tombaugh como Dallas lo está de Fort Worth, sin ninguna inquietud, cómodamente abrigado como una serpiente bajo una casa. Demasiados kilómetros cuadrados y demasiada poca gente.

Unos increíbles kilómetros cuadrados... Todo nuestro mundo era unos riscos difíciles y brillantes, unas sombras negras, un cielo negro, y un inacabable poner un pie delante del otro.

Pero eventualmente íbamos hacia abajo con más frecuencia que hacia arriba, y por último llegamos a una vuelta desde donde pudimos mirar a lo lejos, sobre una llanura caliente y brillante. Había montañas mucho más lejos, terriblemente lejos; a pesar de nuestra altura, unos trescientos metros aproximadamente, quedaban detrás del horizonte. Miré por encima de aquella llanura, tan mortalmente cansado que no tenía la sensación de haber triunfado, luego miré hacia la Tierra e intenté calcular dónde quedaba el rumbo este.

Piwi tocó mi casco con el suyo.

-Allí está, Kip.

-¿Dónde?

Me lo indicó, y pude captar el reflejo de una cúpula de plata.

La Cosa Madre trino a mi espalda:

-(¿Qué es esto, niños?)

-La Estación Tombaugh, Cosa Madre.

Su respuesta fue la declaración sin palabras de que éramos unos niños buenos, y que ella siempre había sabido que lo conseguiríamos.

La Estación podía estar a unos quince kilómetros, las distancias eran tan difíciles de apreciar que con aquel horizonte tan raro y sin nada con que hacer comparaciones, ni siquiera podía saber el tamaño de la cúpula.

-¿Piwi, nos atrevemos a usar la radio?

Se volvió y miró hacia atrás. Yo hice lo mismo: estábamos lo más solos que podíamos estar.

-Arriesguémonos.

-¿Qué frecuencia?

-La misma de antes. La de operaciones espaciales. Creo.

Y así, lo intenté.

-Llamando a la Estación Tombaugh. Estación Tombaugh. Llamando. ¿Me recibís?

Luego lo probó Piwi. Yo estaba a la escucha en toda la banda para la que estaba equipado. No hubo suerte.

Cambié a la antena de la bocina, dirigiéndola hacia el reflejo de luz. Ninguna respuesta.

-Estamos perdiendo el tiempo, Piwi. Empecemos a caminar.

Se volvió lentamente y empezó a alejarse. Yo podía notar su desilusión... yo mismo había temblado de impaciencia, la alcancé y toqué cascos.

-No dejes que esto te afecte, Piwi. No pueden pasarse todo el día esperando que llamemos. Vemos donde está, pues andando hacia allí.

-Ya lo sé -dijo con voz apagada.

Cuando empezamos a descender perdimos de vista la Estación Tombaugh, no sólo debido a las vueltas y revueltas sino porque se ocultó detrás del horizonte.

Continúe llamando, en tanto pareció que había alguna esperanza, luego cerré para ahorrar aliento y batería.

Estábamos aproximadamente a mitad del descenso final, cuando Piwi aminoró la marcha, se detuvo, se dejó caer al suelo y se quedó inmóvil. Corrí hacia ella.

-¡Piwi!

-Kip -dijo débilmente-. ¿Puedes ir a buscar a alguien? ¿Por favor? Ahora ya sabes el camino. Esperaré aquí. ¿Por favor, Kip?

-¡Piwi! -dije con brusquedad-. ¡Levántate! ¡Has de seguir andando!

-No pu... pu... puedo -empezó a llorar-. Tengo tanta sed... y mis piernas...

Se desmayó.

-¡Piwi! -sacudí su hombro-. ¡No puedes abandonar ahora! ¡Cosa Madre, díselo!

Sus párpados se movieron ligeramente.

-¡Sigue diciéndoselo, Cosa Madre!

Me dejé caer al suelo junto a Piwi y empecé a trabajar. La hipoxia castiga con toda rapidez, como si se hubiera apretado un botón: no necesité ver el índice del color de su sangre para saber que marcaba PELIGRO, porque los indicadores de sus botellas ya me lo decían. La botella de oxígeno marcaba «vacía», y la de oxígeno-helio estaba prácticamente igual. Cerré sus válvulas de escape, anulé su válvula de mentón con la válvula externa, y dejé que lo que quedaba en su botella de oxi-helio se vaciara dentro de su traje. Cuando éste empezó a hincharse, cerré la entrada y apenas toqué una de las válvulas de escape. Entonces cerré las válvulas de alimentación y saqué la botella vacía.

Descubrí que no podía hacer más a causa de algo ridículo.

Piwi me había atado demasiado bien. ¡No podía alcanzar el nudo! Lo podía tocar con mi mano izquierda pero no alcanzaba con mi mano derecha porque la botella que llevaba delante lo impedía, y no podía aflojar el nudo con una sola mano.

Me obligué a sobreponerme al pánico. ¡Mi cuchillo... desde luego, mi cuchillo! Era un viejo cuchillo de explorador con una anilla para colgarlo del cinturón, que era donde estaba. Pero los ganchos del cinturón de Óscar eran demasiado grandes y yo había tenido que entrarlo forzado. Hice fuerza de torsión hasta que conseguí romper el anillo.

Entonces no podía abrir la hoja. Los guantes de los trajes espaciales no tienen uñas en los pulgares.

Me dije:

-Kip, no corras en círculo. Esto es fácil. Todo lo que debes hacer es abrir un cuchillo... y tienes que hacerlo... porque Piwi se está asfixiando. Miré buscando una astilla de roca, algo que me pudiera servir como uña de pulgar. Luego comprobé mi cinturón.

El martillo de prospector lo consiguió, la parte cincel de su cabeza estaba lo bastante afilada para poder abrir cuchillos y pude cortar la cuerda.

Pero todavía me encontraba bloqueado. Quería alcanzar una de las botellas de mi espalda. Cuando había tirado aquella vacía y colocado la última de reserva, había empezado a utilizarla, guardando la casi media carga que quedaba en la otra. La guardaba por si hacía falta y para compartirla con Piwi. Ya había llegado el momento de hacer esto porque Piwi estaba sin aire. Lo mismo pasaba en una de mis botellas, pero todavía tenía media carga en la otra, además de un octavo de carga, o menos, en la botella que contenía oxígeno sin mezcla (la que me daba más esperanzas para igualar presiones). Había planeado sorprenderla con un cuarto de carga de oxígeno-helio que le duraría más y podía darle alguna refrigeración.

Un verdadero plan de caballero andante, había creído. Pero no perdí un par de segundos en descartarlo. ¡No podía alcanzar aquella botella de mi espalda! Tal vez si no hubiera modificado la mochila para llevar botellas de distinta clase lo hubiera conseguido. El manual reza: «Alcanza sobre tu hombro con el brazo del otro lado, cierra las válvulas de interrupción que están en la botella y en el casco, desconecta los grilletes...». Mi mochila no tenía grilletes; los había sustituido por correas. Pero seguía sin creer que uno podía alcanzar sobre el hombro de un traje especial a presión y hacer algo efectivo. Creo que aquello lo había escrito alguien sentado frente a una mesa. Tal vez había podido ver como alguien lo hacía en condiciones favorables. Tal vez, él mismo lo había hecho, si era uno de estos monstruos de feria que pueden dislocarse los dos hombros. Pero me apostaría una carga entera de oxígeno a que los montadores que estaban por la Estación Espacial Dos, lo hacían cada uno para el otro, como habíamos hecho Piwi y yo, o bien se metían dentro de ella y se desinflaban.

Si algún día tengo la ocasión, voy a cambiar todo esto. Todo lo que tengas que hacer metido dentro de un traje espacial, debe estar previsto hacerlo por delante: válvulas, grilletes y todo lo demás, incluso si tienen que servir para algo que esté por detrás. Nosotros no somos como Caragusano que tiene a ojos todo su alrededor y brazos que se doblan por una docena de sitios; nosotros estamos hechos para trabajar por delante nuestro, y esto vale por tres cuando se está metido dentro de un traje espacial.

¡Necesitas, además, una ventana en el mentón para que poder ver lo que haces! Una cosa puede parecer muy bonita sobre el papel, pero luego resultar terrible a la hora de la verdad.

Pero no voy a perder tiempo en lamentaciones; tenía y podía alcanzar un octavo de carga de oxígeno. La cogí.

El pobrecito esparadrapo era una porquería. Ya no me preocupé por las gasas, si conseguía que la cinta pegara algo ya podía estar contento. La traté como si fuera pan de oro, intentando que quedara apretada y me detuve a la mitad de la tarea para cerrar

completamente la válvula de escape de Piwi cuando parecía que su traje iba a colapsarse. Cuando terminé mis dedos temblaban.

No podía contar con Piwi para cerrar su válvula. Me limité a agarrar aquel empalme loco con una mano, abrí la botella vacía de Piwi con la otra, pasé rápidamente a abrir del todo la válvula de la botella de oxígeno, y crucé como un rayo mi mano para asir la válvula de la botella de Piwi. Vigilé los relojes.

Las dos manecillas corrían cada una hacia la otra. Cuando se frenaron empecé a cerrar la botella de Piwi, y entonces explotó el empalme.

A toda prisa acabé de cerrar la válvula. No se perdió mucho gas de la botella de Piwi, pero se perdió todo lo que quedaba en el lado del suministro. No me detuve para preocuparme. Saqué un trozo de adhesivo, y me aseguré de que el empalme rápido de bayoneta estuviera limpio, volví a colocar aquella botella ligeramente cargada en el traje de Piwi, y abrí las válvulas de interrupción.

Su traje empezó a distenderse. Abrí muy poco una de sus válvulas de escape y toqué cascos.

-¡Piwi! ¡Piwi! ¿Puedes oírme? ¡Despiértate, nena! ¡Cosa Madre, haz que se despierte!

-¡Piwi!

-¿Sí, Kip?

-¡Despierta! ¡Ponte en pie, campeona! ¡Arriba! ¡Cariño, por favor, levántate!

-¿Uh? Ayúdame a sacarme el casco... no puedo respirar.

-Sí, sí puedes. Aprieta tu válvula de mejilla, siéntelo, huélelo. ¡Aire fresco!

Intentó hacerlo, débilmente. Le di una fuerte y rápida dosis, anulando su válvula de mejilla con la de fuera.

-¡Oh!

-¿Lo ves? Ya tienes aire. Tienes mucho aire. Ahora, levántate.

-Por favor, déjame acostada aquí.

-¡Ni hablar! Eres una cría repugnante, mala y mal educada... Y si no te levantas nadie te querrá. La Cosa Madre no te querrá. ¡Cosa Madre!... ¡Díselo!

-(Ponte en pie, hija.)

Piwi lo intentó. La ayudé cuando vi que lo intentaba. Tembló y se agarró a mí y pude evitar que cayera.

-¿Cosa Madre? -dijo débilmente-. Ya lo he hecho. ¿Todavía... me quieres?

-(Sí, querida.)

-Estoy mareada... no creo... que pueda andar.

-No tienes que hacerlo, dulzura -dije amablemente y la cogí en brazos-. Ya no tendrás que andar más.

No pesaba nada.

El sendero había desaparecido cuando salimos de las estribaciones, pero las huellas de las orugas estaban muy marcadas en el polvo y nos llevaban hacia el oeste. Restringí mi aire hasta que la aguja de mi indicador de color de la sangre llegó al borde de la zona de peligro. La mantuve allí, apretando la válvula de mejilla sólo cuando oscilaba hasta más allá de «Peligro». Supongo que su constructor había dejado algún margen de seguridad, lo mismo que hacen en los indicadores del nivel de gasolina. Hacía ya rato que había indicado a Piwi que no apartara sus ojos de su indicador y que lo mantuviera en el límite de la zona de peligro. Me lo prometió, pero yo seguía recordandoselo. Apreté el casco de su traje contra el yugo del mío para poder hablar entre nosotros.

Iba contando mis pasos y a cada kilómetro le decía a Piwi que llamara a Estación Tombaugh. Quedaba más allá del horizonte, pero era posible que tuvieran un mástil largo que pudiera «ver» a mucha distancia.

La Cosa Madre también le hablaba sobre cualquier cosa, para que no se desmayara otra vez. Ahorré mis fuerzas y dejé que fuera la Cosa Madre la que hablara, lo que nos convenía a todos.

Al poco rato advertí que mi aguja se había desplazado otra vez al rojo. Di un golpe a la válvula y esperé. Nada sucedió. La golpeé otra vez y la aguja fue arrastrándose hasta el blanco.

-¿Cómo andas de aire, Piwi?

-Bien, Kip, voy bien.

Óscar me chillaba. Parpadeé y advertí que mi sombra ya no estaba allí. Había ido estirándose delante de mí formando un ángulo con las huellas. Las huellas estaban allí, pero mi sombra no. Aquello me molestó, por lo que di la vuelta y la busqué. Iba tras de mí.

Aquella maldita cosa había andado escondiéndose. ¡Eran ganas de jugar!

-(¡Ahora esto es mejor! -dijo Óscar.)

-Hace mucho calor aquí, Óscar.

-¿Es que crees que aquí fuera hace frío? Mantén los ojos pegados a esta sombra, amigo... y a estas huellas.

-¡Está bien! ¡Está bien! No me importunes más.

Había decidido que no dejaría que aquella sombra se escapara otra vez. ¿Con que quería jugar, eh?

-Queda muy poco de este maldito aire, Óscar.

-(Respira hondo, amigo. Podremos conseguirlo.)

-Ahora ya estoy respirando mis calcetines.

-(Pues respira tu camisa.)

-¿He visto pasar una nave por encima de nosotros?

-¿Cómo podría saberlo? Tú eres el que tiene ojos.

-No te hagas el listo. No estoy para bromas.

Estaba sentado en el suelo, con Piwi sobre mis rodillas, y Óscar estaba pegando gritos, y la Cosa Madre hacía lo mismo.

-(¡Levántate mico asqueroso! ¡Levántate e inténtalo!). (¡Levántate, querido Kip! Ya falta muy poco.)

-Sólo quería recuperar el aliento.

-(Bueno, pues ya lo has recuperado. Llama a Estación Tombaugh.)

Dije:

-Piwi, llama a Estación Tombaugh.

No me contestó. Aquello me alarmó y me recuperé en el acto.

-Llamando a Estación Tombaugh, ¿Me recibes, Estación Tombaugh?

Me puse de rodillas y luego de pie.

-¿Me recibes, Estación Tombaugh? ¡Socorro! ¡Socorro!

Contestó una voz:

-Te recibo.

-¡Ayuda!, ¡M'aidez! ¡Tengo una niñita que se está muriendo! ¡Socorro!

De pronto, saltó frente a mis ojos: unas grandes y relucientes cúpulas, unas torres altas, radio telescopios, una gigantesca cámara Schmidt. Me dirigí tambaleando hacia allí.

-¡May Day!

Se abrió una enorme compuerta y un vehículo oruga vino hacia mí. Una voz en mis auriculares dijo.

-Ya vamos. Quédate donde estás. Fuera y cierro.

Un oruga se detuvo junto a mí. Salió un hombre, se acercó y tocó cascos. Dije con voz entrecortada:

-Ayudadme a entrarla.

Me replicó:

-Me has causado muchas molestias, amiguito. No me gusta la gente que me causa molestias.

Un hombre mayor, mucho más gordo salió detrás de él.

El hombre flaco alzó una cosa, como una cámara, y la dirigió hacia mí. Esto fue lo último que supe.

CAPITULO 7

No sé si hicimos el pesado viaje de regreso en el vehículo oruga, o si Caragusano mandó una nave. Desperté cuando me daban de bofetadas, y estaba en el interior, tumbado. El Flaco me las daba, era el hombre a quien el Gordo llamaba «Tim». Intenté devolvérselas y vi que no podía. Estaba en una especie de cosa como una camisa de fuerza en la que me sentía tan cómodo como una momia vendada. Solté un alarido.

El Flaco me tiró del pelo, y me sacudió la cabeza hacia arriba al tratar de meterme una cápsula muy grande en la boca.

Intenté morderle.

Me abofeteó con la mayor dureza y me volvió a ofrecer la cápsula. Su expresión no había cambiado. Seguía siendo de vileza.

Oí:

-Tómatela muchacho -volví la mirada hacia la voz, el Gordo estaba en el otro lado-. Será mejor que te la tragues -dijo-. Tienes cinco días malos por delante.

La tragué. No a causa del consejo sino porque una mano me apretaba la nariz y otra la hizo saltar dentro de mi boca cuando intenté respirar. El Gordo me brindó una copa de agua para que la hiciera pasar. No la rechacé. La necesitaba.

El Flaco me pinchó en la espalda con una aguja hipodérmica tan grande que podría haberse utilizado para un caballo. Le dije lo que pensaba de él, con palabras que uso en contadas ocasiones. A todos los efectos, el Flaco podía haber sido sordo. El Gordo soltó su risita. Volví mis ojos hacia él:

-Y en la tuya también -y añadí- pero mucho más.

El Gordo me reprendió con otra risita:

-Deberías estar contento de que te salváramos la vida -y añadió-. Aunque no fue idea mía, ya que me caes bastante mal. Él te quería vivo.

-Cierra el pico -dijo el Flaco-. Amárrale la cabeza.

-Déjalo y que se rompa el cuello. Será mejor que nos arreglemos nosotros. Él no va a esperar.

Pero empezó a obedecerle.

El Flaco miro su reloj:

-Cuatro minutos.

El Gordo ató apresuradamente una correa alrededor de mi frente, y los dos empezaron a ir muy aprisa de un lado al otro, tragando cápsulas y dándose inyecciones mutuamente. Lo estuve viendo lo mejor que pude.

Estaba otra vez en la nave. El techo relucía de la misma manera, las paredes parecían ser las mismas. Estábamos en la habitación que usaban los dos hombres; sus camas estaban una a cada uno de mis lados y yo estaba atado a un sofá blando que estaba en medio de ellas.

Cada uno de ellos se metió en su cama y empezó a cerrar las cremalleras de una envoltura que era como una especie de saco de dormir. También dejaron amarrada su cabeza antes de completar el proceso. Yo me interesaba poco por ellos.

-¡Hey! ¿Qué le habéis hecho a Piwi?

El Gordo soltó su risita.

-¿Oyes esto, Tim? Esta es una buena pregunta.

-Cierra el pico.

-Tu...

Yo estaba a punto de resumir el carácter del Gordo, pero mis pensamientos empezaron a divagar y mi lengua se había vuelto de trapo. Además, también quería preguntarles por la Cosa Madre.

No pude articular una palabra más. De pronto me volví terriblemente pesado y el sofá se convirtió en algo duro como una roca.

Durante mucho, pero que mucho tiempo no estuve despierto o por lo menos despierto de verdad. Al principio no podía notar más que aquel peso terrible, después todo me dolía y tenía ganas de chillar. Pero no tenía fuerzas para hacerlo.

Poco a poco se fue el dolor y dejé de sentir algo. Yo no era un cuerpo, sólo era yo, sin nada más. Soñé mucho y ninguno de mis sueños tenía sentido. Parecía encontrarme en una historieta cómica, de aquellas contra las que siempre están protestando las asociaciones de padres y profesores, y las cosas malas que me ocurrían iban siempre por delante de mí, por más que intentara que no fuera así.

En una ocasión el sofá dio una sacudida y de repente descubrí que ya tenía cuerpo, aunque era un cuerpo que estaba mareado. Después de algunas eras me di cuenta de que había pasado por una vuelta de campana. Había sabido, en algunos momentos lúcidos, que iba hacia alguna parte, muy aprisa, y con una aceleración terrible. Decidí solemnemente que debíamos estar a la mitad del camino, e intenté calcular cuanto era la eternidad multiplicada por dos. Sólo obtenía por resultado ochenta y cinco centavos con el IVA incluido, la caja registradora marcaba «No hay venta» y yo volvía a empezar de nuevo.

El Gordo soltaba la correa de mi cabeza. Se había quedado pegada y me arrancó la piel.

-Levántate y ponte guapo, amiguete. El tiempo vuela.

Sólo pude gruñir. El Flaco me estaba desembalando. Mis piernas flaqueaban y me dolían.

-¡Levántate!

Lo intenté pero no pude. El Flaco se apoderó de una de mis piernas y empezó a masajearla.

Solté alaridos.

-Trae, déjame a mí -dijo el Gordo-. En otro tiempo fui entrenador.

El Gordo sabía de qué iba la cosa. Gemí cuando sus pulgares se enterraron en mi pantorrilla, y se detuvo.

-¿Aprieto demasiado?

No pude responderle. Siguió dándome masaje y dijo casi jovialmente.

-Cinco días a ocho gravedades no es un viaje de placer. Pero te pondrás bien. ¿Tim, tienes la aguja?

El Flaco me pinchó en mi muslo izquierdo. Apenas lo noté.

El Gordo me colocó en posición sentada y me entregó una copa. Pensé que era agua, pero no lo era, me atraganté y lo escupí. El Gordo esperó un poco, luego volvió a dármele.

-Esta vez, bebe algo.

Bebí.

-Está bien, ponte en pie. Se han terminado las vacaciones.

El suelo empezó a dar sacudidas, y tuve que agarrarme a él hasta que cesaron.

-¿Dónde estamos? -pregunté con voz ronca.

El Gordo se rió como si aquello fuera un chiste terriblemente divertido.

-En Plutón, desde luego. Es un sitio muy bonito, Plutón. Es un lugar de veraneo.

-Cierra el pico. Haz que se mueva.

-Espabila, chico. No querrás que él se impacienta.

¡Plutón! No podía ser; nadie puede ir tan lejos. Pero si todavía no se había intentado llegar a las lunas de Júpiter. Plutón estaba mucho más lejos que...

Mi cerebro no funcionaba. La experiencia que acababa de padecer, me había conmocionado tanto que no podía aceptar el hecho de que esta misma experiencia demostraba que estaba equivocado.

¡Pero Plutón!

No me dieron tiempo para que me maravillara; nos pusimos los trajes espaciales. Aunque no lo supe hasta entonces, Óscar estaba allí, y me puse tan contento al verle que me olvidé de todo lo demás. No lo habían colgado en una percha, se habían limitado a dejarlo en el suelo. Me incliné (descubriendo que tenía agujetas en cada músculo) y comprobé su estado. No parecía herido.

-Póntelo -dijo el Flaco-. Muévete y no pierdas más tiempo.

-Está bien -contesté casi con alegría, después dudé-. Oye, es que no tengo aire.

-Vuelve a mirar -dijo el Graso.

Miré. Tenía botellas llenas de oxi-helio en la mochila.

-Aunque -continuó-, si no tuviéramos órdenes de él, no te daría ni un tanto así. Nos dejaste sin dos botellas, y un martillo roquero, y una cuerda que nos costó cuatro dólares con noventa y cinco, a precio de la Tierra. Alguna vez -y lo dijo sin rencor-, me lo pagarás todo con creces.

-Cierra el pico -dijo el Flacucho-. Y andando.

Extendí a Óscar de modo que quedara completamente abierto, y me retorcí para meterme dentro, me enganché el lector del color de la sangre, y cerré los cierres de cremallera de las uniones. Luego me puse en pie, atenacé el casco, y ya me sentí mejor debido al solo hecho de estar allí dentro.

-¿Estás bien cerrado?

-(¡Hermético! -confirmó Óscar.)

-Estamos muy lejos de casa.

-(¡Pero tenemos aire! Levanta la barbilla, socio.)

Lo que me hizo recordar que debía comprobar el funcionamiento de la válvula de mentón. Todo funcionaba bien. Mi cuchillo había desaparecido, igual había pasado con el martillo y la cuerda, pero aquello sólo eran cosas accidentales. Estábamos herméticos.

Seguí al Flaco, y el Gordo iba tras de mí. Adelantamos a Caragusano en el corredor, o a un caragusano, pero aunque me estremecí tenía a Óscar que me rodeaba y con ello la impresión de que no podía alcanzarme. Otra criatura se nos unió en la compuerta de aire y tuve que mirarlo otra vez para darme cuenta de que se trataba de un caragusano en traje espacial. El material era liso y no abultaba como el nuestro. Parecía un tronco de árbol muerto con las ramas desnudas y unas pesadas raíces, pero la diferencia suprema estaba en su «casco» que era una cúpula lisa de cristal. De cristal a través del cual sólo se podía mirar en un sentido, supongo. No podía ver lo que había dentro. Envasado de aquella forma, un caragusano era grotescamente ridículo pero no asustaba. Pero procuré no acercarme más de lo necesario.

La presión disminuía y yo estaba atareado malgastando aire para evitar hincharme demasiado. Aquello me hizo recordar lo que más quería saber: qué le había pasado a Piwi y a la Cosa Madre. Por tanto conecté mi radio y anuncié:

-Probando. Prueba de radio. Alfa, Bravo, Cola...

-Cierra el pico y déjate de bobadas. Si queremos que lo hagas, ya te lo ordenaremos.

Se abrió la puerta exterior y di mi primer vistazo a Plutón.

En realidad, no sé lo que esperaba ver. Plutón se halla tan lejos que no pueden obtener unas fotos decentes de él, ni siquiera en Observatorio Luna. Había leído artículos en el Scientific American y visto grabados en LIFE que habían sido trucados para que parecieran fotografías, recordé que se estaba aproximando a su verano, si puede llamarse «verano» a cuando se está tan caliente que apenas basta para fundir el aire. Recordé esto, porque habían dicho que en Plutón aparecía su atmósfera a medida que se iba acercando al sol.

Pero nunca había estado muy interesado por Plutón: muy pocos datos y demasiada especulación, demasiado lejano y muy poco adecuado para tener una finca allí. El Profesor Tombaugh (aquél cuyo nombre se había dado a la Estación) estaba trabajando en un gigantesco telescopio electrónico para fotografiarlo, gracias a una subvención Guggenheim, pero él tenía un especial interés allí, porque lo había descubierto algunos años antes de mi nacimiento.

Lo primero que advertí cuando la puerta se abrió fue click... click... click, y un cuarto click, dentro de mi casco, cuando se conectaron todas las unidades calefactores de Óscar.

El Sol estaba enfrente de mí, aunque al principio no lo reconocí. No parecía mayor que lo que Venus o Júpiter parecen ser desde la Tierra (si bien era mucho más brillante). Sin poder estar seguro de que lo que veía era un disco, pues se parecía más a un arco eléctrico.

El Gordo me golpeó en las costillas.

-Deja de estar en Babia.

Una rampa unía la puerta a un camino elevado que llevaba hasta la ladera de una montaña a unos doscientos metros más allá. El camino estaba sostenido por unas patas de araña de una altura que variaba desde medio metro hasta cinco metros, y a veces hasta doce, dependiendo del nivel del suelo. Este estaba cubierto de nieve, de un blanco resplandeciente a pesar de que el Sol era como la punta de una aguja. Donde los pilares eran de mayor longitud, hacia la mitad, el viaducto cruzaba un arroyo.

¿Qué clase de «agua» podía ser aquella? ¿Metano? ¿Qué era la «nieve»? ¿Amoniaco sólido? No tenía tablas para poder saber lo que era líquido y lo que era gas bajo el frío infernal de que disfrutaba Plutón en «verano». Todo lo que sabía del asunto era que en invierno no había nada en Plutón que fuera gaseoso o líquido, sólo el vacío, como en la Luna.

Me alegré de tener que darme prisa. Un viento soplaba desde mi izquierda, y no sólo me estaba congelando aquel lado, a pesar de los mejores esfuerzos de Óscar, sino que resultaba peligroso andar. Decidí que resultaría mucho más seguro ir con la marcha forzada que descubrí en la Luna, antes que caer sobre aquella «nieve». ¿Un hombre lucharía antes de romperse él y su traje, o ya se moriría en el momento de caer?

Sumándose al riesgo del viento y a la falta de rodapiés, había los caragusanos que circulaban por allí con sus trajes espaciales. Su velocidad era el doble de la nuestra, y compartían el camino de la misma manera que un perro comparte un hueso. Incluso el Flaco tuvo que recurrir al andar de artesanía y por tres veces escapó por los pelos.

El camino se prolongaba en un túnel; a los tres metros de la entrada un panel se apartó del paso cuando nos aproximamos, seis metros más atrás había otro que hizo igual y se cerró detrás nuestro. Había casi dos docenas de paneles, cada uno de ellos operando como una válvula de compuerta de acción rápida, y cada vez la presión era algo mayor. No pude ver qué los hacía funcionar, a pesar de que en el túnel había luz que salía del techo reluciente. Finalmente pasamos por una compuerta muy reforzada, pero la presión ya era la que querían y sus puertas se mantenían abiertas. Daba entrada a una habitación muy grande.

Caragusano estaba en ella. El Caragusano, creo que era porque dijo en mi idioma:

-¡Ven!

Oía a través de mi casco. Pero no podía estar seguro de si era él porque había otros a su alrededor y me resultaba muy difícil distinguirlo entre los demás.

Caragusano se fue apresuradamente, no llevaba traje espacial, y me quedé aliviado cuando se dio la vuelta porque ya no podía ver su boca retorcida; pero era sólo una ligera mejoría porque con ello quedó a la vista su ojo retrovisor.

Nos costaba mucho alcanzarle. Nos dirigió por un corredor, a la derecha a través de otra serie de puertas dobles y finalmente se detuvo de repente cuando casi había llegado a un agujero que había en el suelo, algo parecido a una alcantarilla.

-¡Desnudadle! -ordenó.

El Gordo y el Flaco llevaban sus cascos abiertos, por lo que supe que estaba seguro, en un cierto sentido. Pero por otra parte deseaba estar dentro de Óscar, por lo menos mientras Caragusano anduviera por allí.

El Gordo soltó las bridas de mi casco.

-Sal de este pellejo, tío. ¡Rápido!

El Flaco aflojó mi correa, y en un santiamén me quitaron el traje a pesar de que intenté impedirlo.

Caragusano estaba esperando. En cuanto salí de Óscar, señaló hacia el agujero.

-¡Abajo!

Tragué saliva. Aquel agujero parecía ser tan hondo como un pozo y mucho menos atractivo que si lo fuera.

-Abajo -repitió-. Ahora.

-Hazlo, tío -me aconsejó el Gordo-. Salta o te empujaremos. Baja por este agujero antes de que se cabree.

Intenté correr.

Caragusano estaba a mi alrededor, acosándome, casi antes de que yo empezara.

Eché el freno y di marcha atrás. Miré sólo con tiempo para conseguir que, en vez de una caída, aquello resultase un salto desmañado.

Fue un largo viaje hasta llegar al fondo. Al caer no me hice tanto daño como me habría hecho en la Tierra, pero me torcí un tobillo. Poco importaba, puesto que no tenía que ir a ninguna parte, ya que el agujero del techo era la única salida.

Mi celda media unos seis metros cuadrados. Estaba excavada, supongo, en la roca viva, aunque no había forma de saberlo porque las paredes y el suelo eran de la misma piel de elefante utilizada en la nave. Un panel de iluminación cubría la mitad del techo, y si hubiera tenido algo que leer, hubiera podido hacerlo. Otro detalle era un chorro de agua que salía salpicando de un agujero de la pared, caía en una depresión del tamaño de una bañera, y salía con destino desconocido.

Aquel lugar estaba tibio, lo que estaba muy bien, porque allí no había nada que se pareciera a una cama o a ropas de abrigo. Había llegado a la conclusión que tenía para rato de estar allí y pensaba en comer y en dormir.

Decidí que ya estaba cansado de tonterías. Había estado ocupándome de mis propios asuntos, en el patio de mi propia casa. ¡Todo lo demás era culpa de Caragusano! Me senté en el suelo y empecé a discurrir sobre los mejores procedimientos para matarle lentamente.

Por fin renuncié a aquella locura y empecé a pensar en Piwi y en la Cosa Madre. ¿Dónde estarían? ¿O habían muerto en alguna parte entre las montañas y la Estación Tombaugh?

Pensándolo con tristeza, decidí que la pobre pequeña Piwi estaría mejor si nunca se hubiera despertado de aquel segundo coma. No estaba tan claro en lo referente a la Cosa Madre porque no la conocía muy bien, pero en el caso de Piwi estaba seguro.

Pues bien, era apropiado, hasta cierto punto, el apuro en que me encontraba: un caballero andante suele acabar alguna vez en un calabozo. Pero como era de rigor, la doncella rubia tenía que estar prisionera en una torre del mismo castillo. Lo siento, Piwi: en vez de caballero andante sólo era un buen dependiente de la barra de refrescos. Y de aquello de «Su fuerza es la de diez porque su corazón es puro», nada de nada.

No tenía gracia.

Me cansé de autocastigarme y miré para ver la hora. No porque importara mucho. Pero se supone tradicionalmente que un prisionero debe hacer marcas en la pared, contando

los días de su encierro, por lo que creía que tal vez sería mejor que empezara ya. Mi reloj estaba en mi muñeca, pero no marchaba y no lo pude poner en funcionamiento. Tal vez ocho ges eran demasiadas ges para él, a pesar de que se suponía que era antigolpe, resistente al agua, antimagnético e inmune a todas las influencias anti-americanas.

Poco después me tumbé y me dormí.

Me despertó un estruendo.

Era una lata de una ración de comida que había golpeado en el suelo, sin que la caída la hubiera mejorado. Pero llevaba su llave y pude abrirla. Era carne de buey picada, y estaba muy rica. Utilicé la lata vacía para beber, el agua podía estar envenenada, pero ¿tenía dónde elegir? Pero antes lavé la lata para que no oliera.

El agua estaba tibia, y tomé un baño.

Dudo que haya muchos ciudadanos americanos que en los últimos veinte años hayan necesitado tanto un baño como yo. Mi camisa, mi ropa interior y mis calcetines eran sintéticos, de los de lavar-y-poner, pero mis pantalones eran de algodón y tardaron más en secarse, pero no me importó. Sólo me hubiera gustado tener alguna de las doscientas pastillas de jabón Camino del Cielo que tenía en casa, en el suelo de mi armario. Si hubiera sabido que iba a Plutón me habría llevado una.

Al lavar la ropa vino rodado hacer inventario. Poseía un pañuelo, sesenta y seis centavos en calderilla, un billete de un dólar tan sudado y arrugado que resultaba difícil descifrar el retrato de Washington, un lápiz mecánico que llevaba impreso «Cine al aire libre de Jay. ¡Las malteadas más espesas de la ciudad!», lo que era un engaño. Yo era quien hacía las mejores malteadas. Y una lista de lo que había de comprar para mi madre, pero que no lo había podido comprar debido a aquel tonto aparato de aire acondicionado del Drugstore Charton. No estaba en tal mal estado como mi billete de un dólar, porque la había metido en el bolsillo de la camisa.

Puse en línea todas mis posesiones y las miré atentamente. Aquello no se parecía a una colección con la que se pudiera fabricar un arma milagrosa con la que abrirse camino a base de explosiones, robar una nave, aprender a pilotarla y regresar triunfalmente para poner en guardia al Presidente y salvar así a mi Patria. Las coloqué en otro orden distinto, pero ni así.

Tenía razón. Todo aquello no se parecía en nada a nada.

Me desperté librándome de una pesadilla terrible, recordé dónde me hallaba, y hubiera preferido regresar a mi pesadilla. Estaba tumbado allí, sintiendo pena de mí mismo, y en realidad las lágrimas afloraron a mis ojos y mi barbilla empezó a temblar. Nunca me habían puesto la etiqueta de «niño llorón». Papá dice que no hay nada malo en las lágrimas, lo que pasa es que socialmente no son aceptables, dice que en algunas culturas el llorar es una elegancia social. Pero en el Instituto de Horacio Mann el ser un niño llorón no era un galardón: hacía años que lo había superado. Por otra parte cansa mucho y no te lleva a ninguna parte. Cerré la hidráulica y calculé mis posibilidades.

Mi lista de acciones era más o menos así:

1. Escaparme de aquella celda.
2. Encontrar a Óscar, y vestírmelo.
3. Salir de allí, robar una nave, irme a casa. (Si podía descubrir cómo se ponía en marcha).
4. Descubrir un arma o stratagema para luchar contra los caragusanos o mantenerles ocupados mientras yo me escapaba para apoderarme de una nave. Pero no pude hacer nada. Cualquier superman capaz de teletransportación y de un surtido de otras habilidades psiónicas hubiera podido hacerlo. No se podía hacer otra cosa que estar seguro de que el plan fuese a prueba de fallos y de tener al corriente el pago del seguro.
5. Prioridad de urgencia: antes de dar el adiós a las playas románticas del exótico Plutón y a sus amistosos nativos llenos de color, ver si tanto Piwi como la Cosa Madre

estaban por allí, y en caso afirmativo, llevármelas conmigo porque, contra algunas opiniones, es mejor ser un héroe muerto que un piojo asqueroso. El morir es un poco enredado y un mucho inconveniente, pero hasta un piojo ha de morir algún día por más cosas que intente para seguir vivo, y siempre tiene que ir por ahí explicando sus decisiones. El escaso éxito que yo había tenido en esto de ser héroe me había demostrado que no era un trabajo demasiado deseable, pero la alternativa era aún menos atractiva.

El hecho de que Piwi sabía cómo poner en marcha una de sus naves, o que la Cosa Madre podía enseñarme como hacerlo, no los había tomado en consideración. No lo podía probar, pero lo sabía.

Nota: ¿Después de saber hacer funcionar una de sus naves, podría hacerlo a ocho gravedades? Aquello, para un caragusano, podía representar sólo llevar unas plantillas, pero yo sabía lo que ocho gravedades podían hacerme. ¿Piloto automático? Si lo hubiera, ¿llevaría las instrucciones en mi idioma? (¡No seas burro, Clifford!)

Nota de la nota: ¿Cuánto tardaríamos en llegar a casa, a una gravedad? ¿Bastaría con lo que quedaba del siglo? ¿O sólo lo necesario para morir de hambre?

6. Terapia ocupacional para los periodos de ocio cuando me hubiera cansado de la lista de problemas. Esto era importante para que no me quedara hecho pedazos. O'Henry escribió sus obras en la cárcel. San Pablo dio a luz sus epístolas más fuertes encarcelado en Roma. Hitler escribió su Mein Kampf en la prisión. La próxima vez traeré una máquina de escribir y papel. En aquella ocasión podía descubrir cuadrados mágicos e inventar problemas de ajedrez. Cualquier cosa sería mejor que sentir pena por mí mismo. Los leones se acostumbran a los zoológicos. ¿No era yo más listo que un león? ¿Que alguno de ellos, por lo menos?

Por lo tanto: a trabajar.

-Uno. ¿Cómo salir de este agujero?

Descubrí una respuesta directa: no había modo alguno. El techo estaba a unos cuatro metros, las paredes eran tan lisas como la mejilla de un niño y tan impenetrables como la misma roca que les daba forma. Sus otras características eran el agujero en el techo, que llegaba hasta casi dos metros más arriba, la corriente de agua y su cuenco de recogida, y el área reluciente del techo. Como herramientas tenía lo que ya había puesto en la lista (unos pocos gramos de nada más, nada cortante, nada explosivo ni nada corrosivo), mi ropa y una lata vacía.

Probé hasta donde podía saltar hacia arriba. Hasta un desgraciado como yo tenía resortes en las piernas: toqué techo. Esto significaba que la gravedad sería de una media g. No había sido capaz de suponerlo, porque había pasado un tiempo interminable bajo una gravedad de un sexto, seguido de unos pocos eones a ocho g y mis reflejos estaban maltrechos.

Pero a pesar de que había alcanzado el techo, no podía andar por él ni levitar. Podía llegar hasta allí, pero allí no había donde un ratón pudiera agarrarse.

Bien, podía hacer tiras de mi ropa y trenzar una cuerda. ¿Había algo cerca del agujero donde pudiera engancharla? Solo me acordaba de un suelo liso. Pero supongamos que la enganchara. ¿Qué pasaría después? ¿Ir en cueros hasta que Caragusano me viera y me hiciera regresar, pero esta vez sin ropa? Decidí aplazar el truco de la cuerda hasta que hubiera decidido el paso siguiente, que era engañar a Caragusano y su tribu.

Suspiré y miré a mi alrededor. Todo lo que quedaba por ver era el chorro de agua y la oquedad en el suelo que la recogía.

Sé un cuento de dos ranas que cayeron en una olla de crema. Una de ellas ve que no hay esperanzas, se rinde y se ahoga. La otra es demasiado estúpida para saber que está vencida y sigue manoteando. Al cabo de varias horas ha batido tanto que la mantequilla ha formado una isla, sobre la que flota, cómoda y caliente, hasta que llega la lechera y la pone de patitas en la calle.

El agua salía y se escapaba de allí. ¿Supongamos que no se escapara?

Exploré el fondo de donde se recogía. El desagüe era grande, según a lo que estábamos acostumbrados, pero creía que podría taponarlo. ¿Sería capaz de flotar mientras se llenaba toda la habitación, se llenaba el agujero de arriba y me sacaba como en un surtidor? Bien, podía probarlo. Tenía una lata.

La lata parecía ser de un cuarto de kilo, y lo que en la Tierra pesa un cuarto de kilo es un cuarto de litro. Pero tenía que asegurarme. Mi pie mide veinticinco centímetros desde que cumplí los diez años, y antes tuve que crecer mucho para alcanzarlos. Señalé en el suelo de veinticinco en veinticinco con la ayuda de dos monedas. Resulta ser que un billete de a dólar mide 6 centímetros y un tercio, y que un cuarto de dólar mide un pelín menos que la décima parte de mi pie. No tardé mucho en saber con bastante exactitud las dimensiones de la habitación y de la lata.

Sostenía la lata bajo el chorro, la dejaba llenar y la vaciaba aprisa, mientras con los dedos contaba las latas de agua y contaba los segundos. Al fin llegué a calcular lo que se tardaría en llenar la habitación. No me gustó la respuesta y empecé de nuevo.

153

Tardaría unas catorce horas en llenarse la habitación y el agujero de arriba, más una hora para compensar los errores de un método tan burdo. ¿Podría sostenerme flotando tanto tiempo?

¡Podéis estar condenadamente seguros de que podría! ...si tuviera que hacerlo. Y tenía que hacerlo. No hay límite para el tiempo que un hombre puede flotar si no le entra el pánico.

Hice una bola con mis pantalones y los apreté dentro del desagüe. Casi los perdí, por lo que los envolví alrededor de la lata y usé todo aquel bulto como tapón. Se sostuvo allí, y utilicé toda mi otra ropa para calafatearlo. Esperé; me sentía importante. Tal vez la inundación que iba a producirse serviría como la diversión que tanto necesitaba en todo aquel lío. Poco a poco, la oquedad se llenó.

El agua la sobrepasó un par de centímetros, y se paró.

Un interruptor accionado por la presión, supongo. Debía haber sabido que aquellas criaturas que eran capaces de construir naves para ir a impulsión constante de ocho ges, más capaces serían para tener unas tuberías «a prueba de todo». Ojalá pudiéramos también nosotros.

Recuperé mi ropa, toda menos un calcetín, y la dejé extendida para que se secase. Confiaba en que mi calcetín atrancaría una bomba o algo parecido, pero lo dudaba porque tenían buenos ingenieros.

Y en realidad, jamás había creído demasiado en el cuento de las dos ranitas.

Arrojaron otra lata: carne de buey con puré de patatas. Llenaba, pero me entraron ganas de comer peras. La lata llevaba un letrero puesto con plantilla: «Autorizado para la venta subsidiaria en la Luna», lo que parecía demostrar que el Gordo y el Flaco habían adquirido honradamente aquella comida. Me preguntaba lo que debía parecerles el compartir su comida. No tenía la menor duda de que sólo lo hacían porque Caragusano les había retorcido los brazos para obligarles. Lo que me inducía a preguntarme: ¿Por qué Caragusano quería que yo viviera? Yo era partidario de esto, pero no podía ver sus motivos para que lo fuera él también. Decidí que llamaría «día» a cada lata, y que las vacías serían mi calendario.

Lo que me hace recordar que todavía no he calculado lo que tardaría en llegar a casa con un empuje de una sola ge, si luego resultaba que no podía dejar graduado mi piloto automático a ocho ges. Estaba empeñado en lo de salir de la celda, y ni siquiera había iniciado mis reflexiones sobre lo que haría si podía salir de ella (corrección: cuando pudiera salir de ella), pero podía calcular problemas de balística.

No necesitaba libros. Me he encontrado con gente que incluso en esta era y siglo no pueden distinguir entre una estrella y un planeta, y que de las distancias astronómicas

sólo saben que son «grandes». Me recuerdan a los primitivos que sólo conocían tres números: uno, dos, tres, y «muchos». Pero cualquier explorador novato conoce los hechos básicos y un fulano al que ha picado el bicho del espacio (tal como yo mismo) conoce muchos números.

«Mis vecinos tienen monedas, así jamás serán unos niños pobres»

«Mis vecinos tienen monedas, así jamás serán unos niños pobres»

«Mis Vecinos Tienen Monedas, Así Jamás Serán Unos Niños Pobres»

¿Es que lo podréis olvidar después de repetirlo varias veces? Claro que no. Ahora ponedlo así:

Mis MERCURIO	\$	0,39
Vecinos VENUS	\$	0,72
Tienen TIERRA	\$	1,00
Monedas MARTE	\$	1,50
Así ASTEROIDES	(de varios precios)	
Jamás JÚPITER	\$	5,20
Serán SATURNO	\$	9,50
Unos URANO	\$	19,00
Niños NEPTUNO	\$	30,00
Pobres PLUTÓN	\$	39,50

Los «precios» son las distancias al Sol, en unidades astronómicas. Una U.A. es la distancia promedia de la Tierra al Sol: 150 millones de Km. Es más fácil recordar una cifra que todo el mundo conoce y algunas cifras pequeñas, que cifras de millones y miles de millones. He utilizado signo de dólar, porque una cifra tiene más sabor si pienso en ella como dinero, lo que Papá considera deplorable. Sea como sea, debes recordarlo, o no conocerás tu propia vecindad.

Ahora viene la guasa. La lista dice que la distancia de Plutón es de treinta y nueve veces y media la de la Tierra. Pero Plutón y Mercurio tienen unas órbitas muy excéntricas, y Plutón es un vacilón ya que su distancia varía más de 3 mil millones de Km., o sea más que la distancia de Urano al Sol. Plutón llega despacito a la órbita de Neptuno y hasta entra en ella un poco, luego se columpia hacia fuera y está allí un par de siglos (sólo hace cuatro viajes orbitales en un milenio)

Pero había leído aquel artículo sobre Plutón que decía que se acercaba a su «verano». Por lo tanto sabía que entonces se aproximaba a la órbita de Neptuno y que estaría allí durante el resto de mi vida (me refiero a mi expectativa de vida en Centerville, porque lo que era la de allí...). Aquello daba una cifra bonita: 30 unidades astronómicas.

Los problemas de aceleración son fáciles: $e = at^2/2$ La distancia es igual a la aceleración multiplicada por el cuadrado del tiempo y dividido por dos. Si la astrogación fuera tan fácil cualquier alumno de segundo año podría pilotar una nave cohete. Las complicaciones vienen de los campos gravitacionales y de los movimientos de los planetas; a las velocidades que alcanzan las naves de los caragusanos ninguno de estos factores tiene importancia si no estás muy cerca. Yo quería una respuesta aproximada.

Eché de menos mi calculadora científica. Papa dice que quien no sea capaz de utilizar una calculadora científica es un analfabeto cultural y no debería tener el derecho de voto. La mía era una preciosidad, me la regaló mi padre y era lo mejor que se podía comprar. Y sabía dónde la podía encontrar: en mi casa, sobre mi mesa escritorio.

No importaba, ya que tenía cifras, fórmulas, papel y lápiz.

Primero, un problema de comprobación. El Gordo había hablado de «Plutón», de «cinco días», y «ocho gravedades».

Se trata de un problema en dos piezas: acelera la mitad del tiempo (y la mitad de la distancia) da una vuelta de campana y frena durante la otra mitad del tiempo (y de la distancia). No se puede usar toda la distancia en la ecuación, puesto que el «tiempo» aparece al cuadrado, es una parábola.

¿Estaría Plutón en oposición? ¿O en la cuadratura? ¿O en conjunción elíptica? Nadie mira a Plutón, entonces ¿para qué recordar dónde está situado en la eclíptica? Pero veamos. La distancia promedio era 30 U.A.; esto nos podría dar una respuesta bastante aproximada.

La mitad de la distancia es $30 \times 150.000.000 \times 0,5$ que tiene que ser igual a lo que da la fórmula. Ocho gravedades son 8×9.8 metros por segundo cada segundo, o sea que la velocidad va aumentando en 78,4 metros por segundo cada segundo hasta que se da la vuelta de campana y empieza a disminuir en la misma cantidad, o sea que $30 \times 150.000.000 \times 0,5$ en kilómetros; para no repetir el lío en que me metí las dos primeras veces que lo intenté, habrá que ponerlo en metros en vez de kilómetros ya que ha de ligar con lo de la aceleración que era en metros. ¡Ah, caramba! Voy a poner tres ceros más. $30 \times 150.000.000.000 \times 0,5$ son los metros de la mitad del recorrido, que ascienden a $2.250.000.000.000 = 225 \times 10^{10}$

Por la fórmula, esto debe ser igual a $78,4 \times t^2 \times 0,5$ y el tiempo t vendrá en segundos. Ahora sí, ya podemos encontrar el valor de t que serán segundos, muchos segundos, tantos como la raíz cuadrada de $225 \times 2/78,4$ multiplicada por 105 que son $2,4 \times 105$ segundos. Si dividimos por 3600 (los segundos que hay en una hora, 60 minutos de 60 segundos) lo tendremos en horas, es decir 66,6 horas, que si dividimos ahora por 24 lo tendremos en días = 2,78 días que se tardó en la primera mitad del viaje, todo el viaje será el doble, es decir 5 días y medio.

Por fin. Me costó más de una hora por el lío de los kilómetros, pero al final lo encontré. Con mi calculadora científica lo habría resuelto en menos de un minuto (y casi todo el tiempo habría sido por otro lío: el de las comas decimales). Por esto digo que las calculadoras científicas son el mejor invento que se ha hecho desde el de las chicas. Con una, (calculadora desde luego) me habría sido tan fácil como hacer la Declaración de Renta, hasta me atrevo a decir que más fácil.

Pero tenía una respuesta comprobada. Cinco días y medio. Me encontraba en Plutón.

O tal vez en Neptuno...

No. En Neptuno no podría ser capaz de saltar hasta el techo, que estaba a cuatro metros de altura; sólo en Plutón encajaban todos los datos.

Empecé otra vez, calculando el viaje a una g de gravedad, para ver lo que salía.

Quince días.

Había creído que al menos tardaría 8 veces más a una g que lo que se tardaba a 8 g ... ¿o tal vez sería 64 veces? Entonces me alegré de haber estudiado la geometría analítica, porque dibujé una gráfica y vi lo que pasaba. El tiempo al cuadrado era lo que hacía disminuir la ventaja. Veamos. A mayor propulsión, más corto será el tiempo del viaje, a viaje más corto habrá menos tiempo para aprovechar la velocidad aumentada. Para bajar el tiempo a la mitad necesito una propulsión cuatro veces mayor. Para bajarlo hasta la cuarta parte, necesito que la propulsión sea dieciséis veces mayor. Y así sucesivamente. Por este camino se llegaría a la bancarrota.

Me dio ánimos el saber que podía llegar a casa en quince días a una gravedad. En quince días no me iba a morir de hambre. Si podía robar una nave. Si podía hacerla funcionar. Si podía salir de aquel agujero. Si...

No si... si... sino ¡cuándo... cuándo...! Aquel curso ya era demasiado tarde para ir a la Universidad, o sea que quince días más no importarían demasiado.

Al resolver el primer problema, había podido calcular la velocidad que llevábamos al dar la vuelta de campana. Era casi de 19.000 Km. por segundo. ¡Qué ya es velocidad, incluso en el espacio!

Esto me hizo pensar. Consideremos la estrella más próxima, Próxima Centauro, que está a cuatro con tres décimas de año luz, que es una distancia que sale bastante en los concursos de preguntas. ¿Cuanto se tardaría en ir allí, a ocho g ?

El problema es de la misma clase, aunque se ha de ir con cuidado con los decimales porque las cifras son muy elevadas.

Un año luz equivale a... Lo he olvidado, pero lo voy a calcular, no hay más que multiplicar la velocidad de la luz «trescientos mil kilómetros por segundo» ¿recordáis? por los segundos que hay en un año, que son $365,25 \times 24 \times 3600$.

Resulta que un año luz es igual a unos 9.500.000.000.000 Km.

Y Próxima Centauro está a 4.3 años luz, multiplico y redondeo: está a 40.000.000.000.000 Km.

¡Caramba!

Haciendo el cálculo sale un año y cinco meses.

Lo que no es mucho, ya que no es tanto como lo que se tardaba en una vuelta alrededor de la Tierra pasando por el Cabo de Hornos en el siglo pasado.

¡Cáspita! ¡Aquellos monstruos tenían viaje estelar!

No sé porque me quedé sorprendido; había tenido aquello delante de las narices. Había supuesto que Caragusano me había llevado hasta su planeta natal y que por tanto era un Plutoniano, o Plutócrata o como sea que se llame. Pero no podía serlo.

Respiraba aire. Mantenía su nave a una temperatura que era suficiente para mí. Cuando no tenía mucha prisa, viajaba a una ge o a poco más o menos una ge. Utilizaba una iluminación que era adecuada para mis ojos. En consecuencia: provenía de un planeta de la misma clase que el mío.

Próxima Centauro es una estrella doble, como ya debéis saber si resolvéis crucigramas, y una de ellas es un hermano gemelo de nuestro Sol, en tamaño, en temperatura y en el tipo de su espectro. ¿Será lícito suponer que tiene un planeta parecido a la Tierra? Tuve la sospecha de que conocía la dirección de la casa de Caragusano, distrito postal incluido.

Sabía con seguridad de dónde no podía haber venido. No podía proceder de un planeta que viaja durante un par de siglos con falta absoluta de aire, con temperaturas que rondan el cero absoluto, seguidos por un «verano» en que algunos gases se fundirán tal vez, pero el agua es una roca sólida, y en el que hasta Caragusano tenía que llevar puesto un traje espacial. No podía proceder de alguna parte de nuestro sistema solar, porque tan seguro como que hemos de morir, era que Caragusano se sentiría como en su casa sólo en un planeta parecido al nuestro. No importa su aspecto. Las arañas no se parecen a nosotros, pero les gustan las mismas cosas que nos gustan a nosotros. Debe haber mil arañas en nuestros hogares por cada uno de nosotros.

A Caragusano y a su ralea les debía gustar nuestra Tierra. Lo que yo temía era que les gustara demasiado.

Repasé el problema de Próxima Centauro, y vi algo más. La velocidad en el momento de dar la vuelta de campana era de unos 1,800,000 Km. por segundo, seis veces la velocidad de la luz. La Teoría de la Relatividad dice que esto es imposible.

Deseaba poder hablar de esto con mi padre. Papá lo lee todo desde La Anatomía de la Melancolía pasando por Acta Matemática hasta Paris Match, y es capaz de sentarse en el bordillo de una esquina recuperando los periódicos mojados que envuelvan la basura, para ver algo que «continúa en la página ocho». Papá habría echado mano a un libro y lo habríamos mirado allí. Después habría probado en cuatro o cinco libros más para cotejar opiniones distintas. Papá no sostiene la idea de que «debe-ser-cierto-o-si-no-no-lo-habrían-impreso»; considera que ninguna opinión es sagrada. Me quedé más que sorprendido la primera vez que tiró de pluma y corrigió algo en uno de mis libros de matemáticas.

Incluso si la velocidad de la luz era un límite, cuatro o cinco años no sería algo imposible, ni tal vez impracticable. Se nos ha explicado tantas veces que los viajes estelares, incluso hasta las estrellas más próximas, durarían generaciones que tendríamos que aceptar que este concepto estaba equivocado. Un kilómetro en las

montañas lunares es un camino muy largo, pero un billón de kilómetros en el espacio tal vez no lo sea.

¿Pero qué estaría haciendo Caragusano en Plutón?

¿Si tuvieras que invadir otro sistema solar, cómo empezarías?

No estoy bromeando; un calabozo en Plutón no es una broma, y nunca me había reído de Caragusano. ¿Entrarías de sopetón, o primero te quitarías el sombrero? Parecían estar mucho más adelantados que nosotros en ingeniería, pero esto no podían haberlo sabido con anticipación. ¿No habría sido más inteligente construir una base de suministros en aquel sistema, en un sitio jamás visitado?

Por tanto instalarías unas bases de avanzadilla, por ejemplo en un satélite sin aire de un planeta que pareciese apropiado, desde donde podrías explorar la superficie del planeta objetivo. Si perdieses tu base de operaciones, te retirarías a tu base principal y planearías un nuevo ataque.

Recordad que aunque para nosotros Plutón se halle muy lejos, sólo estaba a cinco días de distancia de Base Luna para Caragusano. Pensad en la Segunda Guerra Mundial cuando las velocidades eran pequeñas. Su Base Principal queda a salvo, fuera del alcance Estados Unidos/Plutón pero sólo a cinco días de la base avanzada (Inglaterra-La Luna) que sólo queda a tres horas del teatro de operaciones (Francia-Alemania/La Tierra). Es un modo lento de trabajar, pero que a los Aliados les dio un buen resultado en la Segunda Guerra Mundial.

Sólo me quedaba esperar que no se lo daría a la pandilla de Caragusano.

Aunque no veía el modo de evitarlo.

Alguien me arrojó otra lata: espaguetis con albóndigas. Si hubiera sido una lata de peras, tal vez no hubiera sido tan recia y no hubiera podido hacer con ella lo que hice después, que fue utilizarla antes de abrirla como si fuera un martillo. Conseguí convertir a golpes una lata vacía en algo alargado acabado en una punta plana y estrecha, que luego afilé en el borde de la cubeta donde se recogía el agua. Cuando concluí la tarea, tenía un puñal que no era demasiado bueno pero que me hacía sentir menos desamparado.

Después comí. Tenía sueño y me quedé dormido, bañado en un tibio resplandor. Seguía siendo todavía un prisionero pero tenía algo que podía servir como arma, y creía que ya sabía contra qué me enfrentaba. Cuando se tiene analizado un problema, se tiene ya dos terceras partes de su solución. No tuve pesadillas.

Lo siguiente que cayó por el agujero fue el Gordo.

El Flaco cayó sobre él unos segundos después. Retrocedí y apresté mi puñal. El Flaco no me prestó atención, se levantó, echó un vistazo y se acercó al sitio del agua para echar un trago. El Gordo no estaba en forma para poder hacer algo ya que se había quedado sin resuello.

Le miré y pensé que era un paquete asqueroso. Pero luego me dije: ¡Qué caramba! Me dio masaje cuando lo necesité. Le puse sobre su tripa y le hice la respiración artificial. Al cabo de cuatro o cinco apretones, su motor se puso en marcha y ya fue capaz de respirar. Dijo sofocadamente.

-¡Ya es suficiente!

Me hice atrás y saqué mi cuchillo. El Flaco estaba sentado contra una de las paredes y hacía caso omiso de nosotros. El Gordo miró mi débil arma y dijo:

-Guárdate esto, chaval. Ahora somos amigos entrañables.

-¿De veras?

-Sí. A nosotros, los tipos humanos, nos conviene mantenernos unidos -suspiró lamentándose-. ¡Después de todo lo que hemos hecho por él! ¿Esto es gratitud?

-¿Qué quieres decir? -le pregunté.

-¿Qué? -dijo el Gordo-. Pues lo que acabo de decir. Él ha decidido que puede pasarse sin nosotros. Y así: «Ana ya no vive aquí»

-Cierra el pico -dijo el Flaco categóricamente.

El Gordo puso mala cara.

-Tú, cierra el pico -dijo con mal humor- Ya me he cansado de esto. Es cierra el pico por aquí, cierra el pico por allí, y así todo el día. Y mira dónde estamos.

-Cierra el pico, he dicho.

El Gordo lo cerró. Nunca pude saber lo que había pasado, porque era muy raro que el Gordo diera dos veces la misma explicación. El más viejo, nunca decía nada, exceptuando aquella orden fastidiosa de mandar callar y algunos monosílabos que todavía servían menos. Pero había una cosa que estaba clara: habían perdido sus empleos como ayudantes de gángster, o de la quinta columna, o de lo que sea que podáis llamar a un ser humano que confabula contra su propia raza.

Una de las veces, el Gordo me dijo:

-Hablando en plata, todo ha sido culpa tuya.

-¿Mía? -dejé caer mi mano sobre mi cuchillo de lata.

-Tuya. Si no hubieras puesto el culo aquí, él no se habría enfadado.

-Yo no he hecho nada.

-Eso lo dirás tú. Le robaste sus dos mejores trofeos, nada más, y le obligaste a quedarse allí, cuando quería regresar aquí.

-Oh. Pero esto no fue culpa vuestra.

-Así se lo dije. Vete a decírselo tú. Aparta las manos de esta estúpida lima de uñas -el Gordo se encogió de hombros-. Es como siempre digo: Dejad que lo pasado sea del pasado.

Al final pude enterarme de lo que más quería saber. A la quinta vez que traté del tema de Piwi, el Gordo me dijo:

-¿Por qué quieres saber de la mocosa?

-Sólo quiero saber si está viva o muerta.

-Oh, está viva. Por lo menos lo estaba la última vez que la he visto.

-¿Cuándo ha sido esto?

-Preguntas demasiado. Aquí mismo.

-¿Está aquí? -pregunté con ansia.

-Es lo que te acabo de decir ¿no es verdad? Esta por ahí, por todas partes, te la encuentras bajo los pies. Viviendo como una princesa, si quieres que te lo diga -el Gordo se limpió los dientes con la uña y frunció el ceño-. Lo que no entiendo es por qué la trata como si fuera un animalito casero, y a nosotros nos trata así. No está bien.

Yo también creía que aquello no estaba bien, pero por otras razones. Me era imposible hacerme a la idea que la valiente Piwi fuera el bichito malcriado de Caragusano. Debía haber alguna explicación, o el Gordo estaba mintiendo.

-¿Me estás diciendo que ni siquiera la tiene encerrada?

-¿Para qué iba a encerrarla? ¿Dónde podría ir?

Yo también me había preguntado lo mismo. ¿Dónde podrías ir?, cuando dar un paso hacia fuera sería un suicidio.

Hasta suponiendo que Piwi tuviera su traje espacial (que, por lo menos debía estar bien guardado), hasta si hubiera una nave a mano cuando desembarcara, hasta si pudiera meterse en ella, seguiría sin tener un «cerebro de nave», el pequeño chirimbolo que sirve como llave.

-¿Qué le ha pasado a la Cosa Madre?

-¿A la qué qué?

-La... -dudé- ...a la no-humana que estaba conmigo en mi traje espacial. Debes saberlo porque estabas allí. ¿Vive? ¿Está aquí?

Pero el Gordo se había entristecido.

-A mi los bichos no me interesan lo más mínimo -dijo en tono agrio, y ya no pude sacarle nada más.

Pero Piwi estaba viva (y desapareció de repente un gran peso de mi pecho). ¡Estaba allí! Sus posibilidades, aunque fueran las de un prisionero, habían sido enormemente mejores en la Luna; sin embargo casi me sentía extasiado al saber que ella estaba cerca. Empecé a discurrir sobre el modo de mandarle un mensaje.

En cuanto a la insinuación del Gordo de que estaba a buenas con Caragusano, me preocupaba muy poco. Piwi era impredecible, y algunas veces era una mocosa exasperante a la vez que engreída, arrogante y completamente infantil. Pero antes se dejaría quemar viva que convertirse en traidora. Juana de Arco no había sido hecha de una pasta más dura que la de ella.

Entre los tres manteníamos una tregua difícil. Les evitaba, dormía con un ojo abierto, procuraba no dormir hasta que no se durmieran ellos primero, y siempre tenía mi puñal a mano. No me había bañado desde que aparecieron por allí, porque aquello me habría situado en desventaja. El más viejo de los dos no me hacía ni caso, el Gordo casi era amistoso. Aunque pretendía no sentir temor de mi insignificante arma, creo que sí lo sentía. La razón de que lo crea así se remonta a la primera vez que nos echaron de comer. Cayeron tres latas desde el techo: el Flaco cogió una inmediatamente, el Gordo cogió otra, pero cuando di la vuelta a su alrededor para coger la tercera, el Gordo se apoderó de ella.

-Dámela, por favor -dije.

El Gordo se sonrió:

-¿Qué te hace suponer que es para ti, hijito?

-Tres latas, tres personas.

-¿Y esto qué? Me siento un poco hambriento. Apenas puedo creer que voy a poder pasar sin ella.

-Yo también tengo hambre. Sé razonable.

-Mmmm -pareció sopesarlo-. Te diré lo que voy a hacer. Te la venderé.

Dudé. Tenía una falsa lógica: Caragusano no podía presentarse en Base Luna para comprar aquellas raciones; probablemente el Gordo, o su socio, las habían comprado. Poco me importaba firmarles pagarés. A cien dólares la comida, a mil, a un millón; el dinero ya no representaba nada. ¿Por qué no seguirle la corriente?

¡No! Si cedía, si admitía que tenía que pagarle mi comida de prisionero, sería como su esclavo. Tendría que servirle con pies y manos y hacer cuanto me pidiera, sólo para poder comer.

Le mostré mi puñal de hojalata.

-Lucharé contra ti para conseguirla.

El Gordo miró mi puño y sonrió abiertamente:

-¿Es que no puedes aceptar una broma?

Me lanzó la lata. Después de aquello ya no volví a tener problemas a la hora de comer.

Vivíamos como «La Familia Feliz» que a veces se ve en los zoológicos itinerantes: un león enjaulado con un cordero. Es un espectáculo sorprendente, pero hay que cambiar muchas veces el cordero. Al Gordo le gustaba hablar, y aprendí cosas de él, siempre que pude separar las verdades de las mentiras.

Su nombre era, o dijo que era, Jacques de Barre de Vingy.

-Llámame Jock.

Y el hombre mayor era Timothy Johnson. Pero me quedaba la sospecha de que si quería conocer sus verdaderos nombres sólo los hallaría en los carteles de «SE BUSCA» de las oficinas de Correos. A pesar de los alardes de Jock de que lo sabía todo, poco me costó llegar a la conclusión de que no sabía nada referente al origen de Caragusano, y sabía muy poco de sus planes e intenciones. Caragusano no parecía ser de los que discuten las cosas con «los animales inferiores», más bien se limitaba a utilizarlos, tal como hacemos con los caballos.

Muy pronto Jock admitió una cosa:

-Sí, nosotros secuestramos a la mocosa. No hay uranio en la Luna; todas estas historias sólo son para pescar primos. Estábamos perdiendo el tiempo, y un hombre tiene que comer, ¿no es verdad?

No le di la respuesta obvia; quería información. Tim dijo:

-¡Cierra el pico!

-¡Va! ¿Qué pasa? ¿Andas preocupado por el F.B.I.? ¿Crees que van a alcanzar con sus brazos hasta aquí?

-¡Cierra el pico, he dicho!

-Da la puñetera casualidad que quiero hablar. Aguántate -Jock continuó-. Fue muy fácil. La mocosa es más curiosa que siete gatos. Él sabía qué y cuándo vendría -parecía que Jock estaba meditando-. Él siempre lo sabe todo. Tiene mucha gente que trabaja para él, alguna es de muy alta posición. Todo lo que tuve que hacer fue estar en Ciudad Luna y procurar conocerla. Establezco yo el contacto porque aquí Tim no es del tipo paternal, como yo. Consigo hablar con ella, y la invito a un refresco. Le suelto todo el rollo sobre conseguir uranio en la Luna y toda esta basura. Luego suspiro y digo que es una pena que no pueda enseñarle la mina que tengo a medias con mi socio. No hizo falta más. Cuando el grupo de turistas visitó la Estación Tombaugh, se despistó y escapó por la compuerta. Fue ella misma la que organizó todo esto. Esta pequeña es muy astuta. Sólo tuvimos que esperarla donde habíamos quedado. Ni siquiera tuve que ser duro con ella hasta que se mostró preocupada porque para llegar a la mina con el tractor tardábamos mucho más de lo que le había dicho -Jock se sonrió-. Pelea muy bien, considerando su peso. Hasta me arañó un poco.

¡Pobre Piwi! ¡Lástima que no hubiera podido sacar un arma para arrinconarle! Pero la historia parecía verdadera porque aquel era el modo como podía suponer habría actuado Piwi: segura de sí misma, sin temer a nadie, e incapaz de resistirse a ninguna «experiencia educativa».

Jock continuó:

-No era aquella mocosa lo que él quería. Era su padre el que le interesaba. Había preparado algún engaño para atraerle hasta la Luna, pero no salió bien -Jock sonrió con amargura-. Entonces lo pasamos mal, las cosas no pueden ir bien si él no se sale con la suya. Pero tuvo que conformarse con la mocosa. Este -señaló a Tim- le indicó que la podía cambiar por su padre.

Tim soltó una risita burlona emitiendo un monosílabo, lo que yo interpreté como una negativa. Jock levantó las cejas:

-Escucha lo que dice este tío cara de vinagre. ¡Vaya modales! ¿No es cierto?

Tal vez hubiera sido conveniente el que me mantuviera callado puesto que estaba intentando sacar los hechos a la luz, y no andar haciendo filosofía. Pero tenía el mismo vicio que Piwi. Cuando no entendía una cosa, tenía el comezón irresistible de querer saber por qué. No sé ahora, ni lo sabía entonces, cuáles eran los motivos de Jock.

-¿Jock? ¿Por qué lo hiciste?

-¿Huh?

-Mira, tú eres un ser humano (por lo menos parecía serlo). Como muy bien has dicho, a nosotros, los humanos, nos conviene mantenernos unidos. ¿Cómo pudiste hacer algo así, secuestrar a una niña, para entregársela a él?

-¿Estás loco, chaval?

-Creo que no.

-Pues dices locuras. ¿Has intentado alguna vez no hacer lo que él quiere? Pruébalo cuando puedas.

Comprendí su punto de vista. Oponerse a Caragusano sería como si el conejo escupiera a los ojos de la serpiente, como yo ya sabía muy bien. Jock prosiguió:

-Vive y deja vivir, que es lo que yo digo siempre. Nos atrapó mientras andábamos revolviendo por allí a la busca de carnotita y, después de esto, ya nunca hemos tenido la

menor oportunidad. No se puede luchar contra el Gobierno, porque esto no conduce a nada. Por lo tanto hicimos un trato: le hacemos sus recados y él nos paga en uranio.

Mi débil simpatía se desvaneció. Tenía ganas de vomitar.

-¿Y os ha pagado?

-Bien... pues yo diría que lo tiene como pendiente de pago en sus libros.

Miré alrededor de nuestra celda.

-Pues hicisteis un mal negocio.

Jock se sonrió, pero parecía un niño enfadado.

-Tal vez sí. Pero has de ser razonable, chaval. Hay que cooperar con lo que es inevitable. Estos muchachos van a venir a vivir aquí porque tienen lo que hay que tener. Ya lo ves por ti mismo. Bien. Un hombre debe intentar ponerse a la cabeza, ¿no es verdad? Es una pena, pero nadie va a hacerlo por él. Mira, vi un caso como este cuando no era mayor que lo que eres tú, y me enseñó una lección. Nuestra ciudad había vivido tranquila durante muchos años, pero el Fulano Mayor se estaba haciendo viejo y perdía su fuerza de agarre... y en consecuencia algunos muchachos de San Luis vinieron a vivir allí. Durante un cierto tiempo las cosas anduvieron confusas. Un hombre ha de saber hacia qué lado ha de saltar, o si no un día se despierta vistiendo un abrigo de madera, quieras que no. Aquellos que entendieron lo que había escrito en la pared, salieron con bien; aquellos que no... bien. Siempre digo que no es bueno remar contra corriente. Esto tiene sentido, ¿verdad?

Yo era capaz de seguir su lógica, contando con que se pudiera admitir su asqueroso modo de vivir. Pero había dejado entrever un punto clave.

-Pero incluso así, Jock. No veo como pudiste hacerle esto a una niña.

-¿Qué? Pues acabo de explicarte por qué no lo pudimos remediar.

-Pero habríais podido hacerlo. Aceptando incluso que era muy difícil mirarle a la cara y negarse a aceptar sus órdenes, teníais una ocasión perfecta para hurtar el cuerpo.

-¿Qué quieres decir?

-Os mandó a Ciudad Luna para que la encontrarais, tú lo has dicho. Teníais el beneficio de un billete de vuelta. Sé que lo teníais porque conozco las reglas. Todo lo que debisteis hacer era no hacer nada, escondiéndos en un sitio donde no os pudiera alcanzar, y tomar la primera nave que regresara a la Tierra. No teníais porque hacer su sucio trabajo.

-Pero...

Le interrumpí.

-Tal vez no hubierais podido evitarlo en terreno abierto, en el desierto lunar. Tal vez no os pudierais sentir a salvo en la Estación Tombaugh. Pero cuando os mandó a Ciudad Luna, tuvisteis vuestra oportunidad. No teníais porque secuestrar a una niña para entregarla a... a un monstruo que tiene ojos de gusano.

Pareció desconcertado, y luego respondió con rapidez:

-Kip, me gustas. Eres un buen chico. Pero no eres inteligente. No lo entiendes.

-¡Demasiado bien, lo entiendo!

-No, no lo entiendes.

Se inclinó hacia mí, intentó poner una mano sobre mi rodilla, pero me eché hacia atrás. Continuó:

-Hay algo más que no te he contado... por miedo a que creyeras que yo era ...pues... un zombie, o algo parecido. Nos habían hecho una operación.

-¿Huh?

-Nos operaron -prosiguió con una facilidad sospechosa -. Nos colocaron unas bombas dentro de la cabeza. A control remoto, como un misil. Si un hombre se desmanda... él oprime un botón... y ¡bluuuummm! Los sesos por todo el techo -trasteó con sus dedos en su cogote-. ¿Ves la cicatriz? Mi pelo está tal vez demasiado largo... pero si lo miras de cerca estoy seguro de que podrás verla. No puede ser que haya desaparecido por completo. ¿La ves?

Hasta lo empecé a mirar. Hasta habría podido caer en el engaño ya que en los últimos tiempos había tenido que creer algunas cosas que eran más improbables que aquella. Tim interrumpió mi juicio en suspenso con una palabra explosiva.

Jock se rajó, luego cobró ánimos y dijo:

-¡No le hagas caso!

Me encogí de hombros y me aparté de ellos. Jock no volvió a hablar en todo el «día». Aquello me fue al pelo.

A la «mañana» siguiente me despertó la mano que Jock había puesto sobre mi hombro.

-¡Despierta, Kip! ¡Despiértate!

Busqué mi arma de juguete.

-Está allí, junto a la pared. Pero ahora ya no te servirá para nada.

-¿Qué quieres decir? ¿Dónde está Tim?

-¿No te has despertado?

-¿Qué?

-¡De esto es de lo que tenía miedo! ¡Maldita sea, chico! No tengo más remedio que explicárselo a alguien. ¿Dormías mientras sucedió?

-¿Qué es lo que ha sucedido, y dónde está Tim?

Jock temblaba y sudaba a la vez.

-Nos echaron el rayo azul, esto es lo que pasó. Se llevaron a Tim -se estremeció-. Me alegro de que fuese él. Yo pensé... bueno, ya te habrás dado cuenta de que estoy algo gordo... que les gustaba lo graso.

-¿Qué quieres decir? ¿Qué han hecho con él?

-Pobre viejo Tim. Tenía sus defectos, como todo el mundo, pero... ahora ya es una sopa... esto es -se estremeció otra vez-. Les gusta la sopa, con huesos y todo lo demás.

-No lo puedo creer. Estás intentando asustarme.

-¿Tú crees? -me miró de arriba a abajo-. Probablemente te cogerán a ti, serás el próximo. Hijo si eres listo, te llevarás este abrecartas para abrirte las venas. Así será mejor.

Le dije:

-¿Por qué no lo haces tú? Mira, te lo presto.

Movió la cabeza y tuvo escalofríos.

-Yo no soy listo.

No sé lo que pudo pasarle a Tim. Tampoco sé si los caragusanos se comen a la gente o no. (No se les puede llamar «caníbales» porque para ellos debemos ser como corderos). No estaba asustado, de un modo especial, porque ya hacía mucho tiempo que se me habían quemado los fusibles de todos mis circuitos de «susto».

Lo que le pase a mi cuerpo, cuando ya hayan dado cuenta de mi, no me importa en lo más mínimo. Pero en el caso de Jock, sí le importaba. Tenía una fobia relacionada con el tema. No creo que Jock fuera un cobarde ya que los cobardes no intentan hacerse prospectores en la Luna. Creía en su teoría y esta le sobresaltaba. Aceptaba a medias que tenía muchas más razones que yo para creer en ella. Ya había estado otra vez en Plutón, por lo menos así lo dijo, y los otros hombres que habían ido con ellos, o los que habían sido secuestrados, no habían regresado.

Cuando llegó la hora de comer (dos latas), dijo que no tenía hambre y me ofreció su ración. Durante toda la «noche», estuvo sentado y se mantuvo despierto. Por fin, tuve que dormirme antes de que lo hiciera él.

Me desperté saliendo de uno de aquellos sueños en los que eres incapaz de moverte. El sueño tenía razón: alguna vez, y no hacía mucho tiempo, era probable que me hubieran lanzado el rayo azul.

Jock se había ido.

Nunca volví a ver a ninguno de ellos dos.

En cierto modo, les eché en falta... por lo menos a Jock. Fue un descanso no tener que estar en guardia todo el tiempo, era un verdadero lujo poder bañarse. Pero resulta extraordinariamente aburrido tener que pasear sólo por tu jaula.

No me hacía ilusiones acerca de ellos. Podría haber miles de millones de personas con las que yo hubiera preferido estar encerrado, antes que con aquellos dos, pero al menos eran gente.

Tim no tenía nada más que pudiera hablar en su favor; era tan fríamente perverso como una guillotina. Pero Jock tenía una cierta percepción de lo que era bueno y de lo que era malo, si no no hubiera intentado justificarse. Podríamos decir que sólo era débil.

Pero no sostengo la idea de que comprenderlo todo es perdonarlo todo; si la sostienes, lo primero que haces es volverte sensiblero en lo que se refiere a los asesinos, violadores y secuestradores, olvidándote de sus víctimas. Esto no está bien. Soy capaz de llorar por los que son como Piwi pero no por los criminales de los que son víctimas. Echaba de menos a Jock, pero si hubiera modo de ahogar a criaturas como él cuando nacieran, yo me pondría a la cola de sus ejecutores. Y esto vale el doble en el caso de Tim.

Si habían acabado por ser la sopa de aquellos fantasmones, no podía, honestamente, sentir pena por ellos, a pesar de que mañana podía llegar mi turno.

Probablemente su mejor momento fue cuando hicieron sopa con ellos.

CAPITULO 8

Una explosión me hizo abandonar mi inútil ejercicio mental. Fue un fuerte creack (como un sonido de contrabajo), y luego un ¡chiss! (de cuando se escapa la presión). Di un brinco para ponerme en pie. Todo aquel cuya vida alguna vez ha estado confiada a un traje espacial ya nunca más se quedará indiferente frente a una caída de presión.

Dije con voz entrecortada:

-¿Qué demonios pasa?

Luego añadí:

-Si hay alguien de guardia, vale más que se mueva rápido o todos vamos a tener muy poca cosa que respirar, pero muy fría.

No había oxígeno en el exterior. Yo estaba seguro, o mejor dicho, lo estaban los astrónomos y yo no tenía ganas de ir a comprobarlo personalmente.

A continuación dije con esperanza:

-¿Alguien nos está bombardeando? ¿O se trata de un terre... de un plutomoto?

No era una suposición gratuita. El artículo del Scientific American que hablaba del «verano» de Plutón, predecía unos «intensos reajustes isostáticos» a medida que la temperatura fuera en ascenso. Lo que no es sino una manera educada de decir:

-¡Pacorro, sujétate el gorro, que esto se menea y se nos cae la chimenea!

En una ocasión había estado en Santa Bárbara durante un terremoto. No necesito comer rabos de pasas para recordar lo que todo californiano sabe al nacer y que los demás aprenden a la primera lección: cuando el terreno empieza a bailar, salte fuera.

Pero yo no podía.

Pasé dos minutos haciendo pruebas para ver si mi adrenalina me había aumentado las fuerzas y podía saltar hasta los cinco metros y medio en vez de hasta los cuatro. Todavía no. Y esto es todo lo que hice durante media hora, aparte de morderme las uñas.

Después oí mi nombre.

-¡Kip! ¡Oh, Kip!

-¡Piwi! -grité-. ¡Aquí! ¡Piwi!

Silencio, durante una eternidad que duró lo que tres latidos de mi corazón.

-¿Kip?

-Aquí abajo. Aquí.

-¿Kip? ¿Estás en este agujero?

-¡Síííí! ¿Puedes verme? -yo veía la silueta de su cabeza sobre las luces de arriba.

-Uh. Ahora sí. ¡Oh Kip, estoy tan contenta!

-¿Entonces por qué lloras? ¡Yo también lloro!

-No estoy llorando -sollozó-. Oh... Kip... Kip.

-¿Puedes sacarme de aquí?

-Uuuh -inspeccionó el agujero-. ¡Quédate donde estás!

-¡No te vayas!

Pero ya lo había hecho.

No estuvo ausente más de un par de minutos; pero a mí me pareció más de una semana. Estaba de vuelta, y aquel amor ¡traía una cuerda de nilón!

-Agárrate -chilló.

-Espera un segundo. ¿Cómo la has amarrado?

-Tiraré de ella.

-No. Mejor que no lo hagas, porque nos reuniríamos los dos aquí dentro. Busca dónde amarrarla.

-Puedo subirte.

-¡Amárrala! ¡Date prisa!

Se fue de nuevo, dejando una punta de la cuerda en mis manos. Al cabo de poco tiempo oí débilmente:

-¡Amarrada está!

Grité:

-¡Probando!

Tomé el cabo. Puse todo mi peso en él, y aguantó.

-¡Subiendoooooo! -grité alargando tanto la o, que antes de acabar ya había alcanzado al agujero y me había agarrado a su borde.

Se echó sobre mí, con uno de sus brazos alrededor de mi cuello y el otro alrededor de Madame Pompadour. La rodeé con mis dos brazos. Era aún mas pequeña y escuchimizada de lo que yo recordaba.

-Oh, Kip. Ha sido completamente horroroso.

Le di unos golpecitos sobre sus huesudas espaldas.

-Ya lo sé. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Dónde está...?

Había empezado a preguntar ¿Dónde está Caragusano? pero ella rompió a llorar.

-¡Kip... creo que está muerta!

Mi mente patinaba, creo que todavía estaba atontado por la sacudida.

-¿Huh? ¿Quién?

Parecía tan asombrada como confundido estaba yo.

-Está claro, la Cosa Madre.

-Oh -me sentí inundado de pena-. ¿Pero querida, estás segura? Porque estuvo hablando conmigo hasta el último momento y yo no morí.

-¿De qué estás hablando...? No, no me refería a entonces. Hablaba de ahora.

-¡Qué! ¿Estaba aquí?

-Desde luego. ¿Dónde si no?

Veamos, aquella era una pregunta tonta, porque el universo es muy grande. Hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que la Cosa Madre no podía estar allí porque Jock había evitado hablar del asunto. Había pensado que Jock podría haber hecho dos cosas: haber dicho que estaba allí, o haberse inventado una mentira muy rebuscada sólo por el placer de mentir. En consecuencia, no estaba en su lista; tal vez no la había visto nunca, excepto como un bulto dentro de mi traje.

Había estado tan seguro de mi «lógica» que tardé un poco en prescindir de los prejuicios y atenerme a los hechos.

-Piwi -dije tragando saliva-, noto como que hubiera perdido a mi madre. ¿Estás segura?

-«Me siento como si...» -me corrigió automáticamente-. No estoy segura de estar completamente segura... pero está fuera... por lo que debe estar muerta.

-Espera un minuto. ¿Si está en el exterior, debe llevar un traje espacial, verdad?

-¡No, no! No tenía ninguno... desde que destruyeron su nave.

Cada vez estaba más confuso.

-¿Cómo la trajeron hasta aquí?

-Simplemente la metieron en un saco y la trajeron, Kip. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Conocía varias respuestas, todas equivocadas. Las había meditado durante mi temporada en la prisión.

-¿Dónde está Caragusano? ¿Dónde están todos los caragusanos?

-Oh, todos han muerto, creo.

-Confío en que estés en lo cierto.

Miré por allí buscando algún arma, pero jamás había visto un pasillo tan desnudo. Mi puñal de juguete sólo estaba a unos cinco metros y medio más abajo, pero no tenía ganas de ir a recogerlo.

-¿Por qué supones esto?

Piwi tenía sus razones para pensarlo. La Cosa Madre no parecía lo suficientemente fuerte para rasgar un papel, pero lo que le faltaba de músculo lo compensaba con su cerebro. Había hecho lo que yo había intentado hacer: buscar racionalmente el modo de luchar contra todos ellos. No le había sido posible ir con prisas porque su plan dependía de muchos factores que debían conjuntarse a la vez, y algunos de ellos no estaban bajo su influencia y tuvo que esperar a que se le presentara la oportunidad.

Primero, debería aprovechar la ocasión cuando en la base hubieran pocos caragusanos. Desde luego, la base era un gran depósito de suministros, un puerto espacial y un punto de enlace, pero no necesitaba mucho personal. En los pocos momentos en que yo lo había visto había una aglomeración poco usual, porque había arribado nuestra nave.

Segundo, tenía que ser cuando allí no hubiera naves, porque ella no podría enfrentarse a una nave, ni siquiera podría entrar en ella.

Tercero, la hora H debía ser cuando los caragusanos estuvieran comiendo. Todos suelen comer juntos cuando son pocos, para no tener que usar el comedor, por turnos. Comen apiñados alrededor de una gran bañera de sopa sorbiéndola todos a la vez. Me imaginé que debía ser como una escena de las descritas por Dante. Aquello situaba todos sus enemigos juntos en un mismo lugar formando un objetivo único, exceptuando tal vez a uno o dos que pudieran estar de guardia en máquinas o en transmisiones.

-¡Espera un minuto! -le interrumpí-. ¿Has dicho que todos estaban muertos?

-Bien... no lo sé. No he visto ninguno.

-No hagas nada hasta que encuentre algo con qué luchar.

-Pero...

-Lo primero ha de ser lo primero, Piwi.

Decir que iba a buscar un arma era una cosa, pero encontrarla era otra. Aquel corredor sólo tenía agujeros iguales al que yo había ocupado, y era por esto que Piwi me había buscado allí; aquél era uno de los pocos lugares donde no estaba autorizada para pasear libremente. Jock había dicho la verdad en un punto: Piwi (y la Cosa Madre) eran prisioneras preferentes que gozaban de todos los privilegios excepto el de la libertad... mientras que Jock, Tim y yo mismo éramos prisioneros de tercera y/o huesos para hacer sopa. Encajaba en la teoría de que eran rehenes y no prisioneras de guerra.

No seguí investigando en aquellos agujeros, después de que en uno vi un esqueleto humano... tal vez se cansaron de echarle de comer. Cuando me incorporé, Piwi dijo:

-¿Por qué estás temblando?

-Por nada, vamos.

-Quiero verlo.

-Piwi, cada segundo cuenta, y no hemos hecho más que estar de cháchara. Ven. Mantente detrás de mí.

Evité que viera el esqueleto, un triunfo meritorio frente a aquella niña llena de curiosidad, aunque probablemente no le habría afectado mucho; Piwi sólo era sensiblera cuando le convenía.

«Mantente detrás de mí» tenía un sonido correcto de gallardía, pero ésta no estaba justificada. Había olvidado que nos podía llegar un ataque desde la retaguardia. Debía haber dicho: «Sígueme y vigila detrás de nosotros».

Pero de todos modos, lo hizo. Oí un alarido y salté en redondo a tiempo de ver un caragusano que me apuntaba con una de aquellas cosas parecidas a cámaras. A pesar de que Tim había utilizado una de ellas conmigo, no me di cuenta de lo que era; por un momento me quedé helado.

Pero no le sucedió lo mismo a Piwi. Se lanzó atravesando el aire, atacando con pies y manos con la valiente audacia y la profunda temeridad de un gatito.

Aquello me salvó. Su ataque no podía hacer daño a no ser que estuviera dirigido a otro gatito, pero confundió a su adversario y así no pudo terminar lo que había empezado a hacer, es decir paralizarme o matarme. Tropezó con ella y cayó.

Y lo pateé con furor. Con mis pies desnudos pisoteé aquella horrible cabeza de langosta.

Su cabeza crujió. Hizo un ruido horrible.

Fue como saltar sobre una caja de fresas. Se resquebrajó, crujió y se hizo pedazos. Me encogí de miedo al notarlo, aunque me moría por luchar, por matar. Pisoteé aquel gusano y di un salto hacia atrás, sintiéndome enfermo. Levanté a Piwi del suelo y la aparté de allí, con tanta ansia por marcharme como había sentido unos instantes antes por entrar en batalla.

No lo había matado. Por unos momentos horribos pensé que debía seguir chapoteando en aquello. Luego me di cuenta de que aunque estaba vivo no parecía saber que estábamos allí. Se movía como un pollo al que se le acaba de cortar la cabeza, luego se tranquilizó y empezó a moverse voluntariamente.

Pero no podía ver. Le había destrozado los ojos, y quizá también los oídos, pero el que ya no tenía aquellos terribles ojos era seguro.

Tanteó el suelo con cuidado, luego se puso sobre sus pies. A excepción de la cabeza, que se había convertido en una pulpa destrozada, el resto de su cuerpo todavía no había sufrido daño alguno. Se mantenía erecto apoyado sobre su tercer apéndice, como un trípode y azotaba el aire. Retrocedimos todo cuanto pudimos.

Eché a andar. No hacia nosotros porque yo habría chillado. Se alejaba. Rebotó en una pared, se recuperó y se fue por donde habíamos llegado.

Llegó hasta uno de los agujeros que utilizaban para los prisioneros y cayó por él.

Suspiré y advertí que apretaba tanto a Piwi que ésta apenas si podía respirar. La solté.

-Aquí tienes tu arma -me dijo.

-¿Qué?

-En el suelo. Exactamente detrás de donde dejé caer a Madame Pompadour. El aparato.

Se agachó, recuperó su muñeca, sacudió los restos de caragusano que había en ella, y luego cogió aquella cosa que parecía una cámara y me la dio.

-Ve con cuidado. No la dirijas hacia ti. Ni hacia mí.

-Piwi -dije débilmente-. ¿Es que nunca te da un ataque de nervios?

-Claro que sí. Cuando tengo tiempo. Lo que ahora no es el caso. ¿Sabes hacerla funcionar?

-No. ¿Y tú?

-Creo que sí. Las he visto y la Cosa Madre me ha hablado de ellas.

La tomó en sus manos, manejándola descuidadamente pero sin apuntarla hacia ella ni hacia mí.

-Estos agujeros de aquí arriba. Si destapas uno, atonta. Si los destapas todos, mata. Para hacerlo funcionar aprietas aquí.

Apretó allí y salió una luz azul muy brillante que fue a dar contra la pared.

-La luz no hace nada, sirve para apuntar. Confío en que no había nadie al otro lado de la pared. No. Confío en que lo hubiera. Ya sabes lo que quiero decir.

Parecía una incomprensible cámara de 35 mm., con su lente frontal.

Era como si la hubieran fabricado sólo con una descripción de palabra. La cogí, teniendo mucho cuidado hacia donde la dirigía. Luego la probé. A plena potencia, porque me equivoqué.

La luz azul fue como una flecha en el aire y la pared donde fue a dar se volvió luminosa y empezó a echar humo. La paré.

-Has gastado potencia -me riñó Piwi-. Tal vez luego te hará falta.

-Puede, pero tenía que probarla. Salgamos de aquí.

Piwi miró su reloj de Mickey Mouse (me molestó que el suyo hubiera resistido en tanto que el mío no, aunque era de precio más elevado).

-Tenemos poco tiempo, Kip. ¿No podríamos suponer que sólo había escapado éste?

-¿Qué dices? ¡Claro que no! No podremos hacer nada más, hasta que estemos seguros de que todos han muerto. Vamos.

-Bueno. Iré delante. Conozco esto y tú no.

-No.

-¡Síííí!

Lo hicimos como ella quería. Ella guiaba y llevaba la luz azul en tanto que yo cubría la retaguardia y deseaba tener un tercer ojo retrovisor, como un caragusano. No podía haber hecho constar que mis reflejos eran más rápidos que los de ella, porque no habría sido cierto, y además, ella podría manejar mejor nuestra arma.

Pero era fastidioso, de todos modos.

La base era inmensa; más de la mitad de la montaña debía estar convertida en una colmena. La recorrimos al trote largo, no haciendo caso de cosas tan complicadas como lo que se ve en los museos, aunque fueran el doble de interesantes, nos limitábamos a asegurarnos de que no quedaban caragusanos vivos. Piwi corría con el arma dispuesta, hablaba sin interrupción y me metía prisa.

El plan de la Cosa Madre, además de una base casi vacía, sin naves en ella, y los caragusanos comiendo, requería que todo aquello ocurriera un poco antes de determinada hora de la noche plutoniana.

-¿Por qué? -jadeé.

-Para poder hacer señales a su gente, desde luego.

-Pero...

Me callé. Había pensado muchas veces en la gente de la Cosa Madre, pero de ella conocía tan poco como de la de Caragusano, excepto que ella era todo aquello que la hacía ser la Cosa Madre. Estaba muerta. Ya que Piwi había dicho que estaba fuera sin traje espacial, debía estar muerta. Aquella cosa blanda y tibia no podía durar diez segundos en un tiempo peor, con mucho, que el del ártico. Por no hablar de la asfixia y de la hemorragia pulmonar. Me atraganté.

Claro que Piwi podía estar equivocada. He de admitir que pocas veces lo estaba, pero aquella vez podía ser una de éstas... en cuyo caso podríamos encontrarla. Pero si no la encontrábamos sería que estaba fuera y entonces...

-¡Piwi! ¿Sabes dónde está mi traje espacial?

-Naturalmente. Precisamente al lado de donde saqué esto -contestó golpeando la cuerda de nilón que tenía enrollada a su cintura y sujeta con una lazada.

-En este caso, así que estemos seguros de haber limpiado esto de caragusanos, saldré a buscarla.

-¡Sí, sí! Pero tendremos que encontrar también mi traje porque voy a ir contigo.

No cabía la menor duda de que iría. Tal vez pudiera persuadirla para que se quedara en el túnel, al abrigo de aquel frío que helaba los huesos.

-¿Piwi, por qué tenía que mandar su mensaje por la noche? ¿Iba destinado a una nave que estaba en período de rotación? ¿O es que...?

Mis palabras quedaron interrumpidas por un estruendo. El suelo se agitó con una vibración parecida a la de unos cojinetes desgastados que asusta igualmente a las gentes que a los animales. Nos quedamos como muertos.

-¿Qué ha sido eso? -dijo Piwi en voz muy baja.

-A menos que sea parte del jaleo que la Cosa Madre había planeado...

-Creo que no.

-Es un seísmo.

-¿Un terremoto?

-Un plutomoto. ¡Piwi, hemos de largarnos de aquí!

No pensaba hacia dónde debíamos ir. No lo piensas cuando hay un terremoto. Piwi tragó saliva.

-No podemos preocuparnos de los seísmos, no tenemos tiempo. ¡Corre Kip, corre!

Eché a correr y la seguí apretando los dientes. Si Piwi podía hacer caso omiso de un seísmo, también yo... aunque es como tratar de olvidarte de una serpiente de cascabel cuando la tienes en tu cama.

-Piwi... la gente de la Cosa Madre... ¿Su nave está en órbita alrededor de Plutón?

-¿Qué? ¡No, no! No están en una nave.

-¿En este caso, por qué había de ser de noche? ¿Es que aquí también hay algo como las capas de Heaviside? ¿A qué distancia tienen su base?

Me preguntaba hasta dónde podría andar un hombre allí. Casi habíamos recorrido sesenta kilómetros en la Luna. ¿Podríamos hacer cuarenta manzanas? ¿O cuarenta metros? Probablemente podrías aislarte los pies, pero aquel viento...

-Piwi. ¿Ellos no vivirán aquí, verdad?

-¿Qué? No digas burradas. Ellos tienen su propio planeta, que es precioso. Kip, si sigues haciendo preguntas tontas, vamos a llegar demasiado tarde. Calla y escucha.

Me callé. Lo que sigue lo fui recogiendo en parte a retazos a medida que corríamos, y el resto más tarde. Cuando capturaron a la Cosa Madre, perdió su nave, su ropa, su comunicador, en una palabra: todo. Caragusano lo destruyó todo. Había habido traición, la había capturado violando una tregua mientras estaban en conversaciones.

-Se apoderó de ella cuando se hallaba bajo la «X» de un Rey -fue la indignada descripción de Piwi-. ¡Y esto no está nada bien! Se lo había prometido.

La traición debía ser tan natural en Caragusano como el agua lo es para los peces. Me sorprendió que la Cosa Madre se hubiera arriesgado a parlamentar con él. Se quedó prisionera de unos monstruos despiadados, sin escrúpulos ni reglas, que estaban equipados con unas naves que hacían que las nuestras parecieran carros sin caballos, que empezaban con un «rayo de la muerte» y sabe Dios hasta dónde podían llegar, y que contaban con bases, suministros y organización.

Ella sólo tenía su cerebro y sus manitas blandas.

Antes de que pudiera utilizar la rara combinación de circunstancias necesarias para poder tener una mínima probabilidad de éxito, debía reemplazar su comunicador (pienso como si se tratara de una «radio» pero era mucho más que esto) y también necesitaba armas. Y la única manera como podía conseguir todo esto era fabricándolo.

No tenía nada; ni siquiera una horquilla, sólo aquel ornamento triangular que llevaba grabadas unas espirales. Para construir algo debía tener acceso a una serie de habitaciones que yo podría describir diciendo que eran laboratorios electrónicos pero que

no eran como el banco de trabajo donde yo jugaba con la electrónica aunque el trasiego de electrones tiene su lógica. Si los electrones han de hacer aquello que uno desea, todos los componentes parecen siempre iguales tanto si son de fabricación humana, de los caragusanos o de la Cosa Madre. Una onda directora adquiere su forma siguiendo las leyes de la naturaleza, una inductancia tiene una geometría necesaria, sin que importe de dónde sea el técnico.

Es decir, que parecía un laboratorio electrónico, y aún diría que un laboratorio electrónico muy bueno que yo sería capaz de entender si dispusiera de tiempo. Sólo pude echarle un vistazo.

La Cosa Madre había pasado allí horas y horas. No se lo deberían haber permitido, a pesar de que la consideraran como una prisionera en libertad con capacidad para hacer muchas cosas y a la que se le daba lo que pedía incluso unas habitaciones privadas con Piwi. Creo que Caragusano tenía miedo de ella y, a pesar de estar prisionera, no quería ofenderla innecesariamente.

Logró ir por sus laboratorios excitando su codicia. Su raza tenía cosas que los caragusanos no conocían: aparatos, inventos, comodidades. Empezó por preguntarles por qué hacían esto así en vez de hacerlo de otra manera que era mucho más eficiente. ¿Lo hacían por tradición? ¿O por algún motivo religioso?

Cuando le preguntaban qué significaban sus palabras, contestaba haciéndose la boba, diciendo que no sabía explicarlo, que era una pena, porque era tan fácil y sencillo hacerlo...

Vigilada muy de cerca, construyó algo. Y el cacharro funcionó.

Luego otra cosa. Acabó por estar cada día en el laboratorio haciendo cosas para sus captores, cosas que les resultaban unas verdaderas delicias. Ella siempre cumplía: el privilegio dependía de ello.

Pero en cada uno de los cacharros, había partes que necesitaba para ella misma.

-Escondía trozos y piezas en su bolsa -me dijo Piwi-. Ellos nunca sabían con exactitud lo que ella hacía. Podía utilizar cinco componentes de una clase, pero el sexto iba a su bolsa.

-¿Su bolsa?

-Claro que sí. Allí fue donde escondió el «cerebro» la vez que les quitamos la nave entre las dos. ¿No lo sabías?

-Lo que no sabía es que tuviera una bolsa.

-Bueno, ellos tampoco lo sabían. Miraban bien para evitar que se llevara algo del almacén, pero nunca lo hizo. Por lo menos no lo llevaba donde ellos pudieran verlo.

-Caramba, Piwi. ¿La Cosa Madre es un marsupial?

-¿Quieres decir como los canguros? No es preciso ser un marsupial para tener una bolsa. Mira las ardillas, tienen bolsas en sus mejillas.

-Mmmm, sí.

-Escondía ahora un poco y luego otro poquito, y yo también afané cosas. Durante el tiempo de descanso trabajó con ellas en nuestro cuarto.

La Cosa Madre no había dormido en todo el tiempo que habíamos estado en Plutón. Trabajaba a la vista muchas horas, haciendo cosas para los caragusanos: un estereoteléfono no mayor que una cajetilla de cigarrillos, un dispositivo no mayor que una abeja que se deslizaba por encima de cualquier objeto y daba la integral de su volumen, y muchas más cosas. Pero durante las horas fijadas para el descanso, trabajaba por su cuenta, con sus deditos, como un relojero ciego.

Construyó dos bombas y un comunicador-faro de larga distancia.

No conseguí saber todo esto porque Piwi me lo fuera lanzando por encima de su hombro mientras hacíamos carreras por la base; solamente me dijo que la Cosa Madre se las había arreglado para construir un radiofaro y que la explosión que yo había notado

había sido cosa de ella. También me decía, sin detenerse, que debíamos ir aprisa, aprisa, aprisa.

-¿Piwi -le dije jadeando-, por qué tanta prisa? Si la Cosa Madre está fuera, quiero traerla hasta aquí, me refiero a su cuerpo. Pero tú obras como si tuviéramos un plazo límite.

-¡Lo tenemos!

El radio-faro debía colocarse a una hora local determinada (el día plutoniano era casi una semana: los astrónomos volvían a estar en lo cierto) para que el propio planeta no apantallara el rayo. Pero la Cosa Madre no tenía traje espacial. Habían estado pensando en que Piwi se pusiera su traje y saliera fuera para fijar la baliza, que había sido construida de modo que Piwi sólo tuviera que apretar una palomilla para dispararla. Pero aquello dependía de localizar el traje de Piwi, y de poder robarlo antes de que hubieran liquidado a los caragusanos.

Nunca pudieron localizarlo. La Cosa Madre había dicho con mucha serenidad cantando unas notas de confianza que casi creí oír:

-(No te preocupes, querida. Iré yo misma y la pondré en marcha.)

-¡Cosa Madre! ¡No puedes! -había protestado Piwi-. Fuera hace mucho frío.

-(No tardaré mucho.)

-No podrás respirar.

-(No me hará falta, por tan poco tiempo.)

Quedó decidido así. Debido a su propia manera de ser, era tan difícil discutir con la Cosa Madre como hacerlo con Caragusano.

Fueron construidas las bombas. Fue construido el faro-baliza. Se acercaba el momento en que todos los factores serían favorables: no se esperaba ninguna nave, pocos caragusanos, Plutón tenía la orientación conveniente, era la hora de comer de aquella cuadrilla... pero aún no sabían dónde estaba el traje espacial de Piwi, suponiendo que no lo hubieran destruido. La Cosa Madre decidió seguir adelante.

-Pero me ha dicho, sólo hace unas horas, cuando me comunicó que hoy era el día, que si no regresaba al cabo de diez minutos más o menos, confiaba en que encontraría mi traje espacial y pondría en marcha el faro-baliza, si ella no había podido hacerlo -Piwi empezó a llorar-. ¡Esta ha sido la pri... primera vez que admitió que no estaba segura de que pudiese hacerlo!

-¡Piwi! ¡No llores! ¿Y luego qué ha pasado?

-Esperé a oír las explosiones... y llegaron juntas... y empecé a buscar por donde antes no me habían dejado pasar. ¡Pero no he podido encontrar mi traje! Luego te encontré a ti... ¡Oh Kip! ¡Ya hace casi una hora que ha salido! -miró su reloj-. Sólo quedan veinte minutos. ¡Si para entonces el faro no ha sido puesto en marcha, todo lo que ha hecho y por todo lo que ha muerto no habrá servido para na... nada! Esto no le gustaría.

-¿Dónde está mi traje?

No descubrimos más caragusanos; al parecer sólo quedó uno de servicio mientras los demás comían. Piwi me mostró una puerta, de las del tipo de compuerta de aire, detrás de la cual estaba el comedor; la bomba debía haber destrozado aquella sección porque las puertas herméticas al aire se habían cerrado automáticamente cuando sus propietarios fueron volados a trocitos. Pasamos aprisa por delante de ellas.

Lógica como de costumbre, Piwi había terminado nuestra búsqueda en donde sabía que estaba mi traje espacial. Era uno de una docena o más de trajes espaciales para humanos. Me preguntaba cuanta sopa habrían comido aquellos engendros. Bien, ya no comerían más. No perdí tiempo. Sólo dije:

-Hola Óscar -y empecé a vestirme.

-(¿Dónde has estado, amigo?)

Óscar estaba en perfecto estado. El traje del Gordo estaba al lado del mío; los miré todos mientras desplegaba a Óscar pensando si habría allí algo de equipo que pudiera serme útil. Piwi miraba el traje de Tim.

-Tal vez pueda utilizar éste.

Era mucho menor que Óscar, lo que dejaba la cosa en nueve tallas demasiado grande para Piwi.

-No digas tonterías. Se ajustaría como unos calcetines a un pollo. Ayúdame. Coge aquel cabo, enróllalo y engánchalo a mi cinturón.

-No lo vas a necesitar. La Cosa Madre planeaba sacar el faro-baliza hasta unos cien metros del camino, y dejarlo fijado allí. Si ella no lo ha conseguido, es todo lo que tú tienes que hacer. Luego da una vuelta a la palomilla que encontrarás en la parte de arriba.

-¡No discutas! ¿De cuánto tiempo dispongo?

-Sí, Kip. Dieciocho minutos.

-Los vientos son fuertes. Puedo necesitar el cabo.

La Cosa Madre pesaba muy poco. Si había sido arrastrada por el viento, necesitaría posiblemente una cuerda para recuperar su cuerpo.

-Pásame el martillo que está en el traje del Gordo.

-¡Ahora mismo!

Me puse en pie. Me sentía bien al notar que Óscar estaba a mi alrededor. Después recordé lo fríos que había tenido los pies cuando caminé hasta allí desde la nave.

-Me gustaría tener unas botas de amianto.

Piwi me miró con asombro.

-¡Espérame aquí mismo!

Se fue antes de que pudiera impedirlo. Empecé a cerrar juntas mientras me preocupaba porque ni siquiera se había detenido para recoger el arma proyector. Al poco tiempo dije:

-¿Hermético, Óscar?

-(Hermético, muchacho.)

La válvula de mentón... correcta, color de la sangre... correcto, radio... no la necesitaría, agua... el depósito estaba seco; no importaba porque no tendría tiempo de estar sediento. Accioné la válvula de mentón, dejando la presión a un valor bajo porque sabía que la presión del exterior era muy escasa.

Piwi regresó y traía algo que parecía unas zapatillas de ballet para una cría de elefante. Se inclinó hasta mi placa facial y gritó:

-Ellos llevan esto. ¿Puedes colocártelos?

Parecía poco probable, pero al final pude calzármelos como si fueran unos calcetines mal ajustados. Me puse en pie y comprobé que mejoraban la tracción; eran engorrosos pero no era difícil andar con ellos.

Un minuto después estábamos de pie frente a la salida de la gran sala que yo había visto en primer lugar. Sus compuertas estaban ahora cerradas como resultado de la segunda bomba de la Cosa Madre, que había colocado para volar los paneles de la compuerta del túnel que había detrás. La bomba del comedor había sido colocada por Piwi, que después de dejarla allí se refugió rápidamente en su habitación. No pude saber si la Cosa Madre había graduado las dos bombas para que explotaran al unísono, o las había disparado por control remoto, aunque poco importaba ya que habían convertido en una carnicería la elegante base de Caragusano.

Piwi sabía cómo pasar aire a través de la compuerta. Cuando se abrió la puerta del interior, grité:

-¿Tiempo?

-Catorce minutos -me mostró en alto su reloj.

-Recuerda lo que te he dicho. Límitate a quedarte aquí. Si algo se mueve, dale con la luz azul primero y pregunta después.

-Lo recuerdo.

Entré en la compuerta y cerré la puerta del interior, pude encontrar la válvula de la puerta exterior y esperé a que se igualaran las presiones.

Durante los dos o tres minutos que duró la operación estuve sumido en sombría meditación. No me gustaba que Piwi se quedara sola. Creía que todos los caragusanos habían muerto, pero no podía estar completamente seguro. Habíamos buscado con precipitación. Alguno había podido ir en zig cuando nosotros íbamos en zag, dada su gran rapidez de movimientos.

Además de esto, Piwi había dicho «Lo recuerdo» cuando debería haber dicho «De acuerdo, Kip. Así lo haré». ¿Había sido un lapsus verbal? Aquella niña tenía la mente de una pulga saltarina y sólo cometía lapsus cuando le convenía. Hay una gran diferencia entre un «Enterado» y un «De acuerdo».

Además, estaba haciendo aquello por motivos poco lógicos. Salía, principalmente, para recuperar el cuerpo de la Cosa Madre. Era poco lógico porque después de que estuviera dentro, se descompondría. Sería más caritativo si la dejaba en una congelación profunda y natural.

Pero esto era algo que yo no podría soportar. Fuera hacía mucho frío, y yo no podía dejarla allí. Había sido tan pequeña y tan cálida... tan viva, que yo debía llevarla dentro para que pudiera entrar en calor.

Cuando tus emociones te fuerzan a hacer algo que sabes muy bien que es una tontería, estás en baja forma.

Y lo que es peor, estaba haciendo aquello con unas prisas imprudentes porque la Cosa Madre había querido que aquel rayo-baliza fuese conectado en un preciso instante, para el que faltaban doce minutos, o tal vez ya sólo diez. Bien, lo haría pero ¿qué sentido tenía todo aquello? Digamos que era mucha la distancia a que se hallaba su estrella de procedencia, estaba en Próxima Centauro y que los Caragusanos venían todavía de más lejos. ¡Suponiendo que su baliza funcionara, habrían de pasar cuatro años antes de que sus amigos se enteraran!

Aquello podría haber estado muy bien para la Cosa Madre. Tenía la impresión de que podía vivir mucho tiempo, tanto, que la espera de algunos años no le importaba demasiado. Pero Piwi y yo no éramos criaturas de su especie. Tal vez ya habríamos muerto cuando su mensaje llegara a destino a pesar de que viajara a la velocidad de la luz hasta Próxima Centauro. Me alegraba haber visto otra vez a Piwi, pero sabía lo que nos esperaba. La Muerte, al cabo de unos días, semanas, o meses como máximo, cuando nos quedáramos sin aire, o sin agua, o sin alimentos; o tal vez recalaría allí otra nave de los caragusanos antes de nuestra muerte, lo que representaría una lucha tremenda en la que, si éramos afortunados, moriríamos rápidamente.

Mírese como se quiera, el colocar aquel faro-baliza no era sino «el cumplimiento de las últimas voluntades de la difunta», que son palabras que se suele escuchar en los funerales. Todo aquello era una locura sentimental.

La puerta exterior empezó a abrirse. ¡Ave, Cosa Madre, los que van a morir...!

Allí, en el exterior, hacía frío, un frío mordiente a pesar de que todavía no estaba expuesto al viento. Los paneles luminosos todavía funcionaban y conseguí ver que el túnel era un desastre completo: las dos docenas de compuertas de presión diferencial se habían roto como si fuesen tímpanos. Me habría gustado saber qué clase de bomba podía hacerse armando unas cuantas piezas robadas, que además, junto con otra igual a ella y una especie de radio señal, cupiera en una bolsa corporal, pero que tuviera potencia suficiente para volar aquellos paneles. La explosión había hecho castañear mis dientes, a pesar que estaba separado de allí por unos cien metros de roca sólida.

Los doce primeros paneles habían hecho explosión hacia dentro. ¿Tal vez había colocado la bomba en el centro del túnel? ¡Un estallido tan enorme podría haberla arrastrado como si fuera una pluma! Debía haberla colocado allí, después había

retrocedido hasta el interior para dispararla a distancia, luego había vuelto a salir por la compuerta exactamente como yo acababa de hacer.

A cada paso que daba más frío hacía. Mis pies no estaban demasiado fríos todavía, aquellos peucos aparatosos eran excelentes: los caragusanos comprendían lo que era el aislamiento térmico.

-¿Óscar, tienes todos los fuegos encendidos?

-(Son unas puras ascuas, compañero. Hace una noche fría.)

-¡Me lo vas a contar a mí!

La encontré exactamente detrás del último panel.

Se había hundido hacia adelante, como si estuviera demasiado cansada para seguir. Tenía los brazos extendidos delante de ella, y en el suelo del túnel apenas en contacto con sus diminutos dedos, había una cajita redonda de un tamaño parecido al de una polvera de las damas de la Tierra.

Su cara tenía una expresión de sosiego, y sus ojos estaban abiertos, exceptuando las membranas nictitantes que estaban desplazadas delante de ellos, como la primera vez que la vi en el prado de detrás de mi casa, hacía unos pocos días, semanas, o miles de años. Pero entonces estaba herida y se le notaba; en aquel momento medio esperaba que levantara los párpados interiores y me saludara cantando.

La toqué.

Estaba dura como el hielo, pero mucho más fría que éste.

Parpadeé para alejar las lágrimas y no perdí un solo instante. Ella había querido que aquella cajita fuera trasladada a unos cien metros del camino y que se dejara allí después de haber dado una vuelta al saliente que tenía en la parte superior, y había querido que aquello se hiciera antes de los siguientes seis o siete minutos.

Recogí la caja.

-Esto está hecho, Cosa Madre. ¡Allá voy!

-(¡Manos a la obra, compañero!)

-(Muchas gracias, querido Kip...)

No creo en los fantasmas. Las había oído tantas veces, cuando me daba las gracias por algo, que aquellas notas habían levantado ecos en mi cabeza.

Me detuve a unos pocos metros de distancia de la boca del túnel. El viento me hirió y era tan gélido, que el frío de muerte que había encontrado en el túnel más bien parecía veraniego. Cerré los ojos y conté hasta treinta para dar tiempo a que mis ojos se acostumbraran a la luz de las estrellas mientras buscaba a tientas por barlovento un puntal inclinado que servía de anclaje del camino elevado a la montaña, lo rodeé con mi cuerda de seguridad que amarré sobre ella misma. Sabía que fuera era de noche y esperaba que el camino se destacara como una cinta negra sobre la blanca «nieve» que brillaba bajo un cielo estrellado. Pensaba que podría mantenerme con seguridad sobre aquel camino barrido por el viento si lograba distinguir sus bordes, lo que no podía hacer utilizando mi lámpara de cabeza sin tener que mover pesadamente mis hombros hacia adelante y hacia atrás, lo que con casi toda probabilidad me habría hecho perder el equilibrio o por lo menos me habría obligado a avanzar más despacio.

Lo había planeado con todo cuidado; no esperaba que aquello fuera como un paseo por el jardín. Claro que no. ¡En Plutón y, además, de noche! Por lo tanto, cerrando los ojos, conté hasta treinta y amarré mi cuerda mientras esperaba que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. Abrí los ojos.

¡Y no pude ver maldita la cosa!

Ni una estrella. Ni siquiera la diferencia entre el cielo y el suelo. Estaba de espaldas al túnel y mi casco actuaba como un sombrero para el sol dejando mi cara en la sombra; debería haber sido capaz de ver el camino. Nada.

Hice girar mi casco y vi algo que explicaba tanto lo del cielo negro como el efecto sísmico que antes había notado: un volcán en actividad. Podía estar a diez kilómetros de

distancia o a cien, pero no podía dudar de lo que era aquello: una señal roja amenazadora que se veía muy baja en el cielo.

Pero no me entretuve en contemplarla. Conecté mi lámpara de cabeza, la enfoqué al borde de la derecha a favor del viento, e inicié un trote desgarrado, manteniéndome junto a aquel borde para que si tropezaba tuviera toda la anchura del camino para recuperarme antes de que el viento pudiera barrerme de allí. Aquel viento me atemorizaba. Sostenía la cuerda arrollada en mi mano izquierda y la iba soltando a medida que avanzaba, manteniéndola tensa. El rollo se notaba rígido en mis dedos.

El viento no sólo me asustaba, me causaba dolor. Era un frío tan intenso que parecía una llama. Quemaba y explotaba, y luego me dejaba entumecido. Mi lado derecho, que era el que recibía su empuje, empezó a desaparecer y después mi lado izquierdo empezó a dolerme más que el derecho.

Ya no podía percibir la cuerda. Me detuve, me incliné hacia adelante y coloqué el rollo donde daba la luz de mi faro de cabeza: ¡esta es otra cosa que hay que arreglar! La lámpara de cabeza debe poder girar.

Había utilizado ya la mitad del rollo. Había adelantado unos cincuenta metros. Confiaba en la cuerda para saberlo. Se trataba de una cuerda para trepar de cien metros de largo, así pues cuando casi llegara a su final habría ido tan lejos como quería la Cosa Madre. ¡Date prisa, Kip!

-(¡Sigue con ello, muchacho! Aquí fuera hace mucho frío.)

Me detuve otra vez. ¿Tenía la caja?

No podía percibirla pero la lámpara de cabeza me permitió ver que la sostenía rodeándola con mi mano derecha. ¡Dedos, manteneos firmes! Me apresuré contándolos pasos. ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro!...

Me detuve al llegar a cuarenta y miré por encima del borde pudiendo ver que estaba en la parte más alta donde la pasarela cruzaba el arroyo y recordé que aquello estaba hacia la mitad del trayecto. Aquel arroyo... ¿sería de metano?... estaba helado, sólido, y ya sabía que la noche era fría.

Quedaban unas pocas vueltas de cuerda en mi brazo izquierdo... ya estaba lo suficientemente próximo. Solté la cuerda, me desplazé cautelosamente hacia el centro del camino, me apoyé sobre mis rodillas y mi mano izquierda e intenté dejar la caja en el suelo.

Mis dedos no se podían enderezar.

Los forcé con mi mano derecha, y conseguí sacar la caja de dentro de mi puño. Aquel viento diabólico se apoderó de ella y apenas si pude evitar que rodara y se perdiera. Con mis dos manos la dejé cuidadosamente hacia arriba.

-(Haz que tus dedos trabajen, amigo. ¡Junta las manos!)

Lo hice así. Podía tensar los músculos de mi antebrazo, a pesar de que me producía una agonía atroz si doblaba los dedos. Sosteniendo torpemente la caja con mi mano izquierda, busqué a tientas la palomilla que tenía en la parte superior.

No la percibía, pero giró fácilmente cuando pude conseguir cerrar mis dedos sobre ella; pude ver como giraba.

Pareció que cobraba vida, susurraba. Tal vez oí la vibración, a través de mis guantes y transmitida por mi traje; bien cierto era que no hubiera podido percibirla dado el estado en que estaban mis dedos; la solté precipitadamente, me puse penosamente sobre mis pies y retrocedí, de modo que pudiera iluminarla con el faro del casco sin tener que doblarme sobre ella.

Había cumplido, el trabajo de la Cosa Madre ya estaba hecho, y (confiaba) antes de que se cumpliera el plazo. Si hubiera tenido el sentido común de un tirador de puerta, hubiera dado la vuelta y retrocedido por el túnel, más aprisa de lo que había salido por él.

Pero estaba fascinado por aquello que estaba haciendo.

Pareció que se agitaba por ella misma y tres patas como de araña crecieron en su fondo. La elevaron hasta que quedó sostenida sobre un pequeño trípode de unos treinta centímetros de altura. Volvió a agitarse y pensé que el viento podría derribarla. Pero las patas de araña se extendieron y parecía que mordían la superficie del camino que era de roca viva.

Algo se elevó y se desdobló desde su parte superior.

Se abrió como si se tratara de una flor, hasta que alcanzó un diámetro de un palmo. Levantó un dedo (¿una antena?), que se meció como si buscara, se estabilizó y apuntó hacia el cielo.

Entonces se conectó la baliza. Estoy seguro de que esto es lo que sucedió, aunque sólo vi un destello de luz, que debía ser parásita porque con sólo la luz no habría servido, aunque no hubiera existido aquel nublado volcánico. Probablemente se trataba de algún efecto secundario inocuo que se producía al conectar una enorme pulsación de energía, algo que la Cosa Madre no había podido eliminar o apantantar por falta de tiempo o de materiales. Era algo tan brillante como un flash fotográfico del tamaño de un cacahuete.

Pero lo estaba mirando. Los polarizadores no pueden actuar con tanta rapidez. Quedé cegado.

Pensé que mi faro se había apagado, después me di cuenta de que, sencillamente, no podía ver a través de un disco deslumbrador verde y púrpura.

-(Tómalo con calma, muchacho. Sólo es la persistencia de una imagen. Espera un poco y desaparecerá.)

-¡No puedo esperar! ¡Me estoy muriendo de frío!

-(Engancha la cuerda en tu antebrazo, por donde está anudada a tu cinturón, y tira de ella.)

Hice lo que decía Óscar, encontré la cuerda, di la vuelta y empecé a enrollarla sobre mis dos antebrazos.

Se hizo pedazos.

No se rompió como uno podía creer que se rompen las cuerdas: se rompió como si hubiera sido de cristal. Supongo que esto era entonces: vidrio, quiero decir. El nilón y el vidrio son líquidos superenfriados.

Entonces pude saber lo que significaba «superenfriado».

Pero todo lo que sabía entonces era que había desaparecido mi última conexión con la vida. No podía ver. No podía oír. Estaba completamente sólo en una plataforma desnuda, a miles de millones de kilómetros de mi casa, y frente a un viento que procedía de las entrañas de un infierno helado que estaba acabando con los últimos restos de vida de un cuerpo que apenas si podía percibir y que si lo podía percibir en alguna parte dolía como el fuego.

-¡Óscar!

-(Estoy aquí, compañero. Puedes conseguirlo. Ahora... ¿Puedes ver algo?)

-¡No!

-(Busca la boca del túnel. Tiene luz. Apaga tu faro de cabeza. Claro que puedes. Sólo es un interruptor de presión. Arrastra tu mano hacia atrás por el lado derecho de tu casco.)

Lo hice.

-(¿Puedes ver algo?)

-Todavía no.

-(Desplaza la cabeza. Intenta verlo por el rabillo del ojo. Ya sabes que el deslumbramiento está por delante. ¿Y bien?)

-¡Esta vez he captado algo!

-(¿Algo rojizo, verdad? Desigual, además. Es el volcán. Ahora ya sabemos hacia que lado estamos mirando. Vuélvete despacio y capta la boca del túnel cuando pase por delante.)

Despacio era la única forma como podía dar la vuelta.

-¡Allí está!

-(Muy bien, ya estás en la dirección de casa. Ponte a cuatro gatas y arrástrate poco a poco hacia tu izquierda. No des la vuelta porque lo que quieres es mantenerte sobre este borde y arrastrarte. Arrastrarte hacia el túnel.)

Me dejé caer. No podía notar la superficie con mis manos pero sentía la presión sobre mis extremidades, como si las cuatro fueran artificiales. Encontré el borde cuando mi mano izquierda resbaló sobre él y casi caí. Pero me recuperé.

-¿Voy en buena dirección?

-(Claro que sí, porque no te has desviado. Sólo te has desplazado de lado. ¿Puedes alzar la cabeza para ver el túnel?)

-Uh, no si no me pongo en pie.

-(¡No lo intentes! Prueba de nuevo con el faro. Tal vez tus ojos ya estén bien.)

Arrastré mi mano hacia adelante contra el lado derecho del casco. Debí golpear el interruptor, porque de repente vi un círculo de luz que estaba borroso y nublado en su parte central. El borde del camino lo dividía por el lado izquierdo.

-(¡Buen chico! No, no te levantes; estás débil y mareado y sería probable que cayeses. Empieza a arrastrarte. Ve contando. Al llegar a trescientos deberás haberlo conseguido.)

Empecé a arrastrarme y a contar.

-Es un camino muy largo, Óscar. ¿Crees que lo lograremos?

-(¡Claro que vamos a poder! ¿Acaso crees que quiero que me dejes aquí fuera?)

-Estaría contigo.

-Déjate de chácharas. Me vas a hacer perder la cuenta. Treinta y seis... treinta y siete... treinta y ocho...)

Nos arrastrábamos.

-(Este hace cien. Ahora vamos a repetirlo. Ciento uno... ciento dos... ciento tres...)

-Ya me siento mejor, Óscar. Creo que hace más calor.

-(¡QUÉ!)

-Digo que empiezo a tener calor.

-(¡No es que tengas calor, grandísimo idiota! ¡Lo que notas es la congelación hasta morir! ¡Arrástrate más aprisa! Pon en funcionamiento tu válvula de barbilla. Consigue más aire. ¡Vamos, que yo oiga el click de esta válvula de mentón!

Estaba demasiado cansado para discutir; di a la válvula tres o cuatro golpes de mentón, y noté una explosión que levantaba ampollas en mi cara.

-(Estoy alargando el paso. ¡Más cálido, no te digo...! ¡Ciento nueve... ciento diez... ciento once... ciento doce... Vamos ya, cógelo!

Al llegar a los doscientos le dije que no tenía más remedio que descansar.

-(¡No, no vas a hacerlo!)

-Pero tengo que hacerlo. Sólo un poco.

-(¿Sólo esto, eh? Ya sabes lo que pasa. ¿Qué va a hacer Piwi? Está allí dentro, esperándote. Ya tiene miedo porque tardas demasiado. ¿Qué va a hacer? ¡Contéstame!)

-Uh... debe estar intentando equiparse con el traje de Tim.

-(¡Correcto! En caso de que haya respuestas duplicadas, el premio será para el que haya matasellado antes. ¿Hasta dónde podrá llegar? ¡Dímelo!)

-Uh... hasta la boca del túnel, supongo. Allí el viento se apoderará de ella...

-(Esta es exactamente mi opinión. Y entonces ya tendremos la familia reunida. Tú, yo, la Cosa Madre, Piwi. ¡Qué bien! Una familia de fiambres.)

-Pero...

-(O sea que empieza a arrastrarte, hermano. Arrastre... arrastre... arrastre... dos cinco... dos seis... dos siete...)

No recuerdo haber caído. Ni siquiera sé como era aquella «nieve». Sólo recuerdo que estaba contento porque se había acabado el conteo terrible y ya podía descansar.

Pero Óscar no me lo permitía.

-(¡Kip! ¡Kip! ¡Incorpórate! Vuelve a trepar sobre lo recto y estrecho.)

-¡Lárgate!

-(¡No puedo largarme! Ojalá pudiera. Y exactamente delante de ti. Agárrate al borde y marchando. Ahora sólo está un poquito lejos.)

Conseguí levantar la cabeza, vi el borde de la pasarela a la luz de mi faro de cabeza a un medio metro por encima de mi cabeza. Me hundí de nuevo.

-Queda demasiado alto -dije con indiferencia-. Óscar, creo que nos la hemos ganado. Se burló.

-(¿Y qué? ¿Quién fue el que precisamente el otro día, decía pestes de una niñita que estaba demasiado cansada para poder levantarse? «El Comandante Cometa» ¿no es verdad? ¿He recordado bien su nombre? El «Azote de las rutas espaciales»... el vagabundo perezoso que no sirve para nada... «Tengo traje espacial. Estoy dispuesto a viajar». Antes de que te quedes dormido, Comandante, ¿me puedes dar tu autógrafo? Nunca me había topado con un pirata espacial vivo... uno de los que van por ahí robando naves y secuestrando a las niñas pequeñas.)

-¡Esto no es justo!

-(Bien, bien. Sé cuando no se me necesita. Pero sólo una cosa antes de que me vaya: ¡Ella tiene más agallas en su meñique que tú en todo tu corpachón, embustero, gordo, cerdo perezoso! Adiós. No hace falta que esperes más.)

-¡Óscar, no me abandones!

-(¿Qué es esto? ¿Necesitas ayuda?)

-¡Sí!

-(De acuerdo. Si está demasiado alto para que puedas alcanzarlo, agarra tu martillo y engánchalo sobre el borde. Y tira de ti hacia arriba.)

Parpadeé. Tal vez aquello funcionase. Bajé el brazo, decidí que tenía el martillo aunque no lo notaba, lo solté. Utilizando ambas manos lo enganché sobre el borde que quedaba encima de mí. Tiré.

Aquel martillo tonto se rompió como había hecho la cuerda.

Era acero de herramientas y se rompía como si estuviera hecho de aleación de plomo.

Aquello me hizo enfadar. Me incorporé hasta quedar en posición sentada, puse ambos codos sobre el borde, y luce, me revolví y gruñí hasta empezar a sudar copiosamente, y conseguí rodar quedando encima de la superficie de la pasarela.

-(¡Así, éste es mi chico! ¡No te preocupes de contar, límitate a arrastrarte hacia la luz!)

El túnel bailaba delante de mí. No podía respirar, por lo que golpeé la válvula de mentón. No sucedió nada.

-¡Óscar! ¡La válvula de barbilla está clavada! -probé de nuevo.

Óscar fue muy lento al contestar:

-(No, compañero, la válvula no está clavada. Son las mangueras de aire que están heladas. Supongo que la última carga no estaba tan seca como debía haber estado.)

-¡No me queda aire!

De nuevo estaba lento. Pero contestó con firmeza:

-(Sí, tienes. Tienes todo un traje lleno de aire. Suficiente para lo poco que te queda por recorrer.)

-Nunca lo conseguiré.

-(Sólo son unos pocos palmos. Allí está la Cosa Madre, aquí mismo, exactamente delante de ti. Sigue avanzando.)

Alcé la cabeza, y era exactamente así. Allí estaba. Seguí arrastrándome, mientras ella se hacía cada vez mayor. Finalmente dije:

-Óscar... no puedo ir más lejos.

-(Temo que sea así. Te he fallado... pero gracias por no dejarme allí fuera.)

-No me has fallado. Has estado estupendo. Sólo que me ha faltado poco para conseguirlo.

-(Creo que a los dos nos ha faltado poco para conseguirlo... ¡Pero no podrán decir que no lo hemos intentado! Hasta la próxima, socio.)

-Hasta la próxima. ¡Hasta la vista amigo! -conseguí arrastrarme dos cortos pasos y me colapsé con mi cabeza cerca de la de la Cosa Madre. Sonreía.

-(Hola, Kip, hijo mío.)

-No he podido... casi lo he conseguido, Cosa Madre, lo siento.

-(¡Oh, pero si lo has conseguido!)

-¿Qué?

-(Entre nosotros lo hemos conseguido, ambos lo hemos conseguido.)

Pensé en ello durante mucho tiempo.

-Y Óscar.

-(Y Óscar, desde luego.)

-Y Piwi.

-(Y siempre Piwi. Entre todos lo hemos conseguido. Ahora ya podemos descansar, querido.)

-Buenas noches... Cosa Madre.

Fue un descanso condenadamente corto. Acababa de cerrar los ojos sintiéndome caliente y feliz al saber que la Cosa Madre pensaba que lo había hecho todo bien, cuando Piwi empezó a sacudirme por el hombro. Juntó nuestros cascos.

-¡Kip! ¡Kip! Levántate. Por favor, levántate.

-¿Uh? ¿Por qué?

-¡Porque no puedo cargar contigo! Lo he intentado, pero no puedo. ¡Pasa que eres demasiado grande!

Lo consideré. Desde luego, ella no podía cargar conmigo. ¿De dónde había sacado la idea de que podía hacerlo? Mi tamaño era el doble del suyo. Yo la llevaría a ella... tan pronto como recobrará el aliento.

-¡Kip! Por favor, levántate -había empezado a llorar a lágrima viva.

-Claro que sí, querida -dije amablemente-. Si esto es lo que quieres.

Lo intenté y pasé un mal rato al hacerlo. Ella casi me levantó, ayudó mucho. Una vez estuve en pie, ella me mantuvo así.

-Da la vuelta, camina.

Casi me llevaba. Puso sus hombros bajo mi brazo derecho y siguió empujando. Cada vez que llegábamos a uno de aquellos paneles que habían volado o bien me ayudaba a pasar por encima, o bien se limitaba a empujarme a través de él y luego me volvía a ayudar para que me levantara.

Por fin alcanzamos la compuerta, y estaba utilizando el aire de dentro para llenarla. Tuvo que soltarme y me caí. Regresó cuando se abrió la puerta interior, empezó a decirme algo... y entonces a toda prisa me quitó el casco.

Respiré a fondo y quedé muy aturdido, y las luces parecieron disminuir de intensidad.

Me miraba.

-¿Estás mejor ahora?

-¿Yo? ¡Seguro! ¿Por qué no iba a estarlo?

-Deja que te ayude a pasar dentro.

No veía la razón, pero me ayudó y yo lo necesitaba. Me sentó en el suelo, cerca de la puerta, con mi espalda contra la pared porque yo no quería estar tumbado.

-¡Kip, tenía tanto miedo...!

-¿Por qué?

No podía ver por qué estaba preocupada. ¿O es que la Cosa Madre no había dicho que todos nosotros lo habíamos hecho muy bien?

-Bien, pues lo tenía. No debía haber dejado que salieras.

-Pero tenía que poner en marcha la baliza.
-Oh, pero... ¿lo hiciste?
-Desde luego. Y la Cosa Madre estaba muy contenta.
-Estoy segura de que lo habría estado -dijo gravemente.
-Lo estaba.
-¿Puedo hacer algo? ¿Puedo ayudarte a salir del traje?
-Uh... Todavía no. ¿Puedes darme un trago de agua?
-¡Inmediatamente!

Regresó enseguida y me sostuvo mientras bebía. No estaba tan sediento como pensaba; me hizo sentir algo enfermo. Piwi me miró durante algún tiempo, luego dijo:

-¿Te importa si me voy unos momentos? ¿Estarás bien?
-¿Yo? Desde luego -no me sentía bien, empezaba a dolerme todo, pero no había nada que ella pudiera hacer al respecto.
-No tardaré.

Empezó a asegurar los cierres de su casco y me di cuenta con un interés remoto que llevaba su propio traje, no sé por qué había tenido la impresión de que debería haber llevado el de Tim.

Vi que se encaminaba hacia la compuerta y comprendí a dónde se dirigía y el porqué. Quería decirle que sería mejor que la Cosa Madre no estuviera dentro, porque... porque podría... no quería decir «descomponer» ni a mí mismo.

Pero Piwi se había ido.

Pienso que no estuvo fuera más de cinco minutos. Tenía los ojos cerrados y no estoy seguro. Me di cuenta de que la puerta interior estaba abierta. A través de ella pasó Piwi, llevando la Cosa Madre en sus brazos, como si se tratara de un trozo de leña para el fuego. No se doblaba, en absoluto.

Piwi colocó la Cosa Madre sobre el suelo en la última posición que yo la había visto, luego quitó los cierres de su casco y empezó a gritar.

No podía levantarme. Las piernas me dolían demasiado. Y mis brazos.

-Piwi... por favor, cariño. Esto no te hará bien.

Levantó la cabeza.

-Ya he terminado. Ya no lloraré más.

Y lo cumplió.

Estuvimos sentados allí mucho tiempo. Piwi se ofreció nuevamente a ayudarme para que saliera de mi traje, pero cuando lo intenté, me dolió demasiado, especialmente mis manos y mis pies y tuve que decirle que parara. Parecía preocupada.

-Kip... temo que los tengas congelados.

-Tal vez. Pero no hay nada que podamos hacer, ahora -hice una mueca de dolor y cambié de tema-. ¿Dónde has encontrado tu traje?

-¡Oh! -al principio pareció que se indignaba, pero luego se puso alegre-. Nunca lo adivinarías. Dentro del traje de Jock.

-No. Creo que nunca lo hubiera supuesto. «La carta robada»

-¿El qué?

-Nada. No caía en la cuenta de que el viejo Caragusano tenía sentido del humor.

Poco después de aquello se produjo otro seísmo, uno de los fuertes. Los candelabros se habrían agitado si los hubiera habido en aquel lugar, y el suelo se levantó. Piwi chilló:

-Este ha sido casi tan malo como el último.

-Mucho peor, diría yo. Aquel pequeño, del principio, no fue nada.

-No. Me refería al que hubo mientras estabas fuera.

-¿Hubo uno, entonces?

-¿No lo notaste?

-No -intenté recordar-. Tal vez sucedió cuando me caí allí fuera, sobre la nieve.

-¿Te has caído, Kip?

-Si, pero no pasó nada. Óscar me ayudó.

El suelo produjo otro ruido. No me habría preocupado de no ser porque el sobresalto hizo aumentar mis dolores. Finalmente salí de la niebla lo suficiente para saber que no tenía porque sentir dolor.

Veamos, las píldoras medicinales estaban a la derecha y el distribuidor de codeína era el último, hacia atrás.

-¿Piwi? ¿Puedo molestarte otra vez para que me des agua?

-¡Desde luego!

-Voy a tomar codeína. Podrá hacerme dormir. ¿Te importa?

-Deberías dormir si pudieses. Lo necesitas.

-Supongo que sí. ¿Qué hora es?

Me lo dijo y no podía creerla.

-¿Me estás diciendo que han pasado más de doce horas?

-¿Un? ¿Desde cuando?

-Desde que empezó esto.

-No te entiendo, Kip -miró fijamente su reloj-. Ha pasado exactamente una hora y media desde que te encontré, y no hace todavía dos horas que la Cosa Madre, hizo explotar las bombas.

Tampoco yo podría creer aquello. Pero Piwi insistía en que ella tenía razón.

La codeína me hizo sentir mucho mejor y empezaba a sentirme soñoliento.

-¿Kip, no hueles algo?

Husmeé.

-¿Algo parecido a los fósforos de la cocina?

-Esto es lo que quería decir. Creo que la presión está bajando, también... Kip... creo que será mejor que cierre tu casco, si es que vas a dormir.

-De acuerdo. ¿Cerrarás también el tuyo?

-Sí. Uh... no creo que este sitio se mantenga herméticamente cerrado.

-Puede que tengas razón.

Entre explosiones y seísmos, no veía como podía estar hermético, pero aunque sabía lo que esto significaba, no me preocupaba debido a que estaba demasiado cansado, enfermo y además cada vez más soñoliento por efecto de la droga.

Que fuera entonces o un mes más tarde, ¿qué podía importar? La Cosa Madre había dicho que todo estaba bien.

Piwi aseguró nuestros cierres, comprobamos las radios y se sentó frente a mí y la Cosa Madre. Durante un largo tiempo no dijo nada. Después oí:

-Piwi a Bicho...

-Te recibo Piwi...

-¿Kip? Ha sido divertido, casi siempre, ¿verdad Kip?

-¿Un?

Miré hacia arriba y vi que la esfera señalaba que me quedaba aire para unas cuatro horas. Había tenido que disminuir dos veces la presión de aire desde que nos quedamos cerrados en nuestros trajes para igualar la presión de la habitación, que iba disminuyendo.

-Sí, Piwi. Ha sido estupendo. No me lo hubiera perdido por nada del mundo.

Piwi suspiró.

-Sólo quería estar segura de que no me echarías la culpa. Ahora, duérmete.

Casi me había dormido cuando vi que Piwi daba un salto y mis auriculares cobraron vida.

-¡Kip! ¡Algo se acerca a la puerta!

Me había despertado por completo, y me daba cuenta de lo que aquello significaba. ¿Por que no nos dejarían en paz? ¿Por lo menos, durante unas horas?

-Piwi, no tengas miedo. Vete lo más lejos que puedas de la puerta. ¿Tienes tu aparato de luz azul?

-Sí.

-Cázalos a medida que vayan entrando.

-Tienes que cambiar de sitio, Kip. Estás justo por donde van a llegar.

-No puedo levantarme -no era capaz de moverme, ni siquiera mis brazos, desde hacía bastante tiempo-. Emplea la potencia baja y así aunque me roces no tendrá importancia. ¡Haz lo que te digo! ¡Aprisa!

-Sí, Kip.

Se colocó desde donde podría dispararles de lado, levantó su proyector y esperó.

La puerta interior se abrió y entró una silueta. Vi que Piwi iba a disparar, y grité por mi radio:

-¡No dispaes!

Pero Piwi ya dejaba caer su proyector y corría hacia adelante, aun antes de que yo gritara.

Era la gente de la Cosa Madre.

Necesitaron seis de ellos para transportarme, y sólo dos para llevar a la Cosa Madre. Me cantaron en tono consolador durante todo el tiempo que emplearon en construir una litera. Tragué otra de las cápsulas de codeína antes de que me levantaran, pero incluso con su ternura cada movimiento me producía dolor. No tardaron mucho en meterme en su nave porque habían llegado casi exactamente hasta la boca del túnel, destrozando sin duda la pasarela, o por lo menos confiaba en que fuera así.

Cuando ya estuve seguro allí dentro, Piwi abrió mi casco y el cierre de cremallera delantero de mi traje.

-¿Kip, verdad que son maravillosos?

-Sí.

Cada vez estaba más mareado debido a la droga, pero me sentía mejor.

-¿Cuándo se elevará la nave?

-Ya estamos en marcha.

-¿Nos llevan a casa? He de explicar al señor Charton lo mucho que me ha ayudado la codeína.

-¿Uh? ¡Oh, caramba, no! Nos dirigimos a Vega.

Me desmayé.

CAPITULO 9

Había soñado que estaba en casa, pero aquello me hizo despertar con un sobresalto.

-¡Cosa Madre!

-(Buenos días, hijo mío. Soy muy feliz al ver que te encuentras mejor.)

-Oh, me siento muy bien. He pasado una buena noche, he dormido... -me quedé con la mirada fija y lo solté sin poder evitarlo-... ¡pero si estás muerta!

Su respuesta sonó cálida y amablemente divertida, como corregiríamos a un niño que ha cometido una equivocación.

-(No, querido, sólo estaba congelada. No soy tan frágil como, al parecer, crees.)

Parpadeé y volví a mirarla.

-¿Entonces aquello no era un sueño?

-(No. No era un sueño.)

-Creía que estaba en casa y... -intenté sentarme, pero sólo pude alzar la cabeza- ¡Estoy en casa! ¡En mi habitación!

El armario ropero estaba a la izquierda, la puerta que daba al pasillo estaba detrás de la Cosa Madre, mi pupitre a la derecha y cubierto de libros y con una banderola de la Escuela Superior de Centerville sobre él... la ventana con el viejo olmo que casi la

tapaba... y sus hojas llenas de manchas de sol que se movían con la brisa. Mi calculadora estaba donde la había dejado.

Las cosas empezaron a tambalearse, y luego me pareció que lo entendía. Sólo había soñado aquella parte tonta del final: Vega. Había estado aturdido por la codeína.

-Me has traído a casa.

-(Te hemos traído a tu casa... a tu otra casa. A mi casa.)

La cama empezó a oscilar. Me quise agarrar a ella pero mis brazos no se movieron. La Cosa Madre todavía cantaba:

-(Necesitabas tu propio nido, y por esto te lo hemos preparado.)

-Cosa Madre, me siento confuso.

-(Sabemos que un pájaro crece mejor en su propio nido. Y por esto hemos construido el tuyo.)

«Pájaro» y «nido» no fue lo que cantó, pero ningún Diccionario General podría haber dado una traducción más aproximada.

Respiré profundamente para serenarme. La comprendía. Esto era lo que ella hacía mejor: hacerse comprender. Aquello no era mi habitación ni estaba en casa; solamente parecía serlo. Pero yo todavía seguía estando terriblemente confuso.

Miré a mi alrededor, y me pregunté cómo podía haberme equivocado.

La luz incidía sobre la ventana desde una dirección equivocada. El techo no tenía el parche que hubo que poner cuando al construir un escondite en la buhardilla hice caer el yeso a causa de los martillazos. Tampoco era el mismo tono de color.

Los libros estaban demasiado bien arreglados y demasiado limpios: tenían un aspecto de bombonera. No pude reconocer las encuadernaciones. El efecto total estaba muy logrado, pero los detalles no eran los correctos.

-(Me gusta esta habitación -cantaba la Cosa Madre-. Se parece a ti, Kip.)

-Cosa Madre -articulé débilmente-. ¿Cómo lo has hecho?

-(Te hicimos preguntas, y Piwi nos ayudó.)

Primero pensé: Pero Piwi tampoco ha visto jamás mi cuarto. Luego decidí que Piwi había visto los suficientes hogares americanos para que la consideraran una experta a quien poder consultar.

-¿Piwi está aquí?

-(Estará aquí dentro de poco.)

Estando allí Piwi y la Cosa Madre, las cosas no podían ser demasiado malas, excepto...

-Cosa Madre, no puedo mover las piernas ni los brazos.

Apoyó una mano tibia sobre mi frente y se inclinó sobre mí hasta que un enorme ojo parecido a uno de lémur oscureció la visión de todo lo demás.

-(Has padecido lesiones. Ahora te estás reponiendo. No te preocupes.)

Cuando la Cosa Madre te dice que no te preocupes, no lo haces. Yo tampoco quería caminar sobre mis manos; estaba satisfecho con poder mirar sus ojos. Te podías sumergir en ellos, podrías haber buceado y nadado en ellos.

-Está bien, Cosa Madre -recordé algo más-, dime... tú también estabas congelada, ¿no es verdad?

-(Sí.)

-Pero mira, cuando el agua se hiela destroza las células vivas, o por lo menos así lo dicen.

Contestó con gazmoñería:

-(Mi cuerpo jamás permitiría una cosa así.)

-Bien -discurrí sobre aquello-. ¡Por lo menos no me sumerjáis en aire líquido! No estoy hecho para resistirlo.

De nuevo su canción denotaba un humor pícaro e indulgente.

-(Procuraremos no hacerte daño -se estiró un poco, aumentando de altura y se agitó como la rama de un sauce-. Noto que Piwi se acerca.)

Alguien llamó a la puerta, y se produjo otra discrepancia: el golpe no sonó como una llamada en una delgada puerta interior. Piwi preguntó:

-¿Puedo pasar?

No esperó. (Me pregunté si alguna vez esperaba). Lo poco que vi tras ella parecía ser nuestro salón del piso de arriba; habían hecho un trabajo concienzudo.

-(Entra, querida.)

-Seguro, Piwi. Ya estás dentro.

-No seas capcioso.

-¡Mira quien habla! ¡Hola, chica!

-Hola, tú.

La Cosa Madre se marchó discretamente.

-No te quedes mucho rato, Piwi. No debes fatigarle.

-No lo haré, Cosa Madre.

-(Adiós, queridos.)

-¿Cuáles son las horas de visita en este pabellón?

-Cuando ella lo dice, desde luego.

Piwi estaba delante de mí, con los puños en las caderas. Estaba completamente limpia, por primera vez desde que la conocía: sus mejillas estaban sonrosadas por el fregoteo, su cabello estaba esponjoso. Tal vez llegaría a ser hermosa, al cabo de unos diez años. Iba vestida como siempre, pero sus ropas estaban limpias, tenían todos los botones, y las roturas habían sido remendadas sin que se notara.

-Bien -dijo soltando la respiración-, supongo que valdrá la pena que nos quedemos contigo, después de todo.

-¿Conmigo? Estoy en perfecto estado de salud. ¿Y que pasa contigo?

Arrugó la nariz.

-Un poco maltrecha por el frío. Total nada. Pero lo tuyo fue todo un lío.

-¿De veras?

-No lo puedo explicar sin utilizar el lenguaje que mamá dice que es impropio de una señorita.

-No quisiéramos verte en este aprieto.

-No seas sarcástico. No lo dominas.

-¿No vas a dejarme que lo practique contigo?

Empezó a darme una de las réplicas de Piwi, se detuvo de repente, sonrió y se aproximó. Durante un instante interminable creí que iba a besarme. Pero se limitó a dar unos golpecitos sobre la ropa de cama y dijo solemnemente:

-Puedes apostar a que sí, Kip. Puedes ser sarcástico, sardónico, fastidioso o mal intencionado. O reñirme e incluso hasta contestar mal a la Cosa Madre.

No me imaginaba queriendo hacer algo así, y dije:

-Tómalo con calma, Piwi. Te estoy viendo la aureola.

-Si llevara una, no sería por causa tuya, porque estoy segura de que me habrían suspendido en las pruebas para concedérmela.

-¿Sí? Me parece que recuerdo a alguien de tu tamaño, más o menos, que me arrastraba hacia dentro llevándome casi sobre su espalda. ¿Qué me dices acerca de esto?

Se revolvió.

-Aquello no fue nada. Tú conectaste la baliza. Eso lo hizo todo.

-Ya. Cada uno puede tener su opinión. Allí hacía mucho frío.

Cambié de tema, porque aquello resultaba embarazoso para ambos. La mención de la baliza me hizo recordar algo.

-¿Piwi, dónde estamos?

-¿Qué? En casa de la Cosa Madre, desde luego -miró en derredor y añadió-. Oh, me olvidaba, Kip, esto no es realmente tu...

-Ya lo sé -dije con impaciencia-. Es una imitación. Cualquiera puede darse cuenta.

-¿Se daría cuenta cualquiera? Creía que habíamos realizado un trabajo perfecto.

-Es un trabajo increíblemente bueno. No sé como lo habéis podido hacer.

-Oh, tu memoria es muy minuciosa. Debes de tener una cámara en vez de ojos.

«Y una gran bocaza, también» me dije para mis adentros. Me preguntaba que más había podido decir, mientras Piwi escuchaba. Temía preguntárselo; uno necesita tener cierta intimidad.

-Pero a pesar de todo es una falsificación -proseguí-. Ya sé que estamos en casa de la Cosa Madre. ¿Pero dónde está esto?

Me miró con unos ojos como platos.

-Ya te lo dije. Tal vez no lo recuerdes porque estabas soñoliento.

-Recuerdo algo -dije lentamente-. Pero no tenía sentido. Creo que me dijiste que nos íbamos a Vega.

-Bien. Creo que en los catálogos debe constar como Vega Cinco, pero ellos lo llaman...

Inclinó la cabeza hacia atrás y vocalizó. Aquello me hizo recordar el tema del canto del cuervo de Le Coq d'Or.

-...pero no puedo pronunciarlo. Por esto te he dicho Vega, lo que se le parece bastante.

De nuevo intenté sentarme sin lograrlo.

-¿Quieres decir, que te plantas aquí delante mío y me dices tranquilamente que nos hallamos en Vega? Quiero decir ¿En un planeta vegano?

-Claro que sí. Todavía no me has pedido que me siente.

Ignoré el Piwismo. Miré la «luz del sol» que entraba por la ventana.

-¿Esta luz nos llega desde Vega?

-¿Esto? Esto es luz solar artificial. Si hubiesen utilizado la verdadera luz con el brillo de Vega ésta parecería cadavérica. Es como una luz de arco desnuda. Ya debes saber que Vega está muy arriba en el diagrama de Russell.

-¿Lo está? No conozco el espectro de Vega. Nunca me había podido figurar que necesitaría conocerlo.

-¡Oh, sí! Y has de tener cuidado, Kip... cuando te levantes, quiero decir. En diez segundos puedes quemarte y ponerte más moreno que si pasaras todo un invierno en Key West... y diez minutos podrían matarte.

Parecía que yo tenía el don de ir a parar a los climas difíciles. ¿De qué clase era la estrella Vega? ¿Tal vez de la «A»? Probablemente, de la «B». Todo lo que sabía era que era grande y brillante, mayor que el Sol, y parecía hermosamente colocada en Lira.

-¿Pero dónde estamos? -¿Cómo, en el nombre de Einstein, habíamos llegado hasta allí?- ¿A qué distancia está Vega? No, quiero decir: ¿a qué distancia está el Sol? ¿Por casualidad, lo sabes?

-Desde luego -me contestó desdeñosamente-. A veintisiete años-luz.

-¡Por los Grandes Gorilas Galopantes! Piwi, coge aquella calculadora. Ya sabes cómo funciona. Yo no puedo valerme de mis manos.

Parecía como si se sintiera incómoda.

-¿Uh, para que la quieres?

-Quiero ver cuanto resulta en kilómetros.

-Oh, ya lo calcularé. Para esto no hace falta una máquina de calcular.

-La calculadora es más rápida y más exacta. Mira, si no sabes manejarla, no debes avergonzarte. A tu edad yo tampoco sabía. Te enseñaré a hacerlo.

-¡Claro que sé como usarla! -dijo con indignación-. ¿Crees que soy una estúpida? Pero lo calcularé de memoria.

Sus labios se movían silenciosamente.

-Dos coma cincuenta y seis por diez elevado a la decimocuarta potencia, kilómetros.

Recientemente había hecho aquel problema con Próxima Centauro. Recordaba los kilómetros que había en un año luz e hice una rápida comprobación mental:

-Veamos, es tanto y ¿dónde cae la coma decimal? Tu respuesta está bien, me parece que tienes razón: 256,000,000,000,000 kilómetros. ¡Demasiados ceros para estar cómodo!

-Desde luego que tengo razón -dijo con indignación-. Siempre tengo razón.

-¡Que los dioses nos protejan! Eres una enciclopedia de bolsillo manejable y siempre disponible.

Se sonrojó.

-No puedo evitar ser un genio.

Lo que dejaba todas las puertas abiertas a un ataque, y estaba a punto de restregárselo por las narices cuando vi lo desgraciada que parecía ser.

Recordé haber oído decir a mi padre: «Algunos insisten en que es mejor ser mediocre que ser el mejor. Disfrutan cortando alas porque ellos no pueden volar. Desprecian los cerebros porque ellos mismos carecen de seso. ¡Pfual!»

-Lo siento, Piwi -dije humildemente-. Ya sé que no puedes evitarlo. Y yo no puedo evitar no serlo. Como tú no puedes evitar ser pequeña y yo no puedo evitar ser grande.

Se relajó y pareció solemne.

-Me parece que he vuelto a ser presumida -retorció uno de sus botones-. O es que sé que tú me entiendes, como papá.

-Me siento muy honrado. Pero aunque lo dudo, a partir de ahora haré todo lo posible por intentarlo.

Continuó martirizando aquel botón.

-Tú también eres extremadamente listo, Kip. Ya lo sabes, ¿verdad?

Sonreí.

-Si fuera tan listo. ¿Crees que estaría aquí? Soy ambizurdo y mis orejas llegan a tocarse por encima. Mira, cariño: ¿te importaría que lo comprobáramos con la máquina? Realmente estoy interesado.

¡Veintisiete años luz! Si debía ser imposible ver nuestro Sol, que realmente no es gran cosa, hablando de estrellas.

Pero había conseguido que se sintiera incómoda nuevamente.

-Uh, Kip. Esto no es una calculadora de verdad.

-¿Que no? Es la mejor que se puede comprar con dinero...

-¡Kip, por favor! Forma parte del pupitre, no es una calculadora.

Parecía bobo.

-¿Qué? Lo había olvidado. Supongo que la sala de ahí detrás no llega hasta muy lejos. ¿Me equivoco?

-Sólo lo que puedes ver desde aquí, Kip. La calculadora hubiera sido real... si hubiéramos tenido tiempo suficiente. Ellos son muy capaces de hacerlo. Hasta conocen los logaritmos y mucho más. Claro que los conocen.

Aquello que acababa de decir me preocupaba, quiero decir lo de «tiempo suficiente».

-¿Piwi, cuanto tardamos en llegar hasta aquí? ¡Veintisiete años luz! Incluso a la velocidad de la luz... bien, tal vez aquel asunto de Einstein pudiera hacer que me pareciera una excursión, pero no para los de Centerville. ¡Papá puede haber muerto! Era mayor que mamá, era lo bastante viejo como para ser mi abuelo, en realidad. Y otros veintisiete años para el regreso. Caramba, esto haría que tuviera más de cien años. Incluso mi madre habría muerto.

-¿El tiempo para llegar hasta aquí? Pues no tardamos nada.

-No me refiero a esto. Ya sé que parece ser como dices. Tu no envejeces, yo todavía estoy en cama a causa de la congelación. Pero nos habrá llevado por lo menos veintisiete años, ¿no es así?

-¿De qué estás hablando, Kip?

-De las ecuaciones de la relatividad, desde luego. ¿Has oído hablar de ellas?

-¡Oh, eso! Claro. Pero aquí no se pueden aplicar. No hizo falta tiempo. Bueno sí: quince minutos para salir de la atmósfera de Plutón, y casi lo mismo para solucionar lo de la atmósfera de aquí. Pero por lo demás: ¡pst! ¡Cero!

-A la velocidad de la luz debe parecértelo.

-No, Kip -pareció preocupada y hasta frunció el ceño, pero luego su cara se iluminó. ¿Cuánto tiempo pasó desde que pusiste en marcha la baliza hasta que nos rescataron? -
¿Uh?

Aquello me impactó. ¡Papá no había muerto! Mamá ni siquiera tendría el cabello gris.

-Tal vez una hora.

-Fue un poco más. Habría sido menos si hubieran tenido una nave preparada... entonces te habrían encontrado ellos en el túnel y no yo. No hizo falta tiempo para que les llegara el mensaje. Se retrasaron media hora mientras preparaban la nave. La Cosa Madre estaba más que molesta. Jamás hubiera creído que fuera posible. Verás: Se supone que siempre debe haber una nave completamente dispuesta y a punto de partir.

-¿En cualquier momento, siempre que ella quiera una?

-En un momento determinado y en todos los momentos. La Cosa Madre es importante. Otra media hora para las maniobras en la atmósfera, y basta. De tiempo real. No de estas divertidas contracciones.

Traté de asimilarlo. Tardan una hora en hacer veintisiete años luz y encima reciben una bronca por entretenerse. El Doctor Einstein debe ser conocido entre sus vecinos de cementerio como el «Vertiginoso Alberto».

-Pero, ¿Cómo?

-¿Kip, conoces bien la geometría? No me refiero a la euclidiana, quiero decir geometría en general.

-Mmmm... pues sí... he jugueteado con los espacios abiertos y curvos, y he leído los populares libros de divulgación del Dr. Bell. Pero en realidad no se puede decir que sepa todas las geometrías.

-Por lo menos no te quedarás boquiabierto ante la idea de que una línea recta no es necesariamente la distancia más corta entre dos puntos -hizo la mímica de apretar una fruta entre sus manos-. Porque no lo es. Kip, todo se toca. Todo lo puedes poner en un cesto, o en un dedal si lo pliegas de modo que los spines se acoplen.

Tuve una imagen perturbadora de un universo comprimido dentro de una taza de té, los nucleones y los electrones empaquetados apretadamente, en forma realmente sólida y no en la delgada forma fantasmal matemática que dicen que tiene incluso el núcleo de uranio. Algo parecido al «átomo primario» que algunos cosmólogos utilizan para explicar el universo en expansión. Bien, tal vez sea las dos cosas: empaquetado y en expansión. Como la paradoja de las «onda-partícula». Una partícula no es una onda, y una onda no puede ser una partícula, pero, sin embargo, todo es ambas cosas. Si crees en las onda-partículas, puedes creer en todo, y si no crees en ellas, entonces no te molestes en creer en algo. Ni siquiera crees en ti mismo, porque esto es lo que tú eres: onda-partículas.

-¿Cuántas dimensiones? -dije débilmente.

-¿Cuántas quieres?

-¿Yo? Veinte, tal vez. Y cuatro más para las cuatro primeras, para dejar cierta holgura en los bordes.

-Veinte no va bien para empezar. No lo sé, Kip. Yo tampoco sé geometría; sólo creía que sabía. Por lo tanto me he convertido en un fastidio permanente.

-¿Para la Cosa Madre?

-¿Para ella? ¡Santo cielo, no! Ella no sabe geometría. Sólo lo suficiente para pilotar una nave que entre y salga de los pliegues.

-¿Sólo esto?

Debería haberme dedicado a acabar de aprender a contar con los dedos, y no dejar que mi padre me sedujera para que intentara adquirir una educación. Esto no tiene fin. Cuanto más aprendes, más necesitas aprender.

-¿Piwi, sabes para que servía aquella baliza, verdad?

-¿Yo? -se hacía la inocente-. Bien... sí.

-¿Sabías que iríamos a Vega?

-Bien... si la baliza funcionaba, y si se ponía en marcha a tiempo.

-Y ahora la pregunta para el primer premio: ¿por qué no me lo dijiste?

-Bien, pues... -Piwi acabaría por arrancar aquel botón con tanto retorcerlo-. No estaba segura de si sabías suficientes matemáticas, y era posible que te hubieras comportado con machismo y con supuesto sentido común y salieras con aquello de que «papá lo sabe mejor». ¿Me hubieras creído?

(«Ya se lo dije a Orville, y también se lo dije a Wilbur, y ahora te lo estoy diciendo a ti, que este armatoste nunca funcionará».)

-Tal vez no, Piwi. Pero la próxima vez que tengas la tentación de dejar de contarme algo «por mi propio bien», ¿te atreverás a suponer que no estoy enraizado a mi propia ignorancia? Ya sé que no soy un genio, pero intentaré mantener mi mente abierta, y tal vez pueda ser capaz de ayudarte si sé dónde quieres ir a parar. Y no retuerzas más este botón.

Lo soltó precipitadamente.

-Si, Kip. Lo recordaré.

-Gracias. Hay otra cosa que me inquieta. ¿He estado muy enfermo?

-¿Uh? ¡Has estado muy enfermo, realmente!

-Muy bien. Tienen estas «naves de los pliegues» que van a todas partes en un tiempo cero. ¿Por qué no les pides que me trasladen a casa y me metan en un hospital?

Piwi dudó.

-¿Cómo te sientes?

-¿Qué? Me encuentro bien. Excepto que al parecer estoy sometido a anestesia espinal o a algo parecido.

-A algo parecido -concedió Piwi-. ¿Pero te sientes como si fueras a ponerte bien?

-Monsergas. Estoy bien.

-No, no estás bien. Pero lo estarás -me miró fijamente-. ¿Te lo suelto a palo seco, Kip?

-Adelante.

-Si te hubieran trasladado al mejor hospital de la Tierra, habrías sido un caso para poner en un cesto. ¿Me comprendes? Sin brazos, sin piernas. Tal como vas, te pondrás completamente bien. Ninguna amputación, ni siquiera un dedo gordo del pie.

Creo que la Cosa Madre debió prepararme. Me limité a decir:

-¿Estás segura?

-Segura. Completamente segura. Vas a quedar completamente bien -de pronto sus facciones se crisparon-. ¡Estabas hecho una calamidad! Lo vi.

-¿Estaba muy mal?

-Horroroso. Todavía tengo pesadillas.

-No debieron dejar que lo vieras.

-No me lo podían impedir. Soy tu pariente más próximo.

-¿Uh? ¿Les dijiste que eras mi hermana, o algo parecido?

-¿Qué? Soy tu pariente más próximo.

Estaba a punto de decirle que era una estúpida, cuando tropecé con mi propia lengua. Éramos los únicos humanos en más de doscientos cincuenta billones de kilómetros a la redonda. Como siempre, Piwi tenía razón.

-En consecuencia tuve que autorizarles -continuó.

-¿A qué? ¿Qué me han hecho?

-Uh, primero te sumergieron en helio líquido. Te dejaron así y durante los meses siguientes me han usado como conejito de indias. Después, hace tres días (tres días de los nuestros) que te descongelaron y empezaron a trabajar. A partir de entonces te has encontrado cada vez mejor.

-¿En qué forma me encuentro ahora?

-Pues... estás volviendo a crecer. Kip, esto no es una cama. Sólo lo parece.

-¿Entonces, qué es?

-No tenemos nombre para esto, y su tono es demasiado agudo para mí. Pero todo lo que hay de aquí hacia abajo -dio unos golpecitos al cobertor- hasta la habitación que está debajo de ésta, está trabajando para ti. Tienes más hilos conectados que el sótano de un chiflado por la alta fidelidad.

-Me gustaría verlo.

-Me temo que no puedes hacerlo. Tú aún no lo sabes, Kip: tuvieron que sacarte a trozos el traje espacial.

Aquello me produjo más emoción que cuando oí el estado en que yo mismo había quedado.

-¿Uh? ¿Dónde está Óscar? ¿Lo han echado a perder? Mi traje espacial, quiero decir.

-Ya sé lo que quieres decir. Siempre que deliras hablas a Óscar y tú mismo te contestas. Algunas veces pienso que eres un esquizofrénico, Kip.

-Tienes los términos mezclados, enana, si supones que esto me da una doble personalidad. Está bien, pero tú misma eres una paranoica.

-Oh, hace mucho tiempo que lo sé. Pero soy una paranoica muy bien adaptada. ¿Quieres ver a Óscar? La Cosa Madre dijo que querrías tenerlo cerca cuando despertaras -abrió el armario.

-¡Hey! ¡Me has dicho que lo habían cortado por completo!

-Sí, pero lo han reparado. Tan bueno como nuevo. Algo mejor que cuando era nuevo.

-(¡Ya es la hora, querida! Recuerda lo que te he dicho.)

-Ya voy, Cosa Madre; Kip, volveré pronto y con frecuencia.

-Muy bien. Deja el armario abierto, así podré ver a Óscar.

Piwi volvió, pero no pronto ni con frecuencia. No me sentí ofendido, por lo menos, no excesivamente. Tenía mil cosas interesantes y «educativas» en las que meter sus narices ubicuas, todas ellas nuevas y fascinantes. Estaba tan ocupada como pudiera estarlo un cachorro mordiendo zapatillas. Traía de cabeza a nuestros anfitriones. Pero yo no me aburría. Me estaba poniendo bien, un empleo a plena jornada no resulta aburrido si te sientes feliz. Y yo me sentía feliz.

No veía con mucha frecuencia a la Cosa Madre. Empezaba a darme cuenta de que ella tenía que hacer su propio trabajo, aunque acudía para verme si yo se lo pedía y nunca con un retraso mayor de una hora, y sin que demostrara tener prisa a la hora de irse.

No era mi médico ni mi enfermera. En vez de esto tenía una plantilla de veterinarios que estaban allí para supervisar cada latido de mi corazón. No acudía si no lo pedía yo (un susurro servía lo mismo que un grito), y pronto me di cuenta que mi cuarto estaba lleno de «escuchas» y telémetros como una nave en vuelo de pruebas, y que mi «cama» era un conjunto de maquinaria que guardaba la misma relación con nuestros «corazones mecánicos» y «riñones artificiales», que la que pudiera guardar un avión supersónico Lockheed con un cochecito de niño.

Nunca conseguí ver aquel equipo (nunca levantaban el cobertor, a no ser que lo hicieran mientras yo dormía), pero ya sé lo que estaban haciendo. Estimulaban mi cuerpo para que se reparara por sí mismo, no con tejido cicatricial, sino del modo como había sido antes. Cualquier langosta puede hacer lo mismo, y la estrella de mar lo hace hasta tal punto que podemos cortar una a trocitos y acabar teniendo un millar de nuevas estrellas de mar.

Se trata de una habilidad que todo animal debería haber conservado, puesto que la distribución de genes está guardada en cada una de sus células. Pero la hemos perdido hace unos pocos millones de años. Todos sabemos que la Ciencia trata de recapturarla: podéis ver artículos optimistas como los del Reader's Digest, descorazonadores como los de The Scientific Monthly, algunos terriblemente equivocados en revistas cuyos «redactores científicos» parecen que han efectuado sus prácticas de licenciatura escribiendo guiones de películas de horror. Pero estamos trabajando en ello. Algún día, si alguien fallece por muerte accidental, será porque se haya desangrado por completo antes de llegar al hospital.

Allí estaba yo en la situación perfecta para descubrir todo lo relacionado con aquello, y no lo hacía.

Pero probé. A pesar de que no sentía la menor preocupación por lo que estaban haciendo (la Cosa Madre me había dicho que no me preocupase y cada vez que me visitaba me miraba fijamente a los ojos y repetía el consejo), sin embargo, al igual que Piwi, me gustaba saberlo.

Tomad un salvaje tan metido en el interior de la jungla que ni siquiera conozca las compras a plazos. Suponed que tiene un cociente intelectual de 190, y el interés de Piwi por comprender las cosas. Situadlo en el Laboratorio Atómico de Brookhaven. ¿Cuántas cosas podrá aprender? ¿Y con todas las ayudas posibles?

Podrá aprender los corredores que conducen hacia determinadas habitaciones, y aprenderá que un trébol púrpura significa: «¡Peligro!».

Y nada más. No será porque no pueda recordar que es supergenio sino porque necesita veinte años de ir a la escuela para poder formular las preguntas convenientes y comprender las respuestas que reciba.

Hice preguntas y siempre recibí respuestas y me forjé unas nociones. Pero no voy a citarlas ahora porque son tan confusas y contradictorias como las nociones que un salvaje podría adquirir sobre el diseño y operación de una instalación atómica. Tal como se dice cuando se habla de la radio, cuando el nivel de ruido alcanza un determinado nivel, no se puede transmitir la menor información. Y todo lo que pude conseguir fue «ruido».

Algo de aquello fue literalmente «ruido». Había preguntado algo y alguno de los terapeutas había contestado. Podía comprender una parte, pero cuando llegaba al punto crucial, sólo me llegaba un canto de pájaro. Incluso cuando contaba con la Cosa Madre como intérprete, aquellas partes para las que yo no tenía una base se convertían en el alegre canto de un canario.

Sigan sentados y agárrense a sus asientos; voy a explicar algo que no comprendo: el modo como Piwi y yo podíamos hablar con la Cosa Madre aunque la boca de ésta no pudiera dar forma a nuestro idioma, y nosotros no podíamos cantar como ella cantaba ni habíamos estudiado su lenguaje. Los Veganos (les llamo «Veganos», de la misma manera que ellos podrían llamarnos «Solarianos»). Su nombre real suena como un carillón de viento movido por la brisa. La Cosa Madre también tenía su nombre pero no tengo los registros de soprano que Piwi utilizaba cuando quería hacerle la pelotilla, y ved lo bien que le iba con ello.) Los Veganos tienen el talento supremo de la comprensión, para ponerse en el sitio de los demás. No creo que sea telepatía, porque yo no habría podido equivocarme de número tantas veces. Podemos llamarlo empatía.

Pero la poseen en grados variables, del mismo modo que todos nosotros sabemos conducir, pero son pocos los que llegan a ser unos ases del volante. La Cosa Madre la poseía del mismo modo que algunos concertistas privilegiados entienden el piano. Una vez leí algo relacionado con una actriz que utilizaba tan perfectamente el italiano con personas que no conocían este idioma, que siempre se hacía comprender. Se llamaba «Duce». No, un «duce» es un dictador. Era algo parecido. Ella debió tener lo que poseía la Cosa Madre.

Las primeras palabras que tuve con la Cosa Madre fueron cosas como «hola», «adiós», «gracias» y «¿dónde vamos?». Podía proyectar su significado con éstas. Pero, qué caramba, puedes hablar de esta guisa con un perro desconocido. Luego empecé a entender su forma de hablar como un modo de hablar. Incluso captaba el significado de mis palabras con una velocidad cada vez mayor. Tenía gran talento, y ella y Piwi habían charlado durante días cuando estaban juntas y prisioneras.

Pero aunque esto es fácil para «seas bienvenido», «tengo hambre» y «vayamos aprisa», resulta más difícil para ideas como «heterodino» y «aminoácido» cuando ambas partes están familiarizadas con estos conceptos. Cuando una de las partes no está en posesión del concepto, todo falla. Esta es la dificultad que yo tenía para entender a aquellos veterinarios. Aunque hubiéramos hablado todos el mismo idioma, seguiríamos sin entendernos.

Un circuito oscilante que emite una señal de radio ocasiona un silencio de muerte si no hay otro circuito capaz de oscilar en la misma frecuencia para recibirla. Yo no estaba en la frecuencia adecuada.

Sin embargo podía entenderlos cuando el lenguaje no era de tipo elevado. Eran gentes muy amables; hablaban y se reían mucho y parecía que se agradaban unos a otros. Me resultaba difícil distinguir uno de otro, si se exceptúa a la Cosa Madre. (Supe luego que, para ellos, la única diferencia que había entre Piwi y yo era que yo estaba enfermo y ella no.). Entre ellos no tenían dificultad alguna en distinguirse unos de otros; su conversación estaba intercalada con nombres musicales, hasta que te hacían sentir como si estuvieras atrapado en Peter y el lobo, o en una ópera wagneriana. Incluso tenían una frase musical para mí. Su modo de hablar era alegre y feliz, como los sonidos de una luminosa puesta de sol veraniega.

La próxima vez que oiga el canto de un canario, sabré lo que está diciendo, aunque la misma ave no lo sepa.

Me enteré de algo de esto por medio de Piwi porque una cama de hospital no es un buen lugar para estudiar un planeta. Vega Cinco tenía una gravedad parecida a la de la superficie de la Tierra, casi igual, con un ciclo vital de oxígeno, dióxido de carbono y agua. El planeta no era adecuado para los humanos, no sólo porque el sol de mediodía podía matarte con su baño de rayos ultravioletas sino porque además el aire tenía unas cantidades venenosas de ozono. Unos indicios de ozono resultan estimulantes, pero si hay demasiado, bien, igual daría que respiraras ácido cianhídrico. Había además algo, creo que era óxido nitroso, que no era conveniente que los humanos respiraran durante mucho tiempo. Mis habitaciones tenían aire acondicionado y los veganos podían respirar el que yo utilizaba, pero lo encontraban insulso.

Algo pude aprender como un subproducto de otra cosa. La Cosa Madre me pidió que dictara cómo ocurrió que me encontrara mezclado en aquellas cosas. Cuando hube terminado, me pidió que dictara todo lo que sabía sobre la Tierra, su historia, y como trabajamos y vivimos juntos. Esto era un encargo de altura. Todavía no estoy dictando porque descubrí que no sabía demasiadas cosas. Por ejemplo, tomad la antigua Babilonia, ¿Cómo está relacionada con las primitivas civilizaciones egipcias? Sólo tenía unas nociones muy vagas.

Tal vez Piwi les diera mejor resultado, porque recuerda todo lo que ha oído, leído o visto, tal como le ocurre a mi padre. Pero es poco probable que consiguieran que se estuviera quieta tanto tiempo como lo estaba yo. La Cosa Madre quería aquello por la misma razón que nosotros estudiamos los aborígenes australianos, y también para poder grabar nuestro lenguaje. Además existía otra razón.

El encargo no era fácil pero había un vegano dispuesto a ayudarme siempre que me apeteciera, o a interrumpir la sesión si aquello me cansaba. Le podemos llamar Profesor José Cabeza de Huevo: lo de Profesor es bastante aproximado, pero su nombre no puede ser deletreado. Yo le llamaba Pepe, y él me llamaba el tema musical que significaba

Clifford Russell, el monstruo congelado. Pepe casi tenía el mismo don de la comprensión que la Cosa Madre, pero ¿Cómo puedes meter ideas tales como «tarifas» y «reyes» en la cabeza de alguien cuyo pueblo nunca ha conocido a unas y otros? Para él, estas palabras no eran más que ruido.

Pero Pepe podía presentarme escenas, en movimiento, color y estéreo, hasta que nos poníamos de acuerdo sobre lo que yo quería expresar. Avanzábamos sin prisa: yo dictaba a una bola plateada que flotaba cerca de mi boca, y Pepe se enroscaba como un gato sobre una plataforma elevada hasta mi nivel mientras dictaba a otro micrófono, tomando notas al vuelo de cuanto yo decía. Su micrófono tenía un dispositivo que lo convertía en un micrófono para susurros: yo no podía oírle a menos que me hablara directamente.

Cuando nos atascábamos, Pepe se detenía y me proyectaba una escena de prueba, que representaba su mejor suposición de lo que yo quería explicar. Las imágenes aparecían en el aire, colocadas del modo que me resultase más cómodo ya que si volvía la cabeza, las imágenes se desplazaban para acomodarse a mí. Se trataba de escenas de televisión tridimensionales y en perfecto color, como las que probablemente tendremos dentro de pocos años. Es un buen truco tener el proyector oculto y hacer que las imágenes aparezcan como flotando en el aire, pero es un truco de óptica estereocular que ya podemos realizar siempre que realmente lo queramos, después de todo ya podemos tener una vista del Gran Cañón que parezca real en un aparato visor que cabe en la palma de la mano.

Lo que más me impresionó fue la organización que había detrás de todo aquello. Se lo pregunté a Pepe. Lo cantó a su micrófono, y tuvimos que dedicarnos a galopar desenfrenadamente por toda su «Biblioteca del Congreso».

Papá asegura que la ciencia bibliográfica es el fundamento de todas las ciencias, del mismo modo que las matemáticas son su clave, y que podemos sobrevivir o perecer según como los bibliotecarios ejecuten su trabajo. Los bibliotecarios no me parece que tengan mucho atractivo para mí, pero tal vez papá ha dado con una verdad no demasiado evidente.

Aquella «biblioteca» disponía de centenares, tal vez millares, de imágenes veganas para contemplar, con sus pistas de sonido para escuchar, cada una tenía enfrente una esfera plateada para, como explicaba Pepe, nos «relataran la memoria». Aquello era el equivalente a llenar una ficha para el catálogo de la biblioteca, excepto que el resultado era más parecido a un programa en células cerebrales que en poco espacio reunía mucha información en un cerebro electrónico.

Descubrí un símbolo triangular como la joya que llevaba la Cosa Madre, pero la imagen saltó de pronto a una cosa distinta. Pepe también llevaba una igual (y había otros que no) pero no empecé a preguntar qué era aquello, porque a la vista de la enorme «biblioteca» salió la palabra «cibernética» y cogimos este desvío. Más tarde decidí que debía ser como una insignia de una logia, o una insignia de Phi Beta Kappa porque la Cosa Madre era muy lista, aun comparada con los otros veganos, y Pepe no iba muy lejos detrás de ella.

Cuando Pepe se convencía de que ya conocía una nueva palabra de mi lenguaje, se estremecía de placer como un cachorro al que se le hacen carantoñas. Estaba muy digno, porque esto no es indigno en un vegano. Sus cuerpos son tan fluidos y móviles que sonrían o se ponen serios con todo su cuerpo. Un vegano que se quede impasible y quieto está enfadado o terriblemente preocupado.

Las sesiones con Pepe me permitieron viajar a muchos sitios sin moverme de la cama. La diferencia entre «escuela primaria» y «universidad» provocó que me enseñara muchos ejemplos. Una «guardería infantil» aparecía como un vegano adulto sobrecargado de críos: tenía el inocente aspecto de un cachorro pisando a sus hermanos para alcanzar la leche. Pero la «universidad» era un lugar de belleza silenciosa, con árboles, plantas y

flores de aspecto exótico entre edificios de encanto surrealista distintos de cualquier arquitectura que yo hubiera visto alguna vez. Supongo que me hubiera quedado estupefacto si me hubieran parecido familiares. Utilizaban mucho las formas parabólicas y creo que todas sus líneas «rectas» tenían el abombado que los griegos llamaban «éntasis» (que significa gracia delicada con fuerza).

Un día se presentó Pepe ondulando placenteramente. Llevaba otra esfera plateada mayor que las otras dos. La colocó delante de mí, y luego cantó delante de la suya:

-(¡Quiero que escuches esto, Kip!)

Inmediatamente después que acabara, la esfera mayor habló en mi idioma:

-¡Quiero que escuches esto, Kip!

Retorciéndose de placer, Pepe permutó las esferas y me pidió que dijera alguna cosa.

-¿Qué quieres que diga? -le pregunté.

-(¿Qué quieres que diga?) -cantó la esfera grande en vegano.

Aquella fue mi última sesión con el Profesor Pepe.

A pesar de que no regateaban su ayuda, a pesar de la habilidad de la Cosa Madre para hacerse comprender, yo era como la mula de la Army que había en West Point: un miembro honorario pero que no estaba preparado para seguir el curso. Jamás pude entender su sistema de gobierno. Claro que tenían gobierno, pero aquello no era un sistema del que yo hubiera oído hablar. Pepe sabía lo que era la democracia, la representación, el voto y el tribunal de justicia, podía pescar ejemplos en varios planetas. Explicaba que «la democracia era un buen sistema, para principiantes». Podía parecer que lo decía en tono protector, pero este no era uno de sus defectos.

Nunca encontré alguno de sus individuos jóvenes. Pepe me explicó que los niños no debían ver a «las criaturas extrañas» hasta que no hubieran aprendido a sentir una simpatía comprensiva. Aquello podría haberme ofendido si yo mismo no hubiera aprendido a sentir alguna «simpatía comprensiva». Indiscutiblemente, si un humano de diez años de edad viese un vegano, si no echaba a correr le hurgaría con un palo.

Intenté que la Cosa Madre me explicara cosas de su gobierno, en particular el método que tenían para mantener la paz: leyes, crímenes, castigos, ordenanzas de tráfico, etc.

Aquello resultó ser el fracaso más importante que pude tener con ella. Estuvo meditando mucho tiempo, y al final dijo:

-(¿Cómo es posible que alguien pueda actuar contra su propia naturaleza?)

Creo que el peor defecto que tenían era que no tenían ninguno. Y esto puede llegar a ser algo fastidioso.

El equipo médico estaba interesado en las drogas que llevaba en el casco de Óscar, de la misma manera que nosotros nos interesamos por las hierbas de un curandero brujo, pero esto no significaba un interés inútil ya que debéis recordar la digitalina y el curare.

Les expliqué los efectos que tenía cada droga y en muchos casos conocía su nomenclatura oficial y la comercial. Sabía que la codeína era un derivado del opio, y el opio era un derivado de la adormidera. Sabía que la dexedrina era un sulfato y nada más. La química orgánica y la bioquímica no resultan fáciles incluso cuando no hay que contar con las dificultades idiomáticas. Nos juntamos para explicarles lo que era un anillo de benceno, Piwi lo dibujó, explicando hasta donde pudo, y conseguimos ponernos de acuerdo sobre lo que era «elemento», «isótopo», «vida media» y la tabla periódica. Podría haber dibujado algunas fórmulas estructurales (utilizando las manos de Piwi), pero ninguno de los dos tenía la menor idea de la fórmula estructural de la codeína, y no era capaz de representarla incluso, ni cuando se nos suministraban juegos de jardín de infancia, cuyas piezas sólo podían unirse a las valencias de los elementos que representaban.

Aunque Piwi se divirtió. Tal vez ellos no aprendieron mucho de ella, pero ella aprendió mucho de ellos.

No sé exactamente cuando me di cuenta de que la Cosa Madre no era realmente una hembra. Pero no importa. El ser madre es una actitud y no una relación biológica.

Si Noé hubiera tenido que lanzar su arca en Vega Cinco, los animales hubieran tenido que entrar en ella por docenas. Esto hace que las cosas sean muy complicadas. Pero una «Cosa Madre» es alguien que se preocupa por los demás. No estoy seguro de que las Cosas Madre pertenecieran todas a un mismo género; podría tratarse de un asunto de temperamento.

Me encontré con una «Cosa Padre». Podría llamarse «Gobernador» o «Alcalde», pero «cura de la parroquia» o «jefe de exploradores» resultaría más apropiado, excepto porque su prestigio dominaba todo un continente. Un día entró como Pedro por su casa mientras tenía una sesión con Pepe, estuvo cinco minutos, recomendó mucho a Pepe que hiciera un buen trabajo, me dijo que fuera un buen muchacho y que me pusiera bien, y se fue después de hacer todo esto sin apresurarse. Quedé saturado de una cálida autoconfianza, igual que me sucede con papá. No hizo falta que alguien me dijera que era una «Cosa Padre»; su visita estaba impregnada del aroma de «la realeza visitando a los heridos» sin ser condescendiente, ya que no me cabía la menor duda de que le resultaba muy difícil disponer de tiempo para ocuparse de mí.

Pepe, conmigo, no era maternal ni paternal; me enseñaba y me estudiaba: era una «Cosa Profesor».

Un día Piwi se presentó desbordante de satisfacción.

-¿Te gusta mi nuevo conjunto de primavera?

Vestía unas mallas plateadas, a las que había que añadir una joroba parecida a una mochila. Estaba graciosa, pero no resultaba atractiva porque tenía una constitución parecida a un par de palos y aquella ornamentación la hacía aún más evidente.

-Es muy gracioso -dije-. ¿Estás aprendiendo a ser acróbata?

-No seas burro, Kip. Es mi traje espacial nuevo. Uno de verdad.

Miré a Óscar, grande y voluminoso que llenaba todo el armario, y le dije en privado:

-¿Has oído esto, compadre?

-(Ha de haber de todo, para que esto sea un mundo.)

-Tu casco no encajará, ¿verdad?

Piwi se rió con una risa tonta.

-Lo llevo puesto.

-¿Es cierto? ¿No será como el Traje Nuevo del Emperador?

-Casi, casi. Kip, desconecta tus prejuicios y escucha. Este es como el de la Cosa Madre, sólo que está hecho a mi medida. Mi otro traje no era demasiado bueno, y aquel frío tan frío casi lo dejó inutilizable. Pero te vas a quedar perplejo con éste. Fíjate en el casco. Está aquí, sólo que no puedes verlo. Es un campo. Los gases no pueden entrar ni salir -se acercó más-. Dame una bofetada.

-¿Con qué?

-Oh, lo había olvidado. Kip, has de ponerte bueno y salir de esta cama. Quiero llevarte a pasear.

-Estoy completamente de acuerdo contigo. Me dicen que ya no falta mucho.

-Me alegro de que sea así. Mira, te lo voy a demostrar.

Levantó la mano y se dio una bofetada. La palma de su mano golpeó contra algo que estaba a unos centímetros de su cara.

-Y ahora, observa.

Desplazó su mano muy lentamente, la introdujo a través de la barrera, apoyó su pulgar sobre la nariz y agitó su mano en señal de burla.

Aquello me impresionó: ¡Un traje espacial que te permitía alcanzar lo que había dentro de él! Fijaos. Habría podido dar agua, dexedrina y píldoras de azúcar a Piwi cuando tanto las necesitó.

-¡Qué me lleve el diablo! ¿Cómo se puede hacer una cosa así?

-Con un acumulador de potencia en mi espalda, debajo del depósito de aire. El depósito tiene carga para una semana, y además, las mangueras no pueden crear problemas porque no las hay.

-Pero supón que te vuelves loca. Y te encuentras con los pulmones llenos de vacío.

-La Cosa Madre dice que esto no puede suceder.

-Humm. Nunca he visto que la Cosa Madre se equivocase cuando da una cosa por segura.

-Y esto no es todo -prosiguió Piwi-. Tiene un tacto como de piel, las articulaciones no son engorrosas, y nunca tienes frío o calor. Es como un traje de calle.

-Entonces corres el riesgo de quemarte con el sol. ¿No es verdad? Es poco sano, por lo que dices. Es poco sano, incluso en la Luna.

-¡Oh, no! El campo se polariza. Esta es una de las características de este campo, más o menos. Kip, consigue que te hagan uno para ti: ¡Podremos ir a muchos sitios!

Miré a Óscar.

-(Haz lo que más te guste, compadre -dijo fríamente -no soy del tipo celoso.)

-Mira, Piwi. Voy a quedarme con el que conozco. Pero me gustaría examinar este traje de mono que llevas puesto.

-¡Traje de mono! ¡Narices!

Un día me desperté, cambié de lado y me di cuenta de que tenía hambre.

Luego di un bote y me quedé sentado. Me había dado la vuelta en la cama.

Ya me habían avisado de que debía esperarlo. La «cama» era una cama de verdad y mi cuerpo volvía a estar sometido a mi control. Además, tenía hambre, y no la había sentido en todo el tiempo que llevaba en Vega Cinco. Fuera lo que fuera toda aquella maquinaria, incluía un sistema para alimentarme sin comer.

Pero no me detuve a gozar del lujo de tener hambre. Era tan maravilloso volver a ser un cuerpo en vez de ser sólo una cabeza. Salí de la cama, me mareé de repente, me recuperé y sonreí. ¡Manos! ¡Pies!

Examiné aquellas cosas maravillosas. No habían cambiado y estaban ilesas.

Luego los examiné más de cerca. No, habían cambiado en algo. Tenía una cicatriz en mi espinilla derecha que procedía de un juego duro cuando hacía segundo: había desaparecido. Una vez, en una feria, me tatuaron «Mamá» en mi antebrazo; mamá se había afectado mucho y papá se había disgustado, pero había dicho que lo dejáramos para que fuera un recordatorio de que no debía ser tan estúpido. Había desaparecido. No tenía callos en las manos, ni en los pies. Había tenido la costumbre de mordirme las uñas. Mis uñas estaban un poco largas pero eran perfectas. Me faltaba la uña del dedo pequeño del pie derecho debido a que, años atrás, se me había escapado un hachazo. La volvía a tener.

Apresuradamente busqué la cicatriz de cuando me sacaron el apéndice, y la encontré quedando descansado. Si hubiera faltado, seguiría preguntándome si aquél era yo.

Había un espejo sobre la cómoda. Aparecía en él con suficiente pelo para requerir una guitarra (voy siempre con el pelo cortado en forma de cepillo), pero alguien se había molestado en afeitarme.

Sobre la cómoda había un dólar con sesenta y siete centavos, un lápiz automático, una hoja de papel, mi reloj y un pañuelo. El reloj funcionaba. El billete de dólar, el papel y el pañuelo habían sido lavados.

Mis ropas, impecablemente limpias y con reparaciones invisibles, estaban sobre el pupitre. Los calcetines no eran los míos: su material era como de fieltro, si os podéis imaginar un fieltro no más grueso que un Kleenex que se estirara en lugar de romperse. En el suelo estaban unos zapatos de tenis, iguales a los que llevaba Piwi, incluso en el grabado de su marca registrada «U.S. Rubber», pero eran de mi medida y sus palas eran de un fieltro más grueso. Me vestí.

Estaba admirando el resultado cuando Piwi dio una patada a la puerta para abrirla.

-¿Hay alguien en casa? -entró llevando una bandeja-. ¿Quieres desayunar?

-¡Piwi! ¡Mírame!

Me miró.

-No está mal -admitió-, tratándose de un mico. Te hace falta un corte de pelo.

-Sí. ¡Pero esto es maravilloso! ¡Vuelvo a estar en una pieza!

-Nunca has estado a trozos, excepto en algunos sitios, lo sé porque me han dado informes diarios. ¿Dónde quieres que ponga esto?

Dejó la bandeja sobre el pupitre.

-Piwi -pregunté bastante herido-. ¿No te alegra que ya esté bien?

-Claro que sí. ¿Por qué crees que he exigido que me dejaran traerte el desayuno? Ya sabía desde anoche que hoy te iban a descorchar. ¿Quién supones que te ha cortado las uñas y te ha afeitado? Esto te costará un dólar, por favor. El precio del afeitado ha subido.

-Vaya, no sabes aceptar una broma.

-«No pidas prestado, ni prestes».

-Esto lo dijo Polonio. Fue un carcamal pesado y estúpido.

-Sinceramente, Kip, no podría quedarme con tu último dólar.

-Y ahora, ¿quién es el que no sabe aceptar una broma?

-Oh, tómate el desayuno. Este jugo de color púrpura tiene el sabor de naranjada y es muy agradable. Esto, que parece unos huevos revueltos, es su perfecto sucedáneo desde que hice que los tiñeran de color amarillo. Los huevos de aquí son horrorosos, lo que no te sorprendería si supieras de dónde los obtienen. Esta pasta que parece mantequilla, es una grasa vegetal que también les he hecho teñir. El pan es pan, y lo he tostado yo misma. La sal es sal y se sorprenden mucho cuando ven que la comemos: ellos creen que es veneno. Adelante. He servido de conejillo de indias para todo esto. No hay café.

-No lo echaré de menos.

-Yo ni lo pruebo. Intento crecer. Come. Han dejado que tu índice de azúcar disminuyera para que pudieras disfrutar de todo esto.

Su aroma era maravilloso.

-¿Dónde está tu desayuno, Piwi?

-Ya hace horas que he comido. Miraré y haré como que trago cuando tú lo hagas.

Los sabores eran raros, pero aquello era exactamente lo que me habría recetado mi doctor, y supongo que así era literalmente. Nunca disfruté tanto una comida. Por fin, disminuí la velocidad para preguntar:

-¿Tenemos cuchillo y tenedor? ¿Y cucharas?

-Son los únicos que hay en... -aquí vocalizó el nombre del planeta- Me cansé de comer con los dedos y quedo como tonta si intento usar lo que ellos usan. Por lo tanto les hice unos dibujos. Este juego es mío, pero pediré otros.

Hasta había una servilleta, hecha con el material fieltro de siempre. El agua sabía como destilada y sin airear. No me importaba.

-¿Piwi, cómo me has afeitado? Ni siquiera tengo un rasguño.

-Con un cacharrito que da sopas con honda a la mejor navaja barbera. No sé con qué lo hacen, pero si lo patentaras harías un fortunón. ¿Es que no vas a acabarte esta tostada?

-¿Qué? -antes había creído que iba a comerme la bandeja-. No. Estoy lleno.

-En este caso, me la comeré -la utilizó para terminarse la «mantequilla» y luego anunció-. ¡Me voy!

-¿Dónde vas?

-A vestirme. ¡Vamos a salir de paseo!

Y se fue.

El salón de fuera no imitaba al nuestro en las partes que no podían verse desde mi cama, pero una de sus puertas correspondía a un cuarto de aseo, exactamente donde

debía estar. No habían intentado, en absoluto, que se pareciera al de casa, y la grifería y las luces eran típicamente veganas. Pero todo funcionaba de maravilla.

Piwi regresó cuando estaba comprobando el estado de Óscar. Si me lo habían sacado a trozos, habían hecho un trabajo maravilloso al reconstruirlo; ni tan sólo se podían ver los sitios que yo mismo había reparado. Lo habían limpiado con tanto esmero que no tenía el menor olor por dentro. Tenía aire para tres horas, y todo parecía estar en perfecto estado.

-Estás en forma, socio.

-(¡Cómo nunca! El servicio de aquí es excelente.)

-Ya he podido verlo.

Levanté la vista y vi a Piwi que ya se había puesto su «conjunto de primavera».

-¿Piwi, para un simple paseo necesitamos llevar puestos los trajes espaciales?

-No. Podrías ir con un aparato respirador, gafas de sol y una sombrilla.

-Me has convencido. Dime; ¿Dónde está Madame Pompadour? ¿Cómo puedes llevarla dentro de este traje?

-No hay problema, sólo abulta un poco. Pero la he dejado en mi cuarto y le he dicho que se porte bien.

-¿Lo hará?

-No lo creo; ha salido a mí.

-¿Dónde está tu habitación?

-En la puerta del lado. Esta es la única parte de la casa que está tierra-acondicionada.

Empecé a revestirme con el traje.

-Dime. ¿Este traje, tuyo tan elegante, tiene radio?

-Todas las que tiene el tuyo, y algunas más. ¿Te has fijado en los cambios que han hecho en Óscar?

-¿Qué? He visto que lo han reparado y limpiado. ¿Qué le han hecho, además de esto?

-Sólo una cosita. Un click más en el interruptor que permuta las antenas y así podrás hablar sin desgañarte con la gente que esté a tu lado y no tenga la radio conectada.

-No veo el altavoz.

-No des por seguro el que todo tiene que ser voluminoso y pesado.

Al pasar, eché un vistazo al cuarto de Piwi. No estaba decorado según el estilo vegano; yo había visto interiores veganos en el estéreo. Ni tampoco era una copia de su propio cuarto (no podía serlo si sus padres eran personas de gusto). No sé como llamarlo. «Al estilo de un harén árabe» tal vez, tal como lo podría haber concebido el Rey Loco Ludwig, con unos toques de Disneylandia.

No hice el menor comentario. Tenía la sospecha de que a Piwi se le había dado una habitación «exactamente como la suya» porque yo tenía una: era algo que encajaba en el modo de comportarse de la Cosa Madre. Pero Piwi había aprovechado aquella ocasión de oro para dejar desbordar su imaginación superfértil. Dudo que pudiera engañar a la Cosa Madre más de un segundo. Probablemente había dejado que su canto incorporara aquel tono indulgente y había dado a Piwi lo que ésta quería.

La casa de la Cosa Madre era algo menor que nuestro Capitolio, pero no mucho. Su familia parecía estar compuesta por docenas, o centenas de individuos. «Familia» tiene un significado muy amplio en su intrincada genealogía. Nunca pudimos ver individuos muy jóvenes en nuestro piso y ya estaba al corriente de que los mantenían apartados de los «monstruos». Todos los adultos me saludaban, preguntaban por mi salud y me felicitaban por mi recuperación. Decía sin cesar: «Muy bien, gracias. ¡No podría estar mejor!».

Todos conocían a Piwi, y ésta era capaz de cantar sus nombres.

Creí reconocer a uno de mis terapeutas, pero la Cosa Madre, el Profesor Pepe y el jefe de los veterinarios eran los únicos veganos que conocía con seguridad, y no me encontré con ellos.

Nos dimos prisa. La casa de la Cosa Madre era típica, con muchos almohadones blandos de un palmo de grueso y de un metro de diámetro, que ellos utilizaban como

sillas o como camas; el suelo, que estaba desnudo, era esponjoso y acogedor, casi todos los muebles estaban en las paredes y podían ser alcanzados trepando por unos mástiles y travesaños sobre los que una persona podía enrollarse mientras utilizaba uno de ellos; había plantas que crecían desordenadamente como si la jungla se hubiera trasladado allí. Era delicioso, y tan práctico para mí como pudiera serlo un corsé.

Atravesando una serie de arcos parabólicos llegamos a un balcón. No tenía barandilla y la caída hasta la terraza que había debajo era superior a los veinte metros; me fui hacia atrás, lamentando una vez más que Óscar no tuviera una ventana en la mejilla. Piwi llegó hasta el borde, pasó su brazo alrededor de una columna pequeña y se inclinó hacia fuera. A la brillante luz del exterior, su «casco» se había convertido en una esfera opalescente.

-¡Ven a verlo!

-¿Para que me rompa el cuello? ¿Te atreverías a sostenerme?

-¡Va...! ¿Quién tiene miedo de las alturas?

-Yo, cuando no puedo ver lo que estoy haciendo.

-¡Por todos los Santos! Cógete de mi mano y agárrate a un poste.

Me guió hasta una columna, y miré hacia fuera.

Era una ciudad en medio de una jungla. Una tupida espesura verde en la que no se podían diferenciar lo que eran árboles o arbustos de la hierba, se extendía por todas partes, interrumpida tan sólo por unos edificios tan grandes como aquel en donde nos hallábamos. No había carreteras. En las ciudades o incluso fuera de ellas las carreteras corrían por debajo del suelo. Pero había mucho tráfico aéreo: unos aparatos voladores individuales sostenidos por unos dispositivos todavía menos voluminosos que nuestros arneses voladores monoplazas, o que las alfombras mágicas. Como si fuesen pájaros, utilizaban plataformas como aquella en donde nos hallábamos, para lanzarse desde allí, o como puntos de aterrizaje.

También había pájaros de verdad, largos, gráciles y de brillantes colores, con dos pares de alas en tándem, con lo que parecían tener pocas condiciones aerodinámicas pero, que al parecer, les servían muy bien.

El cielo era azul y estaba despejado excepto por tres enormes cúmulos en forma de altas torres que brillaban a lo lejos.

-Vayamos al terrado -dijo Piwi.

-¿Cómo?

-Por allí.

Era un agujero barrenado al que se llegaba mediante hierros empotrados que los veganos utilizan en lugar de escalones.

-¿Pero no hay una rampa de acceso?

-Sí, alrededor de la esquina más alejada.

-No creo que estas varillas puedan sostenerme. Y aquel agujero parece ser muy pequeño para Óscar.

-No seas miedica -y al decir esto, Piwi ascendió como un mono.

La seguí como un oso cansado. Los hierros eran resistentes a pesar de su aspecto frágil, y el agujero ajustaba a la perfección.

Vega estaba en lo alto del cielo. Parecía tener el mismo tamaño angular que nuestro Sol, lo que era correcto porque estaba mucho más lejos que lo que la Tierra lo está del Sol, pero era demasiado brillante, incluso con la polarización. Miré hacia otra parte y los ojos y los polarizadores se fueron ajustando hasta que de nuevo pude ver. La cabeza de Piwi quedaba escondida dentro de lo que parecía ser una pelota de baloncesto de cromo pulido. Dije:

-¡Vaya! ¿Todavía estás ahí?

-Seguro -contestó-. Veo muy bien lo de fuera. Es una vista magnífica. ¿No te recuerda París visto desde la parte de arriba del Arco de Triunfo?

-No lo sé. Nunca he podido viajar.

-Pero no hay bulevares, desde luego. Alguien está a punto de aterrizar aquí.

Me volví hacia donde señalaba. (Ella podía ver en todas direcciones, mientras yo estaba limitado a la visión tipo túnel que era propia de mi casco por su construcción. Para cuando hube dado la vuelta, el vegano ya estaba a nuestro lado.

-(¡Hola, niños!)

-¡Hola, Cosa Madre!

Piwi la había rodeado con sus brazos y la levantaba en el aire.

-(No seas tan impaciente. Deja que guarde esto.)

La Cosa Madre abandonó su arnés, se estremeció formando ondas, plegó el instrumento volador como si fuera una sombrilla y se la colgó del brazo.

-(Parece que estás bien, Kip.)

-Me siento perfectamente, Cosa Madre. Me alegro de que hayas regresado.

-(Quería estar presente cuando te levantarás de la cama. Pero no obstante, tus terapeutas me tenían al corriente al minuto.)

Colocó una manecita sobre mi pecho, creciendo un poco al hacerlo, y colocó sus ojos casi tocando mi placa facial.

-(¿Estás bien?)

-No podría estar mejor.

-¡Esto es verdad, Cosa Madre! -dijo Piwi.

-(Bien. Estás de acuerdo en que te sientes bien, y noto que lo estás. Piwi está segura de que estás bien, y, lo que es más importante, tu terapeuta director me asegura lo mismo. Nos iremos enseguida.)

-¿Qué? -pregunté-. ¿A dónde, Cosa Madre?

Se volvió hacia Piwi.

-(¿No se lo has dicho todavía, querida?)

-Pues caray, Cosa Madre, no he encontrado la ocasión.

-(Muy bien) -se volvió hacia mí-. (Querido Kip, ahora debemos asistir a una reunión. Se formularán preguntas y se contestarán. Se tomarán decisiones) -se dirigió a nosotros dos-. (¿Estáis dispuestos a partir?)

-¿Ahora mismo? -dijo Piwi-. Pues creo que sí, excepto que he de recoger a Madame Pompadour.

-(En este caso, ve a buscarla. ¿Y tú, Kip?)

No podía recordar si llevaba puesto mi reloj después de lavarme, y no lo podía descubrir a través de la gruesa piel de Óscar. Así se lo dije.

-(Muy bien, id corriendo a vuestras habitaciones, mientras consigo que nos preparen una nave. Buscadme allí y no os detengáis para admirar las flores.) Bajamos por la rampa, y yo dije:

-Piwi, otra vez has estado ocultándome cosas.

-¿Cómo eres capaz de decir esto? No lo he hecho.

-¿Pues como lo llamarías?

-¡Mira, Kip, atiende por favor! Me dijeron que no te lo contara mientras estuvieses enfermo. La Cosa Madre insistió mucho en esto. Había que impedir que estuvieras preocupado... esto es lo que dijo... mientras estabas regenerándote.

-¿Pero, por qué debía estar preocupado? ¿A qué viene todo esto? ¿De qué reunión se trata? ¿Qué preguntas van a hacerme?

-Bien, pues... esta reunión es una especie de tribunal. De un tribunal de lo criminal, podríamos decir.

Eché una mirada rápida a mi conciencia, pero no había tenido la menor oportunidad de hacer algo malo... había estado tan indefenso como un niño de pecho hasta un par de horas antes. Es decir, que quedaba Piwi.

-¡Enana! ¿Qué has hecho ahora? -le pregunté severamente.

-¿Yo? ¡Nada!

-Piénsalo bien.

-No, Kip. ¡Oh, siento no habértelo dicho a la hora del desayuno! Pero papá dice que nunca hay que explicar las noticias hasta después de la segunda taza de café, y pensé en lo bonito que sería dar un paseito antes de que empezáramos con las preocupaciones, y estaba dispuesta a contártelo...

-¡Suéltalo ya!

-...tan pronto como saliéramos. Yo no he hecho nada, se trata de Caragusano.

-¡Pero si creía que estaba muerto!

-Tal vez sí, o tal vez no. Pero tal como dice la Cosa Madre, todavía hay que hacer algunas preguntas, y tomar algunas decisiones. Para mí, él debe estar preparado para todo.

Medité sobre aquello mientras proseguíamos nuestro camino atravesando unos apartamentos muy raros hacia la compuerta de aire que conducía a nuestras habitaciones terra-acondicionadas. Crímenes importantes y delitos de menor cuantía... trampas y embustes en los caminos del espacio... sí, probablemente Caragusano se la había buscado. Si los veganos habían podido cazarlo. «Lo habían cazado» aparentemente, puesto que iban a someterle a juicio.

-Pero ¿dónde encajábamos nosotros? ¿Como testigos?

-Supongo que así puedes llamarlo.

Lo que le pudiera pasar a Caragusano era algo que no me importaba en lo más mínimo, y podría darme la oportunidad de conocer más cosas de los veganos. Especialmente si el tribunal estaba lejos de allí, lo que nos permitiría viajar y conocer aquel país.

-Pero hay algo más -continuó Piwi muy preocupada.

-¿Qué más?

Suspiró.

-Por esto quería que antes diéramos un paseo para ir viendo cosas tranquilamente, antes de que mmmm...

-¡No lo masques más! ¡Escúpelo de una vez!

-Pues... que también van a juzgarnos a nosotros.

-¿Qué dices?

-Tal vez sería más adecuado decir que van a «examinarnos». No lo sé. Pero lo que sé es que no podremos volver a casa hasta después del juicio.

-¿Pero, qué hemos hecho? -exploté.

-¡No lo sé!

Mis pensamientos estaban en ebullición.

-¿Y estás segura de que después nos dejarán ir a casa?

-La Cosa Madre rehúsa hablar de ello.

Me detuve y la cogí por el brazo.

-Lo que en resumidas cuentas significa que estamos arrestados. ¿No es así? -dije con amargura.

-Sí... -y añadió casi sollozando-. Pero, Kip, ¡ya te dije que era una especie de policía!

-Vaya cuadro. Le sacamos las castañas del fuego, y en agradecimiento, nos detiene... y nos van a juzgar... y todavía no sabemos por qué. ¡Vaya sitio, esta Vega Cinco! «Los nativos son amistosos» y me han estado cuidando, como cuidamos a un criminal antes de colgarlo.

-Pero, Kip... -Piwi ya estaba llorando a moco tendido-. Estoy segura de que todo saldrá bien. Puede que sea un policía, pero sigue siendo la Cosa Madre.

-¿Pero lo es de verdad? Me lo estoy preguntando.

El estado en que se encontraba Piwi contradecía sus palabras. No era de las que se preocupan por todo. Más bien todo lo contrario.

Mi reloj estaba en la repisa del lavabo. Abrí su correa para poder llevarlo en un bolsillo interior. Cuando salí de allí, Piwi estaba acondicionando a Madame Pompadour para hacer lo mismo con ella.

-Mira, ponla aquí y te la llevaré yo que tengo más sitio.

-No, gracias -repuso Piwi con poca amabilidad-. Necesito que esté conmigo. Especialmente ahora.

-Y bien, Piwi. ¿Dónde está este tribunal? ¿En esta ciudad, o en otra?

-¿No te lo he dicho? ...No, supongo que no. No está en este planeta.

-Creí que habías dicho que éste era el único habitable.

-No es un planeta de los que giran alrededor de Vega. Se trata de otra estrella. Ni siquiera está en esta misma galaxia.

-¡Repítemelo!

-Está en algún lugar de la Nube Magallánica Inferior.

CAPITULO 10

No inicié una pelea, quiero decir, a más de doscientos billones de kilómetros de cualquier parte. Pero no hablé con la Cosa Madre cuando entré en su nave.

Tenía la forma clásica de una colmena y parecía tener el tamaño justo para llevarnos hasta el puerto espacial. Piwi y yo estábamos apretados, juntos en el suelo, y la Cosa Madre estaba enrollada delante y jugueteaba distraídamente con algo reluciente que parecía un ábaco. Despegamos directamente hacia arriba.

Al cabo de unos pocos minutos mi enfado pasó desde el malhumor a tener unas ganas incontenibles de aclararlo todo.

-¡Cosa Madre!

-(Un momento, querido. Espera a que salgamos de la atmósfera.)

Empujó alguna cosa y la nave tembló y se estabilizó.

-¡Cosa Madre! -repetí.

-(Espera hasta que bajemos, Kip.)

Me vi obligado a esperar. Es una tontería tan grande distraer a un piloto como arrancar una rueda de un coche en marcha. Aquella pequeña nave soportó una buena cantidad de golpes ya que los vientos de la zona alta debían ser cambiantes. Pero ella sabía pilotar.

En aquel momento notamos un ligero salto y supuse que estábamos en el puerto espacial. La Cosa Madre volvió la cabeza hacia mí.

-(Está bien, Kip. Capto tu miedo y tu resentimiento. ¿Ayudaría si os dijera que ninguno de los dos estáis en peligro? ¿Y que os protegería con mi propio cuerpo? ¿De la misma manera que vosotros protegisteis el mío?)

-Sí, pero...

-(Entonces esperad a ver qué pasa. Es más fácil verlo que explicarlo. No cerréis vuestros cascos. El aire de este planeta es como el del vuestro.)

-¿Uh? ¿Quieres decir que ya estamos allí?

-Ya te lo dije -dijo Piwi a mi codo-. «Sólo ¡Puuuf! y ya estás allí».

No contesté. Intentaba calcular a que distancia estábamos de casa.

-(Venid, niños.)

Cuando partimos era mediodía, cuando desembarcamos era de noche. La nave descansaba sobre una plataforma que se extendía hasta perderse de vista. Las estrellas que tenía delante de mí correspondían a unas constelaciones no familiares. Atravesando el cielo aparecía un débil revoltijo que descubrí era la Vía Láctea, Así que a Piwi se le habían cruzado los cables: estábamos lejos de casa, pero seguíamos todavía en nuestra Galaxia, tal vez no habíamos hecho más que cambiar de lado en Vega Cinco.

Oí que Piwi jadeaba y me volví en redondo. No me quedaron fuerzas para jadedear. Dominando todo aquel lado del cielo, había un gran torbellino de millones, o tal vez de miles de millones, de estrellas.

¿Habéis visto fotografías de la Gran Nebulosa de Andrómeda? Es una espiral gigante con dos brazos curvos, vistos desde un ángulo, es la más hermosa de las cosas que se pueden ver en el cielo. Era como aquello.

Sólo que no estábamos viendo una fotografía, ni siquiera mirábamos a través de un telescopio; estábamos tan cerca (si cerca es la palabra indicada) que se veía de longitud doble de la que parecía tener desde casa la Montaña Rusa. Estábamos tan cerca que podía ver el espesamiento en su parte central, formado por dos grandes ramas que se enroscaban y se sobrepasaban mutuamente. Las veíamos desde un ángulo y esto les daba una apariencia elíptica, lo mismo que sucede con M31 de Andrómeda: se podía percibir su profundidad, y se podía apreciar su forma.

Entonces supe que estaba muy lejos de casa. Allí estaba mi casa, allí arriba, perdida en un amasijo de miles de millones de estrellas.

Pasó algún tiempo antes de que advirtiera otra espiral doble, a mi derecha, casi de la misma anchura pero vista completamente de lado y no tan brillante, que era el pálido fantasma de nuestra vistosa Galaxia. Poco a poco me hice a la idea de que esta segunda debía ser la Nube Magallánica Mayor, si es que nosotros nos hallábamos en la Menor, y si aquel feroz torbellino era nuestra propia Galaxia. Lo que me había parecido «La Vía Láctea» no era más que una vía láctea, era la Nube Menor vista desde dentro.

Me volví y la miré de nuevo. Tenía la forma correcta, una carretera que daba la vuelta al cielo, pero era de una pálida leche descremada comparada con la nuestra, era casi como nuestra Vía Láctea aparece en una noche oscura.

No sabía cual debía ser su aspecto porque nunca he visto las Nubes de Magallanes; nunca he estado al sur de Río Grande. Pero sabía que cada Nube era una galaxia por derecho propio, aunque más pequeña que la nuestra, con la que están agrupadas.

Volví a mirar nuestra brillante espiral y sentí nostalgia de un modo que no recordaba haber sentido desde que tenía seis años.

Piwi se apretaba mucho contra la Cosa Madre para estar cómoda. Esta se hizo más alta y posó uno de sus brazos rodeando a Piwi.

-¡Bueno, bueno, querida! Sentí lo mismo que tú cuando era muy joven y lo vi por primera vez.)

-Cosa Madre -dijo Piwi tímidamente-. ¿Dónde está mi casa?

-(¿Querida, ves la mitad derecha, donde el brazo exterior se pierde en la nada? Hemos llegado desde un punto y dos tercios a partir del centro.)

-¡No, no! No la de Vega. Lo que quiero saber es dónde está nuestro Sol!

-(Oh, te refieres a tu estrella. Pero, querida, a esta distancia poco importa.)

Aprendimos a qué distancia del Sol estaba el planeta Lanador: era 167.000 años-luz. La Cosa Madre no pudo decírnoslo directamente puesto que no sabía cuánto tiempo era lo que llamábamos año, es decir lo que tarda la Tierra en dar la vuelta al Sol (una cifra que tal vez hubiera utilizado o no, y que para ella era tan poco importante como el precio de los cacahuetes en el mercado). Lo que sí sabía era la distancia desde Vega al Sol, y luego nos dio la distancia de Lanador a Vega, y con ésta última como vara de medir resultaba ser seis mil ciento noventa veces mayor. 6190 veces 27 años-luz nos da 167.000 años-luz. Por cortesía nos dio la cifra en potencias de diez en vez de potencias de factorial cinco ($1 \times 2 \times 3 \times 4 \times 5 = 120$) que es como cuentan los Veganos. 167.000 años luz son casi 16 por diez elevado a 17 kilómetros, o sea:

1.600.000.000.000.000.000 Km.

Esta es la distancia de Vega a Lanador (o desde Sol a Lanador porque a esta escala, Vega y el Sol son como vecinos que están con la puerta del uno junto a la del otro).

Me niego a aceptar estas cifras tan enormes. Puede ser una distancia «corta» entre las distancias cósmicas, pero llega un momento en que a uno se le saltan los fusibles por sobrecarga del cerebro.

La plataforma donde estábamos era el techo de un enorme edificio triangular, que medía kilómetros de lado. Vimos aquel triángulo repetido en muchos sitios y siempre con una espiral de dos brazos en cada vértice. Era el dibujo de lo que la Cosa Madre llevaba como joya.

Es el símbolo de: «Tres Galaxias: Una Ley».

Voy a explicar de corrido, cosas que aprendí gota a gota: Las Tres Galaxias son como nuestras Naciones Libres Federadas, o lo que eran las Naciones Unidas antes de esto, o la Liga de las Naciones todavía antes. Lanador acoge sus oficinas y sus archivos, es la capital de la Liga, del mismo modo que las de N.L.F. están en Nueva York, y que la Liga de Naciones estaba en Suiza. El motivo es histórico: la gente de Lanador descende de la Antigua Raza y es allí donde se inició la civilización.

Las Tres Galaxias forman un grupo-isla, como el Estado de Hawái, ya que no tienen vecinos próximos. La civilización se expandió por la Nube Menor, después por la Nube Mayor, y se está expandiendo lentamente por nuestra Galaxia donde tardará más tiempo, porque en la Vía Láctea hay de quince a veinte veces más estrellas que en las otras dos.

Cuando empecé a ver claras todas estas cosas, ya no estaba tan enfadado. La Cosa Madre era una persona importante en su casa y en su planeta, pero allí era un oficial secundario y todo lo que podía hacer era llevarnos hasta allí. A pesar de esto, durante un tiempo, me mostraba distante, y fríamente educado con ella, ya que debería haber mirado hacia otro lado mientras nos escapábamos hacia casa.

Nos alojaron en aquel enorme edificio, en lo que podremos llamar «Hotel de Transeúntes», aunque «Depósito de Detenidos» o «Prisión» son nombres que se ajustan más a la realidad. No puedo quejarme de las instalaciones pero ya estaba malditamente cansado de que me encerraran cada vez que llegaba a un nuevo lugar. Nos recibió un robot que nos condujo al interior. En Lanador hay robots por doquier que vayas. No me refiero a cosas que se parezcan al Leñador de Hojalata, quiero decir máquinas que hacen cosas por ti, como aquella que nos guió hasta nuestras habitaciones y luego se quedó por allí como un botones esperando la propina. Era un carro de tres ruedas con un gran cesto encima, para el equipaje si hubiéramos llevado. Se reunió con nosotros, silbó a la Cosa Madre en vegano y nos condujo fuera de allí haciéndonos bajar en un ascensor y recorrer un amplio e inacabable pasillo.

Otra vez me dieron «mi» cuarto: una falsificación de una falsificación, con todos los errores del cuarto anterior, a los que se habían añadido algunos más. La vista de aquello no me tranquilizaba en lo más mínimo pues dejaba entrever que planeaban retenernos allí el tiempo que... bien, el tiempo que quisieran.

Pero el cuarto estaba completo, hasta había un estante para Óscar y un cuarto de baño aparte. Exactamente detrás de «mi habitación» había otra falsificación de otra clase: una copia de aquel horror de Noches de Arabia, que Piwi había ocupado en Vega Cinco. Al parecer Piwi estaba encantada, y por esto no le hice ver las implicaciones de todo aquello.

La Cosa Madre estuvo rondando por allí mientras nos quitábamos los trajes espaciales.

-(¿Os parece que estaréis cómodos?)

-Desde luego -dije con poco entusiasmo.

-(Si necesitáis comida o cualquier otra cosa, no tenéis más que decirlo y lo tendréis.)

-¿Sí? ¿Es que hay algún teléfono por aquí?

-(Limitaos a expresar vuestros deseos. Seréis oídos.)

No dudaba de ella, pero estaba tan cansado de las habitaciones que tenían dispositivos de escucha como de estar encerrado: uno debe tener su intimidad.

-Tengo hambre -comentó Piwi-. He desayunado muy temprano.

Estábamos en la habitación de Piwi. Unos colgantes de color púrpura se replegaron y una luz empezó a brillar donde habían estado. Al cabo de un par de minutos desapareció una parte de la pared y apareció una tabla a la misma altura de una mesa, como si fuera una lengua burlona. Sobre ella había platos y cubertería, fiambres, frutos, pan, mantequilla y una jarra de cacao humeante. Piwi gritó y aplaudió. Yo miré todo aquello con menos entusiasmo.

-(¿Lo veis?) -cantó la Cosa Madre con un deje de sonrisa-. (Pedid cuanto necesitéis. Si me necesitáis, vendré. Pero ahora debo irme.)

-No te vayas, por favor, Cosa Madre.

-(Debo irme, querida Piwi. Pero volveremos a vernos muy pronto. A propósito, aquí hay dos más de los vuestros.)

-¿Uhu? -intervine-. ¿Quiénes son? ¿Dónde están?

-(En la puerta más próxima.)

Se fue con una deslizante prontitud, y el robot botones tuvo que acelerar para situarse delante de ella.

Me volví.

-¿Has oído esto?

-¡Lo he oído claro y fuerte!

-Muy bien. Come si quieres; voy a ver a los otros humanos.

-¡Oye! ¡Espérame!

-Me parecía que querías comer.

-Sí... bien... ¡Espera un segundo!

Con toda diligencia puso mantequilla sobre dos rebanadas de pan y me pasó una de ellas. Yo no tenía una prisa demasiado excesiva, y me la comí. Piwi devoró la suya, bebió directamente de la jarra y me la ofreció.

-¿Quieres un poco?

No era cacao, exactamente, y además tenía un sabor a carne pero estaba bueno. Le devolví la jarra que apuró.

-Ahora ya puedo luchar con fieras salvajes. En marcha, Kip.

La «puerta más próxima» estaba más allá del salón de nuestro apartamento de tres habitaciones. Después de unos quince metros de pasillo, llegamos a una puerta en arco. Mantuve retrasada a Piwi y miré con precaución.

Se trataba de un diorama, de un escenario preparado.

Aquel era mejor que los que se pueden ver en los museos. Estaba mirando desde detrás de unos arbustos en un pequeño claro de bosque de un país salvaje. Terminaba en un cenagal. Pude ver un cielo muy cubierto y la boca de una cueva que aparecía entre las rocas. El terreno estaba mojado, como si hubiera llovido.

Un hombre de las cavernas se hallaba cerca de la entrada de la cueva. Devoraba la carcasa de un animal pequeño, posiblemente una ardilla.

Piwi intentó empujarme hacia un lado para hacerse sitio; la detuve. El hombre de las cavernas no pareció advertir nuestra presencia, de lo que me congratulé. Sus piernas parecían cortas, pero calculo que debía pesar el doble que yo y tenía una musculatura como la de un levantador de pesas, con unos antebrazos cortos y peludos y unos bíceps y pantorrillas en forma de bola. Su cabeza era enorme, mayor y de más longitud que la mía, pero su frente y su mentón no eran gran cosa. Tenía los dientes alargados y amarillos, excepto uno delantero que estaba roto. Oí el crujido de unos huesos.

En un museo habría esperado encontrar un letrero donde se leyera: «Hombre de Neanderthal, aproximadamente de la Última Edad de Hielo», pero las estatuas de cera de las razas extintas no hacen crujir huesos.

Piwi protestó:

-¡Hey, déjame ver!

Él la oyó. Piwi le miró con fijeza. El nos miró a su vez con fijeza. Piwi chilló. Él dio un salto, giró y se metió en la cueva andando como un pato, y tomándose el tiempo que quiso.

Agarré a Piwi.

-¡Salgamos de aquí!

-Espera un minuto -dijo tranquilamente-. No tendrá prisa por salir -y empujó la maleza hacia un lado.

-¡Piwi!

-Prueba esto -sugirió mientras su mano parecía acariciar el aire-. Lo tienen enjaulado.

Lo probé. Había algo transparente que bloqueaba la arcada. Podía empujarlo hacia dentro, pero no más de un par de centímetros.

-¿Plástico? -sugerí-. ¿Será algo parecido a Lucita, pero más elástico?

-Mmmm... -dijo Piwi-. Diría que es como el casco de mi traje. Aunque más resistente. Apostaría a que la luz lo atraviesa en un sólo sentido. Creo que no puede vernos.

-Muy bien, volvamos a nuestras habitaciones. Tal vez podamos cerrarlas.

Siguió palpando aquella barrera.

-¡Piwi! -dijo-. No atiendes a lo que te digo.

-¿Y puede saberse por qué me hablas precisamente cuando yo no te escucho?

-Piwi, no son momentos para que te hagas la difícil.

-Suenas como mi padre. El dejó caer la rata que se estaba comiendo, debe regresar.

-Pues si regresa, tú no estarás aquí, porque voy a llevarte a rastras... y si me muerdes, también te morderé. Te lo advierto.

Piwi miró a su alrededor sin la menor traza de animosidad.

-No te mordería, por más cosas que me hicieras, Kip. Pero si has de tener miras tan estrechas... ¡Oh! Está bien. Dudo que salga antes de una hora o algo así. Ya volveremos.

-De acuerdo -y la saqué de allí.

Pero no nos marchamos. Oí un fuerte silbido y un grito:

-¡Hey, Fulano! ¡Aquí arriba!

Las palabras sonaban raras, pero las comprendía... digamos que un poco.

El grito procedía de otra arcada que estaba al otro extremo del corredor, un poco más allá. De momento dudé, luego fui hacia allí porque Piwi hacía lo mismo.

Un hombre de unos cuarenta y cinco años estaba en aquel portal sin hacer nada. No era del Neanderthal: era civilizado, o por lo menos parecía serlo. Llevaba una larga y pesada túnica de lana, sujeta por una correa a su cintura, formando una especie de falda escocesa. Sus piernas, que asomaban por debajo de ella, estaban envueltas con lana y estaba calzado con unas botas pesadas que parecían muy usadas. A su cintura y sostenida por una correa que pasaba por encima de su hombro, llevaba una espada corta pero pesada; había un puñal al otro lado de su cintura. Llevaba el cabello corto y estaba completamente rasurado pero tenía una barba de algunos pocos días. Su expresión no era amistosa ni lo contrario: sólo nos observaba atentamente.

-Gracias -dijo con malhumor-. ¿Eres el carcelero?

-¡Pero si esto es latín! -dijo Piwi con voz entrecortada.

¿Qué se puede hacer cuando te encuentras de repente con un legionario? ¿Además, inmediatamente después de dar con un hombre de las cavernas?

-No, yo también soy un prisionero -le respondí.

Se lo dije en español y logré repetirlo en un latín bastante clásico. Utilicé el español porque Piwi no había estado completamente acertada. Lo que hablaba no era el latín de Ovidio ni el de Julius Caesar. Tampoco era español. Era algo intermedio, con un acento atroz y otras diferencias. Pero si ponía mucha atención podía captar su significado.

Chupó sus labios y respondió.

-Pues esto es malo. Llevo tres días tratando de llamar la atención de alguien, y no consigo más que la de otro prisionero. Pero así es como ruedan los dados. Oye, tienes un acento muy divertido.

-Lo siento, amicus, pero a mí también me resulta difícil entenderte. Lo repetí en latín, y después saqué el promedio. Añadí en un pobre lenguaje de circunstancias.

-Háblame despacio, ¿lo harás?

-Hablo como me da la gana. Y no me llames amicus. Soy un ciudadano romano, o sea que no te hagas el fresco.

Esto es en traducción libre. Su expresión era más vulgar, creo. Se aproximaba más a una frase en español que a todas luces es muy vulgar.

-¿Qué dice? -preguntó Piwi-. ¿Es latín, verdad? ¡Traduce!

Me alegré de que no lo hubiera entendido.

-¿Pero Piwi, vas a salirme ahora con que no entiendes el lenguaje de la poesía y de la ciencia?

-¡No te hagas el listo! Dímelo.

-No me agobies, cariño. Te lo contaré luego. Ya tengo bastante trabajo para entenderlo.

-¿Qué está gruñendo este personaje bárbaro? -dijo amablemente el romano-. Habla en algo que sea lenguaje, muchacho. O te administraré diez golpes de plano con mi espada.

Parecía que se apoyaba sobre nada, por lo que palpé el aire. Era sólido. Decidí no preocuparme más por su amenaza.

-Estoy hablándote lo mejor que puedo. Entre nosotros hablamos en nuestro propio lenguaje.

-Es un gruñir de marranos. Hablad en latín. Si es que podéis -miró a Piwi como si la viera por primera vez-. ¿Es tu hija? ¿Quieres venderla? Si tuviera algo de carne sobre sus huesos, podría valer medio denario.

Piwi lo vio claro enseguida.

-¡Esto si lo he comprendido! -dijo con tremenda fiereza-. ¡Ven aquí y lucha!

-Inténtalo en latín -le aconsejé-. Si llega a entenderte probablemente te zurrará la badana.

Pareció estar incómoda.

-¿Le dejarías?

-Bien sabes que no.

-Regresemos.

-Esto ya te lo había dicho antes.

Le serví de escolta desde más allá del cubil del hombre de las cavernas hasta nuestro apartamento.

-Piwi, voy a regresar para ver lo que nuestro romano tiene que decir. ¿Te importa?

-¡Claro que me importa!

-Has de ser razonable, querida. Si pudiesen herirnos, la Cosa Madre lo sabría. Después de todo, fue ella la que nos dijo que estaban aquí.

-Iré contigo.

-¿Para qué? Ya te explicaré todo lo que aprenda. Esto puede ser una oportunidad para descubrir lo que significa toda esta tontería. ¿Qué hace el romano aquí? ¿Es que lo han tenido congelado durante un par de miles de años? ¿Cuánto tiempo lleva despierto? ¿Qué puede saber él que no sepamos nosotros? Estamos en una mala situación y todos los datos que pueda recoger pueden ser necesarios. Tú puedes ayudar manteniéndote apartada. Y si es que tienes miedo, llama a la Cosa Madre.

Ella puso mala cara y exclamó:

-No tengo miedo. Está bien, si es que lo quieres así.

-Lo quiero así. Cómete el almuerzo.

Jo-Jo, el muchacho de la cara de perro no estaba a la vista; pasé lo más lejos posible de su puerta. Si una nave puede ir a cualquier parte en un tiempo cero, ¿puede ahorrarse una dimensión e ir a todas partes en cualquier tiempo? ¿Cuál sería el desarrollo matemático de esto? El soldado seguía holgazaneando en su puerta. Levantó la vista.

-¿No oíste cuando te dije que te quedaras por aquí?

-Te he oído -admití-. Pero no vamos a ir a ningún sitio si tomas esta actitud. No soy uno de tus soldados.

-¡Pues tienes mucha suerte!

-¿Vamos a hablar pacíficamente, o me largo?

Me miró de arriba abajo.

-Paz. Pero no te las des de listo conmigo, bárbaro.

Se llamaba «Iunio». Había servido en Iberia y en la Galia, luego fue transferido a la Sexta Legión, «La Victoriosa», que creía que hasta el más ignorante de los bárbaros debía conocer. Los cuarteles de su legión estaban en Eboracum, al norte de Londinium en Britania. Pero había sido destacado en servicio como centurión de carrera (él lo pronunciaba «centurio») aunque su graduación definitiva era algo así como la de sargento mayor. Era más menudo que yo, pero no me hubiera gustado toparme con él en un callejón. Ni tampoco en las empalizadas de un castrum.

Tenía mala opinión de los de Britania y de todos los bárbaros, incluyéndome a mí, (no es nada personal: algunos de mis mejores amigos son bárbaros), de las mujeres, del clima británico, de los altos jefes, y de los sacerdotes; pensaba bien de César, de Roma, de los dioses, y de su propia habilidad profesional. El ejército ya no era lo que había sido y su declive procedía de tratar a los auxiliares como si fueran ciudadanos romanos.

Le habían destinado a proteger la construcción de un muro para contener a los bárbaros (que eran una pandilla repugnante que podían infiltrarse, abrir tu garganta y comerte, lo que sin duda le había ocurrido a él ya que se encontraba en las regiones infernales).

Creí que se refería a la Muralla de Adriano, pero aquello quedaba a tres días de marcha hacia el Norte de donde decía él, allí donde los mares se aproximaban más. El clima de allí era terrible y los nativos eran unas bestias sedientas de sangre que decoraban sus cuerpos con pinturas y no eran partidarios de la civilización. Podríamos creer que las águilas intentaban robar su pequeña isla. Eran provincianos... como yo. Dicho sea sin ánimo de ofender.

Sin embargo había comprado una pequeña bárbara para tenerla como mujer, y proyectaba quedarse de servicio en la fortaleza de Eboracum, cuando sucedió aquello. Iunio se encogió de hombros:

-Tal vez, si hubiera estado más atento a hacer los sacrificios y los ofertorios, mi suerte no habría empeorado. Pero calculo que un hombre si cumple con su deber y se mantiene limpio tanto él como sus armas, el resto deben ser sólo preocupaciones del Cuerpo de Mando. Anda con cuidado con este portal porque está embrujado.

Cuanto más hablaba más fácil me resultaba entenderlo. La terminación latina en «-us» la había convertido en «-o» y su vocabulario no era el de «La Guerra de las Galias»: el caballo ya no era «equinus» (equino) sino «caballo». La mezcla de sus idiomas me lo ponía difícil, porque hay que añadir que «su» latín estaba diluido con una docena de lenguas bárbaras. Pero ya sabéis que si tomáis un periódico y tacháis una de cada tres palabras, podréis captar perfectamente de qué va el asunto.

Aprendí muchas cosas de la vida cotidiana y de la política menuda de «La Victoriosa», pero nada de lo que me interesaba saber. Iunio no sabía cómo había llegado hasta donde se hallaba, ni el porqué, a excepción de que estaba muerto y a la espera de un destino en las barracas de recepción del mundo infernal, lo que era una teoría que yo no estaba bastante preparado para aceptar.

Sabía el año de su muerte: El Año Octavo del Emperador, y el Año Ochocientos noventa y nueve de Roma. Para no olvidarme de ello lo escribí en números romanos, pero no podía recordar cuándo se fundó Roma, ni siquiera pude identificar el «Caesar» ni sabiendo su nombre completo, porque hubo muchos «Caesares». Pero la Muralla de Adriano ya había sido construida y Britania seguía estando ocupada; aquello situaba a Iunio muy cerca del siglo tercero.

El romano no estaba interesado en el hombre de las cavernas que estaba al otro extremo. Para él, daba cuerpo al peor de los vicios de un bárbaro: la cobardía. No quise discutir con él, pero yo también sentiría timidez si tuviera un tigre de colmillos de sable aullando a mi puerta. (¿Tendrían tigres de colmillos de sable, en aquellos tiempos? Por si acaso digamos «un oso de las cavernas».)

Iunio se fue y regresó con pan moreno duro, queso y un vaso. No me ofreció nada de todo aquello, y no creo que fuera debido a la barrera. Dejó caer al suelo un poco de su bebida y empezó a masticar. El suelo era de barro, las paredes eran de piedra desnuda y el techo se sostenía mediante vigas de madera. Aquello podría ser una copia de las viviendas en uso durante la ocupación de Britania, pero no soy un experto.

No me quedé mucho más tiempo. No sólo porque el pan y el queso me recordaban que estaba hambriento, sino porque ofendí a Iunio. No sé lo que le pasó, pero discutió con una fría meticulosidad todo lo que se refería a mí: mis hábitos de comer, antepasados, aspecto, conducta y modo de ganarme la vida. Iunio resultaba agradable, siempre que estuvieras de acuerdo con él, hicieras caso omiso de sus insultos, y fueras servil al tratarle. Muchas personas mayores reclaman lo mismo, incluso cuando compran un bote de polvos de talco de noventa y cinco centavos, al fin aprendes a entregárselo sin pensar, porque de no hacerlo así acabas teniendo una reputación de ser un muchacho muy fresco y un delincuente juvenil en potencia. Cuanto menor sea el respeto que merezca una persona vieja, más seguro puedes estar de que va a exigirlo a todos los que sean más jóvenes que ella. Por todo esto, me marché, puesto que, de todas formas, Iunio no sabía nada que pudiera ayudarme. Cuando regresaba, vi al hombre de las cavernas que me miraba desde dentro de su cueva. Le dije:

-Tómalo con calma, Jo-Jo -y seguí andando.

Choqué contra otra barrera que bloqueaba nuestra arcada. Lo percibí y dije susurrando:

-Quiero entrar.

La barrera prácticamente se fundió y pude entrar, después descubrí que estaba otra vez en su sitio.

Mis suelas de goma no hacían el menor ruido, y no llamé porque tal vez Piwi se había dormido. Su puerta estaba abierta y eché una ojeada. Estaba sentada, al estilo de los sastres sobre aquel diván increíble, meciendo a Madame Pompadour y llorando.

Retrocedí, y luego regresé silbando, haciendo mucho ruido y llamándola. Se asomó por su puerta con la cara sonriente y sin señales de lágrimas.

-¡Hola, Kip! Has tardado mucho.

-Aquel fulano habla mucho. ¿Qué hay de nuevo?

-Nada. He comido, y como tú no regresabas he dormido la siesta hasta que me has despertado. ¿Qué has encontrado?

-Permíteme que pida mi comida, y luego te lo contaré mientras como.

Estaba acorralando los últimos restos de salsa cuando un robot botones vino a buscarnos. Era igual al otro, exceptuando que llevaba delante, en oro reluciente, aquel triángulo con las tres espirales.

-Seguidme -dijo en nuestro idioma.

Miré a Piwi.

-¿No ha dicho la Cosa Madre que regresaría?

-Claro, así lo creo.

La máquina repitió:

-Seguidme. Ha sido requerida vuestra presencia.

He recibido muchas órdenes, y algunas de ellas no debía haberlas recibido, pero nunca me las había dado una máquina.

-Vete a freír espárragos -dije-. Tendrás que arrastrarme.

Esto no es lo que se debe decir a un robot. Logré que empezara a arrastrarme. Piwi chilló:

-¡Cosa Madre! ¿Dónde estás? ¡Ayúdanos!

Su canto de pájaro nos llegó desde dentro de la máquina.

-(Todo va bien, queridos. El sirviente os conducirá hasta mí.)

Dejé de luchar y eché a andar. Aquel desertor de una tienda de electrodomésticos nos condujo hasta otro ascensor, luego a un corredor cuyas paredes se deslizaron a toda velocidad así que hubimos entrado en él. Nos introdujo suavemente a través de una enorme arcada rematada por el triángulo con las espirales, y nos metió en un corral que estaba cerca de una pared. El corral no era perceptible hasta que no intentábamos desplazarnos: chocábamos nuevamente contra aquel aire sólido tan molesto.

Se trataba de la mayor habitación en donde había estado alguna vez, triangular, sin estar ocupada por postes o pilares, con las paredes tan altas y tan alejadas unas de otras que yo casi esperaba que se produjeran tormentas locales. Un sitio tan enorme me hace sentir como una hormiga y me alegré de estar cerca de una de las paredes. La sala no estaba vacía ya que éramos centenares los que la ocupábamos, pero lo parecía porque todos nos hallábamos cerca de las paredes y el resto del monumental suelo quedaba libre.

Pero allí, en el centro, se encontraban tres caragusanos: el proceso a Caragusano había empezado.

No sé si era el mismo Caragusano nuestro. No hubiera podido saberlo aunque no hubiera estado a tanta distancia, porque la diferencia entre dos caragusanos es parecida a la diferencia que hay entre que te corten el cuello en redondo o que te cercenen la cabeza. Pero, tal como aprendimos, la presencia o la ausencia de un determinado trasgresor individual era la parte menos importante del juicio. Se estaba juzgando a Caragusano, presente o ausente, vivo o muerto.

Estaba hablando la Cosa Madre. Podía ver su delicada figura, también alejada sobre el suelo, pero separada de los caragusanos. Su voz de pájaro cantor llegaba débilmente hasta mí, pero oía claramente sus palabras, en nuestro idioma: desde algún sitio vecino a nosotros nos proyectaban la traducción de sus palabras. La expresión de los sentimientos de ella en la traducción era la misma que había en sus tonos de pájaro.

Estaba explicando lo que sabía de la conducta de los caragusanos, tan desapasionadamente como si describiera algo que estuviera bajo un microscopio, o como un agente de tráfico que estuviera testificando:

-A las 9.17 del día cinco, mientras me hallaba de servicio en...

Los hechos. La Cosa Madre estaba acabando su relato de los hechos acaecidos en Plutón. Lo interrumpió en seco cuando llegó al momento de la explosión.

Otra voz, también traducida para nosotros, habló. Era una voz sin inflexiones, con un acento nasal, que me hacía recordar a un tendero de Vermont con el que habíamos tenido tratos durante un verano cuando yo era un chaval. Era un hombre que no sonreía nunca ni ponía mala cara y lo poco que decía lo expresaba en el mismo tono aunque estuviera diciendo «es una buena persona» o «este nombre es rapaz de engañar a su propio hijo», o «los huevos están a cincuenta y cinco centavos». Era frío como una caja registradora. Aquella voz era de las de aquella clase. Preguntó a la Cosa Madre:

-¿Ya has terminado?

-He terminado.

-Oiremos ahora al otro testigo. ¡Clifford Russell...!

Pegué un salto, como si el tendero me hubiera atrapado con la mano dentro del tarro de los caramelos.

La voz prosiguió:

-...atiende cuidadosamente.

Otra voz empezó a hablar. Era mi propia voz. Era el relato que había hecho tumbado sobre mi espalda, en Vega Cinco.

Pero allí no estaba todo, puesto que sólo era lo que se refería a Caragusano. Alguien había suprimido los adjetivos y algunas frases completas, como si hubieran estado utilizando unas tijeras en una cinta magnetofónica. Los hechos estaban allí, pero faltaba lo que yo pensaba de ellos.

Empezaba con unas naves que aterrizaron en un prado, detrás de nuestra casa, y acababa con el último caragusano ciego dando un traspies y desapareciendo dentro del agujero. No era demasiado extenso porque gran parte del relato había quedado fuera de él, por ejemplo nuestra excursión por la superficie de la Luna. Habían dejado mi descripción de Caragusano, pero estaba tan recortada que podría haberse tratado de la de la Venus de Milo en vez de la del ser mas horrible de la creación.

Terminó la reproducción de mi voz, y la del tendero yanqui dijo:

-¿Son éstas tus propias palabras?

-¿Qué?... sí.

-¿Es una explicación correcta?

-Sí, pero...

-¿Es correcta?

-Sí.

-¿Está completa?

Quería decir que de ninguna manera, que no, pero ya estaba empezando a comprender su sistema.

-Sí.

-¡Patricia Wynant Reisfield...!

La historia de Piwi empezaba antes y se refería a todos aquellos días en que había estado en contacto con los caragusanos y yo no. Pero no fue mucho más larga que la mía, porque a pesar de que Piwi tiene una vista muy aguda, siempre está cargada de opiniones. Y las opiniones se habían dejado de lado.

Cuando Piwi hubo declarado que su evidencia era correcta y completa, la voz yanqui declaró:

-Hemos oído a todos los testigos, todos los hechos conocidos se han hecho constar. Los tres individuos pueden hablar en su defensa.

Creo que los caragusano habían elegido a uno para que les representara, tal vez al Caragusano si es que estaba vivo y allí. Sus respuestas al ser traducidas para nosotros, habían perdido el acento gutural con que nos había hablado Caragusano, pero sin embargo era la forma de hablar de Caragusano. Aquella maldad que aún me dejaba los huesos helados, pertenecía a una inteligencia muy elevada, y me hacía el mismo efecto que si me hubieran dado un puñetazo en las muelas, seguía todavía presente en cada una de sus sílabas.

El que hablaba estaba tan lejos que no me afectaba su aspecto, y después del primer retortijón del estómago provocado por el tono de aquella voz ya pude ser capaz de entenderlo más o menos juiciosamente. Empezó afirmando que aquel tribunal no tenía jurisdicción sobre los de su especie. Únicamente debía ser responsable ante su Reina-Madre, y ésta lo sería sólo ante La Reina de su Grupo. Puede que no dijera esto exactamente, pero así nos fue traducido.

Aquella defensa, alegaba, ya era suficiente. Sin embargo, si fuera cierto que existiese «La Confederación de las Tres Galaxias», y el sólo motivo para creerlo era haber sido detenidos ilegalmente y llevados presos frente a todo un enjambre de criaturas que se

habían constituido en Tribunal Ilegal. Si existía, decía, seguía careciendo de jurisdicción sobre el Único Pueblo. Primero, porque su organización no llegaba hasta aquella parte del espacio; segundo, porque aún suponiendo que existiera, el Único Pueblo nunca se había adherido a ella, y por lo tanto sus reglas (si es que existían tales reglas) no podían serles aplicadas; y tercero, era inconcebible que su Grupo de Reina pudiera asociarse con aquella improbable «Tres Galaxias» porque la gente no se asocia con animales.

Esta defensa también resultaba ser suficiente.

Pero dejando aparte, por pura especulación, aquellas completas y suficientes defensas, aquel juicio era una tomadura de pelo porque no había existido ningún delito, incluso bajo aquellas llamadas reglas de la supuesta «Tres Galaxias» (los caragusanos habían actuado en la parte del espacio que les correspondía, dedicándose a ocupar un planeta, vacío aunque útil, llamado Tierra). No podía existir crimen en la ocupación y colonización de una tierra habitada única y exclusivamente por animales. Y en cuanto al agente de «Las Tres Galaxias», ella había metido sus narices allí; no se le había hecho daño alguno puesto que se habían limitado meramente a evitar que pudiera interferir, deteniéndola con el único propósito de devolverla a donde le correspondía estar.

Debió haber terminado al llegar aquí. Cualquiera de estas defensas podría haber sido consistente, especialmente la última. Yo había estado acostumbrado a considerar la raza humana como «Los Señores de la Creación», pero me habían ocurrido cosas desde entonces. No estaba demasiado seguro de que aquella asamblea fuera a considerar que los humanos tenían derechos, si los comparaban con los caragusanos. Era evidente que los caragusanos estaban más adelantados que nosotros, en muchos aspectos. Cuando despejamos la jungla, ¿nos preocupamos por si importa o no el que los monos estuvieran allí antes que nosotros?

Pero despreció estas defensas, calificándolas como de ejercicios intelectuales para demostrarles que todo aquello era cosa de locos considerado bajo cualquier clase de reglas, desde cualquier punto de vista. A partir de entonces iba a iniciar su verdadera defensa.

Fue un ataque.

La perversidad de su voz fue aumentando hasta alcanzar un nivel tan alto de odio que cada palabra parecía ser un golpe. ¿Cómo osaban hacer aquello? ¡No eran más que los ratones que querían colocar el cascabel al gato! (ya lo sé, pero así fue como salió cuando lo tradujeron). Eran animales para comérselos, o simplemente alimañas que debían ser exterminadas. Rechazarían su clemencia si se la ofrecían, no era posible negociación alguna, sus crímenes no serían olvidados, y ¡el Único Pueblo les destruiría!

Miré a mi alrededor para ver cómo se tomaba aquello el jurado. En aquella sala casi vacía había centenares de criaturas repartidas en tres de los lados, y algunas de ellas estaban cerca de nosotros. Había estado tan ocupado con el juicio que no había hecho más que darles una ojeada de vez en cuando. Entonces les miré detenidamente, ya que las duras críticas del caragusano eran tan inquietantes que agradecí esta distracción.

Eran de muchas clases, y no estoy seguro de que hubiera dos iguales. A unos seis metros de mí había uno que era tan horrible como Caragusano y de un sorprendente parecido con él, pero sin que la apariencia cartilaginosa de éste inspirara repugnancia. Había otras de apariencia casi humana, aunque casi todas estaban entre las minorías.

Había una que tenía un aspecto humano tan elegante como el mío, excepto por su piel iridiscente y unas ideas muy raras y económicas sobre su vestimenta. Era tan bonita que habría jurado que la iridiscencia era solamente un maquillaje, pero probablemente me habría equivocado. Me preguntaba cual sería el lenguaje por medio del cual se enteraba de la diatriba. Lamentablemente no era el mío.

Tal vez notó que la estaba mirando, porque miró a mi alrededor y me examinó de pies a cabeza sin sonreírse, como pudiera hacerlo con un chimpancé metido en una jaula. Supongo que la atracción no era mutua.

Había allí todas las gradaciones desde el pseudocaragusano hasta aquella preciosidad de chica iridiscente, pero no sólo eran graduaciones en línea recta, porque había muchas desviaciones, sobre todo en la pared de mi izquierda en donde abundaban los acuarios privados.

No pude saber cómo les afectaba aquella invectiva. La criatura chica guapa se la estaba tomando a la callada. ¿Pero que podríamos decir de una criatura como una morsa con brazos de pulpo? ¿Si los agita será que está enfadada? ¿O que se está riendo? ¿O será que le pican?

El orador de la voz yanqui dejó que el caragusano se desgañitara.

Piwi me había cogido la mano, pero entonces me cogió la oreja, inclinó su cara sobre ella y musitó:

-Habla asquerosamente -y parecía horrorizada.

El caragusano cortó su rollo con una explosión de odio que debió sobrepasar la resistencia del traductor porque sólo pudimos oír un alarido.

La voz yanqui dijo monótonamente:

-¿Pero tenéis algo que alegar en defensa vuestra?

Se repitió el alarido, y luego el caragusano se volvió coherente.

-Ya he hecho mi defensa que consiste en que no es necesaria ninguna defensa.

Aquella voz sin emoción volvió a hacerse oír, ahora dirigiéndose a la Cosa Madre.

-¿Vas a hablar en favor de ellos?

Respondió de mala gana:

-Mis lores y pares... me siento obligada a decir... que los encuentro asquerosos -y me pareció que su canto era de pena.

-¿Te refieres a ellos?

-Sí.

-Si es así, no vamos a oírte. Esta es la Ley.

-«Tres Galaxias, Una Ley». No hablaré.

La voz monótona siguió:

-¿Hablará alguno de los testigos en su favor?

Aquella era mi oportunidad para ser noble. Nosotros los humanos éramos sus víctimas: estábamos en una posición para hablar, señalar que desde su punto de vista no habían hecho nada malo, y pedir la clemencia del tribunal, siempre que prometieran portarse bien en lo sucesivo.

Bien. Pues no lo hice. Ya había oído todo aquello de la Dulzura y de la Luz con que se machacaba entonces a los muchachos; se les decía que siempre debían perdonar, que en todo lo peor de lo nuestro siempre hay algo bueno, etcétera, etcétera. Pero cuando me encuentro con una araña venenosa, la piso sin pedirle que sea una arañita buena y que, por favor, deje de envenenar a la pobrecita gente. La viuda negra no puede evitarlo, pero esto es lo que quería demostrar.

La voz preguntó a los caragusanos:

-¿Hay alguna raza, en algún lugar, que pueda hablar en favor vuestro? Si la hay, será citada para que declare.

La voz cantante de los caragusanos escupió al oír aquella idea. Le enojaba que otra raza pudiera ser su testigo de descargo.

-Entonces, procedamos -contestó la voz yanqui-. ¿Son suficientes los hechos presentados para permitir tomar una decisión?

Casi inmediatamente la voz se contestó a sí misma:

-Sí.

-¿Cuál es la decisión?

Nuevamente se dio la respuesta a sí mismo:

-Su planeta deberá ser rotado.

Aquello no parecía ser gran cosa; ¡caray! todos los planetas tienen rotación, y la voz monótona lo había dicho sin la menor expresión. Pero aquel veredicto me asustó porque me pareció que todos los de la sala se estremecían.

La Cosa Madre se volvió hacia nosotros y se acercó. Era un camino largo pero nos alcanzó muy pronto. Piwi se echó sobre ella pero el aire solidificado que nos tenía encerrados se solidificó aún más, hasta que los tres pudimos estar juntos en una habitación privada que era una hemisfera plateada.

Piwi temblaba y sollozaba y la Cosa Madre la consolaba. Cuando Piwi pudo recuperar su control, dije nerviosamente:

-¿Cosa Madre, qué significa «su planeta deberá ser rotado»?

Me miró sin soltar a Piwi, y sus grandes ojos estaban profundamente tristes.

-(Significa que su planeta se inclinará noventa grados fuera del espacio-tiempo de vuestros sentidos y de los míos.)

Su voz tenía el sonido de un cántico funerario tocado suavemente con una flauta. Pero, a pesar de todo, aquel veredicto no me parecía demasiado trágico. Comprendía lo que ella quería decir, e incluso su significado estaba más claro expresado en vegano. Si haces girar una figura plana sobre un eje de su mismo plano, la figura desaparece. Deja de estar en el plano y el señor Cuadrado de las Tierras Planas, está permanente y definitivamente fuera de contacto con él.

Pero no se ha terminado su existencia; simplemente no está donde estaba antes. De repente, tuve la impresión de que los caragusanos habían salido muy bien librados. Casi había creído que su planeta sería destruido (y no dudaba que «Las Tres Galaxias» pudieran hacer aquello o algo igualmente drástico). Al parecer los caragusanos serían expulsados de la ciudad, y aunque no se les haría daño, jamás encontrarían el camino por donde regresar, porque hay tantas y tantas dimensiones.

Pero el canto de la Cosa Madre daba a entender que había tomado parte, involuntariamente, en un linchamiento.

Y por esto se lo pregunté.

-(No lo comprendes, querido Kip. No van a llevarse su estrella con ellos.)

-¡Oh! -fue todo lo que fui capaz de decir.

Piwi palideció.

Las estrellas son el origen de la vida, mientras que los planetas sólo son su envase. Quitas la estrella de golpe... y el planeta empieza a enfriarse... y enfriarse, y se enfría más y más, y todavía más frío.

¿Cuanto tardaría en congelarse el mismo aire? ¿Cuántas horas o días haría falta para que llegaran al cero absoluto?

Empecé a temblar y se me puso la piel de gallina. Aquello debía ser peor que en Plutón...

-¿Cosa Madre, cuánto tardarán en hacerlo?

Tenía remordimientos por no haber hablado, porque ni siquiera los caragusanos merecían aquello. Hubiera estado bien que les hubieran hecho explotar, o que les hubieran fusilado, pero aquello de congelarles ya era pasarse.

-(Ya está hecho.) -cantó con el mismo tono triste.

-¿Qué?

-(El agente encargado de ejecutar la sentencia espera que esta sea anunciada... y el mensaje salió al mismo tiempo que lo oímos nosotros. Fueron rotados fuera de nuestro universo, incluso antes de que pudiera reunirme con vosotros. Y es mejor así.)

Tragué saliva y oí una especie de eco en mi mente que decía: «Lo bueno, si breve, dos veces bueno». Pero la Cosa Madre añadió rápidamente:

-(Pero no penséis más en esto, ¡porque ahora deberéis ser muy valientes!)

-¿Eh? ¿Qué? ¡Caramba! ¿Qué va a pasar ahora?

-(En cualquier momento vais a ser requeridos... para que participéis en vuestro propio juicio.)

No hice otra cosa que mirarla fijamente. Me había quedado sin poder hablar. Pensaba que ya todo había terminado. Piwi todavía parecía más delgada y pálida, pero no lloraba. Se humedeció los labios y dijo calladamente:

-¿Vendrás con nosotros, Cosa Madre?

-¡Oh, hijos míos! No puedo. ¡Debéis enfrentaros solos a esto!

Encontré mi voz.

-¿Pero por qué van a juzgarnos? No hemos hecho daño a nadie. No hemos hecho nada malo.

-(No es a vosotros solos, es vuestra raza a la que se juzgará, por medio vuestro.)

Piwi se apartó de ella y me miró. Sentí un ramalazo de orgullo trágico al ver que en un momento extremo, se había vuelto no hacia la Cosa Madre sino hacia mí, que era otro ser humano como ella.

Sabía que ella pensaba lo mismo que yo: una nave, una nave colgada muy cerca de la Tierra, sólo a un instante de distancia y todavía en un repliegue espacial a incontables billones de kilómetros donde ninguna línea DEW de prevención de ataques podía dar aviso de su presencia, y hasta donde ningún radar podía alcanzar.

Nuestra Tierra, azul y oro, hermosa, dando vueltas perezosamente alrededor del Sol.

Una voz monótona:

-Ya no hay Sol.

Ni estrellas.

La Luna que se había quedado huérfana habría dado un saltito, y luego seguiría alrededor del Sol, como una losa sepulcral de las esperanzas de los hombres. Los pocos que estuviesen en la Base Lunar, en Luna City, y en la Estación Tombaugh durarían unas semanas, o tal vez unos meses, y serían los únicos seres humanos que habrían quedado con vida. Después desaparecerían definitivamente, si no a causa de la asfixia, por la pena y la soledad.

Piwi dijo con voz chillona:

-¡Kip, ella no lo dice en serio! ¡Dime que no lo dice de verdad!

Le contesté con voz ronca:

-¿Cosa Madre, los verdugos ya nos están esperando?

No contestó a esto pero dijo a Piwi:

-(Esto es muy serio, hija mía. Pero no tengáis miedo. Conseguí sacarles una promesa antes de entregaros. Si las cosas se vuelven contra vuestra raza, seréis condenados a vivir vuestras cortas vidas en mi casa. Por lo tanto, manteneos en pie y decid la verdad... y no tengáis miedo.)

La voz monótona penetró en aquel espacio cerrado:

-Se llama a juicio a los seres humanos.

CAPITULO 11

Entramos en aquel suelo extenso. Cuanto más nos adentrábamos por él, más me sentía como una mosca sobre un plato. El tener a Piwi conmigo representaba una ayuda, sin embargo era como si tuviera aquella pesadilla en que te encuentras en un lugar público sin estar vestido decentemente. Piwi se aferraba a mi mano y sostenía a Madame Pompadour fuertemente apretada contra su pecho. Me hubiera gustado llevar puesto a Óscar. No me hubiera sentido como si estuviera bajo un microscopio si hubiera tenido el amparo de Óscar a mi alrededor.

Un momento antes de salir, la Cosa Madre colocó su mano sobre mi frente y empezó a captarme con su mirada. Aparté su mano y desvié la mirada.

-No -le dije-. ¡No quiero ningún tratamiento! No voy a permitir que... Oh, ya sé que tu intención es buena pero no aceptaré un anestésico. Gracias.

No insistió, se limitó a volverse hacia Piwi. Esta la miró dubitativamente y luego hizo un gesto negativo con la cabeza.

-Estamos preparados -dijo.

A medida que avanzábamos por aquel suelo desnudo, cada vez lamentaba más no haber dejado que la Cosa Madre hiciera lo que fuese para evitar que nos preocupáramos. Por lo menos debería haber insistido para que se lo hiciera a Piwi.

Procedentes de las otras paredes se nos acercaban otras dos moscas, que pude reconocer cuando estuvieron más cerca. Eran el Neandertalés y el Legionario. El Hombre de las Cavernas iba arrastrado de un modo invisible; el Romano pisaba el suelo con un paso largo y lento. Todos llegamos simultáneamente al centro, y nos hicieron detener a unos seis metros de distancia unos de otros. Piwi y yo estábamos en uno de los vértices de un triángulo; el Romano y el Hombre de las Cavernas en cada uno de los otros dos.

Llamé:

-¡Hola, lunio!

-Silencio, bárbaro -miró a su alrededor como valorando la gente que había en las paredes.

Ya no vestía de un modo descuidado. Habían desaparecido sus polainas sucias y amarrado a su espinilla derecha llevaba un escudete. Sobre la túnica llevaba una coraza completa y su cabeza tenía un aspecto desafiante bajo su casco de plumas. Todo lo metálico estaba bruñido y todo lo de cuero estaba limpio.

Se había aproximado llevando el escudo a la espalda, al estilo de marcha de viaje, pero cuando nos detuvieron, lo desató y elevó con su brazo izquierdo. No sacó su espada porque su mano derecha sostenía su jabalina en posición de guardia mientras su ojo cauteloso buscaba a un posible enemigo.

A su izquierda, el Hombre de las Cavernas se encogía de hombros empequeñeciéndose, del mismo modo que un animal se agacha cuando no encuentra donde esconderse.

-¡lunio! -grité-. ¡Atiende!

Al ver a aquellos dos, había aumentado mi preocupación, no era posible hablar con el Hombre de las Cavernas, pero tal vez podría razonar con el Romano.

-¿Sabes por qué estamos aquí?

-Lo sé -me dijo por encima de su hombro-. Hoy los dioses nos juzgarán sobre la arena. Esto es propio de un soldado y de un ciudadano romano. Tu no puedes ayudar en nada o sea que mantente al margen. No andes mirando tras de mí soltando gritos. César te lo recompensará.

Intenté hacerle entrar en razón pero me lo impidió una voz gigantesca que llegaba de todos lados.

¡E S T Á I S S I E N D O J U Z G A D O S !

Piwi tembló y se apretó más contra mí. Conseguí liberar mi mano izquierda de su agarrón, y en su lugar puse mi mano derecha al tiempo que rodeaba sus hombros con mi brazo izquierdo.

-¡Alza la cabeza, compañera! -dije en voz baja-. No dejes que te intimiden.

-No estoy asustada -susurró entre temblores-. ¿Kip? Encárgate tú de hablar.

-¿Lo prefieres así?

-Sí. Tú no te enfadas tan pronto como yo. Y si llegara a perder los estribos... bien... podría ser horroroso.

-De acuerdo.

Fuimos interrumpidos por aquel sonido gangoso y monótono. Igual que antes, parecía salir de un sitio próximo a nosotros.

-Este caso es una derivación del caso precedente. Las tres muestras personales proceden de un planeta del mismo tipo que Lanador que gira alrededor de una estrella en una parte muy alejada del centro de la Galaxia. Se trata de un área muy primitiva donde no hay razas civilizadas. Esta raza, como podéis observar en estas muestras, es bárbara. Ha sido examinada en dos ocasiones anteriores y no lo habría sido otra vez de un modo rutinario, si no hubiera sido por algunos hechos nuevos que ya han salido a luz en el caso que ha precedido a éste.

La propia voz se preguntó a sí misma:

-¿Cuándo se efectuó el último examen?

Se contestó a sí misma:

-Aproximadamente hace una media muerte del Torio 250 -y añadió al parecer sólo para nosotros dos-. O sea hace más o menos 8.000 años de los vuestros.

Junio sacudió la cabeza y miró a su alrededor, como si intentara localizar el origen de aquella voz. Llegué a la conclusión de que había escuchado la misma cifra que nosotros, pero en su latín degradado. Bien, yo también estaba sorprendido, pero me quedé helado como en una especie de shock.

-¿Es necesario repetirlo tan pronto?

-Sí. Ha habido una discontinuidad. Se están desarrollando con una velocidad inesperada.

La voz monótona continuó hablando para nosotros:

-Yo soy vuestro juzgador. Muchos de los seres civilizados que veis en derredor vuestro son parte de mí. Otros son espectadores, algunos son estudiantes, y unos pocos están aquí con la esperanza de atraparme en un error.

La voz añadió:

-No lo han conseguido durante más de un millón de vuestros años.

-¿Ustedes tienen más de un millón de años? -balbuceé, pero no añadí que no lo creía.

La voz respondió:

-Soy más viejo que esto, pero ninguna de mis partes es tan antigua. Soy, en parte, una máquina que puede ser reparada, sustituida o copiada de nuevo. Soy parcialmente un ser vivo, pero estas partes mueren y son reemplazadas. Mis partes vivas son más de una docena de docenas de docenas de seres civilizados de las Tres Galaxias. Cualquier docena de docenas de ellos pueden sumarse a mi parte no viviente, para actuar. Hoy soy doscientos nueve seres calificados que tienen a su inmediata disposición todos los conocimientos acumulados por mi parte no-viviente, y toda su habilidad para analizar e integrar.

Dije en forma incisiva:

-¿Vuestras decisiones han de ser unánimes?

Había creído que había encontrado un coladero (nunca había tenido demasiada suerte al intentar poner en contradicción a mi padre y a mi madre, pero cuando yo era pequeño había habido ocasiones en que conseguí confundir los términos haciendo que uno respondiera en un sentido y que la respuesta del otro fuera en sentido contrario).

La voz contestó suavemente:

-Las decisiones siempre son unánimes. Puedes entenderlo mejor si piensas que soy una única persona -se dirigió a todos-. Se ha requerido un muestreo normalizado. La muestra contemporánea es la doble, la muestra intermedia, que fue tomada por métodos aleatorios normales para comprobar la curva es la sencilla que aparece vestida, y ha sido sacada de un espacio temporal a una media muerte del Radio 226. (La voz suplemento para nosotros-. Contad que son mil seiscientos años de los vuestros). La muestra para la comprobación remota de la curva, según los procedimientos normalizados, se ha tomado a una distancia doce veces mayor.

La voz se preguntó a sí misma:

-¿Por qué es tan corto el intervalo de la comprobación de la curva? ¿Por qué no ha sido doce veces mayor?

-Porque las generaciones de este organismo son muy breves y está sujeto a mutaciones muy rápidas.

Esta explicación debió parecerle satisfactoria porque prosiguió:

-La primera muestra atestiguará en primer lugar.

Pensé que se refería a Piwi y a mí. Ella se encogió, pero la voz ladró y el Hombre de las Cavernas pegó un salto. No contestó, simplemente se quedó más agachado y se encogió más profundamente en sí mismo.

La voz ladró de nuevo. Luego se dijo a sí misma:

-Observo algo.

-Habla.

-Esta criatura no es un antepasado de los otros.

La voz de la máquina casi parecía traicionar una emoción, como si mi severo tendero hubiera descubierto que en el recipiente del azúcar había sal.

-La muestra se ha extraído adecuadamente.

-Sin embargo -se contestó-, no es una muestra correcta. Hay que revisar todos los datos pertinentes.

Hubo silencio durante unos cinco segundos muy largos y después habló de nuevo la voz:

-Esta pobre criatura no es un antepasado de los otros, sólo es una especie de primo. No tiene futuro propio. Que sea devuelta inmediatamente al espacio-tiempo de donde procede.

El Neandertalés fue alejado de allí rápidamente. Lo vi desaparecer de mi vista con un sentimiento de pérdida. Al principio me había inspirado temor. Después le había despreciado y me había sentido avergonzado por su causa. Era un cobarde, estaba sucio y olía mal. Un perro era más civilizado que él. Pero durante los últimos cinco minutos había decidido que prefería amarlo, ver sus cosas buenas, porque a pesar de lo desagradable que pudiera ser, era un ser humano. Tal vez no era mi remoto tata-tata-tatarabuelo, pero no estaba en situación de despreciar a mi parentela más digna de lástima.

La voz discutía consigo misma si debía proseguir la vista. Finalmente decidió:

-El examen va a continuar. Si no aparece un número suficiente de hechos, se citará a otra muestra remota del linaje correcto. ¡Lunio!

El Romano alzó más su jabalina.

-¿Quién llama a Lunio?

-Adelántate y ofrece tu testimonio.

Tal como me temía, Lunio dijo a la voz dónde debía ir y lo que podía hacer allí. No hubo la menor protección para que Piwi no oyera aquellas expresiones sucias. Podíamos oír perfectamente su eco en nuestro idioma, y no es que ya importara mucho que Piwi estuviera a salvo de influencias «no aptas para una señorita».

La voz monótona, prosiguió imperturbable:

-¿Es ésta tu voz? ¿Es éste tu testimonio?

Inmediatamente empezó a hablar otra voz que reconocí como la del Romano que contestaba a preguntas, que daba informes sobre batallas, que describía el tratamiento dado a los prisioneros. Todo esto nos llegaba en nuestro idioma pero conservaba el tono arrogante de la voz de Lunio.

Lunio gritó:

-¡Brujería! -y les hizo el signo de los cuernos.

La grabación se detuvo.

-La voz coincide -dijo la máquina-. La grabación queda aceptada y se integrará al proceso.

Pero continuó pinchando a Lunio, preguntándole detalles sobre quién era, por qué estaba en Britania, qué había hecho allí y por qué era necesario servir al César. Lunio daba respuestas cortas, luego se enfadó de veras y no respondió más. Soltó un aullido de rebelión que levantó ecos en aquella sala de proporciones mastodónticas, echó hacia atrás la jabalina y la lanzó volando.

Fue un tiro que quedó corto, pero creo que batió el récord olímpico.

Me di cuenta de que yo estaba dando gritos de entusiasmo.

Lunio desenvainó su espada cuando la jabalina todavía estaba ascendiendo por el aire. La blandió en forma de desafío de gladiador gritando «Ave César» y se puso en guardia.

Les insultó. Les explicó con todo detalle lo que pensaba de ellos, que no eran sino gusanos. ¡Que no eran ciudadanos, ni siquiera eran bárbaros!

Me dije:

-¡Oh, oh! Se ha acabado el juego. Raza humana, te la has cargado.

Lunio continuó con su discurso pidiendo ayuda a sus dioses, cada vez lo hacía en peor forma que la anterior. Les amenazaba con la venganza del César llena de detalles horripilantes. Yo confiaba en que a pesar de que todo aquello era traducido, Piwi no iba a comprender la mayor parte, pero es muy probable que lo entendiera demasiado bien.

Empezaba a sentirme orgulloso de él. Aquel caragusano, con sus diatribas, era diabólico, pero Lunio no. Con mala gramática, peor lenguaje y modales rudos aquel sargento tenía valor, dignidad humana y una elegancia básica. Podría ser un sinvergüenza, ¡pero era de los de mi clase preferida de sinvergüenza!

Acabó pidiendo que lucharan contra él, de uno en uno, o que entre todos ellos formaran una «tortuga» y él se enfrentaría con todos ellos a la vez.

-¡Haré una pira funeraria con todos vosotros! ¡Daré temple a mi espada en vuestras entrañas! ¡Yo, que voy a morir, os mostraré una tumba romana, llena hasta arriba con los enemigos del César!

Tuvo que recuperar el aliento. Nuevamente le vitoreé y Piwi unió sus gritos de entusiasmo a los míos. El Romano miró por encima de su hombro y nos sonrió.

-¡Muchachos, cortad sus gargantas a medida que los vaya tumbando! ¡Tenemos mucho trabajo por delante!

La voz dijo con frialdad:

-Que sea devuelto al espacio-tiempo de donde ha venido.

Lunio pareció asombrado cuando unas manos invisibles tiraron de él llevándose. Apeló a Marte y a Júpiter y empezó a dar golpes a diestro y siniestro. Su espada cayó ruidosamente al suelo y luego ella sola se elevó y se introdujo en su vaina. Lunio se alejaba rápidamente. Hice bocina con mis manos y grité:

-¡Adiós, Lunio!

-¡Qué te vaya bien, muchacho! ¡Son unos cobardes! ¡No son más que una brujería asquerosa!

Después de esto, ya no se hallaba allí.

-Clifford Russell.

-¿Uh? Aquí estoy -Piwi apretó mi mano.

-¿Es ésta tu voz?

-Aguardad un momento -dije.

-¿Sí? Habla.

Respiré profundamente, Piwi se apretó contra mí y susurró:

-Hazlo bien, Kip. No están jugando.

-Lo intentaré, pequeña -dije en voz baja, y luego seguí-. ¿Qué es esto? Me han dicho que queréis juzgar a la raza humana.

-Es correcto.

-Pero no podéis hacerlo. No tenéis base suficiente para continuar. No es mejor que la brujería de que hablaba Lunio. Habéis traído hasta aquí a un hombre de las cavernas y

luego habéis reconocido que había sido un error. Pero ésta no ha sido vuestra única equivocación. Teníais a lunio aquí, fuera lo que fuera no me avergüenzo de él, estoy orgulloso de él, pero él no tiene nada que ver con ahora. Lleva muerto dos mil años, o poco menos (si es cierto que lo habéis hecho regresar, quiero decir), y todo lo que él fue murió con él. Bueno o malo, no es lo que la raza humana es ahora.

-Ya sé esto. Ahora vosotros dos sois la muestra donde juzgaremos a vuestra raza.

-Sí. Pero no podéis juzgarla basándoos en nosotros. Piwi y yo estamos tan alejados de los especímenes promedios como pueda imaginarse. No pretendemos ser ángeles, ninguno de los dos. Si condenáis a nuestra raza por lo que nosotros hayamos hecho cometeréis una gran injusticia. Juzgadnos a nosotros solos, o por lo menos juzgadme a mí...

-¡Y a mí también!

-...por todo lo que haya podido hacer, pero no hagáis responsable de ello a mi planeta. Esto no sería científico. Estas matemáticas no son válidas.

-Esto es válido.

-No lo es. Los seres humanos no son moléculas de algo. Todos son diferentes.

Había decidido no argüir sobre el tema de la jurisdicción, ya que los caragusanos habían echado a perder este tipo de argumento.

-Estoy de acuerdo: los seres humanos no son moléculas. Pero por otra parte, tampoco son individuos.

-Sí, lo son.

-No son individuos independientes; forman parte de un organismo único. Cada célula de vuestro cuerpo lleva toda vuestra configuración. A partir de estas muestras del organismo que llamáis «la raza humana» puedo predecir las posibilidades futuras y los límites de esta raza.

-¡No tenemos límites! Nadie puede predecir cómo será nuestro futuro.

-Es posible que no tengáis límites -concedió la voz-. Esto queda por ver. Pero aunque fuera verdad, no sería un punto en vuestro favor. Porque nosotros tenemos límites.

-¿Uh?

-No habéis interpretado bien el propósito de este examen. Habláis de «justicia». Sé lo que creéis que significa lo que estáis diciendo. Pero nunca dos razas han podido ponerse de acuerdo sobre el significado de esta palabra, sin que importe la forma como la enuncien. Aquí no vamos a tratar de este concepto. Esto no es un tribunal de justicia.

-¿Entonces, qué es?

-Podéis llamarlo un «Consejo de Seguridad». O podéis llamarlo un comité de vigilancia. Poco importa como lo llaméis, mi único propósito es examinar vuestra raza y ver si sois una amenaza para nuestra supervivencia. Si así resultara, os eliminaríamos ahora. La única forma de evitar un peligro grave es suprimirlo mientras todavía es pequeño. Las cosas que he sabido de vosotros apuntan la posibilidad de que algún día podáis amenazar la seguridad de las Tres Galaxias. Ahora voy a determinar los hechos.

-Pero usted ha dicho que, por lo menos, debía disponer de tres muestras. El hombre de las cavernas no servía.

-Tenemos tres muestras: vosotros dos y el romano. Pero para determinar los hechos una muestra ya sería suficiente. La utilización de tres es una costumbre que viene desde los tiempos primitivos, es un hábito precautorio para comprobar una y otra vez. Yo no puedo dispensar «justicia», sólo debo asegurarme de que no se cometa un error.

Estaba a punto de decirle que estaba equivocado, aunque tuviera un millón de años de edad, pero la voz continuó:

-Voy a proseguir con el examen. ¿Clifford Russell, es ésta tu voz?

De nuevo sonó mi voz, y se trataba nuevamente del informe que había dictado, pero esta vez no se omitía nada: los adjetivos fuertes, mis opiniones personales, mis

comentarios sobre otros asuntos. Todo estaba allí, todas mis palabras, incluso mis tartamudeos.

Cuando hube oído lo suficiente, alcé la mano.

-Está bien, está bien. Sí; dije esto.

La grabación se detuvo.

-¿Confirmas esto?

-¿Eh? Sí.

-¿Quieres añadir, quitar o cambiar algo?

Pensé intensamente. Dejando a un lado algunas agudezas que había metido de por medio, era un informe correcto.

-No. Lo mantengo todo.

-¿Y ésta es también tu voz?

Esto me intrigó. Era la interminable grabación que había hecho con el Profe Pepe sobre... bien... sobre todo lo de la Tierra... su historia, costumbres, gentes... es decir... todo. De pronto me di cuenta de que el Profe Joe llevaba la misma insignia que la Cosa Madre. ¿Cómo se llamaba esto? «Plantar un chivato». El buen Profe Joe, el que no servía para nada, había sido un chivato.

Sentí que me enfermaba.

-Déjeme oír un poco más.

Me complacieron, pero en realidad yo no escuchaba, trataba de recordar no lo que oía sino lo que había podido decir, lo que había admitido y que pudiera ser utilizado en contra de la raza humana. ¿Las Cruzadas? ¿La esclavitud? ¿Las cámaras de gas de Dachau? ¿Qué más pude haber explicado?

La grabación seguía recitando monótonamente. Se había grabado a lo largo de semanas. Podíamos permanecer allí hasta que nuestros pies se volvieran planos.

-Es mi voz.

-¿También confirmas esto? ¿Quieres corregir, revisar o extenderte más en algo?

-¿Puedo empezar a grabarlo de nuevo, desde el principio?

-Sí, si así lo prefieres.

Empecé a decir que sí, que lo prefería, que podían borrar toda la cinta y empezaríamos de nuevo. ¿Pero lo harían? ¿O guardarían las dos grabaciones para compararlas? No me preocupaba por si tenía que mentir. «Di la verdad y échale las culpas al demonio» no es una virtud cuando la familia y los amigos de uno, junto con toda la raza, están en juego. ¿Pero podrían saber si yo mentía?

La Cosa Madre nos había recomendado que dijéramos la verdad y no temiéramos.

-¡Pero ella no está de nuestra parte!

-Oh, sí, lo está.

Tenía que contestar. Era tal mi confusión que no podía pensar. Había intentado decir la verdad al Profe Pepe... tal vez había corrido algún velo sobre algo, no había incluido todas aquellas cosas horribles que figuran en los titulares de los periódicos. Pero esencialmente había explicado la verdad.

¿Podría hacerlo mejor bajo presión? ¿Iban a dejarme empezar de nuevo y a aceptar la propaganda que yo inventara? ¿O el hecho de que yo hubiera cambiado mis relatos iba a servir para condenar a nuestra raza?

-¡Lo mantengo todo!

-Que se integre. Patricia Wynant Reifeld.

Poco tiempo se tardó en identificar a Piwi e integrar sus grabaciones porque se limitó a seguir mi ejemplo.

La voz de la máquina dijo:

-Han sido integrados los hechos. De acuerdo con su propio testimonio, se trata de gente brutal y salvaje, propensos a toda clase de atrocidades. Se comen unos a otros, mueren porque se quitan la comida unos a otros, se matan entre ellos. No tienen ningún

arte y sólo poseen la ciencia más primitiva, pero es tal su naturaleza violenta que incluso con unos conocimientos tan menguados están utilizándolos enérgicamente para exterminarse entre ellos, tribu contra tribu. Su motivación es tan fuerte que van a conseguirlo. Pero si por mala suerte no llegan a ello, inevitablemente, dentro de un cierto tiempo alcanzarán las otras estrellas. Debemos calcular esta posibilidad, cuando llegarán hasta nosotros, si viven, y cuales serían entonces sus posibilidades.

La voz continuó para nosotros:

-Estas son las acusaciones contra vosotros: vuestro propio salvajismo, combinado con una inteligencia superior. ¿Qué tenéis que decir en defensa vuestra?

Hice una profunda inspiración e intenté serenarme. Sabía que habíamos perdido... pero todavía debía intentarlo.

Recordé como había hablado la Cosa Madre.

-Mis nobles señores y pares...

-Corrección: No somos vuestros «señores» ni ha quedado establecido que seáis nuestros iguales. Si quieres dirigirte a alguien, puedes llamarme «Moderador».

-Sí, Sr. Moderador...

Intenté recordar lo que Sócrates había dicho a sus jueces. Él también sabía por anticipado, como yo, que iba a ser condenado, pero de algún modo aunque le obligaron a beber la cicuta, él ganó y los otros perdieron.

¡No! No podía utilizar su Apología: todo lo que él perdió fue su propia vida. Pero en esto iba la vida de todos.

-...acabáis de decir que no tenemos ninguna clase de arte. ¿Habéis visto el Partenón?

-Lo destrozasteis en una de vuestras guerras.

-Mejor será que lo veáis antes de condenarnos a rotación, para que no os lo perdáis. ¿Habéis oído hablar de nuestra poesía?

«Vivo sin vivir en mí, y tan alta vida espero que muero porque no muero»

Me derrumbé. Oí a Piwi que sollozaba a mi lado. No sé porque elegí recitar esto, pero dicen que el subconsciente nunca hace las cosas «accidentalmente». Supongo que forzosamente había de ser esto.

-Es posible que lo consigas -comentó la voz inmisericorde-.

-No creo que sea de vuestra incumbencia lo que hagamos, con tal de que os dejemos solos...

Había vuelto a tartamudear y casi sollozaba.

-Hemos hecho que nos incumba.

-No estamos sometidos a vuestro gobierno y...

-Corrección: Las Tres Galaxias no son un gobierno. Las condiciones para tener un gobierno no se dan en unos espacios tan extensos ni en unas culturas tan variadas. Nos hemos limitado a formar distritos policiales para nuestra mutua protección.

-Pero, incluso así, no hemos molestado a vuestros guardias. Estábamos en nuestro propio patio de nuestras propias casas. ¡Yo estaba en el patio de mi casa! Cuando se presentaron aquellos caragusanos y empezaron a molestarme. Nosotros no os hemos causado el menor daño.

-Lo podríais causar, con el tiempo. Esto es lo que estoy considerando.

Me detuve, preguntándome hacia dónde volverme. No podía garantizar una buena conducta, pues se trataba de la de toda la raza humana. Y la máquina lo sabía lo mismo que yo.

-Investigación -aquello volvía a hablar consigo mismo-. Estas criaturas parecen ser idénticas a la Raza Antigua, dejando un margen para las mutaciones. ¿De qué parte de la Tercera Galaxia proceden?

Se contestó a sí mismo, citando coordenadas que nada representaban para mí.

-Pero no son de la Antigua Raza. Son efímeros. Este es el peligro: que cambian demasiado aprisa.

-¿Es que la Raza Antigua no perdió una nave hace unas pocas muertes-medias de Torio 230? ¿Puede explicar esto el hecho de que la muestra primera no coincidía?

Se autocontestó con firmeza:

-No importa nada si no descienden de la Raza Antigua. Está en curso una investigación; ya se tomará una decisión.

-La decisión debe ser segura.

-Lo será -la voz incorpórea se dirigió a nosotros-. ¿Alguno de vosotros tiene algo que añadir a vuestra defensa?

Había recapacitado sobre lo que habían dicho referente al estado miserable de nuestra ciencia. Quería indicarles que habíamos pasado desde la potencia de los músculos a la potencia atómica en sólo dos siglos, pero temía que este hecho pudiera usarse contra nosotros.

-¿Piwi, se te ocurre algo?

Piwi, de súbito, dio un paso hacia adelante y les chilló:

-¿No tomáis en consideración que Kip salvó a la Cosa Madre?

-No -contestó la voz helada-. Es irrelevante.

-¡Pues debería ser tenido en cuenta! -lloraba otra vez-. ¡Deberíais avergonzaros de vosotros mismos! ¡Matones! ¡Cobardes! ¡Sois peores que los caragusanos!

La hice retroceder. Escondió su cara en mi hombro y se estremeció sin poderse contener. Después me susurró:

-Lo siento Kip. No quería hacer esto. Creo que lo he echado todo a perder.

-De todos modos ya estaba perdido, querida.

-¿Tenéis que decir algo más en defensa vuestra? -nuestro antiguo conocido sin cara proseguía imperturbablemente.

Miré alrededor de la sala.

-¡Sólo esto! -dije salvajemente-. Esto no es una defensa. No queréis una defensa. Muy bien, llevaros nuestra estrella. Vais a hacerlo si podéis, y supongo que lo podéis hacer. ¡Seguid adelante! ¡Nos construiremos otra estrella! ¡Luego, algún día, regresaremos y os daremos caza, a todos vosotros!

-¡Esto es cantárselas claras, Kip! ¡Que se enteren!

Nadie me echó un rapapolvo. De repente me sentí como un muchacho que ha cometido una falta horrible en una reunión y no sabe cómo disimularlo.

Pero había querido decir aquello. Es cierto que no creía que pudiéramos hacerlo. Todavía no. Pero lo intentaríamos. La acción humana más gloriosa es la de «morir en el intento».

-Es posible que podáis hacerlo -continuó aquella voz tan enojosa-. ¿Has concluido?

-He terminado.

Todos habíamos terminado... cada uno de nosotros.

-¿Alguien quiere hablar en su defensa? ¿Humanos, alguna raza quiere hablar en vuestro favor?

-No conocemos otra raza. Los perros, tal vez los perros quieran.

-¡Voy a hablar en su favor!

Piwi levantó la cabeza de golpe.

-¡Cosa Madre!

De repente vimos que estaba frente a nosotros. Piwi intentó correr hacia ella pero rebotó en la barrera invisible. La sujeté.

-Tómalo con calma, querida. Ella no está aquí. Esto es una especie de televisión.

-Mis nobles pares: vosotros tenéis sobre mí la ventaja de vuestras muchas mentes y de un conocimiento mucho más extenso...

Nos resultaba extraño verla cantar y oírla en nuestro idioma, aunque la traducción conservaba su calidad cantarina.

-...pero yo les conozco. Cierto es que son violentos, en modo especial la más pequeña; pero no son más violentos que lo que corresponde a sus edades. ¿Podemos esperar el comedimiento de la madurez en una raza cuyos miembros mueren todos en la primera niñez? ¿O es que nosotros mismos no somos violentos? ¿Es que hoy mismo no hemos matado a miles de millones de seres? ¿Puede sobrevivir cualquier raza que no tenga una disposición para luchar? Es también cierto que estas criaturas muchas veces son más violentas de lo que es necesario o prudente. Pero, mis pares, todos son demasiado jóvenes. Dadles tiempo para que aprendan.

-Esto es, precisamente, lo que debemos evitar: que aprendan. Tu raza es, por encima de todo, sentimental y esto distorsiona vuestro juicio.

-¡No es verdad! Somos compasivos, pero no somos locos. ¿Acaso yo misma no he sido la causa directa de tantas y tantas decisiones adversas? Vosotros lo sabéis; está escrito en vuestros registros, yo prefiero no recordarlas. Pero lo seguiré siendo. Cuando una rama está tan maltrecha que no tiene cura, debe ser podada. No somos sentimentales; somos los mejores vigilantes que habéis podido encontrar, porque cumplimos nuestra misión sin cólera. No tenemos compasión para lo que es malo. Pero a los errores de los niños les damos una amorosa disculpa.

-¿Has concluido?

-¡Afirmo que esta rama no debe ser podada! He terminado.

La imagen de la Cosa Madre desapareció. La voz continuó:

-¿Alguna otra raza quiere hablar en su favor?

-Yo.

Donde ella había estado, aparecía ahora un gran mono verde. Nos miró e hizo oscilar su cabeza, luego de pronto dio una voltereta y acabo mirando hacia nosotros por entre sus patas.

-No soy amigo de ellos, en absoluto. Pero soy un amante de la «justicia», cosa en lo que me distingo de mis colegas en este Consejo -hizo unas rápidas piruetas en varias tandas-. Tal como acaba de decir nuestra hermana, esta raza es joven. Los infantes de mi noble raza se muerden y arañan entre ellos, hasta algunos mueren por esta causa. Hasta yo mismo lo hice en otro tiempo -saltó en el aire, cayó sobre sus manos y desde esta posición dio un salto mortal-. Pero, ¿se atreverá alguien a negar que soy civilizado? -se detuvo y nos miró detenidamente mientras se rascaba-. Estos son unos brutos salvajes, y no sé cómo alguien puede llegar a quererles, pero os digo: ¡Dadles su oportunidad! Su imagen se borró.

-¿Tienes algo que añadir antes de que se alcance una decisión? -dijo la voz.

Iba a decir: «No, acabad de una vez», cuando Piwi me tomó la oreja y susurró algo. La escuché, asentí y hablé:

-Sr. Moderador, si el veredicto nos es adverso. ¿Podrá usted hacer que sus verdugos esperen hasta que nos hayan permitido regresar a casa? Sabemos que puede devolvernos allí, en unos pocos minutos.

La voz no contestó inmediatamente.

-¿Por qué queréis esto? Tal como ya os he explicado, no estáis enjuiciados personalmente. Se ha previsto que podáis vivir.

-Lo sabemos, pero es que preferimos estar en casa, con los nuestros, esto es todo.

De nuevo hubo una ligera vacilación:

-Puede concederse.

-¿Son suficientes los hechos para tomar una decisión?

-Sí.

-¿Cual es la decisión?

-Esta raza se volverá a examinar dentro de doce medias-muertes de Radio. Entretanto existe un peligro para ella que procede de sí misma. Contra esta desgracia, les vamos a ayudar. Durante el período de libertad condicional será vigilada estrechamente por la

Madre Guardiania -la máquina gorjeó el verdadero nombre vegano de la Cosa Madre- el policía de su demarcación, que deberá informar inmediatamente si se presenta algún cambio amenazador. Entretanto, deseamos a esta raza un buen progreso en su largo ascenso.

-Que sean devueltos inmediatamente al espacio-tiempo de donde proceden.

CAPITULO 12

Opinaba que no era seguro terminar nuestro descenso a través de la atmósfera en Nueva Jersey sin haber comunicado previamente un plan de vuelo. Princeton está cerca de muchos objetivos importantes y por esta razón iban a apuntarnos con todo lo habido y por haber, hasta con cohetes atómicos. La Cosa Madre cantó con una risita indulgente:

-Me imagino que podremos evitarlo.

Y así fue. Nos dejó en una calle poco importante, nos cantó su adiós y se fue.

No es ilegal pasear de noche llevando puestos los trajes espaciales, ni aunque se lleve una muñeca de trapo. Pero es poco frecuente y los policías nos detuvieron. Telefonaron al padre de Piwi y al cabo de veinte minutos estábamos en su estudio, bebiendo cacao, hablando y comiendo copos de trigo.

La madre de Piwi casi se desmayó. Mientras contábamos nuestras historias no cesaba de decir:

-¡No me lo puedo creer!

Hasta que el Profesor Reisfeld dijo:

-Acaba de una vez, Janice, o vete a la cama.

No se le podía echar en cara. Su hija había desaparecido en la Luna y se la había dado por muerta. Luego había reaparecido milagrosamente en la Tierra. Pero el Profesor Reisfeld nos creyó. De la misma manera que la Cosa Madre tenía una «comprensión», él tenía una «aceptación». Cuando surgía un hecho, descartaba las teorías que no encajaban con él.

Examinó el traje de Piwi, hizo que se colocara el casco, encendió una luz potente para que se convirtiera en opaco, siempre con una ligera sonrisa. Después cogió el teléfono.

-Darío debe ver todo esto.

-¿A media noche, Curt?

-Por favor, Janice. Armageddon no querría esperar hasta el horario de oficina.

-¿Profesor Reisfeld?

-¿Sí, Kip?

-Uh. Tal vez antes quiera usted ver otras cosas.

-Es posible.

Saqué algunas cosas de los bolsillos de Óscar: dos balizas estelares, una para cada uno de nosotros, un «papel» metálico lleno de ecuaciones, dos «cosas felices» y dos esferas plateadas. Nos habíamos detenido en Vega Cinco pasando la mayor parte del tiempo bajo lo que supongo era hipnosis, mientras el Profe Pepe y otra Cosa Profesor nos sacaban todo lo que sabíamos de las matemáticas humanas.

No es que tuviéramos que enseñarles las mates, ¡Oh no! Querían el lenguaje que utilizamos en matemáticas, desde los radicales y vectores hasta aquellos símbolos tan raros de la física superior, para que ellos pudieran enseñarnos; los resultados estaban en el papel metálico.

En primer lugar mostré las balizas al Profesor Reisfeld.

-Estamos incluidos en el sector de vigilancia de la Cosa Madre. Nos dijo que las utilizaríamos en caso de necesidad. Generalmente anda cerca, no más lejos de unos mil años luz. Pero vendrá aunque esté lejos.

-Oh.

Miró la mía; era más pequeña y más pulida que la que yo había activado en Plutón.

-¿Nos atrevemos a desarmarla?

-Supongo que aquí hay concentrada mucha potencia. Podría explotar.

Una «cosa feliz» es algo que no puede explicarse. Tiene un aspecto igual al de aquellas pequeñas esculturas abstractas que cuando las ves hacen que te sientas bien. La mía era como de obsidiana, pero tibia y sin dureza; la de Piwi era como de jade. La sorpresa llega cuando te tocas la cabeza con una de ellas ya que recibes la impresión de que la Cosa Madre está rodeándote por todos lados y te sientes cálido, seguro y comprendido.

Conseguí que el Profesor Reisfeld lo hiciera y se quedó pasmado.

-Te quiere -dijo-. El mensaje no era para mí, discúlpame.

-Oh, ella también le quiere a usted.

-¿Eh?

-Ella quiere a todo lo que sea pequeño, joven y desamparado. Por esto es una Cosa Madre.

No me di cuenta de cómo podía sonar aquello, pero no le importó.

-¿Y dices que es como un oficial de policía?

-Más bien puede decirse que es un agente del bienestar juvenil. La demarcación donde estamos es atrasada y muy peligrosa. Algunas veces debe hacer cosas que no le agradan, pero es una buena policía y alguien debe hacer los trabajos desagradables; ella no los elude.

-Estoy seguro de que no.

-¿Quiere usted probarlo otra vez?

-¿No te importa?

-En absoluto. No se desgasta.

Lo hizo e inmediatamente cobró un cálido aspecto de felicidad. Miró a Piwi que se había quedado como dormida frente a su cereal.

-No me hubiera preocupado por mi hija si hubiera sabido que estaba con la Cosa Madre y contigo.

-Formábamos un equipo -expliqué-. No hubiéramos podido hacer nada sin Piwi. Esta chica tiene agallas.

-Algunas veces, demasiadas.

-Pero en otras ocasiones son necesarias. Estas esferas son grabadoras. ¿Profesor, tiene usted un magnetofón?

-Claro que sí, Kip.

Lo instalamos y dejé que la esfera hablara. Quería tener una cinta grabada porque las esferas son de un solo uso, después las moléculas vuelven a quedar desordenadas.

Después le mostré el papel metálico. Cuando yo mismo había intentado leerlo, había llegado sólo a adentrarme unos cinco centímetros y sólo pude reconocer un signo aquí y otro allá. El Profesor Reisfeld llegó hasta la mitad de la primera página, se detuvo y dijo:

-Será mejor que haga estas llamadas telefónicas.

Al anochecer apareció una porción de nuestra vieja Luna e intenté buscar donde estaba la Estación Tombaugh. Piwi dormía en el sofá de su padre, envuelta en su bata y abrazada a Madame Pompadour. El Profesor Reisfeld había intentado llevarla a su cama pero se despertó y como se puso muy difícil volvió a dejarla allí y mientras mordisqueaba una pipa vacía estudiaba lo que mi esfera iba susurrando al magnetofón. De vez en cuando me dirigía una pregunta y yo salía de mi abstracción.

El Profesor Giomi y el Doctor Bruck estaban en el otro extremo del estudio, llenaban una pizarra, la borraban y la volvían a llenar, mientras discutían sobre aquella hoja de papel metálico. Los genios se encuentran frecuentemente en el Instituto de Estudios Avanzados, pero aquellos dos no habrían sido reconocidos como tales en cualquier otro sitio. Bruck parecía ser un conductor de camiones y Giomi era como un lunio excitado.

Ambos tenían aquello de «de acuerdo, te entiendo» que tenía el Profesor Reisfeld. Ambos estaban excitados, pero en el Doctor Bruck sólo se podía apreciar por un tic de su cara, lo que, dijo el Profesor Reisfeld, era un síntoma de crisis nerviosa, pero no de él sino para los demás físicos.

Dos días después, aún estábamos allí. El Profesor Reisfeld se había afeitado, pero los otros no. Yo había dormitado, y en una ocasión me había duchado. El padre de Piwi escuchaba las grabaciones, en aquel momento estaba ocupado con la cinta de su hija. De vez en cuando Giomi y Bruck le llamaban; Giomi estaba casi histérico y Bruck se mantenía impasible. En cada ocasión el Profesor Reisfeld les preguntaba una o dos cosas y regresaba a su silla. No creo que fuera capaz de manejar aquellas matemáticas, pero podía coger los resultados y hacerlos encajar con las otras piezas.

Había querido irme a casa en cuanto hubieron terminado conmigo pero el Profesor Reisfeld me había pedido que me quedara puesto que el Secretario General de las Naciones Libres Federadas iba a venir.

Me quedé. No llamé a mi casa porque ¿qué iba a conseguir con preocuparlos? Hubiera preferido ir a New York para reunirme con el Secretario General, pero el Profesor Reisfeld le había invitado a que fuera a su casa, y ya empezaba a darme cuenta de que cualquier persona realmente importante acudiría si el Profesor Reisfeld se lo pedía.

El señor van Duivendijk era alto y delgado. Me estrechó la mano y dijo:

-Entiendo que usted es el hijo del Dr. Samuel C. Russell.

-Señor, ¿conoce usted a mi padre?

-Tuve este placer hace años en La Haya.

El Doctor Bruck se volvió. Apenas si había saludado al Secretario General con una inclinación de cabeza.

-¿Tú eres el chico de Sam Russell?

-Uh. ¿Usted también le conoce?

-Claro que sí. «Sobre la interpretación estadística de datos imperfectos». ¡Brillante!

Se volvió de espaldas y continuó ensuciándose la manga con tiza. Yo no sabía que mi padre había escrito tal cosa, ni sospechaba que conociera al hombre más importante de la Federación. Algunas veces creo que mi padre es un excéntrico.

El Sr. van D. esperó a que aquellos dos se detuvieran para respirar y les preguntó:

-¿Han encontrado algo, caballeros?

-Sí -dijo Bruck.

-¡Algo espléndido! -agregó Giomi.

-¿De qué se trata?

-Bien... -el Dr. Bruck señaló a una línea de tiza-. Esto dice que una reacción nuclear se puede amortiguar a distancia.

-¿A qué distancia?

-¿Qué tal si decimos a quince mil kilómetros? ¿O le conviene que pueda hacerse desde la Luna?

-Oh, quince mil kilómetros ya es suficiente.

-Puede hacerse desde la Luna -intervino Giomi-. Siempre que se disponga de potencia suficiente. Es magnífico.

-Lo es -corroboró van D.-. ¿Algo más?

-¿Qué quiere usted? ¿Duros a cuatro pesetas?

-¿Y bien?

-¿Ve esta línea? La séptima. Es posible que signifique la antigravedad. No puedo asegurarlo. O si se hace girar noventa grados, este latino inestable cree que puede tratarse del viaje en el tiempo.

-Lo es.

-En caso de que sea cierto, la potencia necesaria sería la de una estrella de tamaño regular, o sea que olvídense de esto.

Bruck estudió aquella especie de huellas de patas de pollo.

-Un nuevo enfoque hacia la conversión de la materia, posiblemente. ¿Qué le parecería un acumulador de potencia que cupiera en el bolsillo de su chaqueta y que pudiera dar más ergios que el reactor de Brisbane?

-¿Puede conseguirse esto?

-Deberá preguntarle a su nieto. No va a lograrse pronto, -dijo Bruck frunciendo el entrecejo.

-Dr. Bruck, ¿por qué está usted tan enfadado? -preguntó el Sr. van D.

El Dr. Bruck frunció aún más el ceño.

-¿Va usted a convertir esto en «Top Secret»? No me gustaría tener que cerrar las matemáticas bajo llave. Sería vergonzoso.

Agucé mi oído. Había explicado a la Cosa Madre lo que era la calificación de Top Secret y me parece que aquello representó para ella una especie de shock. Le había explicado que las Naciones Libres Federadas debían tener secretos, lo mismo que los tendrían las Tres Galaxias. Ella no podía comprenderlo. Al final había dicho que aquello no significaría ninguna diferencia, a largo plazo. Pero me había dejado preocupado porque aunque no me gusta que la ciencia sea «secreta», no me parece bien que se sea imprudente.

-No me gustan las cosas secretas, pero debo aceptarlas -contestó el Sr. van D.

-¡Ya sabía que usted diría esto!

-Por favor, dígame si esto es un proyecto de los Estados Unidos.

-Por descontado, no lo es.

-Ni tampoco lo es de la Federación. Muy bien. Ustedes nos han dado algunas ecuaciones. No puedo impedirles que las publiquen. Son de su propiedad.

Bruck sacudió su cabeza.

-No son nuestras -hizo una seña en mi dirección-. Son de él.

-Ya veo -el Secretario General miró hacia mí-. Soy abogado, joven. Si usted quiere publicarlo no veo como puedo impedirselo.

-¿Yo? Esto no es mío. Sólo he sido, bien..., un mensajero.

-Al parecer, eres el único que puede reclamarlas. ¿Quieres que se publiquen? ¿Tal vez, con vuestros nombres?

Tuve la impresión de que quería que se publicaran.

-Pero el tercer nombre no debe ser el mío. Debe ser...

Dudé porque no se puede poner el canto de un pájaro como el nombre de un autor.

-...pongan «Dr. M. Cosa».

-¿Quién es?

-Es una vegana. Pero pueden simular que se trata de un nombre chino.

El Secretario General se quedó haciendo preguntas y escuchando las cintas grabadas. Luego hizo una llamada telefónica a la Luna. Sabía que podía hacerse, pero nunca se me había ocurrido que podría verlo.

-Aquí, van Duivendijk... sí, el Secretario General... ¿Jim? ...Esta conexión es terrible... Jim, alguna vez ordenas maniobras de prácticas... Mi llamada no es oficial, pero deberías comprobar un valle...

Se volvió hacia mí, le respondí inmediatamente y prosiguió:

-Un valle que está exactamente detrás de las montañas que hay al este de la Estación Tombaugh. No he consultado al Consejo de Seguridad, esto es sólo entre amigos. Pero si vas a este valle te recomiendo encarecidamente que lo hagas con fuerzas importantes equipadas con todas las armas de que dispongas. Puede ser que encuentres serpientes. Las serpientes pueden estar camufladas. Puedes decir que se trata de una intuición. Sí..., los chicos están bien y Beatriz también. Llamaré a Mary y le diré que he hablado contigo.

El Secretario General quiso saber mis señas. Yo no podía decir cuándo estaría en casa porque no sabía como podría llegar hasta allí. Quiero decir que esperaba hacerlo en auto-stop, pero esto no lo dije. Las cejas de Van D. se alzaron.

-Creo que le debemos un viaje hasta su casa. ¿No es cierto, Profesor?

-Pues esto no sería extralimitarse.

-Russell, he oído en tu cinta que te propones estudiar ingeniería, con miras al espacio.

-Sí, señor, quiero decir, si señor Secretario.

-¿Has pensado alguna vez estudiar leyes? Muchos ingenieros quieren ir al espacio, pero muy pocos abogados. Pero la Ley ha de estar en todas partes. Un hombre especialista en Leyes Espaciales podría obtener un cargo muy elevado.

-¿Y por qué no las dos cosas? -sugirió el padre de Piwi-. Deploro esta ultraespecialización moderna.

-Esta es una buena idea -opinó el Sr. van D.-. Entonces podría fijar sus propias condiciones.

Yo estaba a punto de decirles que seguía aferrado a la ingeniería, cuando de repente supe lo que quería hacer.

-No creo que pudiera hacer ninguna de estas cosas.

-¡Esto es una tontería! -exclamó el Profesor Reisfeld con severidad.

-Sí, señor. Pero lo que quiero es hacer trajes espaciales que funcionen mejor. Tengo algunas ideas.

-Mmmm. Esto es ingeniería mecánica. Y muchas cosas más, supongo. Pero vas a necesitar un título master -dijo pensativo el Profesor Reisfeld-. Si mal no recuerdo, dices en tu cinta que has pasado los exámenes para Ingreso, pero no te han aceptado en ninguna Universidad importante -tamborileó sobre la mesa-. ¿No es estúpido esto, Sr. Secretario? Este chico ha ido hasta las Nubes de Magallanes pero no puede ir a la Universidad que quiere.

-Bien, Profesor. ¿Va usted a empujar mientras yo tiro?

-Sí, pero espere -el Profesor cogió el teléfono-. Susie, ponme con el presidente del M.I.T. Ya sé que hoy es día festivo. No me importa si está en Bombay, o durmiendo. Búscalos. Buena chica -soltó el teléfono-. Susie ha estado cinco años en el Instituto, y antes estuvo en la centralita de la Universidad. Seguro que lo localiza.

Me sentía embarazado y excitado. El M.I.T. Cualquiera daría saltos de alegría si se le presentara la oportunidad. Pero sólo la matrícula bastaba para dejarte en cueros. Intenté explicar que no tenía tanto dinero.

-Trabajaré lo que queda de este curso y el próximo verano. Voy a ahorrarlo.

Sonó el teléfono.

-Aquí Reisfeld. Hola Oppie. En la reunión de la clase me hiciste prometer que te avisaría si el tic de Bruck empezaba a molestarlo. Siéntate bien y agárrate a la silla: he cronometrado veintiuno por minuto. Esto es un récord... frena, no debes enviar a nadie, a no ser que yo consiga antes mi tajada. Si empiezas tu rollo sobre la libertad académica y el «derecho a saber», cuelgo y llamo a Berkeley. Allí puedo hacer tratos, y sé que puedo en el campus... No gran cosa, sólo una escolaridad para cuatro años, el pupilaje y honorarios.... No chilles, utiliza tu fondo discrecional, o «arregla» los libros. Ya eres mayorcito y sabes de números... Nada, no te doy ninguna pista. Compra lo que te ofrezco o tu Laboratorio de Radiaciones no va intervenir para nada. ¿He dicho Laboratorio de Radiaciones? Quería decir el Departamento Científico al completo. Ya puedes irte a América del Sur, si no logro convencerte. ¿Qué? Sí, también yo soy un malversador. Espera un momento...

El Profesor Reisfeld me dijo:

-¿Hiciste una solicitud al M.I.T.?

-Sí señor, pero...

-Está en tus archivos de solicitudes, «Clifford C. Russell». Manda la carta a su casa y haz que tu jefe de equipo me traiga una copia... Oh, un equipo amplio, encabezado por un físico matemático, Farley, probablemente, porque tiene imaginación. Esto es lo más importante desde que la manzana dio en el coco de Sir Isaac... Es verdad, soy un chantajista pero tú eres un calientasillas y un orador de banquetes. ¿Cuándo piensas volver a la vida académica? Mis mejores saludos para Beuhla. Adiós.

Colgó el teléfono.

-Esto está arreglado, Kip. Lo único que me deja confuso es saber para qué me necesitaban aquellos monstruos de cabeza de gusano.

No atinaba en el modo de decírselo. Él mismo me había contado el día anterior, que había correlacionado datos extraños: avistamientos de cosas no identificadas, una oposición inesperada a los viajes espaciales, muchas cosas que no encajaban. Es muy probable que un hombre así consiga respuestas y sea escuchado. Si tenía alguna debilidad era su modestia, que no había transmitido a Piwi. Si yo le hubiera dicho que los invasores procedentes del espacio exterior se habían puesto nerviosos a causa de su curiosidad intelectual, seguramente lo habría rechazado desdeñosamente, por lo que dije:

-Jamás nos lo dijeron, señor. Pero estaban convencidos de que usted era lo bastante importante para que lo secuestraran.

-Se trataría de algún error. Si se hubiera tratado del Secretario... tal vez.

El Sr. van Duivendijk se levantó.

-Curt, no voy a perder tiempo escuchando tonterías. Russell, me alegro de que se haya solucionado tu escolarización. Si me necesitas, avísame.

Cuando se hubo ido, intenté dar las gracias al Profesor Reisfeld.

-Yo quería pagármelo, señor. Hubiera ganado el dinero antes de que abriese la escuela.

-¿En menos de tres semanas? Vamos... Kip.

-Quiero decir durante lo que queda de año y...

-¿Perder un año? No.

-Pero yo ya...

Miré más allá de su cabeza y vi las hojas vendes de su jardín.

-Profesor, ¿cuál es la fecha de hoy?

-¿Por qué? El Día del Trabajo, desde luego.

«...devueltos al espacio-tiempo de donde proceden».

Recordé.

El Profesor Reisfeld salpicaba mi cara con agua.

-¿Ya te sientes mejor?

-Estaba convencido de que habíamos estado fuera durante semanas...

-Kip, has pasado por demasiadas cosas para dejar que esto te afecte tanto. Puedes hablar de esto con los gemelos estratosféricos -hizo un ademán hacia Giomi y Bruck-, pero no lo vas a entender. Por lo menos, yo no lo entiendo. ¿Por qué no aceptar que ciento sesenta y siete mil años luz dejan sitio a un tiempo de Tennessee que sólo es el grueso de un cabello de una fracción del uno por ciento? Especialmente cuando el método no utiliza de un modo adecuado el espacio-tiempo.

Cuando me fui, la señora Reisfeld me besó y Piwi lloró a lágrima viva y obligó a Madame Pompadour a despedirse de Óscar que estaba en el asiento posterior porque el Profesor me acompañaba hasta el aeropuerto.

Durante el viaje me dijo:

-Piwi te tiene mucho cariño.

-Espero que así sea.

-¿Y tú? ¿O soy inoportuno?

-¿Qué si quiero a Piwi? ¡Por supuesto que sí! Me salvó la vida cuatro o cinco veces. Puede ser que Piwi vuelva loco a cualquiera, pero es valiente, leal y lista. Y tuvo agallas.

-Tú también te has ganado una o dos medallas de salvavidas.

Consideré esto.

-Me parece que he liado todo aquello que he intentado. Pero tuve ayuda y una cantidad sorprendente de suerte.

Tuve escalofríos al pensar que fue por pura suerte que pude salirme de aquel fregado. De un verdadero fregado.

-Suerte es una palabra que anda pidiendo explicaciones -me contestó-. Has hablado de tu sorprendente suerte porque estabas a la escucha cuando mi hija pidió socorro. Esto no es suerte.

-¿Eh? Quiero decir ¿cómo, señor?

-¿Por qué estabas en aquella frecuencia? Pues porque llevabas puesto tu traje espacial. ¿Por qué lo llevabas? Porque estabas decidido a ir al espacio. Cuando llamó una nave espacial, tú contestaste. Si esto es suerte, entonces será suerte cada vez que un bateador le da a la pelota. Kip, la «buena suerte» siempre es consecuencia de una preparación cuidadosa; la «mala suerte» nace del descuido. Convenciste a un tribunal más antiguo que el mismo hombre, de que tú y los de tu especie merecían ser salvados. ¿Fue esto pura suerte?

-Uh... La verdad es que me enfadé y casi lo eché todo a rodar. Ya me había cansado de que me hicieran ir de un lado a otro.

-Los mayores logros de la Humanidad los han conseguido personas «que se habían cansado de que las hicieran ir de un lado para otro» -frunció el entrecejo-. Me alegro de que te guste Piwi. Tiene casi veinte años intelectualmente y seis años emocionalmente y por lo general pone en su contra a las personas. Por esto me alegro de que haya podido conseguir un amigo que es más listo que ella.

-Pero, Profesor Reinfeld, Piwi es mucho más lista que yo. Me hace ir siempre de cabeza.

Me miró.

-Me ha hecho ir de cabeza durante años, y no soy ningún estúpido. No te menosprecies, Kip.

-Digo la verdad.

-¿Tú crees? El mayor psicólogo matemático de nuestro tiempo, un hombre que siempre ha escrito su propia cifra, incluso para retirarse cuando le vino en gana, lo que resulta difícil cuando se está muy solicitado. Este nombre se casó con su alumna más distinguida. Dudo que su hijo sea menos brillante que mi propia descendencia.

Tuve que desbrozar todo esto para saber que se refería a mí. Y luego no supe qué decir. ¿Cuántos muchachos conocen realmente a sus padres? Yo, por lo visto, no.

Prosiguió:

-Piwi es todo un caso, incluso para mí. Aquí está el aeropuerto. Cuando regreses de la Escuela, incluye en tus planes el de visitarnos. El día de Acción de Gracias también, si quieres, pues no dudo que las Navidades querrás pasarlas en tu casa.

-Gracias, señor. Volveré.

-Está bien.

-Uh... Acerca de Piwi, si se pone demasiado difícil, bien... pues... usted tiene la baliza espacial y la Cosa Madre puede manejarla.

-Mmm, pues es una gran idea.

-Piwi siempre intenta pillarla por sorpresa, pero no lo ha conseguido jamás. Oh..., por poco me olvido. ¿A quién puedo explicarlo? No me refiero a lo de Piwi, sino a todo esto.

-¿Es que todavía no lo ves claro?

-¿Señor?

-Puedes explicarlo todo a toda la gente. No vas a hacerlo con mucha frecuencia, porque casi nadie va a creerte.

Me dirigí a mi casa en un correo a chorro, y estas cosas van deprisa. El Profesor Reisfeld insistió en prestarme diez dólares cuando supo que sólo disponía de un dólar con sesenta y siete centavos, y gracias a esto pude pagarme un corte de pelo en la estación de autobuses y dos billetes hasta Centerville para evitar que Óscar tuviera que viajar en el compartimiento de equipajes, donde pudiera averiarse. Lo mejor de aquella escolarización era que ya no necesitaba venderlo, aunque lo hubiera querido, que no.

Centerville presentaba un aspecto magnífico, desde los olmos que descollaban por sobre las casas hasta los imbornales que quedaban bajo los pies. El conductor detuvo el autobús cerca de nuestra casa, debido a Óscar ya que su transporte resulta engorroso. Fui al garaje y dejé a Óscar colgado allí, no sin decirle que luego volvería y entré en casa por la puerta trasera.

Mi madre no estaba allí, papá estaba en su estudio y levantó la vista de lo que leía.

-Hola, Kip.

-Hola, papá.

-¿Ha sido un buen viaje?

-Uh... No he ido al lago.

-Lo sé. El Dr. Reisfeld me ha telefoneado y me lo ha contado todo.

-Pues fue un viaje muy bonito, considerado en conjunto.

Vi que sostenía un volumen de la Enciclopedia Británica abierto en «Nubes de Magallanes». Mi padre siguió mi mirada.

-Nunca las he podido ver -dijo con pena-. Una vez tuve la posibilidad, pero tuve trabajo todas las noches excepto una en que estuvo nublado.

-¿Cuándo fue esto, papá?

-En América del Sur, antes de que nacieras.

-No sabía que habías estado allí.

-Se trataba de un trabajo para el gobierno, un trabajo de intrigas de capa y espada... no vale la pena que hablemos de ello. ¿Eran hermosas?

-Oh, no exactamente.

Cogí otro volumen, busqué «Nebulosas» y encontré la Gran Nebulosa de D.

-Aquí si hay belleza. Así es cómo se nos ve desde allí.

-Debe haber sido maravilloso.

-Sí, lo ha sido. Te lo contaré todo. Además tengo una cinta grabada.

-No hay prisa. Lo tuyo ha sido todo un viaje. Trescientos treinta y tres años luz ¿es esto?

-No, sólo la mitad.

-Me refería al viaje de ida y vuelta.

-Es que no regresamos por el mismo camino.

-¿Eh?

-No sé como explicarlo, pero en esta clase de naves, si haces un salto, el mejor salto hacia atrás es el gran salto todo recto alrededor. Vas directamente hacia adelante hasta que hayas regresado al lugar desde donde habías empezado. Bien no «recto» puesto que el espacio es curvo, pero tan recto como sea posible. Esto lo vuelve a poner todo a cero.

-¿Un gran círculo máximo cósmico?

-Esta es la idea. Dar toda la vuelta en línea recta.

-Mmm -frunció el ceño pensativamente-. Kip, ¿cuan lejos significa esto de alrededor del universo? ¿El límite del desplazamiento hacia el rojo?

Dudé.

-Papá, lo pregunté, pero la respuesta no significó nada para mí.

La Cosa Madre había dicho: «¿Como puede haber distancia donde no hay nada?» No es una distancia, mejor diríais que se trata de una condición. Yo no viajé hasta allí, sólo fui allí. No vas atravesando algo. Te deslizas.

Papá parecía pensativo.

-Ya debería saber que no se puede hacer una pregunta matemática sólo con palabras.

Estaba a punto de sugerirle que tal vez el Dr. Bruck podría ayudarlo, cuando entró mamá.

-¡Hola queridos!

Durante una fracción de segundo me pareció estar oyendo a la Cosa Madre. Besó a papá y luego a mí.

-Me alegro de que estés en casa, querido.

-Mmm -me volví hacia mi padre.

-Lo sabe.

-Sí -dijo mi madre con tono indulgente-. Y no me importa dónde haya estado mi muchachote, con tal de que haya vuelto sano y salvo. Sé que llegarás hasta donde tú quieras -me dio unos golpecitos en la mejilla-. Y siempre me sentiré orgullosa de ti. Yo misma acabo de ir hasta la esquina para comprar otra costilla.

El día siguiente fue martes y fui a trabajar pronto. Tal como esperaba el mostrador de refrescos estaba hecho un desastre. Me puse mi chaqueta blanca y empecé a arreglarlo. El Sr. Charton estaba en el teléfono, colgó y se acercó.

-¿Has tenido buen viaje, Kip?

-Muy bueno, señor Charton.

-Kip, hay algo que quiero decirte. ¿Todavía estás ansioso por ir a la Luna?

Bueno, apenas si había visto la Luna. Estaba ansioso, pero sin prisas.

-Sí señor, pero antes debo terminar mis estudios.

-Esto es lo que quería decirte: bien, no tengo hijos. Si necesitas dinero, dímelo.

Había insinuado lo de la Escuela de Farmacia, pero nunca esto. Y la noche antes mi padre me había explicado que había contratado una póliza para mi educación el mismo día en que nació, sólo había esperado a ver lo que yo podía hacer por mí mismo.

-¡Vaya, Sr. Charton, es usted maravillosamente amable!

-Estoy de acuerdo en que antes quieras adquirir una educación.

-Mmm. Lo tengo todo previsto, señor. Pero tal vez algún día necesitaré un préstamo.

-O aunque no se trate de un préstamo, házmelo saber.

Se alejó con rapidez, evidentemente confuso.

Trabajaba como con un halo cálido, de vez en cuando tocaba la cosa feliz que llevaba oculta en un bolsillo. La noche antes había dejado que mi padre y mi madre se la colocaran sobre la frente. Mi madre lloró, mi padre dijo solemnemente:

-Empiezo a comprenderlo, Kip.

Decidí que cuando fuera oportuno dejaría que el Sr. Charton la probara. Dejé el mostrador reluciente y comprobé que el aire acondicionado funcionaba perfectamente.

Cerca de mediodía llegó Ace y tomó posesión de un asiento.

-¡Hola, pirata del espacio! ¿Qué te han contado los superseñores galácticos? ¡Yuk yuk yukity yuk!

¿Qué habría podido decir si le hubiera dado una respuesta directa? Toqué la cosa feliz y dije:

-¿Qué va a ser, Ace?

-¡Lo de costumbre, desde luego y pónmelo pronto!

-¿Un batido de chocolate?

-¡Ya lo sabes! ¡Espabílate, chaval! Despierta ya y date cuenta del mundo que te rodea.

-Claro que sí, Ace.

No serviría de nada discutir con Ace, su mundo era tan estrecho como el agujero que tenía entre oreja y oreja, y no más profundo que el fango en que se revolcaba. Llegaron dos chicas. Les serví dos refrescos de cola mientras el batido de Ace estaba en la batidora. Las miró.

-¿Señoras, se conocen ustedes? Aquí, el Comandante Cometa.

Una de ellas se rió con disimulo, Ace sonrió afectadamente y siguió:

-Soy su apoderado. ¿Quieren una actuación del héroe? Vean. Comandante, he recapacitado sobre el anuncio que vas a poner.

-¿Uh?

-Mantén tus oídos destapados. «Tengo traje espacial. Quiero viajar» pero esto dice poco. Para sacar dinero de este traje de payaso tonto, debemos mejorarlo. O sea que añadirás «Exterminamos monstruos de ojos saltones. Especialistas en el salvamento de mundos. Damos presupuestos bajo demanda». ¿Está bien?

Negué con la cabeza.

-No, Ace.

-¿Qué te pasa, tío? ¿No tienes cabeza para los negocios?

-Vamos a limitamos a los hechos. Yo no cobro por salvar mundos, y además, no lo hago por encargo, son cosas que simplemente ocurren. No estoy seguro de que lo hiciera a propósito sabiendo que tú estabas en él.

Las dos muchachas se rieron disimuladamente. Ace puso mala cara.

-¿Chico listo, eh? ¿No sabes que el cliente siempre tiene razón?

-¡Siempre!

-Seguro que sí. Procura acordarte de esto. ¡Date prisa con mi batido!

-Sí, Ace -alargué mi brazo para alcanzarlo, adelantó hacia mí treinta y cinco centavos que rechace hacia él.

-Este es por cuenta de la casa.

Y se lo arrojé a la cara.

FIN